ROMPIENDO LAS REGLAS DEL INFIERNO

DEVILZONE

NOELIA FRUTOS



DEVILZONE

ROMPIENDO LAS REGLAS DEL INFIERNO

NOELIA FRUTOS

COLECCIÓN milamores

DevilZone
Rompiendo las reglas del infierno

ISBN: 9791387832124
ISBN ebook: 9791387832605
Derechos reservados © 2025, por:

© del texto: Noelia Frutos
© ilustración de cubierta: Adela Aragón
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para todos aquellos que alguna vez tuvieron dudas y al final eligieron ser valientes.

Prólogo

Nunca he sido fan de las entradas dramáticas, tampoco es que lo haya necesitado siendo quien soy.

El caso es que la mayoría de los humanos piensan que me materializo entre llamas, a través de truenos, azufre y un discurso sobre que los voy a condenar de forma eterna. Pero lo cierto es que, si uno lleva milenios existiendo, lo último que desea es dar un espectáculo. Prefiero aparecer con estilo, o al menos, así era, hasta aquella noche en la que una bruja con delirios de grandeza decidió invocarme.

Mildred Sinclair.

Una humana excéntrica, demasiado torpe y con una pronunciación ritualista tan nefasta que todavía hoy me arden las orejas cuando lo recuerdo.

Tengo que reconocer que la invocación me entretuvo y fue digna de una comedia barata.

Me encontraba en mi trono de obsidiana, observando que las velas estaban mal alineadas sobre un pentagrama dibujado con la tiza que usan en los colegios.

A los gatos siempre los han vinculado con animales predilectos de los demonios, y ella tenía uno puesto encima de un libro prohibido. Sin embargo, no era uno real, sino que se trataba de una figura dorada a la que se le movía uno de sus brazos de arriba abajo de manera rítmica.

La humana ni siquiera estaba intentando convocarme a mí, sino a uno de mis compañeros generales.

Pero claro, pronunciando Lucifarris en lugar de Lucifaxis, lo que consiguió fue que se produjese un desvío directo. Y así, en contra mi voluntad, aparecí en el mundo terrenal.

De repente, me vi arrancado de mi zona confortable en el inframundo y encerrado dentro de un círculo que no habría contenido ni a un demonio de segunda categoría.

—¡Oh, gran señor oscuro! —entonó la tal Mildred sin darse cuenta de su error—. Le he traído ofrendas para que nos ayude.

Me fijé desganado en sus mencionadas ofrendas; se trataban de unas asquerosas galletas de avena.

Lo juro.

No recuerdo haber estado tan ofendido en siglos. Quizá cuando Belcebú me ganó mientras jugábamos a atrapa la bandera sobre la lava, pero esto era indignante.

Antes de poder corregirla, antes de poder desatarme y regresar a la comodidad del infierno, sucedió algo que hizo que el rumbo de los acontecimientos cambiara.

Entró ella en la habitación.

Margaret Sinclair, la hija de la bruja y el ser más hermoso que había visto en los siglos de mi existencia.

Era joven, humana y sin poder alguno. Sin embargo, me dedicó una mirada que me atravesó como una daga ardiente. Y ya sabemos lo que a mí me gustan ese tipo de juegos.

No vi temor en sus ojos, sino curiosidad. No se sintió fascinada por mi presencia, y eso era algo totalmente nuevo para mí.

Y yo, Lucifer, soberano del Infierno, príncipe de las mentiras, destructor de cualquier orden celestial, me quedé sin palabras. Y eso hizo que, cuando intenté lanzar una nube de humo antes de marcharme, fallase.

Qué humillación más sorprendente.

Estuve atrapado en la Tierra más tiempo del que admitiría ante cualquier demonio con orgullo propio. Mildred, demasiado incompetente para revertir la invocación, insistía en seguir consultando sus escritos, los cuales yo sabía que no servirían de nada.

Mientras tanto, Margaret se tomó muy en serio su papel de no dejarme deambulando en ese plano humano. No quería que desatase el infierno en su preciada Tierra.

Me hacía preguntas, miles de ellas, y, por lo que parecía, no tenía fin: «¿Por qué tu fuego no quema? ¿Los demonios sienten frío? ¿Puedes volar sin alas? ¿Eras feliz antes de caer?».

Lo peor de todo es que yo contestaba a cada una de ellas.

Cada noche, mientras el resto del mundo dormía, la escuchaba hablar de deseos humanos, de anhelos diminutos, de cosas absurdas como estudiar, viajar, enamorarse… Básicamente todos trataban de lo mismo: vivir.

Hasta entonces, yo nunca había entendido a los humanos. Los veía como seres inferiores que se preocupaban por nimiedades a las que no les encontraban sentido. Los catalogaba como seres patéticos que no requerían mi atención. Sin embargo, Margaret me tenía fascinado.

Una noche, se aventuró y tocó mi rostro. Noté algo que ningún arma celestial consiguió jamás producirme, me sentí vulnerable. Y por primera vez desde que estaba en ese lugar, deseé quedarme.

Podréis suponer que nuestro encuentro íntimo fue inevitable.

No hubo hechizo, no hubo manipulación, no hubo poder, simplemente éramos solo dos cuerpos reconociéndose en la oscuridad.

Me asombró lo tibia, suave y mortal que era su piel, mientras que la mía era rugosa y cargada de fuego del infierno.

Cuando al fin la tuve entre mis brazos, comprendí que incluso yo, jefe supremo del Infierno, podía arder sin necesidad de consumir.

Esa noche, tras besarnos como si el mundo se fuese a acabar, desaparecí y volví a mi hogar, sintiendo una fuerte presión en el pecho.

La noticia me llegó nueve meses humanos después. Nadie me informó, pero en el momento que nació, que tomó su primera respiración, yo lo sentí al estar conectados.

Leviatán Sinclair, o Levy, como ella insistió en llamarlo.

Un niño mestizo, mitad humano, mitad demonio.

Alguien único hasta el momento y a quien la profecía ya había anunciado siglos atrás:

«El heredero híbrido abrirá la puerta entre reinos. El príncipe oscuro caminará entre ambos mundos. Y su elección decidirá cuál se fundirá con el otro».

Encantador, ¿verdad?

No obstante, ya se sabe que donde hay poder, hay envidia. Y donde hay ambas cosas, aparece Lilith. Mi eterna adversaria, madre

de las conspiraciones, reina no coronada del Infierno y desterrada por el mismísimo Creador.

Apareció frente a mí con una sonrisa tan falsa y pérfida que incluso a mí, el demonio supremo, consiguió que se me erizase la piel.

—Querido Luci, he escuchado las noticas y vengo a ofrecer mi más sincera enhorabuena.

—¿Qué quieres, Lilith? Te conozco lo suficiente para saber que no eres de las que ofrecen cordialidad sin más.

—¡Qué bueno es conocerse, viejo amigo! La verdad es que vengo a proponerte un compromiso —dijo con voz tan dulce a la par que venenosa—. Tu híbrido y mi hija. Unidos por la eternidad. Controlados por nosotros y equilibrando ambos mundos.

La hija de la que hablaba, era nada más y nada menos que Lilian Morningstar. Tan bella y letal como lo era su madre y un demonio infernal de pura raza.

Lo medite, una alianza así estabilizaría el infierno, o lo destruiría desde dentro.

Por un momento dudé; viniendo de Lilith, podría tratarse de una trampa, pero reconozco que no era un mal compromiso. Aun así, proteger a Margaret y a mi hijo era más importante que cualquier poder.

Así que acepté con condiciones.

A Levy no se le reclamaría de sus responsabilidades hasta que no cumpliese la mayoría de edad. Para mí era fundamental que se criase entre humanos si era cierto que se convertiría en la llave que uniría los dos mundos.

Lilith aceptó. Estaba segura de que cualquier demonio, en cuanto pisase el suelo del infierno, elegiría la oscuridad.

Sin embargo, Levy no es cualquier demonio. Es el hijo de la única humana que me enseñó a sentir. Y por más vacaciones que pasase en mi territorio, siempre añoraba el regreso.

Sé que, en su fuero interno, piensa que puede escaparse de su destino, pero, por mucho que me cueste reconocerlo, en el infierno existe la mayor penitencia de todas: no estamos en posesión del libre albedrío.

Y por más que el amor se interponga, no es posible romper las reglas del infierno.

Capítulo 1



Tamara

—Te juro que estas vacaciones casi me dan un ataque de risa, o de vergüenza ajena, aún no lo tengo muy claro —comenta Candice, apoyándose en la taquilla al lado de la mía.

Sonrío mientras guardo mis libros en la mía. Siento un hormigueo de emoción en el estómago cuando el pasillo comienza a llenarse de estudiantes. Este es mi último trimestre y en realidad no sé cómo me siento.

Aviso importante: No soy amiga de los cambios.

Soy de las que le gusta ajustarse a una rutina. Unos lo denominarán que soy controladora en exceso. A mí me gusta pensar que soy organizada.

Aunque no negaré que estoy emocionada con lo que me depare esta última etapa.

Entorno la puerta de mi taquilla y me centro en mi compañera de equipo.

—Perfecto. Suena a historia que voy a usar para chantajearte durante años.

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—No puedo hacerlo. Seguro que es demasiado jugoso.

—La verdad es que sí —asiente divertida—. Está bien, ahí va. —Inclina su cuerpo para quedar más cerca más de mí y baja la voz—. Conocí a un chico en la playa. Perfecto, nivel «mi madre me diría que no me acerque» y yo, obviamente, hice lo contrario.

—Normal. El instinto de supervivencia siempre te lo dejas en casa —comento divertida, y ella me guiña un ojo.

—Quedamos para un paseo nocturno. Todo iba a las mil maravillas hasta que me dijo al oído: «Tengo un sitio secreto para ver las estrellas».

—Eras consciente que no quería que las vieses literalmente, ¿no?

—Por supuesto. Era como un acuerdo silencioso. Total, que vamos al famoso sitio secreto, que resultó ser una roca incómoda donde ni las estrellas querían quedarse…

—Suena *sexy* y peligrosamente antihigiénico —la interrumpo.

—Exacto. Ya te he dicho que es el típico chico que mi madre desaprobaría —me recuerda—. El caso es que yo intentaba posar como si estuviera en una sesión de fotos mientras él se inclinaba hacia mí. Todo muy de película hasta que se me resbaló la sandalia y, en un intento por que no cayese al mar, le arreé un rodillazo en la entrepierna; arruinado toda la noche.

—Ay, no. Pobrecito.

—Te juro que se quedó doblado durante varios minutos. Gritó tan fuerte que pensé que vendría la ambulancia por mi culpa. Por suerte, se reincorporó como si fuera un héroe de acción y con cara de «lo tengo todo bajo control», aunque estaba claro que no era el caso.

Suelto una carcajada y varios alumnos se nos quedan mirando.

—Eso sí que es recuperar la dignidad a pulso.

—Un machote en toda regla, sí señor. Al final nos terminamos riendo como dos idiotas y él me dijo: «igual necesitamos un escenario menos hostil».

—O sea, que te quedaste sin polvo. Qué sutileza. Shakespeare estaría orgulloso.

—Mira, se lo curró. —Sonríe—. Pero ahí no acabó la noche.

—Ya intuyo que aquí viene la parte buena. Perfecto. Dame caos, que lo necesito para vivir.

—Sí. Pasamos por el paseo y yo, intentando parecer *sexy*, me giro rápido para decirle algo gracioso. Lo único gracioso fue mi vestido enganchándose en una farola. Me quedé atrapada como un pez en una red.

—Te quiero, Candice, pero no puedo con tu mala suerte. —Me carcajeo.

—Intenté zafarme con elegancia, aunque parecía más una gamba peleando por escapar. Él me ayudaba tirando un poco mientras yo tiraba también para desengancharme cuando, de repente, escuchamos un crack.

—¡No! —Me tapo la boca muerta de risa—. ¡¿Se rompió el vestido?!

—Ojalá hubiese sido eso. Se rompió la farola, Tamara. ¡La farola!

A estas alturas estoy llorando de la risa.

—Rompiste el mobiliario urbano con tu encanto. Eso es un superpoder.

—Yo estaba roja. Él estaba entre asustado y alucinando. Lo único que se le ocurrió decir fue: «Bueno, seguro que esta noche no la voy a olvidar nunca».

—Normal. Has dejado un recuerdo iluminado.

—Me entró la risa y él acabó huyendo como si yo fuese una criminal de película barata.

—Conclusión: La roca te derrotó, la farola cayó en combate y el chico sigue vivo de milagro. Estas vacaciones han sido legendarias, Candice.

—Si vuelvo a quedar con él, antes reviso el terreno, las farolas y cualquier objeto fijo del entorno.

—Dudo que tenga ganas de una segunda cita —le aseguro, volviendo a abrir la taquilla—. Deberías plantearte viajar con seguro de responsabilidad civil.

—¡No te burles de mis desgracias! ¡Auch! —Se queja tras darle un puntapié a la parte inferior de los casilleros.

—Cuidado. En poco más de un mes tenemos el campeonato estatal. No podemos permitirnos lesiones.

—Por Dios, Tamy, relájate. A este paso no llegarás a causa de una úlcera.

Seguro que ya la tengo. Mi estómago últimamente es una sucesión de nudo constantes.

—Lo digo en serio. ¿Te has hecho daño?

Con su suerte, no me extrañaría que se haya roto un dedo.

—Estoy bien. Oye, parece que a algunos sí les han sentado de vicio las vacaciones —comenta mientras saco el libro de mi primera clase y me lo guardo en la mochila—. ¿Sinclair y tú habéis discutido?

Escuchar ese apellido hace que ese nudo en el estómago del que os he hablado se apriete.

—No, ¿por qué? —cuestiono, intentando sonar natural.

—Por nada. Como siempre venís juntos…

—Sigue en Poughkeepsie.

—O tiene un hermano gemelo igual de macizo, o tu amigo el rarito ha pasado de ti y no te ha avisado de su regreso —dice, señalando a un punto del pasillo.

Esta vez mis ojos persiguen la dirección de su dedo y se me salta un latido al ver a Levy.

«¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Por qué demonios no me ha avisado?».

Cierro mi taquilla con más fuerza de lo que debería y me dirijo a su encuentro sin despedirme de Candice.

—¡Nos vemos en el entrenamiento! —me grita ella—. Y recuerda, ni una palabra de mis perfectas vacaciones.

Le muestro el pulgar y voy hacia el que considero mi mejor amigo desde que tengo uso de razón, Levy Sinclair.

—Hola, desconocido—lo saludo para llamar su atención.

Levy saca la cabeza de su propia taquilla, y si siente sorpresa al encontrarme a su lado, no lo demuestra. Sus ojos grisáceos, esos que, por norma general, suelen decir más que cualquier palabra, se encuentran inexpresivos.

—Ah, hola, Tamy.

Bueno, por lo menos me ha llamado por mi diminutivo. Aunque el saludo haya sido el más frío y distante que recuerde por su parte.

Lo observo en silencio durante unos segundos y me sorprendo deseando que todo lo que he empezado a sentir por él en estas últimas semanas no sea más que una ilusión nacida de la nostalgia. Sin embargo, mi cuerpo me traiciona. Ahí están las señales más claras y rotundas: el latido acelerado, la respiración que se me desordena sin permiso y esa extraña mezcla de nervios y expectativa que me recorre como un cosquilleo cálido. Me cuesta admitirlo, pero cada gesto suyo —como ahora, que se retira de la frente de forma casual un mechón—, parece encender algo en mí que ya no sé cómo ignorar.

Sí, guardo un secreto, y es que he empezado a sentir algo por mi mejor amigo. ¿El problema en toda esta ecuación? Que no debería porque tengo novio.

—No sabía que habías regresado, si no te habría esperado para venir juntos —consigo decir.

Levy aparta sus ojos de los míos y vuelve a concentrarse en su taquilla.

—Llegué anoche. Supuse que ya habías hecho planes. No quería molestarte —comenta, concentrado en colocar sus libros de texto.

Sigo mirándolo mientras finge que ordenar esos libros es una tarea extremadamente urgente. Conozco esa maniobra, la usa cuando quiere poner distancia sin tener que decirlo en voz alta. Algo dentro de mí se encoge, aunque intento no mostrarlo.

Me aclaro la garganta y doy un pequeño paso hacia él, lo justo para que no pueda seguir ignorándome sin quedar en evidencia.

—Me habría gustado que me avisaras.

Esta vez sí se detiene. Su mano queda inmóvil sobre uno de los estantes y sus hombros se tensan apenas, un gesto mínimo que solo alguien que lo conoce de tanto tiempo podría notar. Cierra la taquilla con suavidad y apoya la espalda en el metal frío, enfrentándome al fin.

—Tamy, han sido unas semanas complicadas. No quise presionarte con nada ni que cambiases tu rutina por mí.

—No entiendo por qué tendría que presionarme. Somos amigos. Siempre lo hemos sido.

Asiente, aunque la palabra «amigos» parece quedarme apretada, incómoda, casi extraña en mi boca. Sus ojos se suavizan por un segundo y ese instante me desarma, porque ahí está el Levy que me dedicaba sonrisitas torpes cuando éramos niños, el que me escucha sin juzgarme y el que me hacía sentir en casa. Es el mismo Levy que me hace temblar ahora.

Respiramos al mismo tiempo, casi sincronizados, como si una conversación muda se librara entre los dos. Me obligo a sostenerle la mirada.

—Te he echado de menos —digo sin rodeos, porque estoy cansada de esconderme detrás de los silencios.

Levy baja la vista por un momento, pero no para escapar, sino que parece reunir valor. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos ya no están tan vacíos. Hay algo ahí, algo que se parece demasiado a lo que estoy sintiendo yo: anhelo.

—Yo también te extrañé —responde, apenas audible.

Mi mundo, que ya venía tambaleándose estas últimas semanas, vuelve a sacudirse de golpe. Aunque esta vez no es por él, sino por los brazos que, de pronto, me rodean por detrás y me levantan unos centímetros del suelo.

—Hola, preciosa. Rarito —nos saluda Tommy con su habitual confianza mientras me mantiene suspendida.

Fijo la mirada en Levy y observo cómo su expresión se endurece de inmediato. Sin responder, termina de cerrar la taquilla con un golpe seco y se marcha sin decir una palabra, perdiéndose entre el bullicio de los alumnos en el pasillo.

—Bájame, Tommy.

Pero él desoye mi orden.

—¿Preparada para que este año te proclamen reina? —murmura Tommy en mi oído.

—¡Suéltame! —le regaño a la par que le doy un manotazo a sus manos para que me baje. Al fin obedece y me giro hacia él, señalándolo con un dedo—. Y no vuelvas a decir algo semejante.

Detesto que llame así a Levy.

—Nena, ¿quién no va a querer tener en su promoción, como rey y reina, al *quarterback* de los Wildes Lions y a la capitana de las animadoras? —Resoplo al darme cuenta de que cree que hablo de la graduación—. Eso va a ser una realidad.

—Eres un idiota, Tommy Ferguson. —Le pego con mi puño en el pecho. Claro está que no consigo moverlo ni un centímetro del sitio.

—Discrepo.

No quiero mantener de nuevo esta conversación, no aquí.

—¡Levy es mi amigo! —lo defiendo como una leona.

—Tu amigo el raro. —Sonríe de medio lado. Sus manos van directas a mi cintura y se agacha para que su cara quede a mi altura—. No te enfades —añade zalamero, buscando mi boca.

A pesar del mohín que forman mis labios por escucharlo hablar así de Levy, no le importa e intenta capturarlos en un suave beso.

Debería rechazarlo, ya que soy un mar de dudas en estos momentos.

¿Lo hago? No.

Tommy y yo siempre hemos sido un cliché con patas. ¿La capitana de las animadoras y el *quarterback* de los Leones Salvajes juntos? Presentes.

Ambos pertenecemos al equipo de los Lions y, no es un secreto a voces, también nos colgaron la etiqueta de los más populares. Todo el instituto nos pone buena cara, nos ríen las gracias, sin embargo, en el fondo desean que cometamos cualquier error para poder señalarnos.

Nunca quise ser una chica popular del East High School, solo quería ser animadora. Era mi sueño; no obstante, hay sueños que llevan un alto peaje y este es el mío. Todos piensan que ser yo es fácil; pobre niña que odia ser la chica popular… No, no lo odio, solo que no deseo serlo. Me encantaría ser una alumna más, pasar desapercibida la mayoría de las veces, como cualquier alumno, y no que cada gesto que haga o palabra que suelte sea analizada.

¿Que quiero ser reina en el baile de graduación? Por supuesto. No lo niego ni creo que tenga que pedir disculpas por ello. Aun así, no me gustaría conseguirlo por ser la chica de… Y más porque, tras estas últimas semanas alejada de Tommy, tengo dudas de querer seguir juntos.

Me retiro del beso sin interactuar en él y agacho la mirada porque me cuesta fingir que todo sigue igual que hace unas semanas, cuando no es el caso. ¿El problema? Que esta no es una conversación para mantener con todo el instituto como espectadores.

—Tengo que ir a clase —digo, como la cobarde que soy, para intentar escabullirme de su lado.

—¿Nos vemos en el entrenamiento? —pregunta, sin percatarse del batiburrillo de emociones que anida en mi interior.

—Eh… Claro, claro.

Pero Tommy ya se ha marchado sin esperar mi respuesta, dando por hecho que así será.

Suelto un suspiro y abro el cuaderno para fijarme en mi horario: Ética y moral.

«Genial», pienso tras un resoplido al ver la primera clase del día. «Ojalá en el tema de hoy nos enseñen cuál es la forma más adecuada de actuar en esta situación sin que nadie salga herido».



El señor Phillmor nos ha dado la bienvenida junto a un discurso emotivo a los del último año. Nos comenta que estas semanas no hay que bajar la guardia ni debemos relajarnos. Nuestro futuro depende de lo que nos impliquemos en la recta final. Miro de reojo hacia el pupitre en el que se encuentra Levy, esperando encontrarlo con la barbilla en alto y comportándose como el alumno modélico que es. Sin embargo, se encuentra con el cuerpo medio escurrido en su silla, la espalda encorvada y la mitad inferior de su cara escondida dentro de su camiseta.

Frunzo el ceño.

—Tsss, tsss… —lo llamo bajito para que el profesor Phillmor no se entere—. ¡Levy! ¡Levy!

—Señorita Jefferson, ya que veo que no es capaz de respetar el momento de la presentación de una nueva compañera y que la veo con ganas de intervenir, ¿qué mejor que sea usted quien haga de guía a la nueva alumna y le muestre las instalaciones de las que disponemos en East High School?

Ahora soy yo la que se encoge sobre sí misma. Siento cómo me arden las mejillas al ser el centro de atención cuando todos mis compañeros se giran en mi dirección. Bueno, todos no. El que precisaba que lo hiciese, antes de interrumpir al señor Phillmor, se encuentra, en este momento, dando pequeños cabezazos con su frente sobre la mesa.

«Pero… ¿qué le ocurre?». Lo observo extrañada. No me da tiempo a meditarlo cuando nuestro profesor carraspea impaciente para que me una a ellos.

Sujeto mi libro, que permanece intacto sin abrir sobre mi mesa, y lo guardo en mi mochila estilo bandolera para cruzar el aula con todos los ojos resiguiendo mis pasos. Al llegar hasta nuestro profesor, me fijo en que está acompañado por una chica de cabello color fuego y ojos curiosos.

—Por favor, vayan a Secretaría y que os den un pase de acceso. Hoy, la señorita Morningstar y usted, tendrán el día libre para poder recorrer el centro.

Tengo unas terribles ganas de gritar.

Maldigo mi suerte mientras salimos la chica nueva y yo al pasillo. Una vez que nos quedamos solas, me deshago de mis pésimos pensamientos y me giro. Le hablo lo más cordial posible dadas las circunstancias; ella no tiene la culpa de que mi día no esté resultando como yo esperaba, y le digo:

—Primera parada, a por los pases de acceso, eh… —Intento mostrarme animada y que no se note que ni siquiera sé su nombre. Por suerte, ella se adelanta y me echa un cable.

—Lilian Morningstar, aunque puedes llamarme Lilian.

—Encantada, Lilian. —Le ofrezco mi mano, alegre—. Yo soy…

—Tamara, Tamara Jefferson, lo sé. —Me estrecha la mano, sonriendo.

Le devuelvo el gesto. Sin embargo, el mío sale un tanto avergonzado. Si hubiese prestado atención y no hubiese estado en las musarañas, yo también sabría el suyo. Por eso, mientras nuestras manos continúan unidas, me prometo que me convertiré en la mejor guía que podrían haberle asignado.

Total, ella no sabe que estas últimas semanas he descubierto que necesito dejar a mi novio porque no me puedo negar a mí misma que, de quien en realidad estoy enamorada es de mi mejor amigo. Un chico que nunca me verá como algo más que la vecina de al lado.

—Bienvenida, Lilian —digo, intentando que mi sonrisa no se vea demasiado forzada.

La pelirroja me observa como si ya me conociera de toda la vida. Es extraño, la mayoría de los recién llegados suelen mostrarse

inseguros, tímidos, casi perdidos en el enjambre de los pasillos de East High.

Ella no. Lilian camina con paso firme, con la barbilla erguida, como si hubiese estado aquí desde siempre. Esa seguridad me desconcierta y, al mismo tiempo, despierta en mí un cosquilleo de curiosidad.

—Entonces, ¿qué me recomiendas ver primero? —pregunta con tono suave, pero con un deje travieso en la mirada.

—Pues… —Me aclaro la garganta—. No sé, supongo que lo básico: la biblioteca, el gimnasio, la cafetería… Cosas así.

Lo digo con cierta desgana porque todavía sigo molesta por la interrupción que me impidió descubrir qué le pasa a Levy. Sin embargo, Lilian asiente entusiasmada, como si le hubiera propuesto un *tour* por Disneyworld.

Mientras avanzamos por los pasillos, noto las miradas de diferentes clases. No solo hacia ella, los alumnos nuevos siempre despiertan expectación, sino hacia nosotras juntas. Como si de repente fuera extraño verme caminar al lado de alguien que no fuese ni Levy ni Tommy ni alguien del equipo de los Leones Salvajes.

—¿Sabes? —dice Lilian, inclinándose hacia mí—. Todos me habían advertido de lo «intenso» que es el primer día en un instituto nuevo. Pero no me esperaba tanto… —Señala con la barbilla hacia un grupito que cuchichea con descaro, desde su clase, mientras pasamos—. ¿Siempre es así?

Suelto una risa amarga.

—Bienvenida a East High, donde cada paso que das parece un espectáculo gratuito para los demás.

Ella sonríe, y su expresión es tan luminosa que me obliga a mirarla un segundo más de lo necesario. Entonces recuerdo lo que me he prometido. Ser la mejor guía posible, aunque mi mundo interior ahora mismo sea un caos.

—¿Y tú? —me pregunta de repente, como si hubiera leído en mis pensamientos—. ¿Siempre sonríes, aunque estés enfadada?

Me quedo helada.

No sé si es por la manera directa en la que me lo ha dicho o porque acierta de lleno en describirme. Esa soy yo, Tamara Jefferson, la que

nunca se permite mostrar lo que siente de verdad.

—No estoy enfadada.

Ella alza una de sus cejas pelirrojas y me analiza.

—Pero realmente tampoco estás demasiado feliz.

Mi sonrisa se tambalea.

—Digamos que intento estarlo —respondo, encogiéndome de hombros.

—Parece demasiado esfuerzo solo de cara a los demás.

Parpadeo confundida porque nunca lo había visto de ese modo.

Cambiamos de tema mientras llegamos a Secretaría, pero su pregunta sigue resonando en mi cabeza. Y no puedo evitar pensar que, si todos también me verán de esa forma, como alguien incapaz de mostrar debilidad, siempre cubriéndolo todo con una sonrisa ensayada.

Cuando por fin nos entregan los pases de acceso, Lilian los guarda en su mochila con gesto despreocupado.

—Bien —dice—. Ahora quiero que me enseñes tu lugar favorito del instituto.

—¿Mi lugar favorito? —Parpadeo sorprendida.

—Claro. No me vengas con la cafetería ni con el gimnasio, quiero algo auténtico. Algo que diga quién eres tú aquí.

Abro la boca, pero me quedo sin palabras. Porque… ¿cuál es mi lugar favorito? ¿El campo de animación, donde me siento en casa saltando y gritando con las chicas? ¿La biblioteca, donde Levy y yo pasamos tardes enteras preparando debates? ¿O mi taquilla, que guarda todos mis secretos entre papeles arrugados y cartas que nunca me atrevo a entregar?

Mi silencio la hace sonreír aún más.

—Tranquila, no hace falta que me lo digas ahora. Lo descubriré.

Siento un escalofrío raro, como si la certeza de sus palabras fuesen una advertencia.

En ese momento, el timbre suena, marcando el cambio de hora. El pasillo se llena de estudiantes y el ruido se vuelve ensordecedor. Entre la multitud, alcanzo a distinguir a Levy apoyado en la pared, con la mochila colgando de un hombro y el gesto ausente. Durante un instante, nuestras miradas se cruzan y, aunque me esfuerzo por

sonreír, por transmitirle el optimismo que siempre me define, él aparta la vista enseguida.

Se me cae el alma a los pies al pensar que tal vez, solo tal vez, este último trimestre no será tan sencillo como lo había imaginado.

Capítulo 2



Levy

La biblioteca de Humanidades es, en teoría, un lugar seguro. Pero solo en teoría. En la práctica es donde vengo a esconderme de mi prometida infernal recién llegada, que actualmente debe de estar dando vueltas por los pasillos del instituto como un satélite de mala suerte.

Camino rápido entre estanterías, intentando no parecer alguien que huye del apocalipsis. Aunque eso es más o menos lo más cerca de la realidad de lo que estoy haciendo.

—Respira —me digo en voz muy baja—. Solo respira. Es un lugar tranquilo, silencioso, lleno de libros. Nada puede salir mal aquí.

Error.

Yo existo, por lo tanto, las cosas pueden salir mal en cualquier sitio.

Me dejo caer en la mesa más escondida de la esquina, esa donde la lámpara parpadea y los alumnos solo se sientan cuando quieren copiar trabajos de Filosofía, y apoyo la frente sobre mis manos.

Lilian está aquí, en el mundo humano. Donde no debería estar ni en un millón de años.

Mi corazón late demasiado rápido. Mi sombra, esa que se manifestó hace unos meses cuando cumplí la mayoría de edad, vibra bajo mis pies, inquieta, como si quisiera escapar para ver dónde demonios está ella.

—Tranquila —le murmuro.

Claro está que no funciona. Mi magia siempre actúa como si fuera una mascota sin entrenar. Sobre todo, mi sombra, o mi demonio interior, como quiera llamarlo.

Si estoy nervioso: vibra.

Si estoy alterado: chisporrotea.

Si estoy enamorado de mi mejor amiga desde los doce años: básicamente intenta quemarlo todo a mi alrededor.

De puta madre.

«Deja de hablar de mí a desconocidos».

Y sí, también me habla. Demasiado.

Cierro los ojos e intento concentrarme en mi respiración para calmar la energía. Es lo que no ha parado de decirme mi padre estas últimas semanas a su lado. Tú eres quien domina tu poder, no al revés.

Un consejo valioso que no sirve de nada.

—*Leviatán, siempre escondiéndote* —susurra otra voz en mi cabeza.

Abro los ojos tan sumamente rápido que siento que casi me mareo.

—No es Lilian. No es nadie. Es solo mi ansiedad tomando forma —musito en un intento de autoconvencerme.

«Qué ingenuo mi principito… Sabes perfectamente que es ella», ríe mi sombra.

Un chico, un par de mesas más alejadas, alza la cabeza y me observa.

Genial, ahora también a mis rarezas debo añadirle la de hablar solo.

Me enderezo, tomo un libro al azar, lo abro y pretendo estudiar como un ser humano funcional. Relájate. Respira. Nada explota si respiras.

Pero, justo entonces, estornudo.

¡Maldita sea!

No un estornudo normal, no. Es uno de: Levy-nervioso-demonio-en-crisis.

Un chorro de fuego azul sale disparado de entre mis labios, hace un arco bonito sobre la mesa y chamusca un poco las esquinas de tres libros y un marcapáginas con una cita filosófica.

—¡No! No, no. Joder… —susurro mientras intento aplastar el fuego con mis propias manos.

El fuego azul se apaga con un bufido, como si de un gato molesto se tratase.

Perfecto. Fantástico. Hermoso. Mi día mejora por segundos.

—Penoso, te ha faltado añadir. Siento vergüenza ajena.

«Cállate, joder», regaño a mi demonio interior.

—¿Hueles eso? —pregunta una voz a mi derecha.

Mierda.

Es el chico que antes se ha fijado en mí. Vamos juntos a Historia, es el que siempre lleva camisetas de series y, por lo visto, tiene un olfato inquietantemente fino.

—¿No hueles a quemado? —pregunta mientras veo que se pone en pie y se acerca.

Lanzo la parte superior de mi cuerpo sobre la mesa en un intento de ocultar los libros chamuscados. Le muestro una sonrisa, aunque, por cómo se le tensa el rostro, sé que no lo consigo del todo.

—No, qué va. Solo ha sido un experimento de Ciencias fallido.

Me mira con el ceño fruncido.

—Levy, ¿verdad?

Manda cojones.

Que me tenga que preguntar mi nombre cuando llevamos años compartiendo asignatura dice mucho de lo poco sociable que soy.

—¿Sí? —cuestiono, sintiendo el sabor del azufre en mis papilas gustativas.

—¿No deberías irte al laboratorio de Ciencias para hacer eso? Esto es la biblioteca de Humanidades —me reprende.

Lo odio.

No en el sentido literal, sino en el sentido de quiero que deje de hacerme preguntas y se largue, antes de que de manera accidental lo convierta en una antorcha humana.

—Mira —digo más borde de lo que debería—, ¿me meto yo en tus asuntos?

Él abre la boca, sorprendido.

Ha quedado claro que no soy de lo más popular en el centro. Soy de los que pretende ser invisible y no llamar la atención. Aunque si alguna vez, que son pocas, alguien ha intercambiado alguna que

otra frase conmigo, suelo ser correcto y educado. Pero en los últimos tiempos he descubierto que mi demonio interior es un maleducado.

—Eh… no.

—Exacto. Pues ya está. Todo está bien. Nada se ha quemado, no hay olor a quemado y todos estamos felices.

El chico se va despacio, con la expresión de «este tipo claramente está escondiendo algo, pero prefiero no saberlo».

En cuanto se aleja, dejo caer la cabeza en la mesa.

—Perfecto, Levy —murmuro—. Perfecto. Justo lo que necesitas para pasar desapercibido: fuegos artificiales nasales en la biblioteca.

La sombra bajo mis pies se mueve un poco, casi como si se riera de mí.

Me gustaría poder decir que no tiene sentido que una sombra se ría, pero después de diecisiete años viviendo con una sombra semiinconsciente, que sabía que tarde o temprano se manifestaría, he superado ese tipo de reflexiones.

Cierro los ojos de nuevo, intentando recomponerme.

No puedo volver a perder el control aquí. Mejor dicho, no me puedo permitir perder el control en absoluto.

Y lo más importante: No puedo perder el control delante de Tamara.

Siento el pecho apretarse al pensar en ella.

Su risa; su olor a vainilla; la forma en que frunce la nariz cuando piensa que estoy evitando responderle; la manera en la que quiero besarla cada vez que me mira, como si fuera la única persona en el mundo que entiende mi silencio.

No, ahora no. No puedo pensar en esto.

Es evocar su imagen en mi mente y sentir como los ojos me arden. Seguro que han pasado de gris claro a rojo intenso.

Mi sombra se eleva un poco, como si quisiera abrazarme. La aplasto con un pensamiento y mi magia se agita a la par que mi corazón.

—*Leviatán* —repite esa voz de serpiente, suave y cortante.

Sin embargo, esta vez no está en mi cabeza, sino justo detrás de mí.

Me pongo rígido y, al incorporarme de golpe, se me cae un libro.

Trago saliva y me repito que no puede ser.

Giro la cabeza muy, muy despacio y, joder… Claro que es.

Lilian está de pie a tres pasos detrás de mí; imponente, perfecta, peligrosa y totalmente fuera de lugar entre la estantería de literatura contemporánea y filosofía actual.

—Aquí estás —dice ella, como quien encuentra una mancha en la alfombra—. Vaya escondite más… Patético.

Cierro los ojos un segundo, diciéndole adiós a mi paz mental y saludando al apocalipsis.

—Lilian —susurro—. No puedes estar aquí.

Ella me muestra una sonrisa, y eso nunca es buena señal.

—Puedo estar donde quiera, soy estudiante, ¿recuerdas?

—No me refiero a la biblioteca, sino a la tierra, joder.

—Son órdenes de mi futuro suegro y no seré yo quien se las salte.

—Maldita sea —gruño.

—Por cierto, prometido, debes dejar de estornudar fuego. Destroza tu imagen de humano promedio.

La sombra bajo mis pies se crispa. Por una vez estamos en sintonía, ya que yo hago lo mismo.

—No soy tu prometido —digo con un hilo de voz.

—Lo eres desde el día en que naciste —responde ella.

Siento que me empieza a doler la cabeza al pensar en el futuro.

—¿Podemos hablar en un sitio donde no haya adolescentes con buen olfato? —pregunto, echando un vistazo a mi compañero de Historia, que no para de lanzarme miradas.

Ella mira alrededor, disgustada.

—No pueden verme.

—¿Cómo que no pueden verte? —cuestiono confundido.

Lilian sonríe como la demonia que es.

—Oh, pobre Leviatán… Tienes tanto que aprender de tu lado demoníaco —se burla—. Soy una especie de holograma. Mi cuerpo físico se encuentra en otro lugar mientras que a mi mente consciente le apetecía saludarte.

—Estupendo. Ahora sí que creerán que soy un bicho raro —mascullo por lo bajo.

—Llevas razón. Este lugar huele a ansiedad, polvo y hormonas descontroladas.

—Eso es East High en general —respondo.

—No me sorprende —dice, y suspira.

Y, cuando Lilian suspira, el aire se enfría un poco.

—Necesitamos discutir tu situación.

La palabra «situación» es un eufemismo elegante para decir: «tu destino infernal, el cual no te dejarán evitar, aunque intentes esconderte debajo de una mesa».

Veo a Theodor levantarse sin apartar los ojos de mí.

Alzo una mano para despedirme de manera conciliadora. Cuando se aleja, me vuelvo hacia Lilian.

—Este no es buen momento.

—¿Y cuándo es buen momento? —cuestiona, cruzándose de brazos.

«Dile que nunca».

—Ya veré.

—No me rehúyas, Leviatán. Sabes que no puedes ocultarte de mí.

Vaya que si lo sé. Antes de que Lilian se esfume literalmente, asiento, derrotado.

—Cuando acaben las clases.

Desaparece sin más mientras me quedo pensando en un lugar seguro en el que no haya posibilidad de hacer explotar ninguna estantería.

«*La odio***»**.

Ya, yo también.

Capítulo 3



Tamara

El sol me pega de lleno en la cara. Ni las gafas de sol consiguen salvarme del calor que se acumula en el estadio. Primer día de vuelta a las clases, primer entrenamiento y, oficialmente, primer recordatorio de que ser animadora no es tan glamuroso como en las películas.

Me acomodo la falda del uniforme y respiro hondo.

«Vamos, Tam, sonríe». Como siempre. Como si no llevaras demasiado tiempo pensando en alguien en particular. Alguien que no es tu novio.

Permanezco de brazos cruzados, siguiendo el ritmo de la música, dando pequeños toques con el pie derecho sobre el césped.

Hollaback girl de Gwen Stefani suena por todo el campo de fútbol mientras Arthur, nuestro base, se tumba en el suelo. Wendy, que es la voladora en este tipo de mortales, ajusta sus pies sobre las manos de él y se prepara para saltar. Ella dobla las piernas, dándole espacio al base para levantar los brazos y que los bloquee. Observo como ella se mantiene rígida, controlando no balancearse. Justo en el momento en que Arthur se dispone a lanzarla al aire para que ella salte de espaldas, aprecio cómo le tiemplan los bíceps.

Soplo el silbato, antes de prever la catástrofe y consiga romperle la crisma. Sería una faena quedarnos sin una de nuestras mejores bazas.

—¿Has hecho pesas hoy? —pregunto, acercándome hasta ellos—. Sé que te has propuesto tener unos músculos de acero, pero estás

temblando. Si no hubiese parado el ejercicio, ahora mismo Wendy estaría lesionada.

—Podrías tenerme un poco más de crédito, capitana. —El base de nuestro equipo arquea una ceja en mi dirección y me muestra una sonrisa socarrona—. Nunca dejaría que esta belleza tocase el suelo.

Estira la mano, la engancha en la pantorrilla de Wendy y la atrae para que caiga sobre su regazo. Ella, de la impresión, comienza a reír carcajadas, encantada con la atención. Pongo los ojos en blanco al ver cómo se deshace entre sus brazos.

Miro hacia las gradas. Ahí está Lilian, quien se ha convertido hoy en mi pupila, y muevo la mano para saludarla.

Nunca imaginé que saltarme las clases con permiso sería tan divertido. Aunque creo que la culpa de que eso haya sido así la tiene ella. Lo hemos pasado tan bien juntas que le he ofrecido si quería acompañarme al entrenamiento.

—¡Dejad de retozar como dos libertinos! En pocas semanas será el campeonato estatal y no pienso consentir que los de West High School nos ganen de nuevo. Este es nuestro último año en el equipo, démosle la gloria que se merece a los del Este.

Nada más terminar la frase, el ambiente cambia y noto cómo se toman mucho más en serio el entrenamiento. Nada como recordar la rivalidad que existe entre East High School y su némesis para que nos tomemos las cosas en serio.

Vivo en un recóndita y colonial ciudad costera de Virginia de la que poca gente se acuerda que existe. Sin embargo, cuando llegan los campeonatos de porristas, animadoras, *cheerleaders* o como a cualquiera le guste llamarlo, el mundo se paraliza y solo existen los pompones.

Nuestros dos institutos siempre llegan a las fases finales e incluso los últimos cinco años se ha traído a casa el título. Unos años el instituto del Oeste, y otros la victoria ha sido para nosotros. Por mucho que pertenezcamos a la misma ciudad, no es agradable cuando es el otro quien se alza con el liderazgo. Somos rivales acérrimos; ellos son los Tigers y nosotros los Lions. Ellos del Oeste y nosotros del Este. Nunca llegaremos a entendernos, no sé muy bien de dónde viene esa situación, pero es así desde siempre.

Lilian se acerca a mí con esa sonrisa que asumo la caracteriza; tiene los ojos tan verdes que parecen luminiscentes.

—¿A esto os dedicáis todo el día? —Por un momento dudo qué contestar. No estoy segura de si tomármelo a crítica o como simple curiosidad.

—Ser animadora es mucho más que bailar, consiste en el uso organizado de la música, el baile y la gimnasia. Nos cuelgan el estigma de que somos unas descerebradas y para llevar a cabo este deporte tienes que ser disciplinada. Haces ejercicio, mucho. Y, aun así, no se valora como realmente se debería —le explico lo que tantas veces me ha tocado repetir cuando me preguntan por qué soy animadora.

—Lo siento. No quise ofenderte. —Me dedica una sonrisa de disculpa al volver a mirarme—. Solo que es la primera vez que veo algo así.

Frunzo el ceño.

«¿Nunca antes había visto un entrenamiento de animadoras?»

—¿De dónde dijiste que venías?

—No lo dije. —Vale, ahora la avergonzada soy yo—. Vengo de lejos.

—¿Inglaterra? —Los ingleses suelen elegir como destino Virginia para afincarse en nuestro país, ya que antiguamente fueron colonias inglesas.

—No tan lejos.

—¿En qué invertías tu tiempo en tu antiguo instituto? ¿Tenías algún *hobby*? Por tu expresión, deduzco que no era el ser animadora. —Río, señalando a mis compañeros, que se dedican a hacer el vago.

Madre mía… Las vacaciones han hecho estragos y necesitamos volver a coger el ritmo.

—Me gustaban los debates electorales. La política es lo que mueve el mundo y por ello hay que estar informada para hablar con propiedad de cualquier tema.

Es escucharla y girarme en su dirección como un resorte mientras la agarro por el antebrazo.

—¡Debates! ¡Eso es estupendo, Lilian! Tengo que presentarte a mi mejor amigo. —Aplaudo a la vez que pego unos cuantos saltitos en el sitio, encantada—. Se le conoce por ser el presidente del grupo de

debate del instituto. En pocas semanas habrá un campeonato para elegir al mejor club escolar, pero seguro que el nuestro vuelve a salir campeón. Levy es apasionado, tenaz y muy vehemente en sus mítines, seguro que os llevaréis genial.

—¿Aquí tenéis club de debate?

—Ajá…

Asiento feliz.

—Sé que no es lo normal, ya que queda poco para que termine el curso, pero me encantaría inscribirme —comenta con determinación.

Me llevo las manos al corazón, agradecida de que Lilian haya aparecido. Hacía mucho que no congeniaba, de esta manera, con alguien en tan poco tiempo.

—¡Me parece una fantástica idea! Es más, si no tienes mucha prisa, yo misma seré quien te lleve hasta el aula donde se llevan a cabo los debates y así podrás inscribirte.

—Estupendo —comenta ella con menos efusividad que yo.

Tras terminar el entrenamiento, Lilian y yo cruzamos todo el campo de fútbol dirección al edificio, charlando animadas.

—La verdad es que ha sido mucho más entretenido de lo que pensé en un principio —reconoce Lilian con una mueca en sus labios.

—¡Pues claro que sí, Li! —Con total confianza me engancho de su brazo con camaradería—. Y esto solo es el primer entreno tras las vacaciones. Verás cuando recuperemos la forma. Va a ser todo un espectáculo que, estoy segura, disfrutarás.

Entiendo que no tuviera mucha fe en nosotros. Por lo general, las animadoras somos chicas estereotipadas sin una pizca de cerebro.

Craso error.

El equipo de animadoras, sobre todo, el de los Wildest Lions, es mucho más. Tanto los chicos y las chicas que pertenecemos al equipo nos lo tomamos muy en serio.

Hay unas pruebas de acceso que se llevan a cabo la primera semana de inicio de curso, que son bastantes complicadas. Los candidatos para optar a una plaza pasan los meses de verano practicando para la prueba de acceso. Los jueces son los integrantes del último año, ya que son los que abandonarán el equipo y

necesitan asegurarse de que el nivel no decaiga una vez que ellos ya no estén.

—Oye, si lo del club de debate no termina de convencerte, podrías presentarte a animadora. —Le guiño un ojo—. Quizá pueda echarte una mano para acceder.

—Yo soy más de trabajar de forma individual. Me conozco, con mi temperamento, no tengo paciencia para ese deporte, seguro que chamuscaría a más de un compañero. —Se echa a reír por su propia broma.

—Bueno, es cierto que en más de una ocasión sales quemada cuando las cosas no salen como esperas, pero no suele llegar la sangre al río. —Descarto con un ademán de mano.

—Gracias por creer que sería válida. —Me observa con una extraña mirada—. Aun así, no creo que sea buena idea. Prefiero una buena batalla dialéctica.

—Si es lo que prefieres, yo te voy a presentar al mejor rival al que puedas enfrentarte. —Sonrío a la par que abro la puerta del aula de la clase de debates—. Lilian, ante ti tienes al Levy Sinclair, el genuino e inigualable invicto presidente.

Al escuchar ruido, mi amigo, que se encuentra en uno de los atriles —seguro que repasando su discurso electoral—, levanta la cabeza. Desde la otra punta del aula veo cómo aprieta la mandíbula. Parece que aún sigue con el humor taciturno con el que ha vuelto de las vacaciones.

«Bah, da igual. Se le terminará pasando», me digo, e insto a Lilian a que me acompañe hasta donde está míster Gruñón.

—Que no te impresione su cara seria, es un poco tímido y poco dado a las relaciones sociales —cuchicheo con ella—. Aunque tiene buen criterio a la hora de elegir amistades. —Me señalo a mí misma.

—¿En serio? —pregunta, no muy convencida. No es lo que dice, sino la forma, lo que hace que frunza el ceño y me tense en el proceso. «¿Acaso duda de mi palabra?». Ella debe de notar mi cambio de actitud porque, con rapidez, añade—: No me malinterpretes. Lo digo porque me parece extraño que, siendo un gran orador, según dices, sea tan tímido.

Automáticamente me relajo.

Sé que no soy objetiva en cuanto a Levy, pero no me gusta que nadie lo juzgue. Se podría decir que él es mi talón de Aquiles.

—Oh, que no te engañe esa presencia reservada. Cuando sube al atril y se expone ante a los oyentes, se crece.

Tiro de ella los pocos metros que nos separan hasta el inicio de la clase.

Levy ya ha recogido sus papeles y los está guardando en su mochila. Cuando se dispone a bajar del improvisado estrado que se construyó para estos menesteres, lo asalto. Lo conozco lo suficiente como para saber que se escaparía de nosotras si no lo hiciese.

—¡Levy! Qué alegría encontrarte aquí. —Él arquea una ceja sin creerse que el encuentro sea fortuito. Tanto él como yo sabemos que estaría segura de que se encontraría en esta aula. Es como si alguien quisiese dar conmigo, iría directo al campo de futbol, al lugar donde entrenan las animadoras—. Quiero presentarte a la alumna nueva, Lilian Morningstar. Está interesada en inscribirse en el club de debate, ¿a qué es genial? —Mi amigo tuerce el gesto, como si no fuese para nada fantástico—. Lilian, él es Levy Sinclair.

—Hola, Leviatán. —Extiende ella su mano.

—Oh, no, no. Es Levy a secas. —Se me escapa una risa nerviosa y sobre todo incómoda al ver como él ni siquiera hace el amago de devolverle el saludo.

Lilian se limita a lanzarnos una mirada suspicaz cargada de humor.

—Muy bien, Levy… a secas, encantada. —No lo puedo evitar y comienzo a reír a carcajadas.

Esta chica es genial. Aunque mi amigo no piensa lo mismo porque no deja de observarla con seriedad y una intensa mirada.

—Venga, Lev, reconoce que ha tenido su gracia —comento, secándome el lagrimal—. Y no seas descortés. —Le pego un manotazo en el pecho para que le devuelva el saludo y no se quede ahí, parado como una estatua.

Lo miro asombrada.

«Vaya. ¿Desde cuándo Levy está tan fuerte?».

Lo miro con más detenimiento y descubro que, como dice Candice, parece que este tiempo en Poughkeepsie le ha sentado de maravilla.

Sigue siendo él, sin embargo, se le nota que ha madurado. Siempre ha sido alto, medirá un metro ochenta, acostumbra a vestir con pantalones vaqueros, camisetas oscuras. Un *outfit* nada destacable que a él le sienta como un guante.

A pesar de que se esfuerce por pasar inadvertido, es incapaz de ocultar su atractivo. Tiene una intensa mirada gris plata y un pelo negro tan brillante que más de una mataría por él. Lo lleva desordenado por la habitual manía que tiene de pasarse los dedos por los mechones. Él piensa que su apariencia *nerd* le hace pasar desapercibido, pero yo sé de buena tinta que levanta muchos suspiros entre nuestras compañeras.

Incluso, desde un tiempo hacia acá, los míos también.

Por como lo mira Lilian, no soy la única que piensa que Levy es único en su especie. Ya que lo nuestro es una auténtica utopía, y nunca me verá como algo más, quizá ella sea la candidata perfecta que consiga que Levy salga de su caparazón.

—Así que quieres unirte al club de debate —habla él al fin. Lilian asiente y yo los observo interactuar—. Tamara, podrías dejarnos a solas para que le explique en qué consiste nuestro club.

«¿Me está echando?». Cuando ninguno de los dos me dedica un mísero vistazo, soy consciente que sí, que sobro.

Con las mejillas sonrojadas por sentirme ignorada, agacho la cabeza y me despido entre susurros. No sé siquiera si se habrán dado cuenta, pues cuando llego a la puerta, y antes de atravesarla, giro la cabeza y, al echar un vistazo por encima de mi hombro, compruebo que ellos no se han sacado los ojos el uno al otro de encima.

Debería de estar feliz, entusiasmada. Ha sido idea mía que se conozcan, pensando que podrían ser compatibles. Sin embargo, siento un irreconocible tirón en el estómago.

Supongo que esta extraña sensación será debida a que me preocupo por la alumna nueva. Espero que Levy se comporte y no haberla lanzado a los leones. Y no, no me refiero al equipo de futbol del instituto, si no que Levy, cuando se lo propone, puede ser el más fiero de todos.

Salgo del aula con el pulso acelerado, intentando convencerme de que no pasa nada, que todo va según lo planeado, pero esa punzada rara en el estómago no me suelta. Camino por el pasillo y me descubro mordisqueándome el labio inferior, una costumbre nerviosa que arrastro desde siempre.

El murmullo de las clases extraescolares se filtra por las puertas entornadas y, por un instante, me invade la sensación de estar de nuevo en mi papel habitual. Tamara, la capitana, la de la sonrisa lista para posar en cualquier foto, la que tiene que demostrar que todo está bajo control. Excepto que, en este preciso momento, siento que todo se me escapa.

Apoyo la espalda en la pared, justo al lado de la máquina de bebidas. Cierro los ojos, respiro hondo y repaso mentalmente: «Querías que Lilian conociera a Levy. Querías que volviera a entusiasmarse con algo más que con sus discursos en solitario. Has hecho lo correcto».

Pero la escena de ellos mirándose con tanta intensidad se me repite como un eco. ¿Y si en realidad encajan? ¿Y si mi mejor amigo encuentra en Lilian lo que jamás encontró en nadie más? ¿Lo que jamás encontrará en mí?

Una voz interna me susurra que debería estar contenta por él, que eso sería lo justo. Sin embargo, otra, más terca y difícil de acallar, insiste en que hay algo que no cuadra, que no estoy siendo del todo sincera conmigo misma.

Sacudo la cabeza.

—Basta ya, Tam, céntrate —me digo en voz baja.

Con ese mantra intento arrancar el malestar, pero no dura demasiado. Alguien viene corriendo por el pasillo y, al abrir los ojos, descubro a Wendy, todavía con el lazo rojo del uniforme deshecho y su coleta colgando hacia un lado.

—¡Capitana! —jadea, sujetándose la falda mientras se detiene a mi lado—. Arthur se ha picado porque lo paraste antes y ahora dice que piensa levantar a Derek como si fuera yo. ¡Está loco!

Me froto la sien con un suspiro resignado. Claro que Arthur no iba a dejarlo pasar. Su ego es más frágil que sus bíceps.

—Está bien, vamos. —Me enderezo, ajustándome la falda y adoptando de nuevo mi papel de líder.

Cuando regresamos al campo, el resto del equipo está rodeando a Arthur y a Derek, que hace poses dramáticas como si fuera modelo de pasarela. El ambiente es un hervidero de risas y burlas, pero noto ese filo peligroso que siempre precede a un accidente.

—¡Arthur! —alzo la voz, lo justo para que todos me escuchen—. Si quieres impresionar, hazlo con repeticiones de abdominales, no poniendo en riesgo al equipo.

Él se cruza de brazos y me lanza una mirada desafiante, pero tras unos segundos de tensión, cede y deja a Derek en el suelo. El grupo rompe en carcajadas y la atmósfera se relaja.

Lo observo de reojo.

Por mucho que me exaspere, en el fondo, lo aprecio. Todos formamos parte de esta pequeña familia de locos. Y quizás por eso me duele tanto sentir que, en otro rincón del instituto, alguien más importante para mí pueda estar construyendo un lazo sin mí.

«Lilian y Levy. Si hasta los nombres quedan bien juntos». El pensamiento me golpea de nuevo y no puedo evitar que un cosquilleo extraño me recorra el pecho.

Me coloco frente al equipo y hago sonar el silbato.

—¡Vamos, Lions! Tenemos trabajo que hacer. Y si queremos ganarles a los Tigers, más vale que empecemos a comportarnos como campeones.

Las voces de mis compañeros responden al unísono, fuertes y motivadas. Ese coro me devuelve, por unos segundos, la confianza.

Quizás no pueda controlar todo lo demás, pero aquí, en este campo, bajo este sol que parece sacado del mismísimo infierno, sé exactamente quién soy y lo que debo hacer.

Capítulo 4



Levy

Una vez que Tamara nos deja solos, siento el calor arremolinándose a mi alrededor. Varias chispas ardientes se escapan de mis dedos. Tomo una honda respiración por la nariz, intentando relajarme.

No me puedo permitir volver a perder el control en el instituto y me repito, una y otra vez, que este no será el día que lo haga. Por mucho que esté a un simple chasquido de quebrarme.

—¿Te alegras de verme? —me pregunta con su habitual sonrisa condescendiente.

—Te dije que te avisaría —susurro bajo y ronco.

Estoy tan furioso que incluso me cuesta articular cada una de las palabras. Siento como los chispazos, poco a poco, se van convirtiendo en pequeñas lenguas de fuego azul que suben por mis brazos.

Mi sombra está más indignada que yo y veo cómo se despega de mi ser, intentando alcanzar a Lilian.

—Oh, Leviatán… Relájate. —Con un solo gesto de su mano, las llamas, que comenzaban a envolverme, desaparecen.

—Tienes que marcharte. No puedes estar aquí.

«¿Eso que me atenaza la garganta es pánico?». Sí, debe ser eso porque tiene un regusto dulzón, como a nuez de macadamia.

—¡¿Crees que es mi decisión?! —Ni siquiera levanta la voz, pero solo al ver cómo sus mechones adquieren un tono sangre sobrenatural, me demuestra que no está contenta—. Estar en este lugar es un verdadero sufrimiento. Mira mi pelo, mi piel… —se queja, señalándose a sí misma—. ¡Están secos y tirantes! Hay tanta

humedad que siento que me asfixio —lloriquea—. ¡Esto es culpa tuya! —acusa, molesta, mientras me clava un dedo en el pecho.

—¿Mía? —Mis ojos se abren de par en par, asombrado a la par que colérico. Seguro que los tengo rojos—. Te recuerdo que yo peleé, discutí y no fui el que aceptó con una sonrisa nuestro compromiso.

Está bien, creo que es momento de presentarme como es debido y os ponga en situación de por qué siento que mi vida va a la deriva, por no decir: «literalmente a la mierda».

Me llamo Levy Sinclair, hijo de Margaret Sinclair, una madre soltera que trabaja como secretaria en una inmobiliaria. Llevo una vida sencilla, cómoda. Vamos, lo que viene a ser, aburrida. Sin embargo, estoy bien con ello; soy feliz, o, por lo menos, lo era. Pues aquí viene por cómo también se me conoce en otras partes no terrenales. Allí abajo, no al sur del país, no, mucho más abajo, soy Leviatán el Oscuro, vigésimo séptimo hijo del señor del inframundo, O al nombre que coloquialmente se conoce a mi padre, Lucifer.

Sí, te entiendo. Esa misma expresión se me quedó a mí cuando, con apenas seis años, mi madre me comunicó que era momento de que empezase a pasar festivos y vacaciones al lado de mi padre biológico.

Hasta ese momento yo creía que la figura paterna no entraba dentro de la ecuación de mi familia de dos. No obstante, resulta que tener un padre ausente era producto a que él debía gobernar un reino; el reino del infierno, para ser más específico.

Tras el trauma inicial, descubrí que mi madre había tenido una aventura tórrida con el demonio supremo, y que quede claro, a la que ella puso fin porque, por muy enamorados que estuviesen, ella siempre ha sido un espíritu libre.

Aunque se pueda pensar lo contrario y suene extraño, dado que mi segunda residencia es el inframundo, tuve una buena infancia.

Los niños tienen una capacidad asombrosa para asimilar asuntos delicados. Hay veces que agradezco el haberme enterado que soy un demonio mestizo a esa edad; si lo hubiese hecho ahora, a mis dieciocho años, estoy seguro de que no lo habría aceptado de tan buen agrado.

Creo que incluso me hubiese reído de tal disparate. Pero no, mi situación, aunque me pese, es demasiado real.

El caso es que, en mi última visita al inframundo, mi padre me comunicó que, tras cumplir la mayoría de edad —hecho que ha ocurrido hace unos meses—, tendré que ser responsable y ocupar el cargo que me corresponde como príncipe infante del infierno.

¿Estuve conforme? En absoluto. Pero no puedes luchar contra los designios extraterrenales si no quieres vivir una eternidad plagada de sufrimiento.

Para ganar tiempo, luché para que, por lo menos, me dejasen terminar el curso y graduarme. Él, tras meditarlo bastante, aceptó con condiciones.

Dato importante: nunca jamás hagáis tratos con el diablo. No suelen ser ventajosos.

Una de las condiciones fue presentarme, justo en ese instante, a la que, desde mi nacimiento y una vez me gradúe y me vaya a vivir de forma indefinida al infierno, se convertirá en mi consorte, Lilian Morningstar.

—Te ha mandado mi padre, ¿verdad? —asumo abatido, sin que me quepa la menor duda.

—¿Tú qué crees? —Se cruza de brazos, cabreada—. No quiere llevarse ningún tipo de sorpresas y que termines escabulléndote de tu parte del trato. Así que se le ocurrió la horrible idea de enviarme aquí para que nos conozcamos más. Aunque yo más bien creo que estoy aquí para vigilarte y ser un constante recordatorio de lo que te espera a la vuelta.

—Sí, yo también lo pienso.

Me llevo una mano a la nuca, sintiendo de repente mucha tensión en esa zona.

—Entonces, estarás de acuerdo en que tú, y solo tú, eres el culpable de que estemos en esta situación —concluye furiosa.

Percibo cómo sus facciones se endurecen, los pómulos se le pronuncian, sus ojos verdes comienzan a brillar.

Le suelto un gruñido mental que hace que su lado demoníaco se repliegue y vuelva a ocultarse.

Lilian es un demonio puro de rango inferior. Sus poderes son muy superiores a los míos, por mi condición mitad humana, mitad demoniaca. Sin embargo, mi linaje prevalece y sabe que enfrentarse a un hijo del todopoderoso Satanás, Lucifer, Belcebú, o cualquier nombre por el que conozcas a mi queridísimo padre no es buena idea, o, por lo menos, eso es lo que me hace creer. Sé que Lilian es una auténtica diabla, y no solo en el sentido figurado.

—Tú nos has metido en esta situación. Tendrás que aguantarte y hacerme la estancia en este mundo insípido más llevadera —comenta envalentonada. Sé que silenciarla a través de la telequinesia no le ha sentado bien—, si no quieres que tu amiguita, ricitos de oro, sufra las consecuencias de mi mal humor.

Me muevo más rápido de lo que un ojo humano puede captar.

En cuestión de segundos estoy cernido sobre ella e invadiendo su espacio vital.

—Mantente alejada de Tamara.

Siento un fuerte dolor en las encías, señal de que mis colmillos han crecido y han hecho acto de presencia.

Aún no me acostumbro a mis poderes. Comenzaron a manifestarse hace bastante poco, justo al cumplir la mayoría de edad. De ahí que mi padre requiera que me mude al infierno. Opina que, sin el entrenamiento adecuado, soy un peligro público.

No es que le preocupe demasiado la humanidad, solo le preocupa que lo deje en evidencia. Por eso de que compartimos sangre y todo ese tema.

Otro dato importante: mi padre es un egocéntrico de cuidado. Le avergüenza que me comporte como un cervatillo que está aprendiendo a caminar.

—Vaya, vaya, Leviatán… ¿Así que la animadora es tu punto débil? —murmura, mirándome locuaz.

¡Maldita sea!

Regla número uno del infierno: nunca muestres tus debilidades a tu adversario. Podrían utilizarlas en tu contra.

Esto justo es lo que quería evitar, pero encontrar a Lilian enfrente, en la Tierra, ha hecho que baje la guardia. Me temo que, sin

proponérmelo, le acabo de colocar a Tamy una diana en toda la espalda.

—Ella no es nadie para mí. —Me giro para que no pueda leer en mi mirada la mentira.

—Me alegro, queridísimo prometido. No me gustaría tener que matar a la capitana de las animadoras, sería una gran desgracia. Parece que se toman muy en serio esa gilipollez de campeonato estatal —teatraliza con un gesto.

Siento cómo un sudor frío me recorre la espalda. Mi sombra vibra, volviendo a mi cuerpo.

Me agacho, recojo mi mochila y me la coloco en el hombro. Cuando me giro de nuevo, Lilian me observa con una ceja arqueada.

—Muy bien, ¿qué es lo que quieres? —me rindo, resoplando.

Y me tapo la boca con la mano al ver que me sale humillo de entre mis labios.

—Ya que no me queda más remedio que pasar el resto del curso, por tu culpa, aquí —añade picajosa—, aprovecharé la estancia por un bien mayor. —No sé si quiero escuchar lo que va a decir a continuación. Conociendo a Lilian, sé de antemano que no me va a gustar—. Me ayudarás a encontrar a futuros acólitos para mi madre.

«Mierda». Me encojo por dentro. Esto es mucho peor de lo que me esperaba.

Escucho la risa de Lilian como una especie de cacofonía distante. Tengo los oídos atronados, el sudor ya me empapa toda la camisa y siento cómo, si de un mazazo se tratase, la realidad me aplasta.

Podría haberme escabullido de cualquier otra petición, pero, tratándose de Lilith, sé que me será imposible.

Lilith, la primera y diabólica mujer de la Creación. La viva imagen representativa del pecado, el vicio y la lujuria. La que se negó a permanecer en el Paraíso, sumisa y obediente, y se escapó para compartir su cuerpo con los súbditos de Lucifer. Y la mismísima madre de mi prometida, por ende, mi futura suegra.

Me estremezco solo de pensarlo.

«Joder».

Me temo que no hay vuelta atrás y estamos a un simple estornudo de que el Apocalipsis llame a nuestra puerta.

Y sabemos que los estornudos y yo no nos llevamos bien.

Si la Reina de la Noche necesita acólitos, eso solo significa que está preparando un ejército para la guerra que podría declararle a mi padre y así poder disputarse el Reino del Infierno.

Si en algún momento albergué la esperanza de deshacer este compromiso, de encontrar una manera para librarme de mi deber, ahora soy consciente de que he sido un ingenuo y he subestimado a los seres todopoderosos que llevan existiendo desde que el mundo se creó.

Debería negarme, tendría que avisar a mi padre de lo que Lilith está planeando a su espalda, pero eso solo conseguiría enfadar a Lilian y que tomase represalias contra Tamara, y eso sí que no puedo tolerarlo.

Si le ocurriese algo por mi culpa, no me lo perdonaría en la vida. Y siendo un ser mitad demoníaco, mi vida se prevé que será demasiado larga, tanto como es la inmortalidad que me espera en cuanto cumpla mi parte del trato. No solo me graduaré, sino que también se celebrará mi coronación y me proclamarán como Príncipe Oscuro.

—Entonces, ¿qué me dices, Levy? —En esta ocasión me llama por mi nombre humano—. Tú me ayudas a buscar acólitos y yo dejo respirar a ricitos de oro. ¿Tenemos trato?

Por segunda vez desde que apareció, me extiende su mano. En nuestra presentación no se la ofrecí, demasiado impactado y furioso como para rozarla siquiera, sin embargo, ahora sé que no tengo alternativa cuando estiro mi brazo y uno nuestras manos en un firme apretón.

Podría jurar que mi mundo, tal y como lo conozco, se tambalea, o puede ser que simplemente sea yo, que me esté mareando cuando me escucho decir:

—Tenemos un trato, Lilian.

Soy **IDIOTA**. Un idiota con mayúsculas, negrita y subrayado.

Vuelvo a hacer tratos con diablos. Y esta vez lo he cerrado, nada más y nada menos que con Lilian Morningstar, princesa del engaño, trigésima segunda hija de Lilith, Reina de la Noche.

Que el innombrable, ese que vive en el Reino de los Cielos y se le conoce como Dios, nos pille confesados.

La sensación pegajosa en mi palma, tras el apretón de manos con Lilian, me persigue como una mancha invisible. Noto que la piel me arde, como si en lugar de un gesto formal hubiese marcado un pacto con fuego líquido.

Quizá sea así. Con ella nunca se sabe dónde acaba la teatralidad y dónde comienza la condena.

—Te lo repito, no pienso permitir que arrastres a Tamara a esto —le gruño entre dientes, aún con los colmillos expuestos.

Lilian sonríe con ese aire de niña malcriada que siempre obtiene lo que quiere, y eso me pone más nervioso que si me hubiera atacado de frente.

—Relájate, querido. Si haces lo que te pido, ella no sufrirá ni un rasguño. Pero si me llevas la contraria… —Chasquea los dedos y las luces halógenas del aula parpadean como si un vendaval invisible hubiese recorrido el edificio.

No hace falta que diga más. El mensaje es más que claro.

Respiro hondo, obligando a que mis llamas internas retrocedan y se apaguen. El problema es que cada vez me cuesta más controlarlas. Es como tener un volcán bajo la piel, rugiendo en silencio.

—¿Y cómo demonios —nunca mejor dicho— piensas que voy a reclutar acólitos en un instituto? ¿Quieres que cuelgue un cartel en el tablón de anuncios que diga: «Únete a la legión de Lilith, plazas limitadas» —espeto, incapaz de reprimir la ironía.

Ella ladea la cabeza como una gata que observa un ratón acorralado.

—No seas tonto. No necesitas carteles. Solo observar, escuchar. Te has criado en este insignificante mundo. La desesperación es un imán mucho más poderoso que cualquier propaganda. Y créeme, en este lugar sobra desesperación.

Sus palabras me calan hondo. Odio admitirlo, pero tiene razón. El instituto es un hervidero de inseguridades, de ansias por pertenecer, de heridas invisibles que supuran cada día. Y yo lo sé porque, aunque me vista de Levy, el chico común con mochila y camisetas

monocromáticas, percibo la oscuridad de la gente como un eco en mi interior.

Lo peor es que Lilian también lo sabe y va a usarlo a su favor.

—¿Y qué pasa si no encuentro a nadie? —pregunto con una chispa de esperanza, aunque en el fondo sé que es inútil.

—Siempre encontrarás a alguien —responde tan segura de sí misma que me resulta insultante—. El dolor busca compañía, Leviatán. Y nosotros le daremos un propósito.

Me froto la cara, agotado. Miro las ventanas que dan al pasillo, que sigue vacío, pero siento como si las paredes escuchasen lo que estamos tramando.

Adiós a mi tranquilidad de ser invisible.

Ella da un par de pasos hacia mí, tan cerca que puedo oler el perfume metálico que desprende su piel demoníaca. No es humano, nunca, por mucho que intente parecerlo.

—Piénsalo bien, Leviatán. Si cumples, yo me divierto, mamá se fortalece y tu pequeña amiga se mantiene intacta. ¡Todos ganamos! —Aplaude como la loca que es.

«Por supuesto, todos menos yo», pienso con amargura.

No le contesto y me esfuerzo por que mis colmillos vuelvan a su posición natural. Lilian me observa de brazos cruzados, disfrutando del penoso espectáculo que ofrezco y siendo consciente de la poca habilidad que tengo sobre mis poderes. Cuando consigo que todo vuelva a la normalidad, me giro y empiezo a caminar con la mochila golpeándome el hombro y el peso del trato recién sellado hundiéndome el alma maldita.

—¡Leviatán! —me llama con voz melosa. Cuando me vuelvo, me guiña un ojo y añade—: Bienvenido al infierno humano.

Y, tras esa sentencia, la muy demonia se esfuma literalmente.

El aire chisporrotea, como cuando se apaga una bombilla, y de repente ya no está.

Me quedo solo en la clase, temblando de furia. El suelo parece inclinarse bajo mis pies, como si la gravedad misma quisiera arrastrarme hacia abajo mientras el eco de su risa aún flota en mis oídos.

En ese instante lo sé, mi vida ya no es solo un campo de batalla entre mis dos naturalezas, ahora es el tablero en el que se juega una guerra mucho más grande.

Una guerra en la que, me guste o no, acabo de convertirme en una pieza clave.

«Qué divertido se presentan mis próximos meses de mi último curso», ironizo.

El silencio que sigue a su desaparición me resulta insoportable. No es el silencio normal de un aula vacía, es uno que pesa, que cruje, que amenaza con desgarrarse en cualquier momento. Como si el aire se hubiese impregnado de su esencia, de un veneno invisible que se mete en mis pulmones y me recuerda que no estoy a salvo.

Ni aquí ni en ninguna parte.

Me dejo caer sobre una de las sillas, agotado, con las manos temblorosas.

El calor en mi pecho no cesa, late con furia contenida. Sé que, si no me controlo, podría prender fuego al pupitre sin siquiera darme cuenta. Cada día me cuesta más mantener esa línea entre lo humano y lo demoníaco, y Lilian lo sabe. De hecho, lo disfruta.

—Me cago en la puta… —susurro entre dientes mientras me froto la frente.

Tamara no puede enterarse de nada. Ella es demasiado buena, demasiado humana para este mundo al que me arrastraron al nacer. Ya me cuesta lo suficiente mantener mi fachada de estudiante medio como para que encima descubra que mi prometida demoníaca anda rondando por los pasillos del instituto como si fuera una turista perdida.

Cierro los ojos y, por un instante, regreso mentalmente a la última vez que vi a mi padre.

Su trono de obsidiana, sus ojos rojos como brasas muertas, esa sonrisa torcida que nunca sé si es de orgullo o burla. «El poder no se mendiga, hijo. Se impone», me dijo mientras firmaba mi sentencia disfrazada de legado. Qué irónico que Lucifer hable de libertad cuando es él quien me encadena.

Un golpe seco en la puerta me hace abrir los ojos de golpe. Me tenso, preparado para otra aparición de Lilian. Pero no, esta vez es

solo un ruido cualquiera en el pasillo. Aun así, mi corazón no deja de latir como si quisiera atravesar mis costillas.

Empiezo a planteármelo en serio, tal vez debería aceptar lo que soy y dejar de luchar. Quizá sería más fácil ceder, convertirme en ese príncipe oscuro que todos esperan, en lugar de seguir pretendiendo que soy un chico normal con clases de álgebra y rodeado de libros. Pero entonces recuerdo la sonrisa de Tamara, sus bromas sin malicia, la manera en que me trata, como si no hubiese nada raro en mí, y me niego, no puedo perder eso. Todavía no estoy preparado para decirle adiós.

El problema es que Lilian no me va a dejar escapar.

Ella juega con ventaja, conoce mis puntos débiles, mis miedos y hasta mis sueños. Y, peor aún, no está sola. Detrás de ella se cierne la sombra de Lilith, y sé que esa mujer es capaz de prenderle fuego al cielo entero si con eso logra su propósito.

Me levanto y me vuelvo a colocar la mochila con un gesto brusco. Tengo que pensar y trazar un plan. No puedo quedarme quieto, esperando a que ella decida cuándo y cómo apretar la soga.

Si algo me enseñó crecer entre dos mundos, es que el peor error es dejar que otros decidan por ti.

Mientras salgo del aula, siento la quemazón en la palma donde estreché su mano. Todavía me arde, recordándome que he sellado un pacto que podría destruirme.

Y lo más aterrador es que, en el fondo, una parte de mí lo desea. Una parte oscura, sedienta, quiere abrazar ese fuego y dejarse consumir.

Camino por el pasillo desierto con una certeza que me hiela el alma. Este no será un curso normal, será el principio del fin.

El instituto ya no es solo un lugar donde aprobar exámenes y conseguir un diploma, es el campo de pruebas de un infierno en miniatura y yo soy el centro de todo.

Y lo peor es que, si fallo, no seré el único en arder.

Capítulo 5



Tamara

Entre mis virtudes no destaca ser paciente. De ahí que, ahora mismo, cada estudiante que salga del edificio, y al cual asalto pensando que se tratará de Levy, me mire como si me hubiese vuelto loca.

«¿Qué les estará llevando tanto tiempo?», rumio mientras camino de un lado para otro, ávida por interrogar a mi mejor amigo de su primera impresión en cuanto a Lilian.

Cuando creo que terminaré haciendo un socavón en el suelo del desgaste que estoy ejerciendo, lo veo aparecer.

Suelto un suspiro, aliviada, y, sosteniendo la correa de la banderola, corro a su encuentro.

—El autobús ya se ha marchado —le comunico a Levy, que no deja de mirar al suelo. Por un instante estoy tentada de echar un vistazo para descubrir qué lo tiene tan interesado.

No me da tiempo, pues al escuchar el sonido de mi voz, pega un respingo en el sitio, como si le sorprendiese encontrarme aún ahí.

Ladeo la cabeza y lo observo por unos segundos. Intento leer en él algo que me adelante qué tal ha ido el encuentro.

—Si queréis, os acerco en coche —se ofrece Lilian, apareciendo tras de mí de repente.

Le dedico una sonrisa. Justo cuando voy a contestar que sería fantástico, mi amigo se adelanta, sobresaltándonos.

—¡No! —Las dos lo miramos asombradas por la vehemencia en su negativa—. Quiero decir, que por mí no os preocupéis. Me apetece

dar un paseo. —Y tras terminar de decirlo, nos deja allí plantadas, aún observándolo.

«Qué extraño. ¿Levy paseando?», cavilo. «¿A eso se deberá su cuerpo definido? ¿Se habrá propuesto este año hacer ejercicio? No. Viniendo de Levy, imposible». Sacudo la cabeza, descartándolo en el acto.

Conozco lo suficiente a mi amigo para saber que cualquier tipo de ejercicio le produce alergia. Siempre ha renegado de participar en el equipo de fútbol, a pesar de que tiene grandes cualidades para ello. Supongo que su cambio físico se deberá a que ha pegado el estirón y es puramente hormonal. O quizá sea, en parte, genética. No conozco la mitad de su árbol genealógico.

—¿Nos vamos? —me ofrece Lilian, sacándome de mis pensamientos.

—Claro.

Esta vez no me engancho de su brazo, prefiero darle su espacio.

Hay veces que peco de tomarme exceso de confianza. Durante los primeros minutos que pasan, mientras cruzamos los jardines que llevan al aparcamiento, nos mantenemos en silencio. Sin embargo, una vez que nos montamos en el coche, no aguanto más la incertidumbre.

—Bueno, ¿qué tal ha ido? ¿Has podido apuntarte al club de debate? —la tanteo por no entrar a saco al tema que de verdad me interesa: Qué le ha parecido Levy.

—Ha ido genial. Tú amigo es un encanto.

«¡¿En serio?!». Miro en su dirección, perpleja.

A ver, no quiero que se me malinterprete, para mí es una de mis personas favoritas en el mundo, pero yo no soy objetiva, ¡es mi mejor amigo!

Desde que tengo uso de razón siempre ha estado ahí, al otro lado del jardín que separa nuestras casas. Es con quien he jugado, reído y también llorado. No sé qué sería de mí si no estuviese en mi vida. Con su personalidad reservada y comedida, es quien aporta un poco de sosiego a alguien tan explosiva como soy yo. Sin embargo, reconozco que Levy se compone de aristas y que es muy complicado llegar a esa cara impresionante que tan bien conozco. Por esa razón,

que Lilian lo defina como «un encanto», me asombra, pues él no es de los que se muestran tal como es a la primera de cambio. Aunque, pensándolo bien, eso es bueno. Quizá yo estaba en lo cierto y tienen lo suficiente en común como para que se abra con ella.

Pese a quien le pese, por mucho que esa persona no sea yo.

—Me alegro —añado, mirando al frente a través del parabrisas.

—¿A dónde te llevo?

Le doy mi dirección, que inserta en la pantalla GPS de su coche, y arranca.

Analizo los gestos de Lilian, su forma de expresarse, sus gestos y me concentro en los temas de conversación que saca. Nada como estar pendiente de esos detalles para hacerte una idea de cómo puede ser una persona. Si quiero unirla a Levy, tengo que asegurarme de que sea adecuada. Él se merece tener a la mejor persona a su lado.

—¿Qué tienes pensado estudiar cuando te gradúes? —me pregunta en un punto del trayecto, sin distraerse de la carretera.

Me remuevo en el asiento, acomodándome para quedar de lado y mirarla mejor.

—Voy a estudiar Magisterio en la universidad de Virginia.

—Vaya, no quieres alejarte mucho de casa, ¿no? —comenta, echándome una mirada de reojo.

—La verdad es que no. —Me sonrojo—. De esa forma, tanto Levy como yo podremos venir siempre que podamos a visitar a nuestras madres.

—¿Levy también irá allí?

Asiento con una deslumbrante sonrisa.

—Por supuesto. Él estudiará Ciencias Políticas.

No recuerdo el tiempo que llevamos planificando nuestro futuro, y al fin, en pocos meses, se hará realidad.

—¿Tienes pareja?

Me muerdo el labio y asiento. Porque, aunque sienta que el corazón me estalla en el pecho cada vez que veo a mi mejor amigo, sigo teniendo novio.

—Sí, se llama Tommy. Es el *quarterback* del equipo.

—¿También va a ir a la universidad de Virginia?

—Pues… La verdad, no lo sé.

Mi cuerpo casi sale disparado por la luna delantera cuando Lilian pega un brusco frenazo. Suelto un grito de la impresión.

—¡¿Estás diciendo que ni siquiera sabes dónde va a estudiar tu novio?!

La vergüenza se arrastra por mi rostro mientras me masajeo justo en el lugar donde se me ha clavado el cinturón de seguridad, en el cuello.

—Suena horrible, ¿verdad? —Me tapo la cara con las manos, avergonzada—. Tommy y yo no pasamos por nuestro mejor momento —intento justificarme—. En cuanto a tu pregunta, sé que está esperando recibir becas para jugar al fútbol en distintas universidades, por eso todavía no tiene definido su futuro.

—Y, por lo que parece, Levy y tú sí que lo tenéis planificado —expone, entrecerrando los ojos, suspicaz.

—No sé, quizá. —Me encojo de hombros.

No me gusta nada por dónde está derivando la conversación.

—¿Y qué opina él?

—¿Levy? —cuestiono—. Él siempre ha querido ir a la UVA.

—No me refiero a Levy, sino a tu chico, ¿Tommy dices que se llama? —La incomodidad va en aumento al sentirme juzgada.

—Tommy no tiene que tener opinión al respecto. Ambos somos libres de decidir dónde y con quién ir a la universidad —le digo con una actitud más fría—. Aun así, no creo que le importase mucho, ya que pienso terminar nuestra relación —añado, verbalizándolo por primera vez en voz alta.

—¡Oh, vaya! Yo… Lo lamento. No pretendía ser una entrometida y me parece que es justo, así es como he quedado —se disculpa, endulzando el gesto.

—Tranquila, no es que sea un secreto. Como te he comentado, la relación se ha enfriado y no es justo para ninguno que alarguemos lo inevitable. Espero que no salga de aquí hasta que no hable con él.

—Descuida. Te aseguro que soy como una tumba guardando confidencias. Mis labios están sellados. —Hace un gesto de cerrarse la boca—. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿O hay alguien más?

—No, no. Nada de terceras personas. —No tengo que confesarle que me siento atraída por Levy, puesto que el que suceda algo entre nosotros es complicado. Prefiero que siga siendo mi mejor amigo a no tenerlo en absoluto—. Solo que, aunque parezca imposible y dado quienes somos, Tommy y yo no tenemos nada en común y no es justo que continuemos algo que a la larga tiene fecha de caducidad.

Observo que hace una mueca con la mirada perdida.

—Es muy valiente por tu parte reconocerlo. Por lo que me has contado sobre él, al ser el *quarterback*, debe ser un chico muy popular.

—Lo es. De hecho, aunque muchos opinen que Tommy es un idiota, en el fondo es un gran chico. Solo actúa según el papel que le ha tocado representar y hay veces que se equivoca. Espero que algún día conozca a alguien que sepa quererlo como se merece. Me temo que yo ya no soy esa persona.

Tras mis palabras, reanudamos la marcha. Lilian se mantiene más silenciosa en esta ocasión, por lo que la imito y me mantengo sumida en mis pensamientos.

Esperaba hablar hoy con Tommy, pero al haber estado haciendo de guía de Lilian y el primer entrenamiento con las animadoras, no he tenido apenas tiempo. Quizá debería ir esta noche a su casa. Creo que, para la conversación que tenemos que mantener, cuanto más acogedor sea el lugar, irá mucho mejor.



Me despido de Lilian con un ademán de mano una vez que me deja en casa. Miro al otro lado de la valla, preguntándome si Levy habrá llegado ya. Supongo que no. Tenemos un par de kilómetros desde nuestras casas al instituto, por lo que me dirijo a la mía.

Todas las viviendas en esta zona son muy similares, tienen pequeñas porciones de césped en la parte delantera, justo a cada lado del sendero que te lleva hasta la puerta. La mayoría son blancas, de dos plantas. Las puertas de las contraventanas son del mismo marrón pizarra que el tejado. Sin embargo, lo que más me

gusta de ellas es que disponen de un porche en la entrada. En el caso de la mía, mamá lo decoró colocando un balancín en el que paso las horas muertas leyendo.

—¿Mamá? Ya estoy en casa —anuncio mi llegada nada más cerrar la puerta principal.

—¡En la cocina, tesoro! —me informa ella.

Resigo el murmullo de las voces y sonrío al encontrarme a la madre de Levy tomando café y haciendo compañía a la mía.

—Hola, mamá. Señora Sinclair.

—Por favor, Tamy, deja de llamarme así. —Se levanta para envolverme en un abrazo—. Esa es mi madre. Ya te he dicho infinidad de veces que yo soy Maggie o, en todo caso, señorita Sinclair. Todavía estoy en plena juventud como para que me hagas sentir vieja. —Me guiña un ojo cómplice, lo que consigue sacarme una sonrisa.

La madre de Levy es totalmente opuesta a él. Es extrovertida y sociable. Un tanto excéntrica, pero le va perfecto a su personalidad. Nunca en mi vida he conocido a alguien con tantas ganas de vivir y disfrutar de la vida como lo hace Margaret Sinclair, pero si destaca algo en ella es su generosidad y altruismo. Esta mujer ha sido un pilar fundamental para nosotras, sobre todo, para mi madre cuando perdimos a papá.

Viviendo en un pueblo costero, era lógico que mi padre fuera pescador. Se dedicó toda su vida a la mar, tanto que fue quien se la arrebató, engulléndolo en una época de temporal.

Yo era muy pequeña, tendría unos seis años cuando sucedió, pero incluso con esa edad, recuerdo las batidas de rescate que se llevaron a cabo sin éxito. Mamá quedó destrozada; si no llega a ser por Maggie, que nos apoyó en todo lo que necesitamos, no sé qué hubiera sido de nosotras. Por esa razón Levy y yo somos tan amigos, porque tengo mucho que agradecerle a su familia.

—¿Levy se ha quedado en casa? —pregunta, tomando asiento de nuevo y llevándose la taza para darle un sorbo a su café.

—No, perdimos el autobús y quiso venir caminando.

—¿Caminando? ¿Mi Levy?

Sonrío por que a Maggie también le resulte extraño.

—Y tú, ¿cómo has regresado? —se interesa mi madre—. ¿Te ha traído Tommy?

—No, a mí me ha acercado una estudiante nueva —les informo, sentándome al lado de Maggie—. Me ha tocado ser su guía y os aseguro que es una chica increíble, se llama Lilian. Bueno, en realidad, Lilian Morningstar.

De repente, la señora Sinclair escupe el contenido de su taza y se pone en pie, haciendo que la silla en la que está sentada se vuelque y haga un ruido contra el suelo.

—¡Maggie! ¿Estás bien? ¿Te has quemado? —se preocupa mamá, ofreciéndole una servilleta.

—D-disculpa, Tabitha. Se me ha ido el café por el lado equivocado —le dice a mi madre—. Creo que será mejor que me marche a casa por si acaso llega Levy y se preocupa al no encontrarme.

Sin esperar respuesta, sale pitando de casa mientras mi madre y yo nos dedicamos una mirada y nos encogemos de hombros. Conocemos lo suficiente a Maggie para no preguntar por, como he mencionado anteriormente, sus excentricidades.

Me quedo unos segundos en silencio, observando la puerta cerrada tras Maggie, todavía resonando en mi mente el nombre de Lilian y la extraña reacción de la madre de Levy.

No puedo evitar fruncir el ceño. Normalmente, cuando a Maggie se le cruzan los cables, lo acompaña con una carcajada nerviosa o con algún comentario descabellado, pero esta vez, la forma en que ha salido, casi huyendo, ha sido diferente.

—Qué raro —murmuro más para mí que para mamá, que ya está recogiendo las tazas y enderezando la silla del suelo.

—Ya sabes cómo es, cielo. Se le ocurren mil cosas por segundo. Seguramente se ha acordado de algo pendiente —responde restándole importancia, como suele hacer.

Yo asiento, pero mi cabeza sigue dándole vueltas. ¿Por qué el nombre de Lilian habrá causado semejante impacto? Ni siquiera la conoce.

Me muerdo el labio mientras me inclino para ayudar a mi madre con los restos del café. No quiero sonar paranoica, pero la manera

en que los ojos de la señora Sinclair se agrandaron, casi como si hubiese visto un fantasma, no la puedo borrar de mi memoria.

—Voy a subir a cambiarme —aviso a mamá, que ya anda tarareando distraída.

Subo las escaleras de dos en dos, con esa ansiedad que me acompaña desde que Levy no se subió al coche con nosotras.

Lanzo la mochila sobre la cama y me acerco por instinto a la ventana que da justo a su casa. Su cuarto está oscuro, lo que significa que aún no ha regresado.

Apoyo la frente en el cristal, impaciente. No es propio de él demorarse tanto, ni siquiera cuando se pone terco con sus «paseos» inventados. Algo me dice que esta vez es distinto, sin embargo, no sé si es intuición o simple preocupación exagerada.

El murmullo del viento mueve las ramas del viejo roble que divide nuestros patios. Ese árbol que ha sido cómplice de tantas confidencias, tantas huidas nocturnas para ver películas a escondidas y tantas peleas tontas seguidas de reconciliaciones inmediatas.

Me descubro sonriendo ante los recuerdos, aunque pronto se me borra el gesto.

Lilian y su expresión curiosa cuando hablaba de Levy. Y luego la reacción de Maggie. ¿Casualidad? ¿O hay algo que no encaja?

Me dejo caer sobre el colchón bocarriba, observando las motas de polvo danzando a la luz de la tarde. Ojalá Levy llegara ya para sacarme de dudas.

Un sonido en la calle me hace incorporarme de golpe. Me asomo y, en efecto, ahí está. Levy camina despacio, con las manos hundidas en los bolsillos y la vista clavada en el suelo. Tiene la misma expresión que antes, como si estuviera cargando un peso invisible sobre los hombros.

Por un segundo dudo en salir corriendo a su encuentro, pero me contengo. Algo en su semblante me dice que necesita espacio. Y yo tengo que aprender a respetarlo, aunque me queme por dentro.

—Bienvenida, Lilian Morningstar —susurro, como si el nombre tuviese un eco especial en el aire—. Parece que tu llegada va a remover más de lo que imaginaba.

Me recuesto de nuevo, pero el sueño ya me resulta imposible. Sé que esta noche no descansaré, no hasta saber qué secreto esconden esas miradas, esos silencios y, sobre todo, qué significa para Levy la aparición de esa chica en nuestras vidas.

Me levanto de golpe, incapaz de permanecer quieta. Doy vueltas por la habitación como un animal enjaulado, escuchando el crujido de las tablas bajo mis pies. Cada paso resuena en mi cabeza al mismo ritmo que mis pensamientos.

Lilian Morningstar.

El nombre parece perseguirme, como si hubiese estado escrito en alguna parte de mi vida y hasta ahora yo no lo hubiese notado.

Me acerco otra vez a la ventana. El ventanal de su cuarto continúa a oscuras, no obstante, hay una tenue luz que se filtra desde el salón. Señal inequívoca de que están allí.

Puede que mi mente hiperactiva esté pensando lo que no es, o que se trate de puro aburrimiento, pero algo me dice que Maggie está sometiendo a Levy a un interrogatorio respecto a la chica nueva.

Un escalofrío me recorre los brazos al imaginar la conversación. Porque si algo es cierto, es que Maggie jamás pierde esa compostura ligera y despreocupada suya. Sin embargo, hoy lo hizo. Pienso en la actitud de mi amigo cuando el señor Phillmor la estaba presentando. Su rostro endurecido cuando entramos en el aula de debate. Y no puedo apartar de mi mente la posibilidad de que Lilian no les sea tan desconocida.

—Estoy loca —me reprendo en voz baja—. Solo son imaginaciones mías.

Aun así, la duda se clava como una espina. Y las espinas, por pequeñas que sean, siempre terminan doliendo.

Me tumbo de lado, abrazando la almohada. El olor a detergente y a colonia juvenil que todavía conserva la tela me recuerda inevitablemente a mis charlas interminables con Levy, esas noches en que ninguno quería dormir y todo parecía tener solución. ¿Por qué, entonces, siento que ahora se abre un hueco entre nosotros?

«Porque lo has fastidiado todo al tener sentimientos románticos por él», me reprende mi subconsciente.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero que mis pensamientos me traicionen, pero lo hacen. Porque en cada escenario que imagino, Lilian y Levy terminan coincidiendo, hablando, acercándose. Y la punzada de celos que me provoca reconocerlo me quema por dentro.

«Estupendo, Tam, comienzas a sentir un amor platónico por tu mejor amigo y, ¿qué haces tú? Le presentas a una chica espectacular».

Me incorporo de nuevo, resoplando. El reloj de la mesilla marca las nueve pasadas.

Podría bajar, inventar cualquier excusa y cruzar al otro lado de la valla para tocar a su puerta, no obstante, me contengo. Si algo aprendí de Levy es que las respuestas, cuando se fuerzan, tienden a romperse.

Así que me limito a quedarme sentada en la cama, con las piernas recogidas contra el pecho y la frente apoyada en las rodillas. La casa está en silencio, solo interrumpido por la risa lejana de mamá en la cocina mientras habla por teléfono.

Yo, en cambio, siento que mi mundo se vuelve cada vez más ruidoso.

Y en medio de ese torbellino, una certeza empieza a formarse.

Tengo que hablar con Tommy respecto a lo que somos. O, mejor dicho, a lo que estamos a punto de dejar de ser.

Capítulo 6



Levy

Mi mente es una centrifugadora en el trayecto de vuelta a casa, rememorando el encuentro con Lilian.

—Eres un niñito de mamá. Acaba tú con ella, príncipe.

«No estoy para sermones, desaparece». Y por primera vez, siento que mi sombra obedece porque surge el silencio en mi cabeza.

Debería contactar con mi padre y ponerlo al tanto de los planes de Lilith, pero si lo hago, eso conseguirá que se desate una guerra en el reino del infierno. En este momento es lo último que necesito, ya que, si eso sucediese, yo tendría que unirme al ejército de mi padre, como hijo suyo que soy, y mi tiempo en la Tierra expiraría antes de lo esperado.

Pateo una piedra, enfadado. Nunca esperé verme envuelto en esta situación, visitar el infierno; a pesar de lo que se pueda pensar, no es tan malo. Sobre todo, porque sabía que estaba de paso y no permanecería allí de forma indefinida. Por lo menos, en vacaciones, liberaba mi parte demoníaca, esa que, en los últimos años, desde que me convertí en un adolescente, ha insistido en manifestarse con más asiduidad.

Mi madre me dice que es debido a las hormonas, que mi cuerpo, este último tiempo, está experimentando muchos cambios y es más difícil tener bajo control a mi demonio interior. Puede ser que lleve razón, pero me estoy hartando de retener mis poderes. Sobre todo, tras mi mayoría de edad, que se han vuelto más poderosos. Hoy me ha faltado bien poco para prender en llamas la biblioteca y el aula de debate. Me temo que la cosa empeorará al tener a Lilian

merodeando todo el curso a mi alrededor y, lo que es peor, cerca de Tamara.

Desvío mis ojos hacia su casa, justo al lado de la mía. No debería haberla dejado marcharse con Lilian, pero necesitaba un tiempo a solas para procesar cómo ha cambiado mi vida y, lo más importante, determinar lo que lo hará a partir de ahora.

Parece que Lilian, o Lilian, como la ha llamado ella, le cae bien. Solo espero que esta última cumpla su palabra y no la dañe, si no, aseguro que la guerra que tantos años lleva buscando su madre se desatará al fin, pero en la Tierra.

Abro la puerta de casa y, por extraño que parezca, sé que algo anda mal. Todo está como siempre, pero se respira una tensión apabullante en el ambiente. Otro beneficio de ser un demonio, tenemos el don de la intuición y así podemos anticiparnos a cualquier contratiempo.

—¡Levy Sinclair! —Escuchar a mi madre exclamar mi nombre completo corrobora que no estaba equivocado y algo sucede. Sale del comedor y, por la cara con la que me observa, sé que está cabreada—. Dime que la chica nueva, esa tal Lilian, no es quién me imagino que es, porque de ser así…

Me desconecto de sus palabras. Todo lo que oigo es el zumbido de los latidos que emite mi corazón acelerado.

¿Cómo diablos, nunca mejor dicho, se ha enterado? Esperaba contárselo a la hora de la cena, darle la noticia con el estómago lleno para que se lo tomase mejor. Sin embargo… «Claro, Tamara. Ha debido de ser ella quien la ha informado», me palmeo mentalmente por estúpido.

—Mamá, es ella, pero… —Mi madre deambula de un lado a otro sin parar de refunfuñar—. Mamá, escucha.

—¡Me va a oír! Te prometo que tu padre me va a oír. Esto seguro que ha sido idea suya. ¡Como si no lo conociese! Pero te aseguro que esto no se va a quedar así. —Mira en mi dirección, aunque estoy convencido de que apenas me ve.

—Mamá… —insisto una vez más y para que se tranquilice.

—¿Quién se ha creído que es? ¿Eh? Ese demonio de pacotilla…

La veo entrar en la cocina. Por el ruido que se escucha, debe estar rebuscando en los armarios. Los movimientos que se oyen son bruscos y rápidos. No me resultaría raro si se quedase con una de las puertas de los muebles, por el brío con el que las abre y cierra.

—¡Aquí está! —exclama pletórica.

No me da tiempo a ver qué tiene en las manos, qué hace que le haya cambiado la cara por una de absoluta determinación. Pasa por mi lado como una exhalación y se dirige al comedor.

La sigo.

Observo cómo cierra las cortinas que dan a la calle y, justo cuando se para frente al espejo, me alarmo.

—¿Qué haces con eso? —pregunto histérico.

Me lanzo hacia adelante, le arrebato el paquete de sal de las manos y lo escondo a mi espalda para que quede lo más alejado posible de mi excéntrica madre.

—¿Cómo que qué hago? Voy a invocar a tu padre —afirma rotunda.

«No, no. Eso sí que no».

—*Esa sí que es buena* —se carcajea mi demonio interior, volviendo a incordiar mi existencia.

Para cualquier otro joven, si necesitase contactar con su progenitor, con una simple llamadita de teléfono bastaría. Sin embargo, si tu padre es el mismísimo Satanás, la cosa se vuelve mucho más complicada.

—Mamá, escucha…

—Él ha ordenado que esa chica aparezca aquí y él va a ser el que termine con este sinsentido.

—¡Mamá! —alzo la voz en esta ocasión. Una bola de fuego azul me sale de ella y, por suerte, va a parar al interior de la chimenea apagada. Eso hace que al fin consiga que mi madre me preste atención al ver que pierdo los nervios—. No vas a llamar a papá —me planto, rotundo—. Y por Lilian no te preocupes, yo la controlaré.

No es como si fuese tan maquiavélica como su madre. O, por lo menos, eso espero.

Veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas y su barbilla sube y baja con espasmos.

«No me jodas, ¿ahora se va a poner a hacer pucheros?».

—Ven aquí, mi niño. —Se acerca hasta mí con sus brazos extendidos y me tenso cuando me envuelve en un abrazo.

—¡Quítamela, quítamela!

—Mamá, esto es incómodo. —No soy mucho de contacto físico, y menos que mi madre me arrulle como a un bebé—. Todo va bien.

Pero claro, por mucho que lo repita, mi madre ni se percata de lo bochornoso que me resulta esto.

—Bastante mala es esta situación para ti como para que encima tengas que lidiar con una madre loca.

Estas últimas palabas suenan amortiguadas al tener la cara pegada a mi pecho.

Hace ya unos cuantos años que sobrepasé su metro sesenta de altura, pero por muy alto y mayor que sea para ella, siempre seguiré siendo su pequeño… demonio.

—Prométeme que no intentarás contactar con él —le pido, sujetándola por los hombros para apartarla y poder centrarme en su rostro. Si hay una regla entre ella y yo es que nunca nos mentimos. A pesar de que hay verdades que son dolorosas—. Me dio de margen hasta después de la graduación, hasta que me corone. Aceptaré que haya mandado a Lilian si con ello lo mantiene alejado. No lo estropees, por favor.

—No pienso consentir que decida tu futuro —«Ojalá eso fuese tan sencillo»—. Pero está bien. —Se aparta, restregándose las mejillas y alejando la humedad que las lágrimas han dejado en ellas—. Confío en ti, lo haremos a tu manera. Seguro que al final encontramos la forma de que te desvincules de tu destino.

Asiento y le muestro una tenue sonrisa.

—¿Quieres que llame a la abuela para que venga y te haga una limpieza que abra tus chacras? —ofrece, estirando sus manos para recolocarme la camiseta.

—Lo que faltaba.

—No será necesario.

—Pero…

—Mamá, lo único que necesito en estos momentos, para que el día se vuelva más surrealista, es que involucremos a la bruja de la abuela.

A ella se le escapa una risa.

—Sí, llevas razón. Ella no sería tan fácil de convencer como lo he sido yo.

Ni que lo jure…

—Iré a darme una ducha y a repasar lo que hoy hemos visto en clase hasta la hora de la cena —me despido, subiendo las escaleras.

Que haya utilizado ese término para referirme a mi abuela no es debido a que sea una mala persona. Lo he hecho de forma literal, pues es una auténtica bruja y la causante, por una mala sesión de espiritismo, de que mis padres se conociesen.

Mi mente sigue girando desbocada mientras subo los escalones hacia mi habitación. Cada paso resuena en la madera como un eco molesto de mis pensamientos. Lilian, mi madre, mi padre, Tamara… Todos girando a mi alrededor como piezas de un ajedrez en el que nunca pedí participar.

Al cerrar la puerta, me dejo caer sobre la cama, bocarriba, y fijo la vista en el techo. Allí, en la mancha de humedad que nunca hemos reparado, creo ver formas que cambian de manera caprichosa. Un rostro con cuernos, unas alas, una llama… Supongo que es mi subconsciente jugándome malas pasadas y no es mi propia sombra.

Me froto las sienes, agobiado. Ojalá pudiese apagar mi demonio interior como quien apaga la luz de la mesilla de noche. Pero no, él siempre está ahí, impaciente, empujando, rugiendo por salir. Y ahora, con Lilian cerca, sé que voy a tener que contenerlo más que nunca.

Ella huele el caos, lo saborea, lo provoca. Si Tamara no estuviese implicada, quizás podría ignorar la presencia de Lilian. Sin embargo, ella tenía que entrometerse en el único punto débil que no sé proteger.

Un golpe suave en la puerta me saca de mis pensamientos.

—Levy, cariño… —La voz de mi madre suena apagada, con un temblor que rara vez le escucho.

—¿Sí? —respondo con fastidio, aunque sé que no estoy siendo justo.

—He preparado algo de té de melisa para que te relajes.

Me incorporo de golpe. «¿Té de melisa? ¿Qué me está contando?».

Mi madre jamás prepara té, lo suyo es el café cargado o, en su defecto, el vino. Eso solo significa una cosa; que está más preocupada de lo que quiere demostrar.

—Déjalo en la mesa, ahora bajo —digo al final, intentando sonar despreocupado.

La escucho suspirar y luego sus pasos alejándose por el pasillo.

—¡*Qué considerada! Una infusión*… —Me llegan las carcajadas de mi sombra.

Me levanto y me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver la casa de Tamara, oscura, salvo por la tenue luz en su cuarto. Me pregunto si habrá intercambiado los números de teléfono con Lilian, si estará hablando con ella ahora mismo, charlando como dos amigas de toda la vida. El pensamiento me quema por dentro. No porque desconfíe de Tamara, sino porque sé exactamente de lo que Lilian es capaz, de lo persuasiva que puede resultar y de la amenaza que me lanzó si no busco acólitos para su santísima madre.

—Control, Levy. Necesitas mantener el control y no torturarla la próxima vez que la veas —me murmuro a mí mismo, aunque las palabras suenan huecas.

De pronto, un leve chisporroteo recorre mis manos. Me sobresalto al ver cómo la energía demoníaca se escapa sin permiso, como si se tratase un animal enjaulado. Corro a esconderlas tras la espalda, preocupado por si alguien pudiera verme, aunque estoy solo en mi cuarto.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Tardo varios segundos en volver a sentir que la calma regresa, aunque sé que es temporal.

La voz de mi padre resuena en mi memoria, recordándome la última vez que hablamos en persona, en aquel reino donde el fuego no quema, pero consume. «Eres mi heredero, Levy. No lo olvides. El infierno no es un castigo, es un destino».

No quiero su destino. No quiero el peso de un ejército aguardando órdenes de alguien que apenas puede controlar su propia furia adolescente.

«Me cago en la puta», me estremezco.

¿Qué? ¿Pensabas que los demonios no maldicen? ¿Quién creéis que lo inventó?

Escucho un ruido seco en la planta de abajo que hace que me sobresalte. Bajo las escaleras con cautela y veo a mi madre en el comedor, con el paquete de sal de nuevo sobre la mesa, junto a una vela encendida y un cuenco metálico.

«La madre que la trajo, que es mi abuela la bruja…».

—¡Mamá! —exclamo desesperado—. ¿En qué hemos quedado?

Ella se gira, sorprendida, como si no esperara que la pillase tan pronto.

—*Venga, gallina. Que lo llame. Tengo ganas de ver al jefe supremo*.

—No iba a invocarlo. ¡Te lo prometo! Es solo que necesito sentirme preparada por si acaso.

—*Huelo desde aquí la mentira.* —Siento a mi sombra reírse en mi interior.

Mi vida se ha convertido en una tragedia shakespeariana.

Le arranco la vela de las manos antes de que pueda decir nada más y la apago de un soplido.

—Preparada no significa que tientes al Diablo literalmente, mamá.

Ella me observa con esa sonrisa torcida que nunca trae nada bueno y los ojos chispeantes.

En serio, es preocupante lo rápido que mi madre cambia de estado anímico. A veces me pregunto si mi familia paterna no será, después de todo, la normal.

—Es que temo por ti, Levy. No sabes lo que Lilith puede urdir desde las sombras. Y Lilian… —Hace una pausa, como si el nombre le supiese a veneno—. Si es como su madre, ella solo es el principio.

Aprieto los puños. Lo sé. En el fondo, siempre he sabido que mi vida se convertiría en un caos.

—Por eso tengo que manejarlo yo. A mi manera. —Me acerco más y bajo la voz, temiendo que puedan oírnos—. Si papá mete las manos, no habrá marcha atrás.

Mi madre asiente al fin, resignada, aunque la veo tragarse un nudo de palabras que probablemente no serán delicadas.

—¿Y ese té de melisa? —le pregunto para distraerla.

—Ahí lo tienes. —Me dirijo hasta la mesa y, tras sostenerlo, lo huelo —. Aunque no aseguro que no pueda estar caducado. Lo mismo está aquí desde que nos mudamos.

—Mamá, esta es la única casa en la que he vivido.

—Sí, mejor no te lo tomes —murmura, arrebatándome la taza.

Pongo los ojos en blanco y cabeceo.

Subo de nuevo a mi cuarto, con el pulso aún acelerado y el paquete de sal bajo el brazo.

Me tiro en la cama, esta vez de lado, mirando la pared.

En mi mesilla, el móvil vibra con un mensaje. Al cogerlo y desbloquearlo, observo que es de Tamara:

«¿Puedes venir mañana temprano? Quiero contarte algo».

El corazón me da un vuelco. No sé si quiero oír lo que tenga que contarme. ¿Se tratará de Lilian? ¿Le habrá contado algo respecto a mi secreto? Las preguntas se me amontonan en la cabeza.

Al fin respondo que «Allí estaré» porque no tengo alternativa, ¿verdad?

Cierro los ojos, intuyendo que la tarde será larga.

Sé que esta historia apenas comienza y que mi papel en ella será mucho más grande de lo que estoy dispuesto a aceptar.

No logro concentrarme en nada. El resplandor del reloj digital parece burlarse de mí con cada número que cambia: 19:13; 19:27; 19:41…

El tiempo avanza, pero mi mente permanece atascada en un bucle de pensamientos venenosos.

Me levanto de golpe, incapaz de quedarme quieto, y comienzo a dar vueltas por la habitación.

El suelo cruje bajo mis pies descalzos, recordándome lo humano que todavía soy. Lo humano que quiero seguir siendo. Porque en el momento en que me rinda, en el que deje que mi parte demoníaca tome las riendas, sé que no habrá vuelta atrás.

Me detengo frente al espejo del armario y me observo con detenimiento. Ojeras no demasiado marcadas, piel pálida y esos ojos grises que, cuando menos lo espero, se encienden con un fulgor rojizo, como brasas al rojo vivo.

Me paso la mano por el rostro, conteniendo la rabia que siento. Ojalá fuese tan sencillo arrancar la herencia infernal como quitarse una máscara.

Un zumbido extraño me obliga a girar la cabeza hacia la ventana. Me acerco y corro la cortina apenas unos centímetros. Afuera, en la calle desierta, no hay nada ni nadie, salvo una silueta. Está quieta, demasiado quieta, plantada justo frente a unos árboles a lado de la casa de Tamara. Un escalofrío me recorre la espalda. Podría ser un vecino, alguien despistado, pero mi instinto demoníaco no falla.

Eso no es humano.

—Ataca, fiera, tengo ganas de guerra.

El corazón me golpea en el pecho como un tambor de guerra. Me aparto con brusquedad y cierro la cortina de golpe, como si eso fuese suficiente para borrar lo que acabo de ver. Pero sé que no. Si Lilian ha decidido jugar esta carta, entonces Tamara ya está más expuesta de lo que imaginaba.

Me dejo caer de rodillas junto a la cama, con los puños apoyados en el suelo y, por primera vez en mucho tiempo, me sorprendo a mí mismo murmurando una súplica. No a Dios, ni mucho menos, sino al azar, al destino o a cualquier fuerza que quiera escucharme.

—Pareces Scarlet O'Hara.

Una risa queda, apenas perceptible, reverbera en mi cabeza. No sé si viene de fuera o si es mi demonio interior mofándose de mí. Pero suena femenina, seductora y amenazante.

Me levanto de un salto, furioso. Si quiere jugar con mi mente, puede que lo consiga, pero no lo va a obtener gratis.

—Muy bien, Lilian… —susurro entre dientes—. Si es guerra lo que quieres, conmigo no te va a resultar tan fácil.

El móvil vibra de nuevo en la mesilla. Lo cojo con brusquedad, esperando otro mensaje de Tamara, pero no hay nada. La pantalla permanece intacta, sin notificaciones, sin mensajes disponibles.

Un sudor frío me resbala por la frente.

Entonces lo comprendo, la vibración no proviene del teléfono, sino de mí.

Es un aviso.

Me dejo caer sobre la cama, exhausto, pero mis pensamientos siguen desbocados. Si mañana Tamara me confiesa algo relacionado con Lilian, tendré que decidir seguir conteniendo el caos en mi interior, o soltarlo y asumir las consecuencias.

Lo peor de todo es que una parte de mí ansía que llegue ese momento de la segunda opción.

Capítulo 7



Tamara

El atardecer ya ha desaparecido hace rato, dejando solo la oscuridad espesa que cubre Westeast por las noches. Las gaviotas siguen graznando sobre la playa, como si no supieran que ya no pintan nada en el paisaje.

Tras copiar los apuntes que una compañera me mandó por correo, y que hacen que salve mi continuidad académica, no puedo retrasarlo más.

Tengo que hablar con Tommy. O, mejor dicho, romper con Tommy.

Mientras camino hacia su casa, ensayo saludos como si fuera a presentarme a un *casting*.

«Ey, ¿necesitas compañía?».

No. Suena a coqueteo involuntario.

«Tommy, tenemos que hablar».

No, por Dios. Demasiado dramático y cliché incluso para nosotros.

«Hola, ¿te pillo en un mal momento?».

Perfecto. Suena neutral, conciso y educado. Ideal para romper sin parecer un monstruo.

Voy repitiéndolo mentalmente mientras cruzo su jardín. Ni siquiera llamo; ya es tradición entrar por la celosía, así que la escalo como si fuera parte de mi rutina.

Al apoyar el pie en el alféizar, ya tengo la frase lista.

—Hola, ¿te pillo en un mal mo…?

Juro que mi cerebro sufre un cortocircuito.

Ahí están Tommy, Wendy y la peor coreografía de sorpresa que he visto en mi vida. Y eso que yo de coreos sé un rato.

Él se incorpora de golpe y ella sale disparada al suelo como un muñeco desechado.

«Como se haya lesionado, lo mato».

—¡Wendy! —Entro de un salto—. ¿Te has hecho dado? ¡Parpadea dos veces si te duele algo!

Ella abre un ojo y el pánico que se refleja hace que me tema lo peor. No, por favor. Si queremos ganar el campeonato, necesitamos a nuestra voladora.

—¡¿Tamara?! —Tommy me observa como si hubiera visto a un fantasma—. No es lo que parece.

—¡Eso! ¡N-no, no es lo que parece! —dice Wendy desde el suelo, levantando la mano como un soldado caído que quiere declarar su inocencia.

Me acerco a ayudarla, aún en *shock*.

—¿Estás bien? —pregunto mientras le ofrezco una mano—. Y tú… —Señalo a Tommy—. ¿Qué narices haces moviéndote así? ¿Intentabas lanzar a Wendy a otra dimensión?

Tommy se cubre la cara con ambas manos.

—Tamy…, te prometo que esto no es lo que parece —repite.

Alzo una ceja.

—¿Perdón?

¿Me ha visto cara de idiota?

Wendy, ya de pie y con la coleta toda torcida, asiente rápido.

—¡Eso! ¡Cero! ¡Cero, absoluto, es lo que parece! —Hace un gesto exagerado con las manos—. Esto es literalmente una despedida.

Parpadeo.

—¿Cómo que una despedida? —¿Me toman el pelo?

—¡Joder, Wen! ¡No ayudas!

—Y bien, ¿alguien me va a explicar qué es lo que sucede? —Aunque no hay que ser muy listo para deducirlo. Me la acaban de pegar con todas las letras.

Me cruzo de brazos a la espera de respuestas.

Tommy resopla, derrotado, como si prefiriera que estuviese montando un drama antes que tener que explicarlo.

—Bueno, tú y yo no estábamos pasando nuestro mejor momento. Coincidimos en Miami estas vacaciones —empieza—. Fue casualidad.

Una rotunda e inoportuna casualidad. Por lo que…

Wendy lo interrumpe con nerviosismo:

—Surgió en plan vacaciones, ¿vale? Como esas cosas que pasan en verano y se quedan en verano. Los dos acordamos que la cagamos y no volvería a suceder. Hoy solo nos estábamos despidiéndonos.

Me llevo una mano a la frente.

—O sea, ¿que ni siquiera era un lío serio?

Llevo varias semanas sintiéndome la peor persona del mundo por tener sentimientos por una persona cuando aún estoy en una relación con otra mientras Tommy sí ha cruzado la línea.

—¡No! —responden al unísono.

—Ni queríamos que se convirtiera en algo más —añade Tommy, apurado—. Por eso íbamos a decírtelo hoy. —Hace un gesto indefinido—. Nena…

—Ni se te ocurra llamarme nena —mascullo entre dientes.

Levanto la mano al ver que hace el amago de acercase a mí. El rostro de Tommy es el fiel reflejo de la desolación. Bien, que se joda.

Wendy carraspea y se muerde el labio.

—No queríamos ocultártelo, Tamara.

—No, claro. Solo lo omitisteis con alevosía, que es peor.

—¿Qué querías que hiciese? —cuestiona Tommy, exasperado —. No me pareció apropiado enviarte un mensaje en plan: «hola, te va a resultar gracioso lo que ha sucedido en Miami».

Me cruzo de brazos, herida y colérica a la vez.

—Entonces, déjame ver si lo entiendo. Coincidís en Miami, os liais porque… Yo qué sé, sol, playa y bebida gratis. Acordáis que no hay nada entre vosotros. Y hoy, justo HOY, decidís hacer una última despedida en tu habitación —lo acuso a él. Al fin y al cabo, es con el que tengo, o tenía, una relación—, a oscuras y con ella cayéndose de tu regazo como si fuera parte del mobiliario, ¿me equivoco?

Él levanta un dedo.

—En nuestra defensa diré que no esperábamos visita.

Cabeceo incrédula y resoplo fuerte.

Genial. Esto mejora por momentos.

—Y pensar que estaba angustiada porque no sabía, después de todo este tiempo, cuál era la mejor forma dejarte para no hacerte

daño —digo, casi riéndome de lo ridículo que suena—. ¡Podríamos habernos evitado todo este teatro!

Tommy abre los ojos como platos.

—¡¿Venías a dejarme?!

Encima tiene la desfachatez de parecer indignado.

—¡Tommy! Mira el panorama. Creo que esa no es la parte más sorprendente de la noche.

Wendy asiente, dándole unas palmaditas en el hombro.

—La verdad es que podrías haber terminado con ella tú primero. —Se gira hacia mí—. Te merecías haber sabido antes que fuimos un capítulo de primavera.

Capítulo de… Manda huevos.

—Lo mínimo era romper conmigo antes de vuestra función de despedida.

Tommy frunce el ceño.

—Es por el rarito ¿verdad? Te ha comido la cabeza y por eso me ibas a dejar.

—¡Eres imbécil! —estallo—. ¡Ni siquiera he visto a Levy estas semanas! Y como vuelvas a llamarlo rarito, te aseguro que te daré tal paliza que dudo que vuelvas a jugar al fútbol.

Siento tal rabia que tiemblo.

—Sé que nunca le he caído bien y…

—¡Deja a Levy fuera de esto, maldita sea! ¿No lo ves? Lo nuestro estaba abocado al fracaso. Si no, no hubiese ocurrido esto. —Señalo a Wendy.

Tommy gruñe y se pasa las manos por su pelo castaño claro, desordenándoselo.

—¡Lo sé, joder! Lo siento de verás, Tam. Se nos fue de las manos, y tampoco queríamos que pareciera que estábamos engañándote por algo serio.

—Pues, enhorabuena —ironizo—. Me siento traicionada igualmente. No por vuestra historia en Miami ni por esta especie de despedida cutre, sino porque no tuvisteis el valor de contármelo cuando pasó. Me has fallado. —Y, mirando a Wendy, añado—. Los dos lo habéis hecho.

Ella me devuelve la mirada con ojos grandes.

—¿Estás enfadada?

Esto es surrealista.

—No, qué va… Estoy por aplaudiros. ¿Tú qué crees, Wen? —cuestiono de vuelta.

—¿Me vas a echar del equipo?

¿Eso es lo único que le preocupa en este momento?

—No, Wen. No soy quién para echarte de las animadoras. —Aunque técnicamente podría al ser la capitana. Sin embargo, nunca haría algo así—. Pero estoy decepcionada. —Hago una pausa. Están tan nerviosos que, si tuvieran colas, seguro que las moverían. Suspiro—. No puedes negar que lo nuestro —observo a Tommy— ya no tenía sentido. No es culpa de tu infidelidad. Simplemente, lo nuestro ya estaba roto y ambos lo sabemos —concluyo resignada.

—Tam, siento que te hayas enterado así —dice él.

—Y yo siento haberte caído encima de sorpresa —añade Wendy.

—Yo también lo siento —Porque, aunque tuviese claro dejar a Tommy, no por ello duele menos—. De todas formas, he sobrevivido a cosas peores. —Me acerco a la ventana, siendo consciente de que sobro—. Bueno, os dejo seguir con vuestra ceremonia de despedida, aunque sería más bonito hacerla en un aeropuerto. No sé, creo que sería menos peligroso ante fracturas.

—Tamara… —me llama Tommy—. De verdad, espero que algún día podamos reírnos de esto.

Me giro y le echo un vistazo de soslayo. Para risas estoy yo.

—Dame dos semanas y tres kilos de helado. Después, ya se verá.

Salgo por la ventana. El aire fresco dándome en la cara me devuelve un poco a la realidad. Es cierto que me han traicionado, pero lo que teníamos Tommy y yo ya estaba acabado. Podría haber roto conmigo antes de su viaje tropical, pero está visto que, al final, lo inevitable solo necesitaba un empujón.

Camino sin rumbo fijo los primeros metros, todavía con la adrenalina subiéndome y bajándome por el pecho, como si fuese a empezar un espectáculo en vez de acabar una ruptura desastrosa.

Pero a medida que me alejo de su casa, la rabia pierde fuerza y se desinfla.

Debajo no hay un abismo ni un drama épico, solo un hueco bastante manejable. No duele tanto como pensaba. Y eso es lo que más me sorprende. Creí que romper con Tommy —o enterarme de esto, da igual— me destrozaría. Que me dejaría hecha un trapo. Pero no. Lo único que siento es un cansancio tibio y una especie de tristeza suave que no hiere, sino que solo me acompaña.

Supongo que es porque, a pesar de todo, le tengo cariño.

Sería injusto negar que hubo momentos buenos, muchos, y que durante un tiempo él fue una parte bonita de mi vida. No quiero borrarlo. Solo aceptar que se acabó.

La versión de él que hoy me ha tocado ver es torpe, cobarde y un poco idiota, sí, pero no invalida que antes fuera alguien que me hacía reír, que me apoyaba como mejor sabía y que me quería a su manera.

Haber terminado así jode, no obstante, no me quita lo vivido. Y eso, por inesperado, me consuela más de lo que me entristece.

Sigo andando hacia mi casa con las manos en los bolsillos de la sudadera que me puse antes de salir. A pesar de la agradable temperatura que hay por el día, en las noches suele bajar unos cuantos grados.

La calle está casi desierta, solo se oyen las gaviotas, que chillan como si les importara poco nuestras miserables vidas. Avanzo despacio, repasando en mi mente la escena, el susto, la vergüenza, el enfado y la extraña liberación que se me ha quedado pegada a la piel. Sí, lo nuestro estaba muerto desde hace tiempo. Solo necesitaba verlo con mis propios ojos.

No sé por qué, de repente, me detengo.

Es como si un tirón invisible me frenara en seco. De pronto, tengo la extraña sensación, pura intuición o paranoia de que alguien me está observando. No es a causa de un ruido ni de una sombra. Es como una certeza absurda y repentina, como si una mirada me rozara la nuca.

Me giro despacio y nada. No hay nada raro a mi alrededor, solo la calle desierta, las farolas parpadeando como siempre y un gato cruzando la esquina con la dignidad de quien sabe que todos los humanos somos idiotas.

—Qué tontería… —murmuro para mí misma, aunque sigo sintiendo un cosquilleo incómodo en la espalda.

Acelero un poco el paso. No porque tenga miedo, me digo eso con poca convicción, sino porque necesito llegar a casa, ducharme, tirarme en la cama y respirar, sabiendo que el asunto con Tommy que me reconcomía por dentro ya pasó. Que el drama quedó atrás, en una habitación a oscuras con dos culpables que parecían niños recién regañados.

Mientras camino, con ese presentimiento todavía enganchado a la piel, me doy cuenta de algo más. Estoy bien. Un poco enfadada, sí. Un poco decepcionada, también. Pero entera. Más entera de lo que esperaba.

Quizá porque, al final, perder a alguien duele menos cuando llevabas tiempo soltándolo sin darte cuenta. O puede que sea porque el cariño no desaparece, solo cambia de forma. Y lo que viene ahora, aunque aún no entienda del todo qué será, estaba predestinado.

Sea lo que sea, lo afrontaré como siempre he hecho en la vida, con optimismo. Al fin y al cabo, solo tengo dieciocho años. Tengo toda la vida por delante, ¿no?

Cuando veo la fachada, entrecierro los ojos y se me dibuja una sonrisa en el rostro al distinguir la figura que está sentada en el balancín del porche de mi casa. Y por extraño que resulte, la sensación que me ha acompañado durante todo el trayecto desaparece.

Capítulo 8



Tamara

—Hola, forastero —saludo—. ¿Te sentó bien el paseo de vuelta a casa o sigues en modo adolescente atormentado? Que sepas que ese estado suele atraer mucha atención —le confieso, tomando asiento a su lado.

Al escuchar mi pulla, Levy hace una mueca con sus labios.

—No es como si te dejase sola. Volviste con tu nueva amiga… —Vaya, parece que sigue taciturno.

—¿Tienes miedo de que te quiten el puesto, Sinclair? —Arqueo una de mis cejas, mordiéndome la sonrisa.

—¿Debería tenerlo? —lanza de vuelta, y no lo resisto más y sonrío a conciencia.

Muevo su brazo izquierdo y me cuelo debajo de él, acomodando mi cabeza sobre su pecho.

—Quién sabe… No he sabido nada de ti durante las vacaciones.

—Tam…

—Tranquilo. —Lo palmeo a la altura de las costillas—. Por muy bien que me caiga Lilian, nadie podría ocupar tu lugar.

Por unos segundos nos mantenemos en silencio, él apretando el brazo que tiene alrededor de mis hombros para acercarme más a su costado y yo escuchando el latido rítmico y constante de su corazón.

Suspiro.

Hoy ha sido un día de locos: los nervios previos de la vuelta al instituto; perderme las clases para hacer de guía a Lilian. La toma de contacto con el equipo y ser consciente de lo oxidados que estamos. Y, para rematarlo, lo sucedido en casa de Tommy.

Sin embargo, por primera vez en el día, en este instante, siento un poco de paz.

—Tommy y Wendy se han liado —declaro al cabo de unos minutos.

—¿Perdona? —Levy hace el amago de apartarme para incorporarse, pero me abrazo a su cintura para que continúe como está. Estoy demasiado cómoda para no disfrutar de la sensación—. ¿Estás bien? ¿Tengo que darle su merecido?

Se me escapa una risilla. No dudo que Levy defendería mi honor si yo se lo pidiese.

A veces me burlo de que parece el típico joven sacado de una novela de la época victoriana. Sus modales son exquisitos, aunque un tanto pasados de moda.

—Tranquilo, lord Sinclair, nadie ha mancillado mi reputación. Me he enterado justo cuando he ido a su casa para romper la relación.

—¿Has ido a dejar a Tommy? ¿Por qué? —Esta vez sí me aparto del refugio de sus brazos para que quedemos de frente—. Se supone que sois la pareja perfecta.

—Tú mismo lo has dicho, se supone. —Tuerzo el gesto—. La realidad es que Tommy y yo estábamos juntos por razones equivocadas. Solo porque se esperaba que así fuese, dado nuestro estatus dentro del instituto. Tommy Ferguson y Tamara Jefferson, el *quarterback* y la capitana de las animadoras. No te negaré que hubo un tiempo en el que estuve loquita por él.

—No hace falta que lo jures. —Rueda sus ojos—. Yo estaba presente y veía cómo babeabas por él.

—¡Yo no babeaba! —me quejo, golpeando su estómago. Él solo se limita a arquear una ceja—. Está bien, puede que se me fuesen los ojos más de la cuenta tras Tommy en séptimo grado.

Se lleva la mano a la boca y tose en ella, soltando un «mentirosilla» en el proceso.

—¡No es mentira! El siguiente año empezamos a quedar. Así que ya no me hacía falta suspirar de manera soñadora cada vez que pasaba por mi lado.

—No es que Tommy Ferguson sea de mi agrado, ya sabes que él y yo somos como el agua y el aceite, siempre vamos a intentar quedar

uno por encima del otro, pero, no sé, pensé que os graduaríais siendo pareja.

Me recorre un escalofrío cuando se levanta la brisa y tirito.

—Ven aquí.

Levy abre sus brazos y no hace falta que lo repita para que me vuelva a refugiar en ellos.

—No negaré que no ha estado mal este tiempo a su lado. A nuestra edad, tenemos las hormonas revolucionadas y Tommy es un amante muy generoso.

—Sin detalles, Jefferson. —Se tapa la cara con una de sus manos.

Me río y, por una vez, lo dejo estar. Yo no tengo ningún tipo de problema en contarle mis intimidades, sin embargo, a Levy según qué temas le incomodan; es en extremo reservado.

—Lo que quiero decir es que no era el indicado para estar al otro extremo de mi hilo.

—¿Tu hilo? —Me sostiene de la nuca para que alce la mirada. Lo hago y me centro en sus ojos grises. Con la luz tenue del porche se le ven más brillantes.

—¿No conoces la leyenda del hilo rojo? —le pregunto. Él niega con la cabeza y yo me sujeto el pecho, pasmada—. Muy bien, presta atención, Sinclair, porque este tipo de cosas no las aprenderás en tus queridos debates. —Me acomodo de nuevo, colocando mi cabeza debajo de su barbilla para recitarle el famoso proverbio—. Cuenta la leyenda que las personas destinadas a estar juntas están unidas por un hilo rojo, independientemente del lugar y el momento en que se conozcan. Ese hilo podrá estirarse, retorcerse, pero nunca podrá romperse y será por siempre símbolo del amor eterno entre los dos —concluyo soñadora.

—No sabía que creías en esas chorradas.

—¡No son chorradas! Es el destino. ¿Tú no crees en él?

Medita su respuesta durante unos segundos.

—Yo solo pienso que el destino está creado para amargarnos la existencia —dice al fin con un deje derrotista.

Esta vez soy yo la que lo aprieto entre mis brazos y comento:

—No te preocupes, Levy, ya creeré yo suficiente en él por los dos. Y en nuestro destino más inmediato auguro que este va a ser

nuestro mejor final de curso.

—Sí, un curso apoteósico —ironiza.

El tema de Lilian sigue rondándome la cabeza, por lo que antes de crearme más ideas preconcebidas, le pregunto:

—Oye, Levy… ¿Conocías a Lilian?

Al estar apoyada en él, noto cómo su cuerpo se tensa y su corazón se acelera.

—¿Por qué lo preguntas?

Esta vez, cuando me aparto, lo hago para fijarme en su expresión.

Siempre se ha dicho que la cara es el espejo del alma, y con la que me observa Levy, hace que mis suposiciones se acrecienten.

—Tu reacción ha sido extraña cuando os he presentado.

—Sabes que no me gusta que me molesten cuando estoy preparando mis debates —se excusa.

Entrecierro lo ojos.

Que desvíe la mirada es un claro indicio de que está mintiendo.

—Tu madre también ha reaccionado diferente al mencionarla —le hago saber. Blasfema por lo bajo y mis nervios se acrecientan—. Levy, ¿hay algo que deba saber? —vuelvo a insistir.

Aprieta la mandíbula. Es apenas un movimiento, pero suficiente para que todas mis alarmas internas empiecen a parpadear de un rojo intenso.

—Tamara… —me advierte, usando ese tono suyo tan paciente que en realidad significa «por favor, no sigas por ahí».

—La conoces, ¿verdad? —repito, más suave esta vez, pero sin soltarle la mirada.

Parece debatirse internamente. Sus ojos grises, que con normalidad consigo leer, ahora se agitan igual que el mar cuando empieza a cambiar la marea.

Traga saliva y contengo el aliento.

—No quiero que tu relación con ella se vea condicionada por historias que no son importantes —musita al fin, frotándose la nuca. Es su gesto clásico cuando quiere desaparecer.

—¿Historias? —Alzo las cejas—. Levy, no soy tonta. La conoces, o, como mínimo, sabes quién es. ¿Qué pasa con Lilian?

Él suelta una exhalación lenta, como quien se rinde a medias.

Mira hacia la calle vacía, como si esperara que alguien surgiera de las sombras para interrumpir esta conversación.

—No es lo que crees —insiste—. Es una situación complicada.

—Complicada, ¿como qué? —Noto que me tiembla la voz.

Tarda unos segundos en responder. Puedo sentir la tensión en su cuerpo gracias a que aún tengo apoyada una mano en su pecho.

—Son gilipolleces familiares. De mi padre, más concretamente —empieza con cautela—. Nuestras familias se conocen desde hace una eternidad y tienen una especie de acuerdo entre ellos.

—¿Qué clase de acuerdo? —pregunto en un susurro.

—De la clase en la que terminamos con un anillo en el dedo —admite con una mueca amarga mientras yo siento que se me quiebra el corazón—. Mi padre es un poco anticuado y paranoico con según qué asuntos. Y la madre de Lilian… Bueno, es más complicada que mi padre, que ya es decir. —Resopla—. Eso es todo.

¿Eso es todo? ¿Cómo que eso es todo?

¿Me acaba de soltar la bomba de que tienen una especie de compromiso y espera que lo deje estar?

Lo observo enmudecida, intentando descifrar si me está escondiendo algo más o si de verdad es la versión completa. Levy tira de mi mano y me obliga a volver a acurrucarme contra él.

Acepto.

Me encuentro paralizada y mi cabeza no para de darle mil vueltas al tema.

—¿Os vais a casar? —cuestiono cuando soy capaz de articular palabra.

—¡Ni de coña! No pienso aceptar las exigencias de nuestros padres.

Nunca he conocido a su padre, pero por como siempre ha hablado de él, no parece que sea del tipo que espera un no por respuesta.

—Levy…

—No quiero que te preocupes por cosas que no tienen importancia —me interrumpe en voz baja.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Suspira.

—Me quedé impactado cuando la vi en el instituto. No la esperaba aquí, la verdad.

«¿Y Lilian? ¿Por qué me haría creer ella que no se conocían?», me cuestiono, recelosa.

—No quiero que sea un problema entre nosotros. Me ha caído bien, pero tú eres mi mejor amigo —respondo casi de forma automática.

—Lilian es nueva. Necesitará a alguien cerca y tú eres demasiado buena tratando con la gente. —Que sea la chica con la que lo pretende casar su padre no me hace querer ser en extremo buena precisamente —. Y yo… —Se detiene—. Yo solo reaccioné de más. Fin de la historia.

Sé que no es el fin de la historia. Lo sé porque su ritmo cardíaco sigue acelerado bajo mi oído, pero también tengo claro que no va a decir nada más esta noche. Y, en cierto modo, yo no tengo energía para empujarlo.

Mucho menos después lo que me acaba de desvelar.

—Está bien —susurro al final, dándole tregua—. Pero esto no ha terminado, Sinclair, pienso insistir en conocer esa historia familiar. Te lo advierto.

—Siempre tan curiosa —bromea con suavidad.

Su risa no termina de subirle a los ojos, y la mía tampoco.

¿Cómo es posible que su confesión me resulte más dolorosa que terminar la relación con Tommy?

Me abraza con más fuerza. Su calor, su olor familiar, el vaivén suave del balancín, todo acaba envolviéndome en una especie de calma que no sabía que necesitaba hasta ahora.

Un coche pasa por la calle y sus faros iluminan un poco nuestro porche. Seguimos sumidos en esa penumbra cómoda que solo existe entre dos personas que se conocen de memoria. Aunque ahora mismo mi mente vaya a mil por hora.

Levy comprometido. Levy casándose con otra.

—¿Sabes qué? —murmuro, ya con los ojos entrecerrados, para acallar mis pensamientos intrusivos—. Creo que tienes razón.

—¿En qué?

—En que este curso puede ser apoteósico.

—Lo he dicho de manera sarcástica, por si no te has dado cuenta.

—Yo no —miento, dibujando un semicírculo con mi dedo sobre su pecho, como si siguiera un hilo invisible—. Algo está cambiando,

Levy. Siento como si el hilo rojo estuviera empezando a tensarse.

Es lo más cercano a lo que estoy dispuesta a sincerarme con él y mis nuevos sentimientos.

Él resopla, divertido.

—No empieces con tu cuento místico otra vez, te pareces a mi abuela.

—Calla y déjame ser poética. Además, Mildred es genial.

—Si tú lo dices… —comenta, pero su tono suena más dulce que cualquier réplica.

Sonrío. Por mucho que Levy quiera ir de chico duro, es un cacho de pan que se ablanda cuando habla de su madre y su abuela.

No sé si es la brisa, el día caótico o el hecho de que, a pesar de todo, sigo sintiéndome a salvo a su lado. Sin embargo, tengo la extraña sensación de que lo que ha ocurrido hoy con Tommy, Wendy, con Lilian y Levy es solo el primer paso hacia algo mucho más grande.

Algo que todavía no tiene forma, pero que se acerca con lentitud como una ola que sabes que terminará rompiendo justo a tus pies.

—Levy… —musito antes de que el sueño empiece a reclamarme y tenga que entrar a casa.

—¿Mmm?

—Prométeme una cosa.

—Depende de lo que sea —responde tan pragmático como siempre.

—Prométeme que cuando ese hilo rojo nos alcance, estemos cerca para celebrarlo o para reírnos de nosotros mismos si resulta ser una completa tontería —comento sin el valor de confesarle que espero que al otro lado de mi extremo esté él.

Levy tarda unos segundos en responder. Cuando lo hace, su voz está cargada de algo que no termino de identificar.

—Que te quede claro que, si de mí depende, siempre estaría a tu lado, Tamy.

Por primera vez desde que empecé a notar que lo que siento por Levy va por un camino diferente, dejo de resistirme a ello, ya que la presión en el pecho y el miedo a perderlo hablan más fuerte que cualquier intento de engañarme a mí misma.

Capítulo 9



Tamara

A la mañana siguiente compruebo que vivo en un pueblo demasiado pequeño, donde las noticias se cuelan por las rendijas de las puertas en mitad de la noche y amanece todo el mundo sabiendo los nuevos acontecimientos.

Los susurros me persiguen desde que pongo un pie en la calle. Los estudiantes que me cruzo me miran sin disimulo, como si llevara un cartel luminoso sobre la cabeza.

—¿Es cierto que has cortado con Tommy? —pregunta Candice sin siquiera saludar, apareciendo a mi lado como un resorte.

No me sorprendo y la miro de reojo.

—Parece que las noticias vuelan… —murmuro, intentando que mi voz suene indiferente.

Atravesamos las puertas del instituto y los murmullos se intensifican. Los alumnos me observan desde sus taquillas, desde los bancos, desde las esquinas. Sus miradas siguen mi recorrido como si estuviera desfilando en un pasillo improvisado.

Cuando llego a mi taquilla, Candice vuelve a la carga:

—Entonces, ¿es cierto? —insiste con esa mezcla de curiosidad y morbo que tanto la caracteriza.

—Si preguntas si ya no estamos juntos, sí, es verdad —respondo, abriendo la puerta metálica—. ¿Cómo te has enterado?

—Ron me llamó —dice sin un ápice de pudor—. Dice que no puedes hacerle eso a su *quarterback*. Que Tommy no puede distraerse con dramas justo antes de los últimos partidos de la temporada.

Me quedo mirándola, boquiabierta, entre la incredulidad y la indignación. Ron es el receptor y el amigo con derecho a algo más de Candice.

—¿En serio te dijo eso Ron?

—Tal cual. Yo solo transmito el mensaje, no me dispares. —Levanta las manos en señal de rendición.

Justo en ese momento, aparece parte del equipo de fútbol. Es imposible no reconocerlos. Llevan chaquetas del equipo, mochilas enormes y un aire de suficiencia que llena el pasillo. Cuando localizo a Tommy entre ellos, no lo pienso.

Dejo caer mi bandolera en la taquilla, cierro de un golpe y me encamino hacia él.

Algo debe ver en mi cara porque Tommy se separa de su grupo sin protestar y lo encuentro a mitad del pasillo mientras noto como mi mandíbula se tensa.

—Conque he cortado contigo, ¿eh? —mascullo entre dientes.

—Tamara, mejor hablemos en privado —susurra. Me toma del codo y, sin darme tiempo a reaccionar, me arrastra al baño de chicos—. ¡Fuera! —gruñe a dos chicos que hay frente a los urinarios.

Ellos, al verme ahí, se sorprenden y se abrochan la bragueta a toda prisa antes de escapar como si les persiguiera un tornado.

Tommy se apoya contra la puerta, bloqueándola.

—No necesitamos montar un espectáculo ante todo el East High, ¿no crees?

—No, claro —escupo—. Mucho mejor que cuchicheen sobre la capitana de animadoras antes que sobre su *quarterback*, ¿no?

Le doy un manotazo en el pecho y exijo:

—¿Por qué le dijiste a Ron que yo corté contigo?

—No mentí —responde, encogiéndose de hombros.

—No, pero te faltó añadir el detalle de que pillé a Wendy cabalgando sobre tu regazo —digo con una frialdad que me sorprende incluso a mí.

—Técnicamente, tú viniste a romper conmigo antes de eso. Así que, por ende…

—¡Eres imbécil, Tommy! —explota la palabra antes de que pueda detenerla.

—Claro que soy imbécil —admite, aunque su tono no es de disculpa, sino de reproche—. Cortaste conmigo, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué? —¿En serio tengo que aclarárselo?—. ¡Me fuiste infiel!

—Pero tú ya lo habías decidido. Por lo que a mí respecta, soy la víctima aquí. —Se golpea el pecho con dramatismo.

Me cubro la cara con ambas manos, exhausta, asfixiada, incapaz de creer lo que estoy oyendo.

—Aquí no hay víctimas, Tommy. Lo nuestro ya no funcionaba —mi voz sale amortiguada entre mis palmas.

—Podría haber mejorado.

Me descubro el rostro y lo miro incrédula, como si acabara de decir que los Lions serán capaces de ganar la Super Bowl.

—Si de verdad lo creyeses, no te hubieses liado con Wendy —le lanzo—. ¿Os llegasteis a acostar?

No es que de verdad importe. No obstante, después de estar actuando como un gilipollas, tengo curiosidad del alcance de su infidelidad.

Él baja la mirada por primera vez desde que entramos y ahí tengo mi respuesta.

—No quiero perderte, Tamara.

—No me estás perdiendo. Llevas razón, soy yo la que me estoy alejando —respondo casi con tristeza—. Deberías haber sido sincero.

Tommy parece querer replicar, pero no encuentra palabras. No después de ser consciente del alcance de nuestra situación.

Se queda ahí, apoyado en la puerta, todavía creyendo que puede retener algo que hace tiempo se rompió.

—¿Sabes qué? —Levanta los ojos, arrepentidos y confusos—. No me importa que crean que yo he roto contigo y quedes como el exnovio herido si eso te hace sentir mejor. Al fin y al cabo, el desenlace sigue siendo el mismo. Ya no soy tu problema —le digo, firme—. Y tú tampoco eres el mío.

Tomo aire, lo suficiente para no temblar, y lo aparto con suavidad del camino. La puerta se abre con un chirrido metálico que retumba en el silencio tenso del baño.

Antes de salir, lo escucho llamarme por mi nombre, pero no me giro ni vuelvo la vista atrás.

Camino de regreso al pasillo, sintiendo todas las miradas clavarse en mí, solo que no me importa en absoluto. Sé que seré el tema de conversación hasta que suceda otro asunto que capte más su atención.

—Parece que reuniste el coraje de sincerarte. No se habla de otra cosa por los pasillos —me sorprende Lilian nada más salir del baño.

No tengo ni la más mínima paciencia para nadie, y menos para ella. Paso por su lado sin saludar y camino hacia mi taquilla.

Siento cómo me sigue, sin que entienda que lo que pretendo es tomar distancias. Cuando introduzco la combinación de la taquilla y abro la puerta para coger la bandolera, Lilian la cierra despacio con la palma, obligándome a quedarme de frente a ella.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta demasiado suave, como si le estuviera hablando a una cría perdida.

Respiro hondo. Me coloco la correa de la bandolera en el hombro y, reuniendo valor, la enfrento de lleno.

—Mira, Lilian, creí que podríamos ser amigas, pero si hay algo que no soporto es que me tomen por tonta y me mientan a la cara.

Ella se endereza con una rapidez casi felina, arqueando sus cejas caoba con una elegancia que parece ensayada. Su expresión es una combinación de sorpresa y ofensa.

—No sé a qué te refieres —responde con una calma tan perfecta que parece artificial.

La observo con fijeza.

Me he despertado esperando tener un día normal, pero está visto que es el día oficial de las confrontaciones no deseadas.

—Levy me contó la verdad.

Por un instante, sus ojos verdes se oscurecen, tornándose negros, como si se le hubiese derramado tinta en ellos. Aunque dura solo un segundo, el aire alrededor nuestro parece hacerse más frío.

Doy un paso hacia adelante, asombrada y llena de curiosidad.

—Tus ojos… —susurro.

Lilian parpadea. Cuando vuelve a abrirlos, el verde natural ha regresado como si nunca se hubiera marchado.

Frunzo el ceño.

¿Qué demonios ha sido eso? ¿Me lo habré imaginado? Igual se le han dilatado las pupilas por la luz del pasillo.

—¿Qué te ha contado Levy exactamente? —pregunta Lilian, cortando la ruta de mis pensamientos.

—La verdad —respondo, cruzándome de brazos—. Me reconoció que os conocíais de antes y que vuestras familias tienen esa absurda idea de prometeros.

Lilian sonríe.

No es una sonrisa dulce, sino una tranquila y calculadora.

—Vaya —dice—. Es cierto eso de que confía en ti.

—Por supuesto que lo hace. Levy es mi mejor amigo —le declaro, molesta—. Y tú también podrías haber confiado en mí. No dejar que pareciera una idiota mientras os presentaba.

—Lo siento. Llevas razón.

Lilian baja la mirada, como si la disculpa que acaba de pronunciar la hubiese dejado sin defensas. Hay un silencio raro entre nosotras. Se nota que no está acostumbrada a mostrar su lado vulnerable.

Respira hondo.

—Si no dije que conocía a Levy —empieza, con voz tenue— es porque pensé que era mejor que lo hiciera él. Después de todo, es tu mejor amigo. No creí que me correspondiera a mí.

Me quedo quieta. Eso… Joder, me molesta que lleve razón. No me conoce ni me debe nada.

»Créeme que estoy aquí por obligación. Mi madre me ha mandado a vivir junto a una tía lejana para que entre Levy y yo surja la chispa.

—¿A ti te gusta él? —le pregunto con la ansiedad instalándose en mi garganta.

—¡Maldita sea, no! —Ríe, como si la simple idea fuese un disparate.

Puede que me esté echando piedras en mi propio tejado, pero su vehemencia me molesta.

—Aunque no lo creas, Levy es un chico fantástico —lo defiendo.

—No lo dudo —asiente y continúa—: Mira, no conozco a nadie, solo a Levy. Y no demasiado. Pensé que, quizá tú y yo podríamos ser amigas. No quería arruinarlo desde el principio.

La sinceridad en su tono me desarma. Me fijo en cómo aprieta la correa de su propia mochila entre los dedos, como si le costara admitirlo.

La entiendo más de lo que quisiera mientras me muerdo el labio. No me gustaría llegar a un instituto nuevo y que la única persona que me habla me dé la espalda al intentar encajar.

Suspiro.

—Supongo que he reaccionado mal —admito, bajando un poco la guardia—. No me gusta que me oculten cosas. Sin embargo, puedo ponerme en tu lugar.

Lilian sonríe, esperanzada.

—Entonces… ¿Podemos empezar de cero? —pregunta.

Sus ojos parecen más brillantes que nunca.

Asiento despacio.

—Si vamos a hacerlo, quiero dejar una cosa clara. Espero sinceridad —le digo—. Nada de omitir detalles importantes. No me gusta sentir que soy la última en enterarme de todo y que se burlan de mí en mi cara.

Ella estira su mano.

—Te lo prometo —responde con firmeza—. Y ya que eres la mejor amiga de Levy y me los vendes tan bien —añade con cierta cautela —, ¿podrías hablar con él y que me dé una oportunidad? Quizá, de esa forma, podamos conocernos de verdad.

Mi corazón protesta de inmediato y noto una sensación de vértigo.

Trago saliva.

Por mucho que él se oponga, su padre quiere comprometerlo con ella. Por mucho que en mí se haya despertado un amor platónico por él, no va a desaparecer esa realidad.

—Veré qué puedo hacer —respondo al fin, a pesar de que la voz me salga un poco tensa—. Hablaré con él. Aunque no puedo prometerte que vaya a reaccionar bien, pero intentaré que al menos te conozca.

Lilian sonríe, esta vez de forma auténtica y aplaude.

—Gracias, Tamara. Eres una gran amiga.

Asiento, intentando ignorar la punzada que me traspasa el pecho.

—De nada —murmuro.

—Estoy segura de que, si al final Levy y yo acabamos casándonos, serás la perfecta dama de honor.

Su frase cae sobre mí como un cubo de agua helada.

—Eh…, claro —susurro, pero el sonido apenas pasa de mi garganta.

Lilian parece no notar mi cara de estupor. Está demasiado ocupada sonriendo, radiante, como si de verdad creyera que el futuro ya estuviera escrito y encuadernado para ella.

Mientras ella se ajusta el mechón que se le escapa detrás de la oreja, yo intento procesarlo todo. Las miradas de los estudiantes continúan clavándose, no obstante, ahora molestan menos que la maraña de sensaciones que llevo dentro.

La idea de Levy vestido de novio, con ella al lado, me provoca un vuelco tan fuerte que casi siento náuseas. Aun así, me esfuerzo y sonrío, porque para Lilian esto no es una broma, sino su realidad. Puede que sea obligada, sí, sin embargo, ¿quién soy para interponerme entre ellos y las expectativas imposibles de su familia?

Respiro hondo porque, si no, veo que me marearé.

Un par de chicas chasquean la lengua al pasar por nuestro lado, murmurando un chisme fresco recién horneado, probablemente sobre mi escena con Tommy, pero ya no me importa. El ruido exterior se vuelve borroso, como si alguien hubiese bajado el volumen.

—Tengo que ir a clase —comento, intentando sonar firme esta vez.

Porque si hay algo que he aprendido hoy es que fingir que todo está bien es la única manera que existe para no acabar derrumbándome.

—Entonces…, ¿amigas? —pregunta Lilian, extendiendo su mano de nuevo, como si en realidad quisiera asegurarse de que lo que acabamos de pactar no se pierde entre los susurros del pasillo.

La miro.

De cerca tiene una expresión sincera, casi necesitada. Una soledad tan pura que me golpea un poco el pecho. No parece una chica manipuladora tratando de escalar en la sociedad, sino una recién llegada que solo quiere un sitio donde encajar.

Suspiro y estrecho su mano.

—Amigas —confirmo.

Su sonrisa se ensancha, más cálida de lo que creí que podía ofrecer.

—Perfecto. Prometo que no te fallaré, Tamara. Y tú… —me guiña un ojo— prométeme que le tirarás de las orejas a Levy si se pone idiota.

Río con suavidad, aunque el sonido esté teñido de melancolía.

—Trato hecho —respondo.

Lilian da un saltito emocionado y, por un segundo, parece una chica normal, no alguien cargando tanta presión familiar encima.

—Será divertido —añade mientras empezamos a caminar por el pasillo.

—Seguro —murmuro, a pesar de que por dentro sienta ganas de llorar.

Mientras ella sigue hablando sobre clases, horarios y lo confuso que le parece el sistema de créditos del instituto, yo asiento de manera mecánica. En mi interior, el vértigo crece, un torbellino que mezcla culpa, ilusión, miedo y esa punzada profunda que Levy provoca en mí sin ni siquiera saberlo.

Pienso en él, en su sonrisa ladeada, sus bromas irónicas, su forma de preocuparse por mí sin que lo note. Después imagino a Lilian a su lado, cumpliendo las expectativas que alguien impuso desde mucho antes de que yo entrara en la ecuación, y el pecho se me encoge.

Estoy haciendo lo correcto. Lo que no complicará la cosas.

Sigo caminando con Lilian a mi lado. Mentalizándome en que lo que tenga que pasar, pasará. Y, por mucho que duela admitirlo, yo no soy quién para decidir el futuro de nadie.

Ni siquiera el del chico del cual estoy empezando a enamorarme.

Aunque, en realidad, siento que acabo de hacer algo que va a complicarlo todo aún más, pero si quiero que las cosas dejen de romperse a mi alrededor, quizá empezar por tender un puente entre ellos no sea tan mala idea.

A pesar de que ese puente esté construido sobre un triángulo que amenaza con incendiarlo todo.

Capítulo 10



Levy

Me hundo en la silla, intentando esconderme en la esquina más oscura de la biblioteca de Humanidades como si fuera un gato callejero al que han intentado meter en una bañera.

Aquí casi no llega nadie, las mesas están vacías y las estanterías forman un muro perfecto con el resto del mundo. Así puedo fingir que no existo.

—*Relájate, príncipe* —susurra una voz en mi cabeza, grave, vibrante, con ese eco quemado que ya reconozco demasiado bien—. *Solo has estado a punto de quemar tres taquillas esta mañana. Marca personal, pero nada catastrófico.*

No contesto en voz alta porque no quiero que pensar que he cruzado el umbral definitivo hacia la locura. En vez de eso, abro un libro cualquiera, ni siquiera miro el título. Podría ser *Cómo ser un humano normal para maniquíes* y me vendría bien.

Mi sombra se estira a mis pies, más oscura de lo que debería, como si la luz le tuviera miedo. Noto cómo se mueve, vibrando, como una mancha de tinta viva.

«Cállate», pienso, apretando los dientes.

—*Qué borde estas hoy* —responde mi sombra demoniaca—. *Antes de despertar adorabas hablar conmigo. Bueno, quizá «adorar» no sea la palabra, pero gritabas menos.*

No alcanzo a responder porque siento el cosquilleo en la nariz.

«Oh, no».

—No —murmuro, llevándome la mano a la cara—. Ahora no.

El picor aumenta, como si tuviera fuego líquido en los conductos nasales.

—Ni se te ocurra—le advierto a mi propio cuerpo.

Pero, de repente, estornudo.

Puta alergia al polvo.

Una lengua de fuego azul se escapa de entre mis labios y cruza el aire en línea perfecta hacia una papelera metálica. El papel de dentro prende en un suspiro, como si llevara años esperando ese momento.

—Mierda.

Me levanto de un salto, arrastro la papelera hacia mí y apago las llamas con un gesto de la mano y un chasquido seco. El fuego se repliega obediente, volviendo a hundirse en mi pecho como un animal al que tiras de la correa. El metal queda tintado de azul, humeante, mientras el olor a quemado se expande.

Una chica de penúltimo curso pasa por el lado opuesto al que me encuentro. Me giro, dándole la espalda y regresando a mi sitio.

—*Eres un encanto social* —ronronea mi sombra—. *Si el infierno tuviera departamento de Relaciones Públicas, te despedirían el primer día.*

«Gracias por la información», pienso, volviendo a sentarme.

Estoy a punto de fingir que leo otra vez cuando la temperatura baja de golpe. No mucho, apenas un escalofrío que me recorre la nuca. No hace falta que levante la vista para saber que ya no estoy solo.

Un taconeo tranquilo se acerca por el pasillo. Suena elegante, sin prisa. Como si fuera consciente de que todo el mundo debería apartarse para su llegada triunfal.

Mi sombra sisea.

—Un demonio asustado entre estanterías. Freud tendría material para tres tesis. —La voz de Lilian corta mi preciado silencio.

Levanto la vista despacio y la encuentro apoyada en la silla que tengo frente a mí. Tiene los brazos cruzados y una sonrisa ladeada. Su pelo rojo brilla, incluso con esta luz mediocre. Los ojos, negros cuando se le escapa el control, ahora están de una tonalidad verde suave. Parecen casi humanos. Casi.

Lleva unos vaqueros y un suéter, como si se tratase de alta costura. Dudo que sus zapatos de tacón sean recomendables para asistir al instituto. Por supuesto, las normas del East High no se aplican a una demonia de pura raza.

—Pensaba que estarías ocupada aterrorizando almas inocentes —respondo, cerrando el libro con la calma que no siento.

—De hecho, lo estaba —dice—. Pero luego tuve una conversación entretenida con ricitos de oro.

Mi estómago se tensa.

—No la llames así.

Lilian sonríe con más fuerza.

—¿Tamara, entonces? —Saborea el nombre—. Sigo pensando que peinar ese pelo cada mañana debería contar como penitencia, pero reconozco que no es tan tonta como creía. Eso sí, la pobre es un poco confiada.

Mi mandíbula se tensa y mi sombra se remueve con ganas de intervenir.

—¿Qué le has dicho?

—Oh, lo justo —responde, fingiendo inocencia—. Una versión suavizada de la verdad que tú decidiste no mencionarme que le habías contado. Qué detalle, por cierto. Contar verdades a medias, muy humano y muy cobarde.

Ahora mi sombra vibra en mi interior, disfrutando del conflicto.

«Traidor», le grito.

—*Te dije que esto iba a explotarte en la cara.*

«No te pedí consejo», susurro en mi mente.

—Déjala tranquila —murmuro en voz alta, clavando la mirada en Lilian.

Ella se ríe. Una risa clara y afilada.

—Eso no va a ser posible, cariño. —Se sienta en la silla de enfrente sin pedir permiso, apoyando los codos en la mesa—. Hemos cerrado un trato. Somos amigas.

—¿Cómo dices? —parpadeo.

—Que somos amigas —repite, dibujando comillas en el aire.

—¿Qué trato habéis cerrado?

«Nunca hagas tratos con un diablo», escucho la voz de mi abuela Mildred en mi cabeza.

—Es adorable. Solo pide una cosa a cambio de su amistad. Sinceridad. —Se tapa la boca, conteniendo la risa—. Lo dice en serio. Quiere que yo sea sincera. Y me lo pide a mí.

Sacude la cabeza, divertida.

—Lilian…

—Te juro que los humanos sois el mejor *reality show* de la creación —comenta, como si torturarme fuera su pasatiempo preferido.

Aprieto los dedos contra la mesa.

—Lilian, no juegues con ella.

—Yo no juego con nadie —dice, bajando el tono. Sus ojos chispean un segundo de manera demoníacos—. Eso lo hace tu padre. Que juega con todos nosotros. Yo sólo ejecuto. Y hablando de ejecuciones…

Su expresión se vuelve más profesional, como si sacara una carpeta invisible.

—Acólitos, Leviatán. Necesito acólitos para mamá. Ese es el trato. Yo te ayudo a no arruinar del todo tu vida humana y tú nutres el departamento de Recursos Infernales de Lilith.

—Sabes que no puedo venderle el alma de cualquiera, así como así. Necesito mi tiempo —respondo. Siento que mi sombra se agita de nuevo, hambrienta—. No pienso convertir East High en una sucursal del averno.

—Oh, por favor. —Lilian pone los ojos en blanco—. Ya casi lo es. Solo hace falta cartelería nueva.

Cruza una pierna sobre la otra y se acomoda.

—Te iba a preguntar… —continúa, jugando con un mechón de su pelo—. ¿Qué opinas de Tommy?

El nombre me enciende un instinto primitivo que no tiene que ver con el fuego.

—Opino que es un ególatra con bíceps —respondo—. Y que cuanto más lejos esté de Tamara, mejor.

—Sí, bueno, esa parte ya se está gestionando —dice Lilian, examinándose las uñas como si acabara de hacerse la manicura en lava—. Pero su alma… —chista—. Su alma es una maravilla.

Orgulloso, competitivo, inseguridad enterrada bajo capas de ego masculino… —enumera—. Es como todo un menú degustación.

Mi sombra zumba en mi caja torácica, interesada.

—*Tengo que admitir* —dice mi parte demoníaca— *que el humano me cae mal, pero como oferta es tentadora.*

—No —respondo, tanto a Lilian como a la voz dentro de mí.

Ella alza una ceja. O puede que lo hagan los dos.

—¿No te has dado cuenta de que es perfecto? —insiste—. Líder del equipo de fútbol, popular, acostumbrado a conseguir lo que quiere. Y ahora Tamara lo ha dejado. Está humillado, enfadado, rencoroso. Es perfectamente moldeable.

—Justo por eso no quiero que lo toques —escupo más duro de lo que pretendía. Como dice mi parte demoníaca, Tommy ni siquiera me cae bien—. Bastante tiene con lo suyo.

—¿Te apiadas de él? —pregunta Lilian, inclinándose hacia mí, muy seria—. Porque tengo que recordarte que tú naciste con el infierno en la sangre. Él solo es un imbécil de instituto.

La frase sonaría fatal si no fuera terriblemente cierta.

Desvío la mirada.

—No quiero que Tamara sufra más —digo al final, más bajo—. A pesar de que no estén juntos, sé que lo aprecia.

Me observa en silencio unos segundos. Algo en sus ojos cambia de forma imperceptible.

—Ay, Leviatán… —murmura al fin, con una media sonrisa—. Es tan tierno que casi me dan ganas de vomitar. —Suspira de forma teatral y se pone en pie—. No te agobies, ¿vale? —dice, dándole unos golpecitos ligeros a la mesa—. Solo piénsalo. Yo seguiré sondeando. Tommy es un buen candidato. Y Tamara… Bueno. —Sonríe—. Es una humana interesante.

Mi sombra gruñe por dentro.

—Aléjate de ella —repito.

—Amigas, cariño. ¿Recuerdas? —canturrea, girándose hacia las estanterías—. El trato está cerrado.

Se aleja con paso suave y seguro y la biblioteca recupera su silencio, aunque ahora parece más pesado.

Me quedo solo con mis pensamientos y mi sombra, que vibra como un enjambre de avispas venenosas.

—*Estás perdido, príncipe* —dice mi demonio interior, divertido—. *Y todo por una humana de pelo perfecto.*

No lo niego, joder. Por desgracia, no puedo llevarle la contraria.



La cafetería huele a café barato, bollería industrial y drama adolescente. O sea, el desayuno estándar del East High.

Llego con mi bandeja, intentando pasar desapercibido entre mesas llenas de risas y ruido.

Misión imposible. Siento algunas miradas. Unas de curiosidad, otras de interés. Desde que crecí quince centímetros en un verano y mi cara decidió ponerse de acuerdo con la genética, la gente empezó a mirarme más.

Lo odio.

Los demonios, aunque no lo pretendamos, llamamos la atención de los humanos. Es como si portásemos un imán que los atrajese sin necesidad de proponérnoslo.

Sin embargo, yo solo tengo ojos para una mesa.

Tamara está sentada sola, con un vaso de café en una de sus manos, mirando el móvil con el ceño fruncido. Su coleta alta deja libres sus mechones, que caen por su espalda como una cascada dorada. Podría encontrarla incluso con los ojos cerrados, ya que su presencia tiene su propio campo gravitatorio para mí.

Mi sombra se estira instantáneamente, alerta.

—*Ahí está el epicentro de tu estupidez* —susurra.

Ignoro el comentario y me acerco.

—¿Está libre? —pregunto, inclinando un poco la bandeja.

Tamara alza la vista. Sus ojos azules, un poco enrojecidos, se iluminan apenas al verme. Esa chispa diminuta me desarma.

—Para ti, siempre —dice, esforzándose por sonreír—. Siéntate, forastero.

Solo ella puede llamarme así y que suene a algo parecido a «cariño».

Tomo asiento frente a ella.

—¿Turno de desayuno existencial? —pregunto, señalando su café —. ¿O solo estás intentando adivinar el futuro en lo posos?

—Estaba leyendo los mensajes del grupo de animadoras —responde, haciendo una mueca—. *Spoiler*: todas son expertas en relaciones ajenas.

Deja el móvil sobre la mesa. De reojo alcanzo a leer cosas como: «Pero ¿cómo lo has dejado?». «Tommy es el *crush* del equipo». «Tía, te vas a arrepentir».

—¿Y el veredicto popular? —pregunto.

—Que estoy loca —responde ella, bebiendo un sorbo—. Que solo una idiota dejaría al *quarterback* antes del campeonato estatal. Una «*loser*», cito textualmente. —Y forma una L con sus dedos, apoyándolos en su frente.

Su tono es ligero, pero las palabras le pesan en la lengua.

Algo en mi pecho gruñe, de forma literal, mientras mi sombra también gruñe, ofendida por ella.

—Así que ahora, según ellas, eres una «perdedora» porque has decidido no aguantar más a un tío que te trata como un trofeo —resumo, apoyando los codos en la mesa—. Qué sistema de valores tan avanzado.

Ella se ríe, pero sus ojos brillan con un matiz vulnerable.

—Nadie sabe lo que pasó con Wendy.

—¿Y por qué no lo cuentas?

—¿Crees que me creerían?

—Por supuesto. Yo lo hice.

—Tú siempre lo haces —dice, mirándome—. Aunque no tengas razón.

—Qué casualidad, yo opino que siempre tengo razón —respondo—. Sobre todo, cuando se trata de tu ex.

—No es tan malo —protesta por reflejo.

Mi sombra resopla dentro de mí.

—*Cédeselo a Lilian*.

—Claro que lo es —respondo yo—. Solo que tú te has pasado dos años maquillando sus defectos. Eres muy buena en eso. Transformas imbéciles en proyectos de persona.

Tamara se tapa la boca con la mano, riéndose.

—Eres malvado, en serio —dice—. A veces pienso que debajo de esa cara de chico atormentado se esconde un alma oscura.

«Si supieras…».

La frase me golpea con fuerza. Mi demonio interior ríe, encantado.

—*Díselo, venga. Enséñale cuánta oscuridad escondes* —susurra—. *Empecemos por esa imagen de ella en tu cama…*

Y ahí empieza el problema.

Su cercanía me enciende la imaginación como gasolina. Mi sombra aprovecha y empieza a proyectar escenas en mi mente, nítidas y peligrosas.

La veo en mi habitación, de noche, los mechones sueltos sobre mi almohada, riéndose contra mi cuello mientras la beso, mis manos en su cintura, su cuerpo pegado al mío. La luz azul del fuego tiñe su piel, delineando sus curvas, dibujando sombras sobre sus clavículas. La escucho jadear mi nombre, entrecortado, las uñas clavadas en mis hombros mientras mi boca recorre el camino de su garganta.

Parpadeo, intentando arrancar la imagen de mi cabeza mientras mi propio café tiembla en mi mano.

Mi sombra no da tregua. Cambia de escena como si estuviera pasando diapositivas.

Ahora estamos en la playa, de noche, solo la luz azul bailando entre mis dedos mientras ella se sienta sobre mí, con las piernas rodeándome la cintura, su bikini casi inexistente, los labios brillantes a causa de mis besos. Mis manos suben por sus muslos, su cadera se mueve contra la mía y ella se inclina, el pelo cayendo sobre nuestras caras, besándome como si el mundo pudiera arder. Y, de hecho, lo haría porque el fuego azul se derrama a nuestro alrededor como una hoguera viva.

Trago saliva con dificultad. Siento calor. Mucho calor.

—Levy, ¿estás bien? —pregunta Tamara, frunciendo el ceño—. Te has puesto rojo. Más rojo que de costumbre.

—Estoy… —a punto de perder el control y convertir el comedor en una barbacoa— bien —consigo decir.

Mi sombra se ríe, cruel y eufórica.

—*Mira esto* —susurra, y me lanza otra imagen.

Tamara contra la pared de la biblioteca, mis manos sosteniéndola por el trasero, sus piernas enlazadas en mi espalda. Sus labios se entreabren mientras mi boca desciende por su cuello, su camiseta se sube un poco, dejando la piel de su vientre al descubierto. Mi fuego azul la rodea como un aura, incapaz de dañarla, acariciando su cuerpo como si también estuviera enamorado de ella. La oigo susurrar «Levy» en mi oído con la voz cargada de deseo.

Mi respiración se acelera.

—¿Levy…? —repite Tamara en la vida real—. Oye, mírame. ¿Es un ataque de ansiedad?

Ansiedad es la que siento presionando la bragueta.

Levanto la vista.

Sus ojos buscan los míos, tan azules, abiertos y preocupados. Ella alarga la mano y me toca la muñeca.

Ese contacto es pura dinamita.

Dentro de mí, el fuego azul tropieza y sube por mi garganta en una oleada caliente. Siento cómo se me eriza la piel. Si no tuviera control, ahora mismo la cafetería ardería.

—*Aléjate* —gruñe mi demonio interior, sorprendiéndome—. *O la vas a quemar*.

Me levanto de golpe y la silla chirría contra el suelo.

—Me voy.

—¿Cómo? —pregunta ella, confundida—. Si acabas de llegar.

—Tengo… —busco una excusa cualquiera— un trabajo del club de debate. Entrega urgente. Ya sabes. Democracia, oratoria, el mundo se acaba si no pongo comas.

Ni siquiera suena coherente, pero no me importa. Necesito salir de aquí.

—Pero aún no te he acabado de contar —protesta ella— lo de las chicas, lo que han dicho, lo de…

—Tam —la corto, suavizando el tono. La miro a los ojos, y por un segundo me quedo atrapado en ellos—. No eres una *loser* por dejar a un tío que no te merece, ¿vale? Aunque todo el maldito instituto lo diga. Tú sabes quién eres. Yo también. Y eso es suficiente.

Ella se queda quieta, respirando un poco más rápido. Sus mejillas se tiñen de rosa. Durante un segundo creo que va a decir algo

importante. Y mi sombra, mientras tanto, me lanza otra imagen.

Tamara se inclina sobre la mesa, me agarra de la camisa y me besa, profundo, en mitad de la cafetería, sin importarle nadie. Yo tiro el café al suelo, la atraigo a mi regazo, su lengua se mezcla con la mía y mi fuego azul prende en el metal de las sillas y la gente grita y corre, pero no me importa porque solo existe ella…

No. No, no, no.

Siento el fuego subiendo de nuevo. Si me quedo, algo va a arder. Y no quiero que sea ella.

Recojo la bandeja casi sin mirar.

—Tengo que irme —repito más bajo—. Hablamos luego.

Tamara frunce el ceño, parece herida.

—Siempre estás ocupado últimamente —dice—. Y eres tú el que me dice que no me deje pisar por nadie.

Sus palabras son un lanzazo directo a la culpa. Me obligo a no retroceder.

—No te dejo sola —respondo—. Solo es que tengo que resolver algunas cosas.

Ella me mira unos segundos más y luego suspira.

—Vale —dice al fin, pero su sonrisa ya no le llega a los ojos—. Ve a salvar el mundo con tus comas.

Intento sonreír, pero se me queda a medio camino.

Me doy la vuelta y camino hacia la salida. Con cada paso que me alejo es como una traición. Siento sus ojos clavados en mi espalda, y mi sombra se agita, inquieta.

Cuando por fin cruzo la puerta y el ruido de la cafetería queda atrás, me apoyo un segundo en la pared del pasillo. Dejo que el aire frío del aire acondicionado me golpee la cara.

—*Eres un cobarde* —dice mi demonio interior sin rodeos—. *Podrías tenerla. Podrías tener exactamente lo que quieres. Y la alejas.*

«Eres tú quien me has advertido de que me aleje antes de hacerle daño», le recuerdo.

—*Porque tienes que aprender a controlar tu poder* —me amonesta—. *Si lo hicieses, podrías estar cerca.*

«Si me acerco, la quemo», pienso. «Tú lo sabes».

La sombra se calla un segundo. Luego, suspira con dramatismo.

—Tal vez. O tal vez el infierno no sea tan frágil como crees. Pero sigue huyendo, príncipe. Es muy entretenido verte sufrir.

Cierro los ojos.

La verdad es amarga y simple. Cada vez que Tamara está cerca, mi parte demoníaca despierta con más fuerza. Fuego, deseo, hambre. No confío en mí mismo. No confío en no destruirlo todo si la toco como en realidad quiero hacer.

Ella no tiene la culpa de haber caído en el radio de explosión de mi existencia.

Me separo de la pared y echo a andar por el pasillo, las manos hundidas en los bolsillos y el corazón tan pesado como si fuese de plomo.

Por el bien de la humanidad y, sobre todo, por el bien de Tamara Jefferson, solo hay una conclusión lógica.

Tengo que alejarme de ella.

Aunque el fuego azul en mi pecho y mi sombra griten lo contrario.

Capítulo 11



Tamara

Han pasado un par de semanas desde la vuelta al instituto tras el parón de primavera y, por primera vez en mucho tiempo, siento que la vida me ha dado un respiro. No uno enorme, tampoco exageremos, pero sí lo bastante profundo como para no sentir que me estoy ahogando cada dos minutos.

Tommy y yo ya no estamos juntos, y la simple idea me produce esa rara mezcla de mareo y alivio.

Como cuando vas bajando por la montaña rusa, pero de repente llega una recta estable.

Lo único que me quita el sueño últimamente es algo más estresante que mi vida amorosa: el campeonato estatal de animadoras.

Está demasiado cerca y, aunque hemos mejorado, todavía no somos excelentes. Eso es lo que de verdad me desespera. Falta algo. No sé si es una chispa, un golpe de suerte o un milagro divino enviado directo desde cielo.

Estoy dando vueltas a mis pensamientos, como si fuesen acróbatas, cuando escucho una voz muy familiar a mi lado.

—¿Hoy también haréis doble entrenamiento? —pregunta Levy mientras caminamos por el pasillo durante uno de los cambios de clase.

Últimamente lo veo menos de lo habitual. Me pone excusas extrañas, se inventa tareas inexistentes y reuniones del club que antes no existían. Diría que me rehúye, pero eso suena ridículo, ¿verdad?

Es Levy.

—¡Qué remedio! No nos queda de otra —protesto, y, acto seguido, apoyo mi frente contra la pared, como si mi vida se hubiese convertido en un dramón.

—Yo os veo bastante bien —dice él, apoyando uno de sus hombros junto al mío—. Creo que tenéis opciones reales de llevaros el título este año.

Suelto una carcajada burlona.

—Tú no eres objetivo. No sabrías diferenciar entre un *Sponge* y un *Arabesque*.

—Llevas razón —dice él, distraído, mirando por encima de mi cabeza—. Yo me quedé en pirámides y saltos. Y solo porque el nombre ya da pistas. Oye, ¿esos de ahí no son Wendy y Marcus?

Frunzo el ceño. Me giro y miro por encima de mi hombro en la dirección que me señala.

Y sí, son Wendy y Marcus. La voladora y el base del equipo, pegados entre sí como si la lengua del otro fuese la cura para cualquier enfermedad mortal.

—Interesante elección de lugar para un festín de babas —murmura Levy.

Lo más curioso es que al lado de la nueva pareja están Tommy y varios Lions, como si asistieran a una exhibición pública. Tommy no parece inmutarse. Solo ríe con sus compañeros, como si eso no le importara.

Una parte de mí minúscula se siente herida por que me fuese infiel por un simple calentón. La otra agradece enormemente no seguir atada de forma emocional a él.

—Eso es lo que deberíamos estar haciendo nosotros —digo sin pensar, señalando la estampa.

—¿Quieres que tú y yo nos peguemos el lote? —salta Levy, horrorizado.

Me giro hacia él tan rápido que casi me descoyunto el cuello.

Su expresión es oro puro. Tiene los ojos grises abiertos de par en par, las orejas rojísimas y una tensión digna de alguien que acaba de caer en la cuenta de que quizás firmó, sin darse cuenta, un pacto para besarse conmigo en público.

¿Tan malo sería?

—No, idiota. —Me río por no llorar, empujándolo con el hombro—. Me refiero a relajarnos. Disfrutar del último curso y vivir sin preocupaciones. Como hacen ellos.

—Ah… —murmura él, aún ruborizado—. Aunque no lo demuestren, todo el mundo tiene preocupaciones, Tam. Además, yo estoy relajado.

—Ya, claro… Relajado. —Levanto una ceja, escéptica—. Yo diría que estás crispado por lo del próximo debate. ¿Cómo van las cosas con Lilian?

Su expresión cambia de manera automática. Pasa de parecer un ciervo asustado a «quiero desaparecer a través de la pared».

—Bien, supongo —contesta, apoyando la espalda en la pared—. La ignoro tanto como puedo.

—Muy mal, Levy —reprendo, alzando un dedo—. Así no mejoraréis vuestra relación.

—¿Y por qué querría que eso sucediese?

Me muerdo la lengua para no decir: «eso, ¿por qué querríamos algo semejante?».

«Porque le prometiste a Lilian que la ayudarías en ese asunto», me recuerda mi conciencia.

Antes de que pueda responder cualquier cosa, soy salvada por la campana.

El timbre suena y el pasillo entero cobra vida.

Nos ponemos en marcha entre empujones, risas y mochilas asesinas.

—Pensé que podrías cambiar las cosas entre vosotros —digo, caminando detrás de él para seguir su ritmo. Con esas piernas tan largas podría cruzar un país en cinco pasos—. Sois compatibles en ciertas actividades.

—¿Lilian y yo compatibles? —bufa—. No he conocido a nadie más distinto que ella.

—Sí lo has hecho. —Me señalo—. Me conoces a mí.

Sonríe de medio lado.

Y esa sonrisa, aunque pequeñita, me enciende entera y mis latidos se revolucionan sin permiso.

Quisiera que no lo hiciera, pero mi corazón parece no tener respeto por su dueña.

—Creo que deberías quedar —suelto de golpe.

Levy casi se tropieza cuando escucha mi sugerencia.

—¡¿Te has vuelto loca?! —grita, haciendo que un par de estudiantes se giren en nuestra dirección. Luego baja la voz—: ¿Quieres desatar el infierno en la Tierra?

—No exageres —protesto—. Además, no es una cita-cita. Ya me entiendes.

—No. No lo hago. O es una cita o no lo es.

—Estáis comprometidos, Levy —susurro, como si dijera una blasfemia.

Él me mira con fastidio.

—Ese compromiso no va a celebrarse.

Y ahí va mi corazón, otra vez, haciendo volteretas. Ridículo. Absolutamente ridículo y patética.

Porque sé que Levy y yo no seremos un «algo». Nunca lo hemos sido y jamás podremos serlo.

Pero cada vez que habla así, siento que estoy cayendo en una especie de esperanza prohibida.

—Medítalo, ¿vale? —le pido mientras entro a mi clase—. Nos vemos en la hora del almuerzo. Y no acepto un no por respuesta.

Cierro la puerta detrás de mí antes de que pueda echarse atrás.

Me dirijo hacia mi pupitre, con el pulso acelerado y un extraño calor en las mejillas, mientras pienso que Levy Sinclair me está quitando más horas de sueño que el campeonato estatal.

Y eso sí que es un problema. Sobre todo, porque prometí emparejarlo con su prometida.

La clase de Historia debería ser ilegal después de las diez de la mañana. Y más cuando mi cerebro está decidido a ignorar cualquier dato que no incluya la palabra «Levy».

Juro que intento tomar apuntes. Incluso subrayo un par de frases solo para parecer funcional. Sin embargo, en cuanto dejo de mirarle la cara al profesor, vuelve a pasar y esa imagen traicionera, que ya empieza a ser una visitante habitual, se cuela en mi cabeza.

Veo a Levy. Escucho su voz baja y grave pegada a mi oído mientras sus manos, grandes y firmes, me sostienen por la cintura.

Me enderezo en la silla tan rápido que golpeo la mesa con la rodilla.

Me muero de dolor y de vergüenza.

¿En qué momento exacto mi imaginación decidió rebelarse y convertirse en esto? Y lo peor es que no parece querer parar. Es como si un pequeño proyector interno hubiese descubierto un nuevo género de película y estuviera empeñado en reproducirlo sin descanso.

Apoyo el codo en el pupitre y me froto la frente, intentando tomar respiraciones profundas.

Antes de primavera, mis pensamientos con Levy eran del tipo: «qué mono es cuando se cabrea» o «qué bien me lo paso con él». Cosas normales de mejores amigos. Sin embargo, ahora van por otros derroteros totalmente distintos.

El otro día, sin ir más lejos, mientras entrenábamos vi a Levy hablando con un profesor, al otro lado de la pista. Nada especial. Jersey oscuro, expresión tranquila, postura recta. Y, aun así, solo verlo subirse las mangas hasta los antebrazos me dejó sin aire.

¿Qué clase de persona se queda embobada mirando unos antebrazos?

Por lo visto, yo.

Y no solo eso. Cuando pienso en él, lo que ocurre más veces de las que estoy dispuesta a admitir, mi mente se vuelve creativa.

Levy sujetándome de la cintura, inclinándose, y en ese momento, justo antes de besarme, —cuando su mirada baja hasta mi boca y siento como si el mundo entero se quedara sin oxígeno—, vuelvo en mí.

Trago saliva.

Me fijo en cómo el profesor escribe algo en la pizarra e intento concentrarme.

Lo peor es que estos pensamientos aparecen en los momentos más inoportunos. Suelen darse durante los estiramientos, cuando me ducho después del entrenamiento, incluso cuando intento dormir.

Como si una fuerza externa, una voz pícara y descarada se empeñase en sabotearme y se hubiese instalado en mi cabeza.

No sé qué es más preocupante. Que esté empezando a imaginar a mi mejor amigo de formas que no debería, o que, por algún motivo, se sienta tan natural e inevitable.

Cierro los ojos un segundo, solo uno, intentando recomponerme.

Y ahí está otra vez, su imagen acercándose por detrás. Su pecho contra mi espalda mientras su aliento me roza la nuca.

En ese instante sus dedos se entrelazan con los míos como si fuera la cosa más natural del mundo.

Me recorre un escalofrío. Escucho de fondo la voz del profesor hablar de tratados internacionales y el resto de la clase finge interés.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, me sorprendo a mí misma jadeando.

Miro a Candice, que vocaliza:

«¿Estás bien?».

Hago un gesto con la mano, como si me estuviese abanicando, y ella asiente.

Como si la vida quisiera burlarse de mí, mi móvil vibra en mi mochila.

Me agacho de manera discreta, lo saco y me lo escondo en el regazo.

Cuando lo desbloqueo sin que el profesor me descubra, veo que tengo un mensaje de Levy.

«Imposible que almorcemos juntos. Tengo que ir al aula de debate».

Me muerdo el labio.

Mi estómago hace una voltereta triple mortal sin red.

Quizá es lo mejor. Si ya estoy teniendo pensamientos ridículos sin tenerlo delante, ¿qué demonios voy a hacer cuando lo tenga sentado frente a mí?

Aun así, me encuentro respondiendo:

«Genial. Almorzamos allí».

Justo en el instante que envío el mensaje, mis dedos se detienen.

Siento como una especie de caricia mental. Varias sucesiones de pensamientos calenturientos con Levy se reproducen sin poder

controlarlos. Es como si algo los empujara. Como si alguien, o algo, estuviera metiendo mano en mi subconsciente sin pedir permiso.

Suelto un suspiro, exasperada, cuando noto que mi cuerpo me traiciona y comienzo a excitarme en mitad de la clase de Historia.

Sea lo que sea que me esté pasando, me está complicando la vida.

¿Lo peor de todo?

Que no quiero que pare.



—¿Te has enterado? —pregunta Lilian, irrumpiendo como una exhalación en el aula de debate, agitando su *smartphone* como si fuera una antorcha olímpica que acabase de robar.

Aún me resulta surrealista verla tan unida a su móvil cuando hace apenas unas semanas lo miraba como si fuera un cubo de Rubik con wifi.

—¿De qué? —respondo, acomodándome mientras vigilo por el rabillo del ojo a Levy. Su postura cambia al instante con la llegada de Lilian. Estira la espalda, tensa los hombros y aprieta la mandíbula. Está a un suspiro de partirse por la mitad—. En East High pasan tantas cosas en un día que podrían hacer un *reality* solo con lo de la primera hora de la mañana.

Y yo, entre tanto caos estudiantil, me encuentro intentando convencerlo de que Lilian es una buenísima chica con la que debería quedar. Lo cual es especialmente contradictorio si tengo en cuenta que llevo dos semanas teniendo fantasías con él que rozan lo cinematográfico clasificado para mayores de 16. Incluso quizá +18 si me pillan en un día tonto.

Genial. Soy de manera oficial un desastre emocional.

—¿De verdad pasan más cosas? Bueno, da igual —responde Lilian mientras arrastra una silla y se deja caer a mi lado con elegancia—. Me refiero a la fiesta que organiza Tiffany en su casa de la playa. Ronda se lo dijo a Michelle en la cafetería, ella se lo dijo a Audrey frente a las taquillas y yo, que estaba en uno de los cubículos del baño, me enteré.

—Lo siento, esto ya es demasiado para mí —dice Levy, poniéndose en pie.

Apenas consigue elevarse diez centímetros antes de que yo lo agarre por la camiseta y lo obligue a volver a sentarse.

Suelta un sonido raro.

Es un gruñido tan bajito y gutural que me recorre un escalofrío por toda la columna.

Pestañeo.

«¿Me acaba de gruñir?».

Lo observo. Su expresión es totalmente neutral, seria, incluso un poco cansada. Lo que viene a ser el Levy de siempre.

Vale, debo estar perdiendo la cabeza.

—Sí, Lilian. La misma Tiffany me ha invitado —le contesto, soltando a mi amigo cuando estoy segura de que no se va a escapar por la ventana.

—¡Tienes que llevarme! —pide Lilian, uniendo las manos como una súplica dramática. Igual, si alza los ojos al cielo, un rayo de luz la iluminaría—. No me conoce, así que no me va a invitar. Pero si voy contigo, la capitana de animadoras, diplomática oficial de la popularidad juvenil, no podrá decirme que no.

Lo pienso durante unos segundos.

Últimamente todo es entrenar, repetir coreografías y fingir que no tengo sueños subidos de tono con mi mejor amigo.

Sí, quizá lo que necesito es una noche de fiesta.

—No tenía pensado ir, pero una noche loca puede que me venga bien para desconectar del campeonato. Así que, claro. Cuenta conmigo.

—¡Por los altos demonios, Tamara! ¡Eres la mejor! —exclama Lilian, echándose encima mío con un abrazo sorprendentemente cálido—. Estoy deseando que llegue el día. Será mi primera fiesta aquí. Jóvenes desinhibidos sin supervisión adulta… La cantidad de gente que podré reclu… Digo, conocer. ¡Eso, conocer!

La miro, entrecerrando los ojos.

Estas últimas semanas la relación con Lilian ha mejorado, pero no negaré que es una chica peculiar.

—Seguro que haces nuevos amigos —le digo convencida—. Lo pasaremos genial. ¿A que sí, Levy?

—No pienso ir —responde él, escupiendo las palabras con la mínima energía.

—Oh, sí. Por supuesto que irás —interviene Lilian antes de que yo abra la boca.

La expresión de Levy es una mezcla entre rabia, resignación y un «Por favor, Dios, llévame de aquí».

Lo conozco y sé que al final vendrá. Siempre lo hace. Y no porque quiera, sino porque es Levy.

Nunca dice que no a nada que crea es importante para mí. Y eso me derrite el alma de una forma que no quiero analizar demasiado.

Cuando Lilian por fin se marcha, feliz, planeando su modelito con una emoción que casi da miedo, yo me giro hacia él.

—Cambia esa cara, Lev. Será divertido. Podremos relajarnos, bailar y olvidarnos un poco del curso.

—Sí, claro… No me cabe la menor duda —murmura, empujando un tomate de su ensalada como si acabara de ofender a toda su familia.

—No seas aguafiestas. Es la ocasión perfecta para que Lilian y tú acerquéis posturas fuera de las clases, para hablar con ella sin presión. Conocerla un poco más.

—Créeme —dice él, levantando por fin la mirada—, ya la conozco y no me gusta.

¿Qué demonios me pasa?

La arpía que habita en mí, y que no sabía que existía, siente una pizca de placer al oír su confesión.

—Tienes que intentarlo —digo, aunque mi voz suena menos entusiasta de lo esperado—. Si al final vais a acabar casándoos o comprometidos…

Me aclaro la garganta, nerviosa, y lo miro.

Él observa su ensalada como si fuese lo más interesante que existe.

¿Por qué demonios me afecta tanto?

¿Por qué siento este fuego extraño cada vez que él dice que no quiere a Lilian o que no piensa casarse con ella?

Es ridículo, estúpido y peligrosamente esperanzador. La Tamara sensata quiere que Levy esté bien y no tenga problemas con las

exigencias de su padre. Mientras que mi yo irracional, hormonal y algo enamorado quiere que no esté bien con nadie que no sea yo.

Me aclaro un poco las ideas y trato de sonar normal.

—Bueno, ya veremos cómo va la fiesta —digo, intentando convencerme más a mí que a él.

Pero la verdad es que una parte muy tonta de mí se siente satisfecha con su respuesta.

Como si, de algún modo, él me perteneciera un poquito, aunque sea solo en esta burbuja de ilusión que estoy inventando en mi cabeza.

Capítulo 12



Levy

La habitación está en penumbra, solo iluminada por la pantalla del portátil, que permanece en reposo sobre mi escritorio, y una hilera de lucecitas leds que Tamara insistió en pegar en el cabecero para que mi cuarto pareciera menos «tumba victoriana».

Ironías de la vida su inocente frase.

Me dejo caer en la cama bocarriba y respiro hondo. Intento no pensar en la maldita palabra que lleva toda la tarde zumbando en mi cabeza.

«Fiesta».

El simple concepto ya es peligroso. Añádele alcohol, adolescentes hormonados, playa, noche cerrada y dos demonios y obtienes el equivalente social de mezclar nitroglicerina con una cerilla.

—Buen resumen apocalíptico, jefe.

La voz de mi sombra se desliza por mi mente como humo frío.

—Solo te ha faltado añadir: una animadora con un vestido pecaminosamente diminuto.

—Cállate —murmuro, llevándome el antebrazo a los ojos.

—¿Ves? Eso es lo que no entiendo. Te pasas el día entero fingiendo que Tamara no te afecta y, cada vez que alguien menciona «fiesta», a tu subconsciente se le enciende la bombilla con un cartelito de imágenes no aptas para menores.

—He dicho que te calles —alzo la voz.

—Levy, ¿estás bien? —grita mi madre.

—Sí, mamá. Solo estoy estudiando en voz alta.

—Perfecto, cariño.

Silencio. Uno de esos silencios densos que solo significan que mi demonio interior está preparando alguna estupidez.

—En fin, ya que estamos, ¿vamos a lo importante? Vas a llamar a Lilian.

—No la voy a llamar —murmuro esta vez para no llamar la atención de mi madre.

Me giro sobre un costado y clavo la mirada donde Tamara pegó estrellas fluorescentes en forma de constelación de dragón. Dice que así mi «lado dramático» tiene su propio horóscopo.

—Oh, venga. Tienes que hablar con ella del tema de la fiesta. Es ahora o nunca. Cuanto más se acerque la fecha, más difícil será frenarla. Ya la conoces.

—Precisamente por eso preferiría posponer esta conversación hasta el fin de los tiempos.

—Que también conoces, por cierto. Profesionalmente hablando.

Pongo los ojos en blanco.

Vale. No puedo escaquearme. Si Lilian aparece en la fiesta sin advertencia previa, será un desastre. Si voy yo, también. No obstante, al menos será un desastre que podré controlar.

—Está bien —cedo, incorporándome en la cama—. Lo intento una vez. Pero solo una.

—Ese es mi chico. A ver, repasa el protocolo infernal básico. Visualiza dónde quieres aparecer, fija el punto, doblas el espacio y…

—Sé perfectamente cómo funciona —gruño.

—Entonces, deja de pensarlo y hazlo, que estás quedando en ridículo, incluso para estándares humanos.

Me cruzo de piernas sobre el colchón, apoyo los codos en las rodillas y cierro los ojos.

Inspiro y dejo que la oscuridad suba desde mi pecho, que se enrosque en mi columna y forme esa especie de zumbido interno que antecede a mi poder.

Visualizo el salón donde se aloja Lilian en la Tierra. Sé cómo es, ella me ha mandado fotos. Desde que tiene móvil, me ha enviado demasiadas de ella en cada rincón, haciendo poses, por supuesto.

«Dobla el espacio», me repito, como si doblase un folio.

El zumbido crece y el aire se espesa. Bien. Eso es bueno. Eso significa que… Nada.

Abro un ojo y sigo en mi habitación. Veo mi estantería, mi escritorio, mi póster de una conferencia de debate. Vamos, todo igual.

—Genial —murmuro—. Ni un mísero olor a azufre.

—Tranquilo, los grandes fracasos suelen ser silenciosos —se carcajea mi sombra.

—Otra vez —mascullo entre dientes.

Ya es una cuestión de principios.

Repetimos. Vuelvo a cerrar los ojos, concentro la energía, visualizo el lugar. El zumbido aparece, sube e inunda cada una de mis células. Siento un tirón en el estómago, como si el espacio de verdad se estuviera doblando.

Siento un chasquido, como una sacudida leve, y abro los ojos con una minúscula chispa de esperanza.

Me cago en la puta… Sigo en mi habitación, aunque he avanzado, ¿qué? ¿Medio centímetro hacia atrás en la cama?

—Impresionante. Si sigues progresando a este ritmo, en unos quinientos años serás capaz de atravesar la puerta tú solo.

—Te juro que puedo exorcizar sombras —amenazo.

—Y yo te juro que ahora mismo estoy experimentando vergüenza ajena a nivel legendario.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. Es demasiado. Estoy demasiado sobrecargado, demasiado tenso, demasiado todo. El poder dentro de mí se mueve a trompicones, como si fuera un coche viejo conducido por un tipo que acaba de sacarse el carnet.

—Una vez más —insisto.

Esta vez, el zumbido se convierte en un rugido. El aire en la habitación vibra, las luces leds parpadean y siento cómo se me eriza el vello de los brazos. Hay un segundo, uno solo, en el que tengo la sensación de estar en ninguna parte. Como si mi cuerpo se hubiese disuelto y estuviera flotando en el vacío.

Luego, de golpe, vuelvo a caer en mí, literalmente, con el culo sobre el colchón.

—Esto es una mierda —resoplo.

—¿Ya has acabado con el numerito?

—No pienso pedirle ayuda a Lilian. Se supone que soy medio demonio competente, no un principiante inepto.

—Lamento informarte, pero ahora mismo eres el equivalente infernal a un becario.

Siento que mi sombra se mueve de forma traviesa en mi interior.

—¿Sabes qué? No soporto más esta humillación gratuita. Voy a resolver esto yo mismo.

—Ni se te ocurr…

Demasiado tarde.

Una oleada de frío me recorre la espalda. Es como si algo se desprendiera de mi columna vertebral y se estirase en todas direcciones.

Es una especie de empujón mental que sale de nosotros y vuela hacia ella.

—¡Oye! —protesto—. No puedes ir invocando a Lilian por tu cuenta. Mi madre está abajo.

—Relájate. Solo he levantado una banderita mental que dice: «tu prometido se está ahogando en su propia incompetencia».

—Fantástico, muchísimas gracias —ironizo.

La temperatura sube de golpe. Las luces leds lanzan unos cuantos destellos epilépticos y luego se estabilizan.

—Qué entrada tan discreta, como siempre —mascullo al comprobar el despliegue que ha formado.

—¿A qué vienen tantas prisas?

Su voz suena perezosa detrás de mí. Me vuelvo y ahí está, apoyada contra mi escritorio como si fuera el decorado de su propia pasarela.

Lilian lleva una falda que en el infierno se consideraría elegante y en East High probablemente merecería una expulsión disciplinaria inmediata. A juego con una camiseta negra con alguna frase irónica en un idioma que no es de este plano. Sus rizos caobas caen perfectos sobre sus hombros mientras sus ojos brillan divertidos.

—Yo no te he llamado —digo, señalándola con el dedo—. Lo ha hecho él.

Esta vez me señalo el pecho porque, claro, no puedo señalar de manera literal a mi sombra. Quedaría raro.

—*Sé que somos uno, pero me responsabilizo cero de tus formas de expresarte* —bosteza mi demonio interior.

—Ajá —Lilian ladea la cabeza—. He sentido una especie de patada en las costillas. Muy poco elegante, por cierto. Alguno de los dos claramente no ha aprobado Telepatía Infernal Básica.

—Te aseguro que estaba en contra de este plan —replico, cruzándome de brazos—, pero ya que estás aquí…

—Ya que estoy aquí, ¿qué? —repite ella, dando un paseo por mi habitación—. Vaya, así que este es tu santuario humano.

Se separa de la mesa y comienza a cotillear sin el menor pudor.

—No es un santuario —gruño—. Es una habitación normal.

—Con pósteres de debate —observa, alzando una ceja—. Y libros ordenados por color. Muy demoníaco todo, claro que sí.

—Me relaja el orden —me defiendo.

—Te delata el TOC, querrás decir.

Agarra una de las figuritas que Tamara me regaló por mi cumpleaños. Es un pequeño dragón dorado de cara adorable. Por lo visto, sale en una saga de libros de fantasía. Y la examina con aire con curiosidad.

—Esto es… horrorosamente *cuqui* —comenta, y me mira con una sonrisa maliciosa—. ¿Es un símbolo de tu verdadera naturaleza?

—Es un dragón coleccionable —resoplo, arrebatándoselo.

Lilian se ríe con suavidad y se deja caer sobre mi silla giratoria, dándose una vuelta completa.

—En fin, prometido en crisis existencial, ¿qué era tan urgente como para interrumpir mi tarde de investigación antropológica sobre memes de gatos y vídeos de bailes ridículos? Ya estoy empezando a cogerle cariño a este plano.

Inspiro hondo.

Está bien, directo al grano, Levy.

—Se trata de la fiesta —suelto.

—Ah, sí. La fiesta de la morena con cara de princesa mimada. —Chasquea los dedos—. Tiffany, ¿verdad? He cotilleado su perfil de Instagram. Tremendo ego tiene. Me cae bien.

—Pues… He decidido que no deberíamos ir.

Lilian se detiene a mitad de giro en la silla. Parpadea y sonríe.

—Perdona, ¿qué?

—La fiesta —repito, despacio—. No es buena idea que vayamos. Ninguno de los dos —aclaro para que no haya dudas.

—Ajá. —Apoya su espalda en el respaldo y cruza las piernas—. ¿Y por qué? Si se puede saber.

—Porque estas cosas suelen desmadrarse —le explico, tratando de sonar razonable—. Hay alcohol, música alta, gente sin supervisión y nosotros. No creo que dos demonios rodeados de libertinaje sea sano.

Ella apoya el codo en el reposabrazos y la barbilla en la mano, fascinada.

—¿No es sano para quién? Porque, desde un punto de vista infernal, suena como un *buffet* libre de energía.

Aprieto la mandíbula.

—Precisamente, Lilian. No quiero que esto se convierta en una cosecha masiva. Estamos intentando pasar desapercibidos, ¿recuerdas? Perfil bajo, poco fuego, cero almas perdidas en grupos… —enumero.

—Eso dilo ahora, pero cuando empiecen los juegos de botella vas a arder tú solito. —Se ríe por lo bajo mi sombra.

—Interesante…

—Lilian, hablo en serio.

—Lo sé, y por eso es tan desagradable —replica—. Pero hay algo que parece que olvidas, Leviatán. No he venido aquí de vacaciones. He venido con objetivos y, por lo que cuentas, las fiestas son eficientes.

Se levanta de la silla y empieza a mirar los lomos de mis libros, como si alguno escondiera secretos prohibidos.

—El sexo aquí arriba es un tabú ridículo —continúa—. Lo esconden, lo susurran, lo convierten en escándalo y culpa. ¿Sabes lo que eso significa energéticamente?

—Que los terapeutas sexuales tienen trabajo fijo —murmuro.

Ella me lanza una mirada divertida por encima del hombro.

—Que todo lo que reprimen, se acumula. Y cuando lo sueltan… ¡Boom! —Hace un gesto con las manos, imitando una explosión—. Un torrente de energía, culpita, deseo, vergüenza y excitación

explota. Es el *pack* completo. Y en el infierno nos tomaríamos muy en serio ese tipo de cosas.

Se encoge de hombros.

»Allí el sexo es algo natural. Como comer, dormir o lanzar bolas de fuego. Bien administrado, es una fuente excelente de poder. Nadie se escandaliza. Nadie finge que no lo desea. Aquí, en cambio, todo ese esfuerzo en disimularlo lo hace más sabroso.

Me muerdo el interior de la mejilla, incómodo.

—Me preocupa la parte de «bien administrado» —confieso—. Aquí no eres la general del ejército de tu madre, Lilian. Eres una estudiante más. Hay normas y consecuencias.

—Sí, sí, consecuencias, humanidad, ética… —Rueda los ojos—. Me estás dando un discurso de educación cívica. Qué entrada tan triunfal en tu adolescencia tardía, Leviatán.

—Lo que intento decirte —insisto— es que no quiero que la fiesta sea un coto de caza.

—Oh, por favor. —Se acerca hasta mí tanto que huelo su perfume, una mezcla de especias cálidas y algo metálico—. Tú no tienes ni idea del potencial que estás desperdiciando con este miedo tuyo a todo —comenta, y su sonrisa se afila—. Además, tampoco es que vayas a entrar en trance y marcar a veinte humanos por accidente.

No estoy tan seguro de eso. No con Tamara cerca. No con mi sombra poniéndose creativa últimamente.

Se cree que no me he dado cuenta de que le evoca las mismas imágenes que me muestra a mí, de ambos en ciertas situaciones.

—Lilian —repito algo más bajo—. No quiero que vayamos. Es peligroso.

Ella se queda un segundo en silencio, observándome. Sus ojos, de normal encendidos de burla constante, se oscurecen un poco, como si se tomara en serio mis palabras.

Luego se gira, se pasea hasta mi estantería de nuevo y empieza a recolocar libros, desordenándolos por completo.

—Qué curioso —dice—. Porque yo acabo de comprarme un vestido para esa fiesta. Y he hecho un trato con la capitana de las animadoras para que me lleve —dice como si nada. Me mira por encima del hombro, con una sonrisa dulcemente cruel—. Lo siento,

Leviatán, no sé en qué momento de esta conversación has creído que tu opinión me resulta vinculante.

Cierro los ojos un segundo y respiro. Intentando no incendiar los apuntes de Algebra que hay cerca de su codo.

—¿Estás siquiera escuchando lo que te digo?

—Sinceramente, no —responde, honesta—. He oído fiesta, acólitos potenciales y Tamara estará allí. Lo demás se ha perdido en un zumbido de fondo muy poco interesante.

—Genial —mascullo—. Entonces, para que quede claro. Si mi intención es disuadirte para que no vaya…

—La respuesta es no. Ahorra saliva —termina ella, sonriendo triunfal—. Vamos a ir. —Se acerca de nuevo y planta un dedo en mi pecho—. Y vamos a reclutar acólitos. Y si tú no cooperas, siempre puedo empezar por ricitos de oro. Sabes de sobra lo tentadora que resulta su alma con todos esos complejos, expectativas y ganas de ser perfecta. —Chasquea la lengua—. Sería una pena que al final acabase pagando las consecuencias de tus escrúpulos.

Mi sombra se agita dentro de mí, enfadada.

—*No la va a tocar* —gruñe mi demonio interior, sorprendentemente firme.

«Ah, ahora no te parece tan buena idea la presencia de Lilian, ¿eh?».

Mi sombra solo hace un ruido disconforme.

—No la vas a tocar —repito yo en voz alta, clavando la mirada en Lilian—. Tamara no entra en el trato. Ya lo sabes.

Ella me observa unos segundos. Luego sonríe casi de manera suave.

—Te encanta poner condiciones cuando te ves atrapado, ¿te has fijado? —cuestiona divertida. Se echa el pelo hacia atrás—. Tranquilo. No voy a hacer nada siempre que cumplas con tu parte del trato. —Se pasea por la habitación una vez más, y entonces deja caer la bomba con total naturalidad—: De hecho, estaba pensando en alguien mucho más eficiente para empezar.

Siento un nudo anticipado en el estómago.

—¿Quién?

—Tommy —responde, como si estuviera diciendo «pan con mantequilla»—. Lo he estado observando —«Me extrañaba que no lo hiciese»—. Su ego, su rabia por haber sido dejado, su necesidad de validación constante. Es perfecto. Un alma con músculos y un vacío enorme donde debería estar la autocrítica. A mi madre le encantará.

Tengo suficientes motivos humanos para detestarlo como para no necesitar argumentos infernales. Llamarme «rarito» durante años. Tratar a Tamara como si fuera un trofeo. Competir conmigo por cosas que ni siquiera sé qué objetivo tienen. Y ahora, encima, Lilian lo ve como materia prima.

—*Admítelo, es un buen candidato* —murmura mi sombra de manera práctica.

—Está bien —digo serio.

—Oh, por favor, Leviatán. —Se ríe—. Deberías darme las gracias. Cuanto más ocupado tenga yo al *quarterback*, menos tiempo tendrá para molestar a tu querida capitana. Puedo canalizar su energía en algo mucho más productivo para mis objetivos. —Sus ojos brillan—. Quién sabe…, igual hasta me divierto.

La idea de Lilian pegada a Tommy en una esquina oscura de la fiesta me provoca una mezcla extraña de satisfacción vengativa e incomodidad.

—Allá tú. Sigo pensando que es una mala idea —insisto. Aunque, al parecer, me gusta hablar con paredes, ya que Lilian no toma en cuenta mi advertencia.

—Sí, sí. Toda esta dimensión es una mala idea —replica ella—, pero aquí estamos.

Da una última vuelta sobre sí misma, como si comprobara que ha inspeccionado cada detalle de mi cuarto.

—En fin. Estaré lista para la noche de la fiesta. Procura que no te explote la cabeza antes, ¿quieres?

—Lilian —la llamo antes de que se marche.

—¿Sí, prometido?

—Solo… Ten cuidado —suelto al final.

Me mira un segundo, como si no esperara esa frase.

—Siempre lo tengo —responde.

—No me preocupo por ti, si es lo que crees. Solo que no quiero que dejes a Tommy más tonto de lo que está.

—*Chúpate esa, demonia* —se burla mi sombra.

Observo como los ojos de Lilian se vuelven totalmente negros y, tras un chasquido, el olor a especias se intensifica, las luces parpadean y, de pronto, estoy solo otra vez en mi habitación, con mi estantería hecha un desastre y un dragón dorado mirándome con una expresión que podría traducirse como: «te estás metiendo en un lío monumental».

—*Ha sido un encuentro muy productivo* —comenta mi sombra, seca.

—Cállate. —Suspiro, dejándome caer otra vez en la cama—. Preveo que esto va a salir mal.

—*Oh, sí. Fatal. Y va a ser entretenidísimo.*

Capítulo 13



Levy

No sé si os ha quedado claro, pero odio las fiestas. Lo que he descubierto es que también odio las duchas frías antes de las fiestas.

Y, para que quede constancia, sobre todo, odio la sensación de que toda mi existencia es una enorme cuenta atrás hacia el desastre.

Cuando salgo de la ducha y entro en mi cuarto con una toalla anudada a la cintura y otra secándome el pelo, una silueta perfectamente erguida, con el *glamour* de un anuncio de perfume, aparece sentada sobre mi cama como si viviera aquí y cualquier espacio le perteneciese.

—¡Lilian! —Doy un salto tan exagerado que mi sombra demoníaca se carcajea dentro de mí—. ¿Cuándo aprenderás a llamar al timbre como una persona normal?

Ella parpadea para, acto seguido, echarse a reír de manera escandalosa. Se tira de espaldas sobre mi cama, con dramatismo, como si fuese una actriz de telenovela gótica.

—No sé por qué debería privarme de ver cómo te asustas, Leviatán. —Pasa un dedo por el aire, dibujando símbolos extraños que adquieren un tono rojo que brillan antes de evaporarse. «¿Qué cojones hace? ¿Será una especie de maldición?». De Lilian me espero cualquier cosa—. Además, tengo que usar mis poderes. Si no los canalizo, me duele la cabeza. ¿Sabes lo incómodo que es ser perfecta?

—*Técnicamente, sí* —rebate mi sombra sin un ápice de modestia.

Yo gruño. Me estoy secando el torso a toda prisa cuando la puerta de mi dormitorio se abre de golpe.

—Levy, cariño, ¿has visto mi…?

Mi madre se queda congelada. Yo me quedo congelado.

Lilian salta del colchón como un muelle celestialmente infernal.

—Se va a liar, se va…

Mi sombra enmudece al igual que yo cuando observo que ocurre lo imposible.

El rostro de mi madre se ilumina.

—¡Lilian, corazón! —Tras su efusivo saludo, abre los brazos.

Observo perplejo como Lilian corre hacia ella, como si fueran amigas de toda la vida, se abrazan y comienzan a reír. Mi madre acaricia su mejilla de forma cariñosa y Lilian se deja hacer, como si hubiese encontrado a la madrina de boda ideal.

Mi mandíbula cae al suelo, al igual que mi sombra.

«¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Cuándo…?».

—Cállate —me ordena mi demonio interior—. *Aquí se nos está escapando algo.*

—¿Qué diablos está pasando aquí? —pregunto con las manos todavía ocupadas con la toalla, sintiéndome ridículo y húmedo.

—Levy, por favor. No menciones a tu padre en vano —me reprende mi madre.

Aprieto la mandíbula y tomo una respiración.

Quizá el infierno se ha congelado y todo ha cambiado, porque otra explicación no encuentro a esa camaradería.

—¿Me podéis explicar qué está pasando? ¿Por qué siquiera os conocéis? —Las señalo.

Mi madre sonríe como si no acabara de traicionar mi confianza y mi cordura.

—Ay, hijo… —Hace ese gesto de culpabilidad fingida que usa cuando quema galletas y pretende que yo no note el olor a carbón —. ¿Qué esperabas? Es mi deber saber con qué intenciones vino Lilian.

—¡¿Y para eso la abrazas?! —exclamo indignado.

—Bueno. —Se encoge de hombros—. Me presenté en casa de la señora Whitmore, la feligresa que tiene acogida a Lilian. ¿Crees que

me iba a quedar de brazos cruzados mientras una demonia te acechaba?

No, claro. Margaret Sinclair no es la que evita los problemas. Para muestras, yo.

—¿Y…? —Hago un gesto para que continúe.

—Bueno, una cosa llevó a la otra y me preocupé por su bienestar. Tiene dieciocho años en un lugar desconocido y… —Observa mi ceja arqueada y pierde fuelle—. No puedes culparme por querer saber quién está cerca de mi hijo —se excusa—. Además, mira qué cara más linda. —Sostiene las mejillas de Lilian y le gira el rostro para que la mire.

—Tú madre es peligrosa —murmura mi sombra.

Asiento porque pocas veces estamos de acuerdo.

Lilian me sonríe triunfal y mi madre lo hace encantada de conocerse.

Mientras que yo lo único que quiero es evaporarme.

—Fuera —digo, señalando la puerta—. Las dos. Tengo que vestirme.

—Oh, Leviatán… Pero si ya te he visto todo lo que hay que ver —dice Lilian—. Y no es que sea demasiado impresionante.

—¡FUERA!

Ambas salen, riéndose como si fueran las mejores amigas del mundo.

—Qué graciosa eres, Lilian. Aunque reconoce que mi Levy está tan bien dotado como su padre.

—Mejor no dejar que se le suba a la cabeza, ¿no crees, Maggie?

—Tranquilo, Casanova. Si tu madre la adopta, al menos habrá pasteles caseros todas las semanas.

—Cállate —respondo mientras rebusco entre mis camisas.

Diez minutos después, bajo las escaleras con mi cazadora de cuero, intentando parecer un chico normal que va a una fiesta cualquiera sin riesgo de incinerar por accidente a nadie.

Desde el salón se escuchan las risas y mi alma se prepara para el golpe.

Maggie y Lilian están sentadas en el sofá, viendo fotos mías de niño.

—Oh no. No. No. ¡Esa foto no…! —grita mi sombra, horrorizada.

—¿De verdad usabas esos pañalitos con dibujos de dragones? —pregunta Lilian con los ojos brillando de diversión.

—Vámonos —gruño. Al ver que permanece aún sentada, me giro y, con un vistazo por encima de mi hombro, añado—: ¿Vienes o prefieres quedarte con mi madre toda la noche? Porque por mí perfecto.

—Menudo genio —se queja Lilian. Deja la foto y recoge su bolso.

—Lo ha sacado de su padre —interviene la traidora, digo, mi madre.

—Se nota… —Le sonríe Lilian—. Si no supiera que me adoras en secreto, pensaría que estás enfadado.

—Estoy enfadado —reconozco, hostil—. Y deja de decir gilipolleces, no te adoro.

Mi madre, ajena a mi angustia interior, agita la mano, emocionada.

—¡Pasadlo bien, chicos! ¡Y Lilian, cuida de mi Levy!

Casi me tropiezo con mi propia sombra.

—Por supuesto, Maggie —responde ella al despedirse.

Salimos al jardín y ni siquiera el aire fresco hace que se me baje el cabreo.

«¿De verdad mi madre piensa que Lilian debe cuidar de mí?», rezongo, intentando recuperar la dignidad. Aunque, después de esto, no lo consigo.

—Deja de merodear a mi madre —le suelto a Lilian.

Ella se detiene y sus emociones cambian un segundo. Saboreo el regusto de algo parecido al dolor o la ofensa. Observo a Lilian para ver si ese sentimiento proviene de ella, pero, si lo hace, lo tapa rápido con una sonrisa ladina.

—Ay, Leviatán… Si me llevo bien con ella, tú estás más controlado. Es una ventaja estratégica. No te pongas dramático.

—Drama dice la que hace las entradas en escenas como si se tratasen de sacrificios en rituales —rebate mi demonio interior.

Cruzamos el jardín hasta la casa de Tamara, y ahí sí se confirma mi sospecha de que ir a una fiesta es una idea terrible. En cuanto la puerta se abre, me quedo sin aire, literalmente.

Tamara está ahí, radiante, con ese brillo natural que ninguna criatura del infierno puede replicar. Su piel reluce como si el mundo le pusiera un foco solo a ella. Su cabello cae perfecto, ese tono dorado que mi sombra denomina «crimen celestial». Sus labios…

—Imagínatelos rodeando tu…

«¡No! ¡Basta!», le pego una patada mental en las pelotas a mi demonio interior.

Tengo que controlarme, moderar mi poder, controlar mis hormonas y frenar el fuego azul espontáneo que amenaza con traspasar mi tráquea.

—Hola —dice ella con esa sonrisa que me desarma.

—H-hola —respondo torpe.

Lilian chista, divertida.

—Si esta es tu cara antes de empezar la noche, no quiero imaginar cómo será después. —Abraza a Tamara y entra sin esperar invitación en su rellano

Yo sigo mirando a Tamara, tratando de no quemar la entrada de su casa.

Es oficial. Asistir a esta fiesta es la peor idea que he tenido en mi vida. Si solo con verla se me desata un caos interno, imagínate unas horas más tarde, rodeado de música, alcohol y ninguna vigilancia.

—Levy 0 - Tamara 1. Me tiene cachondo perdi…

«¡Vuelve a tu cueva y ni te muevas!», grito en mi mente, sobrepasado.

Mi sombra gruñe colérico cuando imprimo todas mis energías en acallarla.

Me siento derrotado mientras seguimos nuestro camino hacia el coche de Lilian.

«Por el bien de la humanidad, debo alejarme de Tamara», me repito como si de un mantra se tratase, a ver si por fin cala en mi interior y soy capaz de cumplirlo.

¿Preveo que lo consiga? Si tuviese la oportunidad de hacerlo, no apostaría por mí.

La brisa húmeda de la playa nos recibe incluso antes de cruzar el jardín iluminado con farolillos de colores. La música retumba desde la casa de Tiffany como si quisiera arrancar las ventanas de cuajo; por primera vez en mucho tiempo, espero, de verdad, que mis suposiciones sean infundadas y que la noche sea tranquila.

—Spoiler*: no lo será.*

Mi demonio interior ya está haciendo estiramientos como atleta olímpico.

«¿No te había encerrado?», cuestiono de mente a mente.

—Solo quise hacértelo creer. Para envalentonarte y esas cosas.

Gruño.

—¿Te encuentras bien? —Me mira Tamara preocupada.

—Tan bien como cuando asistes a realizarte una ortodoncia.

—¡Qué exagerado! —exclama con esa melodiosa voz.

Entramos y, cómo no, vamos directos a la cocina. Es una de esas cocinas enormes, con mármol blanco y luces empotradas. Al fondo han colocado un barril plateado con un grifo que ya gotea alcohol barato.

Cojo un vaso rojo, abro el grifo y me sirvo. Tamara me imita, con esa sonrisilla nerviosa que me hace querer incendiar el planeta. Lilian aparece con un gesto entre desdén y pánico.

—¿Esto es la bebida? —pregunta, señalando su vaso como si fuera un recipiente lleno de heces.

Tamara y yo nos miramos y el entendimiento es instantáneo.

—Sí —decimos los dos.

—Te acostumbrarás —añado.

Lilian lo prueba. O más bien deja que una mínima gota toque su lengua.

Acto seguido, escupe en el fregadero.

—No pienso beber eso. Voy a buscar algo más sofisticado. Como vino de vísceras o hidromiel de almas.

—Eso aquí no existe… —murmuro, pero ya ha desaparecido entre la multitud.

—Qué divertida es. —Sonríe Tamara, siguiendo con sus ojos a la demonia pelirroja.

—Sí, cena payaso cada noche —mascullo, alzando mi vaso.

Nos quedamos solos, o lo más solos que se puede estar rodeados de cincuenta adolescentes borrachos.

Tamara se aclara la garganta:

—¿Quieres bailar? —pregunta con ese tono que es mitad reto, mitad súplica.

—Sabes que yo no bailo —respondo.

«No bailo bien, no pienso bien, no respiro bien cuando estás cerca. Lo de siempre, vamos».

—Oh, venga, Levy. Solo será un baile. ¡Es una fiesta! —Y me pone morritos.

Maldición, ¿cómo puede resistirse uno a eso?

Suspiro y cedo.

—Está bien, pero no me hago responsable de la integridad de tus pies.

Nos dirigimos al comedor, que han transformado en pista improvisada. Las luces giran de forma lenta.

Suena *Sex Therapy* de Robin Thicke, y por un momento me planteo que mi sombra haya sido quien la ha seleccionado, ya que tanto la letra como el ritmo es sensual, de esos que invitan a que los cuerpos se acerquen más de lo recomendable.

Tamara empieza a moverse.

Y… Mierda, mierda, mierda.

Mi sombra vibra en mi interior, lamiéndose los colmillos.

—Te lo advertí. Esta humana te va a matar.

Ignoro a la cosa que vive en mi interior, o lo intento, ya que noto que mi demonio interior comienza a tomar el control y se apodera de mis actos cuando Tamara se acerca a mí con una sonrisa traviesa, colocando sus manos sobre mis hombros, moviéndose con tanta fluidez y confianza que mi respiración se entrecorta.

La sigo y… Joder, resulta que sí sé bailar. Sé mover mis manos a su cintura, sé marcar el ritmo y, sobre todo, sé perderme.

Ella lo nota, puedo sentirlo.

Tamara se pega un poco más, su cadera rozando la mía. Sus manos suben hasta mi cuello y soy consciente de que nuestros cuerpos encajan demasiado bien.

—*Bésala* —ordena mi sombra, enviándome imágenes rápidas, cálidas, de ella contra mí, mis dedos enredándose en su piel, su boca abierta en un susurro—. *Solo un toque, por favor.*

¿Desde cuándo mi sombra suplica? ¿Y por qué noto como un calor azul me sube por el vientre convirtiéndome en un Gusiluz?

No.

Me separo, dando un paso atrás, lo que hace que Tamara parpadee.

—¿Estás bien?

—Necesito…—respiro hondo— aire. Vamos a dar una vuelta.

«Antes de que sea capar de freír a dos animadoras inocentes con fuego infernal», me falta por añadir.

La casa está repleta. Pasamos por el salón y el pasillo, hasta que una puerta abierta revela un dormitorio lleno de gente sentada en círculo, jugando al clásico juego maldito de todas las fiestas: beso, verdad o reto.

—*Ya que me has jodido el bailecito, quiero participar* —se impone mi sombra, malhumorada.

«No».

Pero claro, la suerte no es mi mejor amiga y los que se encuentran en el interior nos ven, nos reconocen y sé que estamos perdidos.

—¡Tamyyyy! —chilla Candice, su compañera de equipo—. ¡Justo a tiempo! Y Levy también, perfecto.

—Nosotros solo estábamos… —Empiezo a retroceder.

—No. —Candice señala dos huecos libres en la alfombra—. Sentaos. Tenéis que participar, y no se aceptan negativas.

Tamara me mira y, cómo no, nos sentamos.

Comienza una ronda. Después otra. Varios se besan entre ellos. Otros confiesan secretos ridículos. Mientras, yo intento no mirar a Tamara demasiado para no derretir el mobiliario.

De pronto, le toca a ella, y Candice sonríe como bruja de Disney.

—¡Oh, nuestra querida capitana! Bueno, bueno, bueno, Tamara, te reto a pasar siete minutos en el paraíso con la persona que elija la botella.

El peculiar círculo en el que me encuentro ruge de emoción. Yo no, por supuesto, yo sudo. Ya siento a mi demonio interior frotándose

las manos.

—Acepto —suelta Tamara, envalentonada.

La botella gira y, por desgracia, ya sé cuál será el desenlace. No es azar ni casualidad. Es mi sombra manipulando el resultado.

Cuando la boca me señala a mí, un murmullo colectivo recorre la habitación.

—No —decimos Tamara y yo a la vez.

Una sucesión de abucheos, gritos y exigencias adolescentes nos caen encima.

Mi sombra ríe.

—Vamos, cobarde. Has soñado con esto toda la vida.

Antes de que pueda pensarlo, y totalmente en contra de mi voluntad, estoy de pie.

Extiendo la mano hacia Tamara, aunque la mía tiembla de forma imperceptible.

Ella traga saliva y me mira directa a los ojos. No sé qué verá en ellos, que al fin coloca su mano sobre la mía y se levanta.

El grupo nos ovaciona mientras los dos caminamos hacia el armario empotrado. Tiene una puerta blanca, la abro y compruebo que el interior está oscuro.

—Después de ti —murmuro. Mi voz suena más profunda de lo normal.

Ella entra, la sigo. La puerta se cierra, rodeándonos de la más absoluta oscuridad.

Mi sombra respira a la par que yo; por primera vez siento que nos convertimos en uno y que estos siete minutos van a ser los más peligrosos de mi vida.

Capítulo 14



Tamara

«¿Qué estamos haciendo?».

Eso es lo primero que pienso cuando la puerta del armario se cierra tras nosotros, dejando fuera los gritos, las risas y tonterías del resto.

La madera vibra un segundo, como si alguien hubiese dado un pequeño golpe del otro lado, y entonces solo queda silencio, sombras y el sonido de mi respiración, que, de repente, es demasiado alta para mi gusto.

—No tenemos por qué hacer nada —susurro, intentando convencerme más a mí que a Levy—. Solo esperar. Siete minutos pasan rápido.

No sé si son mis ojos acostumbrándose a la penumbra o su presencia, pero siento a Levy moverse de manera lenta. Como si cada paso estuviera medido y deliberado. Mi espalda ya está contra la pared y, aun así, cuando él da otro paso, el aire se hace más denso y cargado de electricidad.

—Lo sé —murmura. Su voz suena distinta. Más grave y rasposa. Como si algo dentro de él estuviera empujando por salir.

Su brazo se eleva y percibo que lo apoya justo por encima de mi cabeza. Me rodea sin tocarme, pero mi piel reacciona como si me estuviera rozando. El calor que desprende es anormalmente inquietante y a la vez tan atrayente que mis latidos aumentan.

Trago saliva.

Algo en él ha cambiado, no es el Levy retraído al que me tiene acostumbrada. Es como si las tornas se hubieran cambiado.

—Levy… —susurro, y odio que mi voz tiemble—. Creo que esto es una mala idea.

—Probablemente —dice.

Está tan cerca que siento su aliento chocar contra mi boca.

Mi corazón late tan fuerte que estoy casi segura de que él puede escucharlo, o incluso sentirlo de alguna manera. Porque en esta oscuridad su presencia es más intensa, como si algo lo envolviera, una especie de energía que se arremolina a nuestro alrededor.

—Dime si realmente lo es —continúa él—. Dímelo y me aparto.

Quiero decir que sí, que es una mala idea, que somos amigos y esto complicaría todo. Sería lo más sensato, sin embargo, no puedo. Porque mentirle ahora sería como mentirme a mí misma.

En cambio, lo único que sale de mi boca es un susurro roto.

—No lo sé.

En realidad, no sé quién se mueve primero. Si soy yo la que se inclina hacia él o es él quien acorta la distancia. De lo único que estoy segura es de que, de repente, sus labios están sobre los míos y el mundo entero deja de existir.

Su boca roza la mía con una suavidad que me derrite entera. Es un beso contenido, como si llevara años esperando el permiso para convertirse en algo más. Mis dedos se enredan instintivamente en su camiseta, necesitando aferrarme a algo, porque si no lo hago, voy a caer, a deshacerme, a perder el rumbo.

El beso se profundiza, volviéndose más cálido y profundo. Con una ferocidad controlada a la perfección hasta que deja de serlo.

Levy me besa como si la oscuridad lo liberara de algo y por fin pudiera respirar. Como si yo volviera a respirar aire después de una eternidad bajo el agua.

Una de sus manos se posa en mi cintura y me incendia. No baja más, tampoco aprieta ni me reclama; aun así, podría perder la cordura con solo ese contacto.

No quiero que se detenga.

«¿Qué me está pasando?».

El beso es lo más increíble que me ha pasado en la vida, pero al mismo tiempo, lo peor.

Porque sé, con absoluta certeza, que después de esto voy a querer mucho más.

Me sujeta por la nuca con una ternura que me destruye por completo y me recorre un hormigueo por la espalda. Es como una especie de calor extraño, vibrante, como una descarga suave que viaja desde mis labios hasta el interior de mis muslos.

Me separo un milímetro para respirar, pero él me sigue, rozando mi boca con la suya, como si no quisiera dejar escapar un segundo del beso. Mis dedos siguen aferrados a su camiseta, mis rodillas tiemblan y mi cabeza está llena de una sola idea. Por favor, que no termine. Que, por una vez en mi vida, se detenga el tiempo.

—Lev… —susurro, perdida.

Apoya su frente contra la mía mientras su respiración suena irregular.

—Joder, Tam. Esto es… —murmura con una voz que jamás le había escuchado.

Es como si estuviera luchando consigo mismo.

Y lo comprendo porque a mí me sucede lo mismo.

Vuelve a capturar mis labios. Esta vez nos besamos como si se hubiese programado una cuenta atrás.

Su lengua se enreda con la mía. Es suave y firme. Recorre cada rincón, conquistando, adueñándose de todo mi ser.

Su mano se aventura en una caricia que consigue ponerme los vellos de punta al llegar hasta mi trasero. Su cuerpo se aprieta más contra el mío y noto su miembro endurecido; se presiona deliciosamente contra mi estómago.

Me retuerzo y él suelta un gruñido que hace vibrar mi garganta.

—¡Se acabó el tiempo! —grita Candice entre risas al otro lado del armario—. ¡*Oh.My.God*!

Escuchamos cuando la puerta se abre de golpe y la luz entra como un latigazo, consiguiendo que nos separemos de golpe y estos últimos siete minutos fueran un pecado.

Mis ojos intentan acostumbrarse a la claridad, me fijo en Levy y por un segundo creo ver que los suyos están rojos. Como si estuviesen encendidos de un fuego líquido.

Parpadeo asustada, y cuando lo vuelvo a observar con más detenimiento, descubro que los tiene tan grises como siempre.

Seguramente es la luz, o mi imaginación. Sí, tiene que ser eso.

Levy da un paso atrás, como si alguien lo hubiera empujado. Se pasa una mano por el pelo, alborotándoselo; nunca lo he visto más atractivo que en este justo momento.

Me muerdo el labio inferior, nerviosa al ver como su pecho sube y baja demasiado rápido.

—Tengo que irme —dice sin mirar a nadie, ni siquiera a mí.

Su voz suena ronca y distante. Nada que ver con el chico atrevido que me besaba hace segundos.

Sale del armario sin esperarme. Pasa al lado de Candice, que se lo queda mirando como si lo viese por primera vez, y no presta atención al alboroto que forman el resto.

—Eso ha sido… Caliente —comenta mi compañera de equipo, abanicando su rostro con la mano.

La miro, sintiendo mis mejillas al rojo vivo. Le ofrezco una sonrisa incómoda y salgo del armario y del dormitorio a toda prisa.

—Levy, espera —le pido al ver que ya va por la mitad de las escaleras. Él no ralentiza sus pasos y me obligo a incrementar los míos—. No tenemos que darle importancia. No pasa nada, ¿vale? —le digo a su espalda—. Es solo un juego y…

Mi voz se rompe porque, al decir eso, siento que me estoy traicionando a mí misma.

Porque sí que pasa. Acabamos de cruzar una línea en nuestra amistad.

Al fin se queda parado y aprovecho para quedar un escalón por encima de él.

Lo veo cerrar los ojos un segundo, como si le doliera escucharme.

—Lo siento, Tamara. De verdad, no puedo quedarme. Necesito irme. —Sigue de espaldas a mí. Con la cabeza agachada y los hombros hundidos.

—Mírame, por favor —pido angustiada.

Se tensa. Por un instante creo que lo hará, que se girará y podré leer en su mirada que no la hemos cagado. Sin embargo, mis

esperanzas caen en picado cuando trota bajando los peldaños y se aleja, mezclándose entre la gente.

Lo sigo con la mirada hasta perderlo de vista. Intento no mostrarlo, pero siento un vacío extraño en el pecho, como si un fuego hubiese empezado a arder dentro de mí y él se hubiera llevado el aire que necesito para sofocarlo.

Vuelvo la vista hacia el pasillo que conduce al dormitorio, aún sintiendo su respiración en mis labios.

Me temo que ese delicioso a la par que maldito beso va a conseguir que nada sea igual después de él.

No sé el tiempo que permanezco sentada en la escalera, observando cómo los demás disfrutan de la fiesta a mi alrededor, pero sin prestarles realmente atención.

¿En esto se ha convertido mi vida? ¿Ser una mera espectadora de segunda? Se suponía que esta última etapa de mi vida la debería estar afrontando con entusiasmo e ilusión. Y aquí me hallo, sufriendo un caos emocional de dimensiones épicas.

Los cambios generan ansiedad e incertidumbre, por eso siempre los he evitado.

No sé cuándo me volví tan temerosa en ese sentido, puede que fuera cuando desapareció mi padre en el mar.

La noche que debería haber regresado, fue la primera vez que me quedé a dormir en casa de una amiga. Para mí era una novedad, algo que experimentaba por primera vez y estaba entusiasmada. Cuando, a la mañana siguiente, la madre de Candice me llevó a casa, me encontré con mi madre al teléfono angustiada. Las ojeras que se reflejaban bajo sus ojos fueron un indicio de que no se había acostado, esperando la llegada de mi padre.

A partir de ese instante, todo se volvió un caos. Organizaron batidas de rescate. Durante meses, nuestro pequeño pueblo se volcó en la búsqueda del pesquero Aura. Una mediana embarcación en la que navegaban media docenas de habitantes de Westeast, entre ellos Tyler Jefferson, mi padre.

A los tres meses se dio por concluida la búsqueda sin ninguna señal de ellos.

Nunca lo he hablado con nadie, pero en mi interior me sentía culpable. Si yo no hubiese cambiado mi rutina, si no hubiese cambiado mi cama por la de Candice, quizás papá hubiera regresado para cenar con nosotras.

Sé que puede parecer una tontería, pero desde aquel momento pienso que, en el instante que se produzca algún cambio significante en mi vida, algo malo podrá suceder.

Me tapo la cara con las manos y resoplo.

«Qué estupidez, Tamara», me regaño a mí misma.

Que durmiese en casa de una amiga no fue el catalizador para que la mar engullese el pesquero Aura. Igual que el que me haya enamorado de mi mejor amigo no es indicio de que vaya a ocurrir nada malo.

Debo dejar de comportarme como una cobarde. Tan solo tengo dieciocho años, no puedo consentir que mi vida se rija por miedos infundados.

Con esa revelación, me pongo en pie y bajo los escalones, decidida.

La música electrónica se escucha por toda la casa. Los invitados cada vez están más borrachos cuando los esquivo para intentar salir de aquí.

Tengo que hablar con Levy. Sincerarme con él y contarle cómo me siento o, mejor dicho, lo que llevo sintiendo por él de un tiempo a esta parte.

No sé qué hacer si el sentimiento no es recíproco, lo que tengo claro es que no quiero perderlo.

Y si lo que me espera es estar el resto de mi vida en la *friendzone*, lo aceptaré. Aunque mi corazón se desboque cada vez que lo ve.

Capítulo 15



Lilian

El ambiente cambia en cuanto decido que ya va siendo hora de ponerme seria.

Mi poder me hormiguea bajo la piel como una capa de electricidad que se enrolla en mi cuerpo esperando órdenes.

—Por fin, princesa. Ya era hora de que te comportaras como lo que eres y no como una turista.

Ignoro a mi demonia interior.

Este mundo me está ablandando y no pienso permitirlo. He venido aquí con un propósito y lo he estado posponiendo demasiado. Basta ya. Tiempo de volver al negocio demoníaco.

Localizo a mi objetivo. Ahí está, Tommy Ferguson. El ególatra mayor, el rey del balón ovalado, el ex de Ricitos y el idiota que tiene la osadía de burlarse de Levy delante de todos.

—¿Lo dejaste respirar después de eso? Qué considerada.

Si alguien tiene derecho a atormentar a Levy, soy yo. Es un privilegio de prometida infernal. Y vaya si pienso ejercerlo.

Camino hacia él con la determinación propia de una demonia de alta cuna. La música sigue sonando, pero para él y para mí se vuelve algo distante, ahogado por mi aura.

Cuando estoy justo delante del *quarterback*, hablo con voz suave, serpenteante y peligrosa.

—¿Así que tú eres el gracioso del instituto? —susurro, ladeando la cabeza como un depredador evaluando a su presa.

Tommy traga saliva.

—Uhmm, qué delicioso… Me encanta cuando se retuercen. Intimídalo un poquito más, no seas tímida.

—Y-yo… Hola —balbucea, incapaz de apartar sus ojos de mí.

Qué mono. Ignorante, pero mono.

Extiendo mi mano.

—Lilian Morningstar. Para servirte o para condenarte. Depende de cómo me pille el día.

—Lo sé —dice él—. Eres la chica nueva. La amiga de Tamara y Levy, el Rarito.

—Amiga, ¿dice? Qué delicioso idiota. Me encantará ver cómo guardas su alma en un frasco para Lilith.

Si le preguntan a Levy, dudo que afirme tal cosa. Más bien me denominaría «castigo divino». Y no es algo que piense corregir.

Nuestros dedos se tocan y sucede algo raro. Siento un chispazo. Como si me hubiesen enchufado un cable pelado al alma.

Retiro la mano de inmediato, disimulando al rascarme la palma contra el muslo, aunque mi expresión debe ser un poema.

—¿Qué es eso? No me digas que te impresionó un humano.

«¡Déjame tranquila!», le grito mentalmente a mi sombra, cuando ni siquiera sé qué ha sido eso.

Me sacudo la extraña sensación de encima y retomo mi trabajo. Estoy aquí para manipularlo, no para coleccionar calambres humanos.

Lo miro a los ojos, dejando que mi poder se filtre, suave, sedoso, envolviéndolo como si se tratase de humo negro.

—No me gusta que se metan con las personas que me importan —le digo con voz melosa.

Lo entretengo mientras creo la red mental que conseguirá reclutarlo y, de repente, ocurre. Mi poder, el embrujo que lo atrapa, se rompe.

No se disipa ni se desvanece. Estalla en mil pedazos, haciéndose invisible.

—¡Por Mammon, demonio de la codicia! ¿Qué has hecho? ¿Cómo se te puede caer un embrujo de las manos? Así nunca conseguirás gobernar el Infierno.

«Silencio. Me recuerdas a mi madre».

—¡No blasfemes!

Doy un paso atrás por inercia mientras mi demonia interior sigue despotricando ella sola por la comparativa. La piel se me eriza desde el cuello hasta los talones.

¿Cómo se ha podido caer el embrujo? Es el poder más básico.

Tommy parpadea y su expresión, amorosamente atontada —que había conseguido inducirle—, cambia a una de puro sarcasmo.

—Solo digo lo evidente. Levy es un rarito y todo el mundo lo sabe. —Se cruza de brazos, recuperando su pose de «soy el rey del universo y mis abdominales lo avalan»—. Si quieres un consejo, deberías escoger mejor tus amistades si no quieres convertirte en una paria igual que él.

Su chulería me desquicia.

La furia me recorre la columna con mi propia lava.

Tommy ni siquiera ve el movimiento. En realidad, nadie es capaz de verlo, ya que uso mi mente. Un segundo después, sobrevuela hacia el otro lado de la cocina y cae de espaldas, quedando espatarrado de forma torpe en el suelo.

Sus amigos estallan en carcajadas y yo sonrío, orgullosa.

—Eso es. Esa sí eres tú. ¿Ves lo fácil que era?

Respiro aliviada al volver a ser la demonia que siempre he sido. Una letal, elegante y poderosa.

Sin embargo, esa sensación dura poco. El tiempo que Tommy tarda en mirarme. No lo hace asustado ni confundido, sino que siento cómo me analiza.

—Tranquila. Solo lo hace porque eres una chica despampanante. Él no sabe la verdad. —Intenta sosegarme mi sombra cuando a mí se me hiela la sangre, pero hay algo en su manera de decirlo que no me convence.

Está tan asombrada como yo.

—¿Cómo cojones has hecho eso? —murmura él, clavándome esos ojos desde su posición en el suelo.

No. No me gusta esa mirada.

—Rematalo, princesa. Lo tienes a tiro. Aprópiate de su alma.

En vez de seguir el consejo de mi demonia interior, ¿qué hago yo?

Exacto. Me doy media vuelta y huyo.

Sí, huyo. Yo. Una Morningstar.

Qué humillación.

—Esto es patético, Lilian. Huir de un humano. Como se entere tu madre, será una absoluta vergüenza.

Me cuelo entre la gente de la fiesta, acelerando el paso.

—¿Dónde demonios están Levy y Tamara? —murmuro nerviosa.

—Ah, claro. Ahora sí los necesitas, ¿eh?

Esto es justo lo que Levy me advirtió. Temía que perdiera el control y expusiera nuestras naturalezas.

Maldita sea. Odio admitir que tenía razón.

¿Cómo he podido dejarme provocar por un humano? ¿Cómo he sido capaz de fallar en algo tan básico como una sugestión?

—Yo tengo una teoría.

«No quiero saberla», gruño a mi interior mientras un grupo de chicos sueltan silbidos lascivos a mi paso.

—Estás distraída, princesa. La Tierra te está haciendo sentir cosas extrañas. Lo noto. Qué desagradable.

Soy una demonia de pura raza criada para esto, entrenada para esto. Mi madre me envió con un objetivo claro. Tengo que reclutar almas. Poner la primera piedra del golpe de estado que planea en el Infierno. Yo solo tenía que hacer mi parte y aquí estoy, huyendo de un *quarterback* humano como una novata.

Esto es ridículo.

—¡Lilian! ¡Espera! —grita Tommy, doblando la esquina.

—Ay, genial. El perro musculado te sigue.

Oh, qué fastidio de chico.

Giro a la derecha y voy a parar a un pasillo semioscuro. Aquí no hay música ni gente, y mucho menos testigos.

Mala idea.

Yo solo quería reclutarlo. Tiene el perfil exacto para convertirse en un perfecto acólito, pero si me alcanza, voy a tener que eliminarlo.

—Eso es, reina. Acaba con él.

Agarro la primera puerta que encuentro y la intento abrir.

Mierda, está cerrada.

—Perfecto. Justo lo que necesitas. Deja que llegue y lánzale un chorro de lava. Seguro que tiene unos huesos deliciosos —se relame

mi sombra.

Mis nervios estallan, así que, con un pequeño giro de muñeca, desactivo el seguro. Nada muy llamativo y que cualquier humano pueda pensar que la puerta está floja.

Entro y cierro tras de mí. Apoyo mi espalda en la madera a la par que contengo la respiración y cierro los ojos.

Solo escucho mis latidos rápidos y desacompasados.

¡Por las barbas de Belcebú! No me reconozco. Yo no tengo estos niveles de ansiedad.

Cuando me atrevo a abrir los ojos, descubro dónde he entrado.

Es una piscina climatizada interior.

Me acerco, hipnotizada. El agua brilla con tonos turquesa y desprende un resplandor mágico.

—No te emociones. Es agua, no un portal de regreso a casa.

Es hermoso. Una palabra que jamás pensé usar para algo tan simple como un charco gigante.

Toco el agua y sonrío. Sí, yo sonrío.

—¿Ves lo que te decía? Te estás distrayendo.

En un arranque impulsivo, me quito los zapatos, me siento al borde y sumerjo los pies.

Una sensación fría y deliciosa me trepa por la piel. Por primera vez en toda mi existencia, me cuestiono si hay cosas en la Tierra que merecen la pena.

—No empieces con el existencialismo barato. Y deja de ignorarme. No me gusta.

¿Los humanos son, en realidad, esa especie inútil que siempre nos dijeron, o son solo turbinas para mantener vivos a los del Infierno y el Cielo?

Porque, aunque me cueste reconocerlo, Tamara no encaja en esa descripción. Es leal, generosa, divertida… Demasiado brillante para ser solo material de sacrificio. Y, ¿qué hay de Maggie, la madre de Levy? Ese abrazo que me dio se sintió agradable.

¿Desde cuándo alguien muestra afecto hacia mí?

Nunca, obviamente. Mi madre solo abraza la ambición. Y yo soy un instrumento. Punto.

Y, por último, está Levy.

—Ahí está. La raíz de tu estupidez reciente.

Ese idiota adorable…

Me trata como una molestia, sí, pero una molestia por la que se preocupa. Y me mira diferente últimamente. Como si, en el fondo, no quisiese que yo me perdiera en todo esto.

Sacudo la cabeza.

Estoy aquí para reclutar, no para filosofar ni para dudar.

«Pero dudas igualmente».

Y, desde luego, no para sentir.

Sin embargo, desde que llegué a la Tierra, siento demasiado.

Frunzo el ceño. No me gusta esta sensación de vulnerabilidad.

—Menos mal. Ya empezaba a asustarme.

Debería concentrarme y volver al plan. Tommy es perfecto para un trato. Su alma es fuerte, orgullosa, cargada de pecados; mi madre se relamería. Que haya fallado una vez no significa que…

—¿Lilian?

La voz de mi proyecto de acólito me sobresalta tanto que, al ponerme en pie, pierdo el equilibrio y me caigo a la piscina.

—Como de esta vayamos al cielo, será tu culpa —grita histérica mi demonia interior.

Trago agua y pataleo.

Es hora de confesar que sí, hasta la creación más perfecta, o sea yo, tiene un defecto. Y es que no sé nadar.

Me empollé mil acciones humanas, pero no vi necesario impartir clases de natación antes de cruzar a este plano. ¿Para qué? En el infierno tenemos ríos de lava. Si decides zambullirte en ellos, flotas.

Me agito como un gato mojado recién nacido, intentando alcanzar la superficie. No obstante, mi coordinación no coopera.

«Ayúdame», le pido a mi sombra.

—Ah, ahora no me ignoras. Pues lo siento. Estoy ahogándome tanto como tú. Somos una, ¿recuerdas?

Cuando siento que mis pulmones comienzan a llenarse de más agua que oxígeno, unos brazos fuertes me rodean por la cintura y me sacan a la superficie.

Toso, jadeo y escupo agua.

Si muriera ahogada aquí, mi madre me mataría otra vez solo por la humillación que sentiría frente al consejo.

—¿Estás bien? —pregunta Tommy, preocupado, quitándome el pelo de la cara con suavidad.

Boqueo unas cuantas veces. Cuando creo que tengo suficiente aire para gritar, lo hago:

—¡¿Que SI ESTOY BIEN?! ¡Me has dado un susto de muerte, imbécil! ¡Casi me matas!

Le doy un empujón y como puedo intento llegar al bordillo de la piscina.

No resulto nada elegante. Los perros nadan con mejor estilo que yo.

Salgo de la piscina chapoteando y juro que jamás volveré a meter un dedo en un agua que no esté densa, hirviendo y con color anaranjado.

—Si no hubieras salido corriendo, no habría tenido que buscarte —replica él, siguiéndome.

En tan solo dos brazadas alcanza el borde. Apoya sus manos y se impulsa.

Sus bíceps se marcan por el esfuerzo y sale con una fluidez que me dan ganas de soltarle una patada y volverlo a lanzar al fondo de la piscina.

Lo odio.

—No estaba corriendo —le informo mientras me escurro el pelo con las manos—. Estaba evitando tu presencia.

Él frunce el ceño.

—Míralo. Nuestro héroe…

—Necesito que me expliques qué demonios pasó antes en la cocina.

—Ah, eso es fácil —digo, burlándome—. Te comportaste como un imbécil.

—No me refiero a eso. *—Por lo menos no lo niega. Debe-ríamos darle el crédito*—. Sino a lo que pasó después. Sentí tus manos en mi pecho, cómo me empujaste. Sin embargo, en ningún momento te vi mover ni un músculo. ¿Me puedes explicar eso?

—Y ahora el humano empieza a pensar. Qué peligrosa combinación.

Ay, mierda.

No es tan tonto como pensaba.

—¿Te estás oyendo? —Me río nerviosa—. ¿Estás borracho o solo eres idiota a tiempo completo?

—Sé lo que sentí, Lilian.

—Pues yo no sé de qué hablas. —Cojo mis zapatos y mi bolso—. Así que deja de decir estupideces.

Cuando me giro para irme, él me agarra del brazo y otra vez sucede el maldito calambre. Y mi poder se fuga.

—¿Quién demonios es este tío, aparte de uno que está buenísimo? —cuestiona mi sombra.

Me suelto de un tirón con el corazón desbocado.

—No vuelvas a tocarme —escupo entre dientes, apartándome tanto cuanto puedo de él.

—Lo siento… —Se mira la mano con la que me tenía agarrado, contrariado.

—Qué mono. ¿Nos lo podemos quedar? Mira que pocos chicos guapos estarían dispuestos a salvar a princesas del infierno. Y él lo ha hecho.

Me giro y camino hacia la salida por la puerta trasera.

Me recorre un escalofrío por la columna cuando vuelvo a escuchar su voz.

—Voy a averiguar cómo lo hiciste, Lilian. Que no te quepa duda.

—Oh, mira. Una amenaza real. Qué emocionante.

No miro atrás. Tampoco podría hacerlo y mostrarle que su amenaza me ha calado por dentro.

«Tengo que buscar a Leviatán», pienso, entrando de nuevo al caos de la fiesta.

—No. El mestizo, no. Me gusta más el quarterback —refunfuña mi sombra.

Me calzo y la ignoro. Lo que menos necesito en estos momentos son sus comentarios sarcásticos, ya que, por primera vez en mi vida, tengo miedo de lo que estoy empezando a sentir.

Aunque lo peor de todo es que tengo miedo de que un humano sea capaz, con solo un toque, de despojarme de mi poder y mi naturaleza demoníaca.

Capítulo 16



Tamara

En realidad, no sé cómo he sido capaz de salir de la casa de Tiffany, pero cuando me quiero dar cuenta, estoy caminando por la playa dirección a mi casa, o a la de Levy, para ser más exacta.

Me paso los dedos por la boca, notando aún el hormigueo de sus labios mientras trato de ordenar mi cabeza, solo que no coopera y se empeña en comportarse como un pompón deshilachado: suave, esponjoso y totalmente inútil.

En serio, ¿qué demonios ha pasado ahí dentro?

No puedo pensar en nada sin que el recuerdo del beso irrumpa como si se tratasen de fuegos artificiales. Ese beso que empezó como una caricia y terminó como un huracán. Ese beso que no tenía que haber pasado y que quiero volver a repetir, aunque sepa que debería evitarlo.

Estoy tan ocupada intentando que mi cerebro vuelva a funcionar que casi salto cuando una mano se cierne sobre mi hombro.

—¿Tamara? —pregunta una voz muy familiar y, al girarme, me encuentro a Lilian más pálida de lo normal. Lo cual es difícil, porque esta mujer ya tiene el brillo etéreo de una lámpara de cristales—. ¿Dónde está Levy?

Parpadeo varias veces.

¿Por qué parece recién salida de una película de terror? Su cabello húmedo pegado a la cara, los ojos más abiertos de lo normal y su inquietud. Como si la fiesta hubiese decidido asustarla personalmente.

—Eh… Se ha marchado —respondo, midiendo mis palabras—. Oye, ¿estás bien?

Lilian traga saliva, aunque intenta disimularlo con una sonrisa exagerada.

—Perfecta. Absolutamente bien. Extraordinaria. A nivel mundialmente bien. —Se queda quieta unos segundos, mira a su alrededor como si no supiese cómo ha llegado a esta parte de la calle, pestañea y añade—: Tengo que irme.

Vale, le pasa algo.

Esto no es normal en Lilian, ella es una persona de lo más segura de sí misma y ahora parece como si se encontrase desubicada.

—Yo también me marcho. Si quieres, te acompaño —propongo casi sin pensarlo. En el estado que se encuentra Lilian, no debería irse sola. Parece a punto de colapsar.

—Perfecto —dice demasiado deprisa—. Vámonos.

Caminamos hacia donde aparcó su coche. El camino está lleno de charcos de cerveza y estudiantes bailando como si la vida dependiera de la cantidad de bailes obscenos que se sepan. Bordeo a un grupo que canta a voz en grito sobre corazones rotos y fiestas eternas mientras Lilian camina como un general que intenta mantener la compostura.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Me ves acaso mal? —cuestiona de vuelta, sin mirarme.

—No, pero… No te habrán drogado o te habrán echado algo en la bebida, ¿no?

Esta vez Lilian se para en seco y, con lentitud, se gira para fijarse en mí.

—¿Crees que me han podido drogar?

—A ver, conozco a la mayoría de los que han asistido a la fiesta y no creo que sean de ese tiempo de personas, pero nunca se puede poner la mano en el fuego en según qué temas, ¿verdad?

Ella me evalúa, como si midiese de manera minuciosa mis palabras.

—Sí, puede ser. Es lo único que tiene sentido después de lo que ha pasado —murmura más para ella que para mí.

—¿Y qué es lo que ha pasado, Lilian?

Justo cuando hago la pregunta, mi conciencia decide despertar de golpe.

Se me forma un nudo en el pecho. Uno de esos que te aprietan y no te sueltan. Verla delante de mí, tan desubicada, me activa el botón de «sé una buena persona y confiesa. Aunque por dentro seas un desastre hormonal».

Tengo que decirle la verdad, o al menos gran parte de ella.

—Lilian… —digo de golpe. Ella gira la cabeza despacio, como si temiera que le fuese a caer algún problema encima—. Tengo que contarte algo. Es sobre Levy y yo.

Sus cejas se alzan un poco. No dice nada, solo me observa con fijeza, como si estuviera preparada para que le diga que mi amigo, su prometido, es un ser de otro planeta.

Pero me temo que es aún peor.

—Levy y yo nos hemos besado —suelto de carrerilla, como quien decide arrancarse una tirita de golpe—. Fue un reto. Estábamos jugando a un juego absurdo y sucedió. Lo sé. Sé que él y tú tenéis lo vuestro, ese acuerdo de compromiso, pacto o alianza del siglo dieciocho, o lo que sea. Y yo he estado insistiendo para que él te dé una oportunidad porque creía que era lo mejor para todos. Y ahora he hecho lo peor que podría hacer una amiga. ¡Y no quería! Bueno, sí. Sí quería —le confieso, y me tapo el rostro con las manos, avergonzada—. P-pasó y no debería haber pasado. Lo siento muchísimo, Lilian. Yo…

Lilian se limita a mirarme en silencio. No dice palabra alguna, ni siquiera creo que parpadee. Solo me observa como si estuviera calculando el volumen total de mis pensamientos y determinando si soy peligrosa o solo muy tonta.

Yo me remuevo nerviosa e inquieta debido a su escrutinio.

Mientras sucedía, no pensé en nada ni nadie. Y después… Bueno, después tampoco caí en las repercusiones que esto podía acarrear.

Me cruzo de brazos, luego los descruzo.

Luego tengo la brillante idea de llevarme la mano a la frente de forma dramática, como en las telenovelas. Y juro que, como no diga nada, seré capaz de ponerme a llorar y estoy dispuesta a suplicar clemencia arrodillándome frente a ella.

Lilian sigue sin pestañear.

Genial. Estoy lista para ser lanzada al escalafón de las peores amigas por la prometida del chico al que acabo de besar.

Lo que viene siendo una noche normal, vaya.

Después de un larguísimo segundo, Lilian inclina la cabeza.

—¿Eso es lo importante que me tenías que contar? —pregunta al fin.

Yo abro la boca y la cierro, boqueando como un pez.

—¿Cómo que «eso»? —pregunto confundida—. Te estoy diciendo que he besado al chico con el cual estás prometida, y no solo eso, sino que disfruté cada segundo de ello.

—Tamara, por favor. —Suspira y se cruza de brazos con desgana—. He conocido humanos, digo personas, durante estas últimas semanas. Todos pensáis que vuestros problemas son del tamaño del sol. Pero cariño, no lo son. Son idioteces que hacen que me duela la cabeza.

—Pero…

—De todas formas, ya lo sabía.

—¿Cómo que lo sabías? —pregunto alucinada—. ¿Alguien te ha contado lo que ha sucedido?

—No me refiero a que os hayáis besado, sino a que te mueres por cada célula de su cuerpo. Algo inexplicable, si me preguntas. —Hace un ademán de mano, como si espantara una mosca.

—¿Cómo lo has sabido?

Siento como mis mejillas arden de vergüenza.

—Porque te lo quedas mirando como si fuese un helado de triple chocolate con trocitos de galleta. Y tú no miras así a nadie. Excepto quizá a un donut glaseado. Y Levy, bueno, él te mira como si estuviera a punto de combustionar. Literalmente —dice con una sonrisa ladina.

Mi corazón se aprieta como si se hubiese golpeado con un mazo.

—Pero estáis comprometidos —repito con una voz mucho más débil de lo que me gustaría.

Lilian bufa.

—Por favor… Ese estúpido acuerdo entre nuestros padres es lo menos relevante en mi lista de tareas ahora mismo. Créeme. Tengo

cosas bastante más importantes en las que pensar que en un compromiso político totalmente desfasado.

Algo en su tono me dice que esas cosas importantes involucran lo que quiera que le haya sucedido en la fiesta.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo? —susurro.

Ella me mira, ladea la cabeza y me responde con brutal sinceridad.

—¿Contigo? No —declara—. No te ofendas, pero no me apetece desperdiciar energía en eso. Conmigo misma quizá, pero no por este tema, te lo aseguro. —Su mirada verde se oscurece de repente, como si se le hubiese cruzado un recuerdo y no esté muy contenta con ello—. Y con Levy… Bueno, con él siempre estoy enfadada. Aunque cada vez me va cayendo mejor el muy condenado. Además… —Me inspecciona con esos ojos que parecen ver más de lo que quieres mostrar—. Que no sirva de precedente, pero eres buena, Tamara. Tu alma me dice que no te atreverías a traicionar a nadie a propósito. Te sentirás culpable durante semanas, y eso ya es castigo suficiente.

—La verdad es que sí… —murmuro, observándola con ojos arrepentidos.

—Lo sé. —Sonríe un poco—. Lo tienes escrito en tu cara.

Suspiro al mismo tiempo que Lilian mira por encima de mi hombro y se tensa.

—Mejor será que nos vayamos de aquí —anuncia de manera atropellada.

Giro la cabeza y no veo nada inusual, solo a los invitados de la fiesta, entre ellos se encuentra Tommy.

—Sí, claro.

Por primera vez desde que comenzó la fiesta, siento que tengo una aliada. Una aliada un poco inquietante, sí, pero aliada al fin.

—Vamos —dice Lilian—. Antes de que alguien más decida confesarme otro drama de alta intensidad emocional.

—¿Así me defines? —pregunto entre risas.

—Eres adorable, pero intensa. Mucho. Muchísimo. Eres como una tormenta de azúcar. —Me palmea el hombro—. Ahora mueve ese precioso culo de animadora, quiero largarme de aquí.

Mientras nos alejamos por la pasarela de madera que lleva al aparcamiento, con la brisa nocturna enredándose en mi pelo, un pensamiento se instala en mí:

Le he dicho a Lilian la verdad. Que deseaba que pasase. Aunque fue solo un juego, solo un instante, o un error, para mí ha significado más de lo que hubiese imaginado.

Ese beso lo ha cambiado todo.

Y lo más importante es que quiero que vuelva a pasar.

Aunque no tenga ni idea de cómo sobreviviré emocionalmente a lo que venga después.



Llegamos al aparcamiento y, por un segundo, todo parece demasiado silencioso. No se escuchan las risas ni música filtrándose desde la casa de Tiffany, ni siquiera el oleaje rompiendo contra la orilla. Solo nosotras dos y la sensación incómoda de que algo invisible no sigue.

Lilian no para de mirar hacia atrás, y eso hace que mi inquietud se acreciente.

Cuando llegamos hasta su coche, aprieta el mando, pero falla tres veces antes de acertar en el botón correcto.

—Estás temblando —le digo sin pensar.

—Tengo frío —responde demasiado rápido.

Mentira. Estamos casi a últimos de primavera y, en Virginia, las temperaturas, incluso por la noche, suelen ser calurosas.

Más bien es como si estuviese asustada. Y eso me perturba más que cualquier otra cosa. Porque, por lo que he aprendido en este tiempo, Lilian no es el tipo de persona que se asusta. Ella más bien asusta o intimida a los demás.

—Lilian, ¿qué ha pasado en la fiesta? —insisto en voz baja, como si temiera que me mandase a paseo por ser una entrometida, pero en realidad me preocupa su comportamiento.

Ella abre la puerta, se queda con la mano apoyada en el capó y respira hondo.

—No quiero hablar de ello.

—Entonces, sí que ocurrió algo.

—Solo que tienes un ex que es un idiota. —Mira alrededor otra vez, como si algo pudiera surgir entre los coches.

—¿Tommy? ¿Ha sucedido algo con Tommy?

—Es solo que tiene un ego tan grande como la India —contesta malhumorada.

—Dímelo a mí…

Me entra la risa.

—Con razón ahora no puedes dejar de pensar en Levy. A pesar de que Sinclair no sea mi persona favorita, Tommy Ferguson es un idiota redomado.

—Si te causa problemas, avísame. Va de «soy el rey del mundo», pero en el fondo es buen chico, créeme.

—No sé qué decirte, tu criterio deja mucho que desear. Has besado a Levy.

Es mencionarlo y volver a sentir el hormigueo en mis labios y querer repetirlo, aunque sea lo más estúpido del mundo.

—Mira esa cara —se carcajea Lilian de repente.

—¿Qué cara?

—Cara de: «¡oh, no, estoy condenada! Pero qué bonito es arder».

Me sonrojo; a estas alturas debo parecer un tomate románticamente perturbado.

—No sé qué se supone que tengo que hacer ahora —admito.

—Deja de pensar y actúa, Tamara —responde Lilian, encogiéndose de hombros—. Pensar es una trampa.

—Pero si no pienso, voy a querer volver a besarlo.

—Y si piensas, también, ¿me equivoco? —Me quedo callada porque tiene razón—. Además, ¿qué hay de malo en volver a repetirlo?

Exacto.

¿Qué hay de malo en que nos volvamos a besar?

«Quizá que la próxima vez no te conformes con un simple beso y quieras mucho más», me dice una voz interior.

Capítulo 17



Levy

Mi habitación siempre ha sido mi santuario, el lugar donde más a gusto me encuentro, en el que me dejo ser realmente yo. Sin embargo, en este momento, incluso aquí, percibo cómo las paredes me aprisionan.

Me siento en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

Mi sombra se proyecta en la pared opuesta, pero esta vez no tengo ni fuerzas para discutir con ella. Vale, es mentira. Con ella siempre me veo capacitado para rebatirle. Sobre todo, cuando vibra como si tuviera vida propia, ondulando despacio, paciente y de manera burlona.

—*No deberías haberla besado* —musita con esa voz que sólo yo puedo oír, esa mezcla entre mi pensamiento y algo mucho más antiguo que yo.

—Lo sé —respondo en un susurro casi inaudible—. Pero sabes tan bien como yo que no pude evitarlo.

Mi sombra emite algo parecido a una risa grave.

—*Esa es la parte divertida, pequeño príncipe. No puedes evitarla. Siempre ha sido nuestro Talón de Aquiles.*

Cierro los ojos con fuerza. No me apetece discutir, ni siquiera pensar. Me gustaría poder olvidar lo ocurrido, pero sé que es un intento fallido. ¿Cómo olvidar que su boca parecía hecha justo para encajar con la mía?

—Necesito que te calles —gruño.

Mi demonio interior se estira en la pared, como si bostezara.

—*Eso es difícil cuando tú mismo eres un ruido constante.*

Voy a contestarle, a mandarla al infierno —ojalá pudiera hacerlo literalmente— cuando escucho un ruido contra la ventana. Después viene otro y por último el inconfundible sonido del cerrojo moviéndose desde fuera.

Me incorporo de golpe y me quedo helado justo cuando la ventana se abre y Tamara se desliza dentro como si fuese algo que hiciese todos los días.

—¿Tamara? —Mi voz me sale en un hilo tenso entre incredulidad y pánico—. ¿Qué estás haciendo?

Ella cae de pie en mi alfombra, sacudiéndose las manos, orgullosa de haber escalado hasta el primer piso y haber salido ilesa.

—Subir —responde con naturalidad—. No quería molestar a tu madre y sabía que estarías aquí arriba.

Mi estómago se retuerce e instintivamente miro a la pared. Mi sombra está quieta, demasiado quieta, como fingiendo que es una sombra normal.

Tamara frunce el ceño.

—¿Estabas hablando solo?

—Sí —respondo demasiado rápido—. A veces, hablar en voz alta me ayuda a aclarar ideas.

Mi sombra murmura:

—*Mentiroso adorable.*

Hago como que no la escucho.

Tamara da un paso hacia mí y me invade ese aroma suyo que se me ha quedado grabado desde que nos hemos besado en ese armario. Huele a una mezcla entre vainilla y algo cítrico. Es un olor tan adictivo como ella.

—Levy, tenemos que hablar de lo que pasó. —Su voz es suave e insegura. Tamara nunca suena insegura. Jamás. Y me mata que, por mi culpa, se sienta de esa manera —. No quiero que, tras lo sucedido, estemos raros.

Trago saliva.

—Tranquila, no tiene por qué cambiar nada.

—Genial, porque yo también lo creo. Aunque… —Ella se detiene, como si se corrigiera sola—. No me arrepiento de lo que ha pasado.

Sé que ha sido por un juego, pero…

—Sí… Un juego —repito, cortándola, aunque la palabra me aprieta el pecho.

Nos quedamos a medio metro, mirándonos con fijeza.

¿Cómo puedo intentar hacerme creer que olvidaremos ese beso mientras el aire entre nosotros hierve?

Es absurdo, inevitable. Es la mentira más grande que jamás me he repetido.

Sin darme cuenta, o sin querer darme cuenta, estoy más cerca. ¿O es ella la que se ha acercado? No tengo ni la más mínima idea. El caso es que no sé quién se mueve primero. No sabría decirlo, aunque me fuera la vida en ello. Lo único que sé es que, de pronto, su respiración está rozando la mía.

—Esto es… —susurra ella.

—Una pésima idea —completo yo.

—Totalmente. Y, sin embargo, no puedo pararlo —reconoce entre murmullos con sus ojos fijos en mis labios.

Y, tras decir eso, sé que estamos perdidos.

Su boca se encuentra con la mía con una suavidad que me desarma. No es como el beso que nos dimos en el armario. Este es más lento, más profundo y más íntimo. Su mano sube y se enreda en los mechones de mi nuca. Los mismos mechones que siempre dice que quiere cortar ella misma. Me tira hacia ella y caigo sin remedio.

La beso como si hubiese estado esperando toda mi vida para hacerlo. Como si en cada vida anterior la hubiese buscado y no la hubiera encontrado hasta ahora. Lo hago sabiendo que está mal, que es peligroso. Mi sombra se revuelve como una bestia que quiere salir.

Tamara tropieza hacia atrás y eso hace que terminemos cayendo sobre mi cama. Ella suelta una risita contra mi boca, nerviosa y dulce, que me bebo como haría un alcohólico con su siguiente trago. Es entonces cuando mis manos encuentran su cintura, y la forma en la que se arquea bajo mi cuerpo me enciende de una forma que no sé controlar.

Mi sombra sisea complacida.

—*Déjame salir. Déjame sentirla.*

«No».

La beso más fuerte, como si eso pudiera acallar a la bestia que habita en mí, como si pudiera ahogar a mi demonio interior con su sabor.

Mi mano sube por sus costillas, roza su piel justo por debajo de la camiseta y comienzo a sentir cómo me raspa la garganta al sentir el fuego azul anidarse en ella.

Solo un poco más. Solo quiero vivir este momento un instante antes de que me vuelva un aspersor incendiario.

Tamara exhala un suspiro que me rompe la cordura. La siento temblar, y es lo peor que podría pasarme porque hace que yo también tiemble. Su pierna roza mi entrepierna, dura y enhiesta, y mi demonio ruge tan alto dentro de mí que casi creo que ella puede oírlo.

Me separo de sus labios y me acerco a besarle el cuello. Ella se retuerce debajo de mí, mordiéndose el labio, con las mejillas sonrojadas y el pulso disparado mientras yo pierdo el equilibrio. Lo siento. Lo veo.

El fuego azul cada vez me escuece más en la garganta.

—*¡Ni se te ocurra apartarte, Leviatán!* —ruje mi sombra.

No, no, no…

Pero lo hago. Me aparto de golpe, como si su contacto me quemara. Ruedo sobre la cama hasta quedar sentado de espaldas a ella. Mi respiración está acelerada, lo hago de manera rápida, intentando apagar un incendio que amenaza con propagarse y, lo peor de todo, no debería existir.

—Levy… —la voz de Tamara suena herida, confundida—. ¿Pasa algo?

Cierro los ojos.

Mi sombra me observa desde la pared, desdoblada, expectante, como si quisiera aplaudir del ridículo que he hecho.

—Tamara, por favor —digo con la voz rota—. Tienes que irte.

De repente, se instala entre nosotros un silencio tenso. Si fuese posible, pensaría que se ha evaporado, pero sé que no es así. Que sigue tumbada sobre mi cama. Y queda tan bien en ella…

Después de lo que parece una eternidad, vuelve a hablar. Esta vez, muy bajito:

—¿He hecho algo mal?

Eso me mata. Literalmente me arranca el alma.

—No —logro decir—. No es eso. Soy yo. No puedo… No debo.

Los muelles de la cama crujen cuando ella se levanta.

Se acerca hasta quedar detrás de mí. Puedo sentir su calor. Incluso su tristeza y su decepción. Y me apetece pegarme una paliza por ser el causante.

—Puede que no deba decirlo, Levy —susurra—, pero quiero que sepas que no me arrepiento de nada. Ni de lo que ocurrió en la fiesta ni de lo que acaba de suceder aquí —declara convencida—. De lo único que me arrepiento es de que no hubiera sucedido antes.

Sus pasos se alejan. Escucho como la puerta de la ventana se abre despacio y, cuando se marcha, vuelve el silencio.

Mi sombra, que por suerte no ha intervenido, no se hace esperar para comentar con una sonrisa oscura:

—*Qué tragedia más entretenida nos está quedando.*

Yo sólo puedo hundir la cara entre las manos porque sé que, con la certeza más cruel del mundo, si no me alejo de Tamara, no sólo la pondré en peligro, sino que destruiré todo lo que toque.

Me quedo así un buen rato, sin moverme, sin respirar del todo, sin atreverme siquiera a mirar mi propia silueta deformada en la pared. No quiero darle la satisfacción de verme hundido en mi propia mierda. Tampoco quiero escucharla reírse de mí. Ni quiero sentir que tenía razón desde el principio.

Pero la sombra no desaparece. Nunca lo hace. Es parte de mí, como una infección incurable.

—*Sabes que volverá* —murmura con su habitual dulzura venenosa —. *No puedes evitarlo. Y cuando vuelva, será peor.*

Me tapo los oídos, sabiendo que es inútil. La voz no viene del aire. Viene de dentro de mí. De un rincón que no controlo. De un sitio que crece cada vez que Tamara me mira como si viera algo bueno en mí.

Como si yo fuese un humano normal y corriente.

Me tumbo de espaldas en la cama, mirando al techo, intentado respirar despacio, tratando de recordar quién era antes de que todo esto empezara. Antes de que el fuego azul se manifestase. Mucho antes de comenzar a escuchar pensamientos que no eran míos. Antes de que mi sombra se moviera sin mi permiso.

No logro recordar esa parte de mí que se sentía un humano normal y corriente, porque lo cierto es que nunca he sido tal. Me he pasado parte de mi vida visitando el Infierno como el que va de viaje a un lugar lejano, pero que reconoce como suyo.

La imagen de Tamara con las mejillas encendidas, sus dedos aferrándose a mi nuca, la forma en la que dijo que no se arrepentía, vuelve como un golpe directo al estómago.

Y ese es el problema en todo este asunto, que, a pesar del peligro que supone, yo tampoco me arrepiento.

Eso lo complica todo.

La noche avanza sin que me dé cuenta. Me quedo despierto, mirando el techo como si tuviera todas las respuestas. Mi sombra se alarga y se encoge como si respirara, y en algún punto empiezo a pensar que estoy soñando, que nada de esto es real, que tal vez estoy perdiendo la cabeza.

Cuando el reloj marca las tres y treinta y tres, exactas, mi sombra habla otra vez.

—Sientes el ardor todavía, ¿verdad? Porque a mí me arden los huevos.

La ignoro.

—Ella lo sintió también. Te lo aseguro. La dejaste triste e insatisfecha —prosigue, saboreando cada palabra—. *Pudiste haber apagado esta quemazón si solo hubieses resistido un segundo más.*

Me incorporo y la miro por primera vez desde que Tamara salió de la habitación. La sombra está más definida, con bordes más nítidos, con una forma casi corporal.

—No voy a ponerla en peligro —digo, y me sorprende que la voz me salga firme.

La sombra ladea su cabeza. Como si midiese sus siguientes palabras. No debería poder hacer eso, es un gesto demasiado humano, pero lo hace.

—Querido Príncipe… ¿Cuándo vas a reconocer que tú eres el peligro?

—A eso mismo me refiero, está mejor sin mí.

—Yo no puedo alejarme. Más bien no quiero hacerlo.

Mis manos se cierran en puños. Algo en mí tiembla, pero no es miedo. Ojalá fuera eso. El miedo se puede manejar. El deseo…

El deseo es el que me controla a mí.

—No dejaré que la toques —escupo.

—Tarde o temprano, tú mismo lo harás —contesta mi demonio, divertido—. *Porque ella te llama. Porque tú la deseas. Lo que llevas dentro despierta gracias a ella. ¿No lo sientes? ¿No sientes que su sola presencia es un catalizador para que despierte tu verdadera naturaleza?*

Me quedo helado. Porque lo ha dicho tal como lo he sentido. Y eso significa que no estoy imaginando nada.

Algo me pasa, algo está cambiando y me temo que es Tamara quien acelera el proceso.

Mis pulmones se vacían poco a poco, como si cada exhalación me dejara sin fuerzas y, al mismo tiempo, más hundido. No respondo de inmediato, porque hacerlo sería admitirlo y darle la victoria. Sería conceder que lo que llevo dentro no solo existe, sino que avanza sin poder controlarlo.

Mi sombra sonríe sin boca. Siempre lo hace cuando estoy a punto de caer.

—¿Catalizador…? —repito de manera apenas audible.

La palabra queda suspendida en el aire. Suena punzante y cruel.

—Oh, sí —ronronea mi sombra—. T*amara es como una mecha. Una chispa deliciosa que enciende lo que eres. No lo que finges ser.*

Niego con la cabeza, pero con poca convicción. Como quien intenta espantar una verdad que ya lo atravesó.

—Sigo siendo humano —murmuro, aunque la frase suena ridícula.

Ningún humano hecha fuego por la boca y habla con sombras insolentes.

Mi demonio interior se estira hasta casi tocarme los pies.

—Y lo sigues siendo, pero no del todo. Por mucho que lo hayas intentado con todas tus fuerzas, que es aún más patético. Pero ya

no eres un simple humano. Eres un mestizo. El Príncipe Oscuro —recita como si fuese un título nobiliario y no una condena—. *Tu interior quiere imponerse, y cada vez que ella te mira, algo se despierta. Te toca y ruge. Te besa y se prende como pólvora lo que escondes.*

Cierro los ojos, y ahí está de nuevo su imagen.

Imagino que no me aparto, que continúo tragándome sus gemidos, que sigo acariciando su piel suave… El fuego azul ardiendo en mi garganta pide salir.

—Para. —Mi voz se quiebra—. No quiero escuchar esto.

—*Lo sé* —responde la sombra—. *Aunque sabes que es verdad y te aterra que esto no sea algo que puedas detener. Ella acelera lo inevitable. Te empuja hacia lo que debes ser.*

Me llevo una mano al pecho, que late demasiado fuerte. Como si algo golpeara desde dentro para romperse a base de martillazos.

—No quiero convertirme en lo que se espera de mí —admito.

La sombra se ríe.

Es un sonido profundo y viejo, como si raspase la piedra con sus propias uñas.

—*No tienes elección, pequeño príncipe del Infierno. La transformación ya comenzó. ¿Por qué crees que el fuego te quema la garganta? ¿Por qué tu cuerpo reacciona como si cada emoción fuese combustible? ¿Por qué el deseo te vuelve salvaje?*

Abro los ojos y miro el techo como si pudiera agarrarme a él para no caer.

—Ella no lo sabe —susurro—. Y debe seguir siendo así.

—*No lo sabrá, pero algo intuye. Lo siente. Por eso vuelve. Por eso sube ventanas en mitad de la noche. Por eso te busca, aunque la rechaces. Ella no te teme, Leviatán.*

Trago saliva. Y el simple gesto siento que me oprime la garganta.

—No me teme por ahora. Si sigo cerca de ella… —empiezo.

—*La incendiarás* —completa mi sombra—. *Y lo mejor de todo es que te encantará hacerlo.*

Me estremezco. Porque una parte de mí, una parte que no quiero mirar, sabe que hay placer en ese pensamiento. Un placer físico, sexual, instintivo.

Es algo primigenio y demoníaco que me asusta solo con imaginarlo.

—Entonces, estarás de acuerdo en que lo mejor será alejarme —digo, como si con solo declararlo lo hiciera posible.

La sombra se contrae, como si riera con todo el cuerpo.

—*Intentarlo será adorable, pero inútil. Tú eres la llama, ella el combustible. Juntos solo podéis hacer una cosa.*

—¿Explotar? —susurro.

—*Transformación* —corrige mi sombra—. *Tamara no es el peligro. Tamara es el detonador. La mecha que te convierte en lo que estás destinado a ser.*

Me giro sobre la cama, sin querer saber nada más, y medito sus palabras. Por primera vez, comienzo a admitir que Tamara no es quien despierta algo oscuro en mí, eso ya lo traigo de serie —la oscuridad es como el oxígeno para cualquier ser vivo—, sino que ella es quien lo acelera. Quien alimenta mi parte demoníaca para hacerse más fuerte.

Y aun sabiendo eso, aun sabiendo que podría destruirla si permanezco a su lado, lo único que deseo, con una fuerza obscena y aterradora, no es solo volver a besarla, sino que lo deseo todo.

Capítulo 18



Levy

No he dormido.

Bueno, «dormir» es una palabra optimista para describir lo que he hecho, que ha sido básicamente dar vueltas en la cama mientras mi sombra demoníaca me susurraba que había sido un completo idiota por apartarme de Tamara y, al mismo tiempo, felicitándome por no incendiar la casa.

Un equilibrio precioso.

Por eso, cuando amanece, tomo una decisión estratégica: evitar a Tamara a toda costa.

Si es cierto que ella es mi catalizador, lo mejor será no tentar a la suerte.

Y si hablamos de suerte, no es que yo vaya muy sobrado.

Esta vez no voy a la biblioteca ni al aula de debate. Y mucho menos a mi casillero, cafetería ni el pasillo central.

Necesito un sitio donde nadie me encuentre.

Así que me escondo en la zona más muerta del instituto: el cuarto donde se guardan los disfraces del club de teatro.

Sí, es tan penoso y lúgubre como suena.

—Maravilloso —mascullo mientras me siento en el suelo, entre un disfraz de abeja gigante y una armadura de cartón piedra—. Aquí nadie me encontrará. Puedo morir dignamente entre pelucas, que dudo que no hayan cogido piojos del tiempo que tienen.

Mi sombra resopla en mi interior.

—Esto es patético, incluso para ti.

—¿Quieres dejarme unos momentos de paz? —susurro con un gruñido.

—Y tú podrías enfrentarla como un adulto y no hacernos pasar por todo esto. Eres un príncipe, y esto resulta indignante.

—Prefiero enfrentarme a un ejército de súcubos armados con espadas.

—Esos espectáculos sí que son legendarios. Los echo de menos.

—¿Y por qué no te largas? Ambos saldríamos ganando.

—¿Crees que yo te escogí por elección propia? Tengo mucho mejor criterio que eso. Me eligieron a dedo y no me quedo más remedio que acompañarte para toda la eternidad.

—Qué suerte la nuestra, entonces —comento de forma irónica.

Solo me falta que el casco brillante de Hamlet me haga de espejo del desastre emocional en el que me he convertido cuando, de repente, escucho:

—Vaya, vaya… Así que aquí estás —dice una voz cantarina detrás de mí.

—En tu defensa diré que me caes mejor que ella. ¿Qué pasa? ¿Te ha puesto GPS o algo por el estilo?

Me giro con lentitud, como quien presiente una sentencia, y ahí está Lilian. Apoyada de forma causal en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa sonrisa suya que mezcla superioridad con diversión homicida.

—¿Cómo…? —Me llevo una mano a la cara—. No lo digas. Prefiero no saber cómo me has encontrado.

—Se debe a tu aura angustiada, es muy ruidosa, Leviatán —responde, entrando al minúsculo cuarto—. Además, después de lo de anoche, era cuestión de tiempo encontrarte escondido como un gatito asustado.

—No soy un gato —refunfuño.

—Los gatos son más valientes.

—¡Silencio! —le gruño a mi sombra, y luego me doy cuenta de que Lilian me mira como si estuviera teniendo una crisis.

—¿Estás hablando contigo mismo? —Levanta una ceja.

—Estoy pensando en voz alta —corrijo rápido, igual que hice con Tamara.

—Dile al incordio de tu sombra que no se le ocurra insultarme, incluso sin poder verla, percibo sus vibras negativas.

—*Maldita demonia…*

—Dice que eres un encanto —comento sarcástico.

Ella deja pasar el comentario con una sonrisa llena de malicia.

—En fin —dice mientras se sienta sobre una caja de disfraces como si fuera su trono infernal provisional—. Tengo cosas más urgentes que analizar que tu salud mental. Anoche me pasó algo.

La observo con fijeza. Aunque vaya en contra de mi prudencia habitual, mis hombros se tensan.

—¿Qué ocurrió?

Lilian juega con un mechón de su cabello tan rojo como la sangre, la única señal de que no está tan tranquila como finge.

—Toqué a Tommy.

—Eh… Vale —se me escapa—. ¿Por qué demonios harías eso?

—Porque iba a convertirlo en acólito, ¿recuerdas? Es literalmente mi trabajo. No me pagan, pero deberían hacerlo. Resulta agotador.

—¿Y…?

—Y —suspira— mi poder desapareció. Se desvaneció como si él fuera, no sé, un agujero negro de magia demoníaca. No podía controlarlo. No podía influirlo. Y, encima, lo empujé sin tocarlo. Delante de la mitad de la cocina.

—¡¿QUE HICISTE QUÉ?! —mi voz sale demasiado alta y el eco rebota contra las máscaras de carnaval colgadas en la pared—. ¿Le diste un empujón telequinético delante de testigos?

—Estaban borrachos —responde, encogiéndose de hombros—. Y, además, se lo merecía por imbécil.

Me llevo las manos al pelo y me lo meso. A este paso acabaré calvo antes de graduarme.

—Lilian, ¿entiendes lo grave que es esto? Si alguien nota que hiciste algo que se supone que no deberías hacer… Nos pondrías en serios apuros.

—Lo sé. —Su voz cambia. Se vuelve mucho más seria de lo habitual—. Levy, hay más.

—No sé si quiero saberlo.

Ella ignora mi súplica.

—Cuando me tocó, mi poder desapareció. Se esfumó. Nunca me había pasado. Fue angustioso. Después intenté volver a usarlo y nada. Como si hubiese sufrido un cortocircuito y Tommy fuese el causante. No entiendo qué está mal.

—Lo que está mal es que te aconsejé que no te acercases a él y tú te pasaste mis advertencias por el arco del triunfo —la amonesto.

—Es un simple humano. Uno, además, imbécil. No debería neutralizar mis poderes. Nadie tiene esa capacidad.

Se le nota de verdad preocupada, y eso hace que yo me alarme cien mil veces más.

Me obligo a respirar hondo. Esto es mucho peor de lo que pensaba.

—Lilian —digo en voz baja—. Esto podría significar algo más grande. Quizá debamos avisar a mi padre. O a tu madre.

—¡NO! —La negativa es instantánea, rotunda, le sale como en una especie de rugido cargado de pánico—. Ni se te ocurra, ¿eh? No voy a permitir que mi madre ponga sus garras aquí antes de tiempo. Y no quiero a Lucifer rondándome, gracias.

—Pero si Tommy apaga poderes demoníacos… —Niego con la cabeza—. Eso no es normal, Lilian.

—¿Crees que no lo sé? —Se aprieta las manos, frustrada—. Pero no pienso darle a ninguno de ellos una razón para aparecer. Ni para controlarnos. Ni para usarnos—dice más furiosa de lo cabría esperar. Por desgracia, la entiendo demasiado bien—. Si he recurrido a ti es porque lo conoces.

—No te creas que lo conozco tanto.

—¡Pero es compañero tuyo! —exclama. Parece un tanto desesperada.

Suspiro.

—Entonces, si no avisamos a nuestros padres, nos toca resolverlo solos.

Ella sonríe, ladeando la cabeza.

—Vaya, Sinclair. ¿Eso ha sonado a un «equipo»?

—No abuses, demonia —advierto—. No estaríamos en esta situación si me hubieras hecho caso y no te hubieses acercado a Tommy.

—Tranquilo, sé que te da alergia admitir que llevabas razón —dice, restándole importancia—. ¿Qué propones, Príncipe Oscuro?

Pongo los ojos en blanco

—El primer paso es simple: mantente lo máximo y más lejos posible de Tommy.

Lilian asiente demasiado rápido.

—Sí, sí, lejos —dice, aunque su mirada se desvía como si recordara algo que no quiere admitir.

—Lilian.

—¡Vale! —explota—. ¡Lo intentaré! Pero es difícil, ¿de acuerdo? El imbécil tiene un imán para meter la nariz donde no debe.

—*Curioso, como ella.*

—Te juro que te exorcizo —gruño a mi sombra.

Lilian me mira, divertida.

—Me pregunto cuánto tardará Tamara en encontrarte también —dice con picardía.

Se me congela la sangre.

—No la menciones.

—Oh, por favor, tu aura anoche era un faro azul brillante de «estoy intentando no descontrolarme mientras me lo monto con mi mejor amiga».

Me atraganto con el aire.

—No fue…, nosotros no… —Comienza a carcajearse y la regaño—: ¡Lilian!

—Mira, no te juzgo —dice, levantando las manos—. Solo digo que lo que pasó anoche fue tan fuerte que hasta yo lo sentí desde la casa de la acólita. Parecía una llamarada emocional. Muy poco sutil, por cierto.

Me cubro la cara.

—Me mataré, lo juro —murmuro.

—No seas dramático. Si te mueres, ¿quién va a darme acólitos? —Pone voz inocente.

—¿Todavía sigues con ese asunto después de lo que ha pasado con Tommy?

—Por supuesto, no todos van a ser tan inservibles como el *quarterback*. —Juro que Lilian es un grano en el culo—. Además, y

retomando el tema a debatir, admitir que te gusta una humana no es tan terrible.

—No es una humana cualquiera —susurro sin querer.

Ella suspira, como si por fin hubiera encontrado algo que ya sabía.

—Quizá tendrás que aprender a no freírla con tus poderes cuando la veas. Y a no huir como una cucaracha asustada.

La miro, molesto, pero también un poco agradecido.

Ella sonríe satisfecha, dándose un golpecito en la rodilla.

—Bueno, ya me voy. Piénsalo. Y si necesitas que te cubra, no cuentes conmigo. —Guiña un ojo y chasquea los dedos—. ¡Ánimo, príncipe de la evitación!

—Lilian, no te acerque a Tom…

Y desaparece.

Me quedo ahí, en medio de disfraces viejos y armaduras de cartón, sin saber cómo diablos he terminado formando una especie de alianza, amistad o lo que quiera que sea esto con Lilian Morningstar.

Mi sombra responde antes que yo.

—*Solo te aviso de que así es como empieza la decadencia.*

—A mí me gustaría llamarlo supervivencia —respondo.

Pero, por primera vez en días, no suena tan terrible.

La palabra queda flotando como si fuese algo importante.

Supervivencia.

Mi sombra chasquea la lengua con fastidio.

—*Suena a excusa bonita para encubrir decisiones estúpidas.*

—¿No son la misma cosa a veces?

—*Esa demonia no traerá nada más que problemas y tú ya tienes bastante con los tuyos propios.*

Me levanto, sacudiéndome brillantina del pantalón. Siento los músculos tensos, como si hubiera pasado la noche huyendo de algo. Bueno, técnicamente sí lo hice. Hui de Tamara, de lo que despierta en mí y de que en realidad puede ser el catalizador para que, el Levy que he sido hasta ahora, desaparezca para siempre y se transforme en alguien que no estoy muy seguro que quiera que se manifieste.

Siento como si el universo estuviera esperando mi siguiente cagada monumental.

—Vale —digo en voz baja—. Plan del día: evitar a Tamara, vigilar a Lilian, mantener a Tommy lejos de ella y no incendiar nada. Fácil.

—*Te has olvidado añadir eso de «no caer en la locura absoluta».*

—Ya voy por la mitad del camino, no dramatices.

—*¿Dramático yo? Quizá me vendría bien ese exorcismo del que hablabas, creo que se me está contagiando parte de tu personalidad.*

Recojo mi mochila para largarme antes de que otro ser sobrenatural me encuentre, pero entonces escucho pasos en el pasillo.

Suenan cada vez más cerca y me quedo congelado.

Mi sombra se expande sobre la pared como si disfrutara del espectáculo.

—*Tu destino se acerca.*

—Cállate —le siseo, pero mi voz sale sin fuelle.

La manija de la puerta se mueve.

Mi corazón se lanza contra mis costillas. El fuego azul despierta en mi garganta como si hubiera estado dormido con un ojo abierto.

La puerta se abre un poco y aparece una cabeza.

No es Tamara, es alguien mucho peor.

—Ah, estás aquí —dice Tommy, como si me hubiera encontrado en la sección de cereales del supermercado y no en mi escondite postapocalíptico emocional—. ¿Has visto a Lilian? Necesito hablar con ella.

Mi sombra se estira hasta casi tocarlo. Como un animal olfateando una presa.

—*Qué curioso. No siento nada en él. Es como un vacío andante.*

Tommy frunce el ceño al verme palidecer.

—¿Estás bien, Rarito? Pareces… no sé… como si hubieras visto un fantasma.

—Preferiría un fantasma a tu presencia —mascullo.

—La tuya tampoco es que me agrade demasiado. Así que dime, Lilian, ¿dónde está?

Necesito salir de aquí. Ahora.

—¿Qué te hace creer que yo sé dónde se encuentra? —cuestiono a la defensiva.

—Bueno, tienes la mala costumbre de estar siempre alrededor de las chicas que me interesan de alguna forma.

—Quizá sea porque son inteligentes y prefieren pasar el tiempo con alguien como yo a hacerlo contigo. —Sonrío.

—*Así me gusta, Príncipe. Saca la maldad que habita en ti.*

Observo como Tommy aprieta la mandíbula. Sus ojos castaños se oscurecen cuando entrecierra la mirada en mi dirección.

—Deberías nacer otra vez para parecerte en algo a mí, y ni siquiera lo conseguirías.

—¿Y quién dice que me gustaría que ocurriese tal cosa? Me gusta tal y como soy, gracias.

—*No seas mentiroso. Llevas semanas lloriqueando que te encantaría ser un vulgar humano como lo es Tommy* —rebate mi sombra.

—Lo que tú digas, Rarito… Dile a Lilian que necesito hablar con ella.

—Por si no te has dado cuenta, no soy tu chico de los recados. De todas formas, deberías mantenerte lejos de Lilian —digo, intentando sonar convincente y no como alguien al borde de convulsionar fuego demoníaco.

Tommy parpadea, procesando mis palabras.

—¿Por qué lo dices? ¿Sabes algo que debas compartir conmigo?

—Contigo no quiero compartir ni los apuntes.

Él entrecierra los ojos y sus siguientes palabras me dejan helado:

—Es por lo de anoche. Juraría que alguien me empujó sin tocarme, pero debí estar más borracho de lo que creía porque nadie puede hacer eso, ¿no? —Ríe, incómodo—. Digo… Eso sería como telequinesis. O magia. O algo raro.

Mi sombra murmura:

—*Qué divertido sería romperle el cerebro.*

—Tommy —digo, apretando los dientes—, ¿te estás escuchando?

Él asiente despacio.

—Sé lo que pasó.

Me tapo la cara.

—Estarías borracho —intento convencerlo—. Mira, mejor vete. No sé dónde está, pero si la veo le diré que la estás buscando. —«No lo

haré ni loco».

Él abre la boca para responder, pero entonces escucha una voz en el pasillo.

Una voz que reconoce y que yo podría identificar incluso en un campo de batalla, en mitad del infierno o en mis sueños.

—¿Alguien ha visto a Levy?

Tamara.

El fuego azul sube. Mi sombra vibra y Tommy sonríe con malicia.

—Ah, así que el rarito besa a su mejor amiga y al día siguiente se esconde de ella.

«¿Cómo sabe siquiera lo que pasó anoche? Vale, seguro que las noticias corrieron por la fiesta como lava fundida».

—No me escondo de nadie. Me gustan los espacios pequeños.

—*Y húmedos y rancios, te falta añadir.*

—Lo que tú digas…

—No. —Intento agarrarlo del brazo, pero ya se ha ido, saliendo del cuarto como si acabara de hacerme un favor.

Cierro la puerta y me quedo ahí, apoyado contra ella, incapaz de moverme.

La sombra sisea, extasiada.

—*Y la mecha vuelve a acercarse al barril de gasolina.*

Los pasos se detienen justo fuera de la puerta.

—Levy, sé que estás ahí.

Y yo, que puedo enfrentarme a criaturas del infierno, que puedo viajar a través de sombras, que llevo fuego azul en la garganta y un demonio en los huesos, me quedo sin respuesta.

Devorado por la cobardía.

—Solo quiero hablar —añade ella con esa voz que me rompe, que me llama, que me acelera la sangre y el destino.

Mi sombra ríe despacio, como quien disfruta del preludio de un desastre hermoso.

—*Abre la puerta, Príncipe. Acepta lo que eres. Que comience el ascenso.*

Cierro los ojos y espero lo que parece una eternidad. Cuando al final me decido, aun sabiendo que todo podrá arder, mi mano se mueve hacia el pomo y, al abrir la puerta, saboreo la más pura de

las decepciones porque he esperado demasiado en decidirme y ella ya no está.

Capítulo 19



Tamara

Llevo toda la mañana sintiendo que mi cerebro está haciendo *spinning* sin permiso. Encima lo hace sin cardio previo y sin una pizca de dignidad.

En resumen… Estoy fatal.

Creo que nadie debería tener que presentarse a primera hora a Historia después de haberse besado con su mejor amigo, para luego ser prácticamente huida-dejada-plantada en medio de una fiesta. Y más tarde echarla de su dormitorio sin mucha elegancia.

Y aquí estoy.

Intentando concentrarme en la Guerra Fría cuando dentro de mí se está librando una mucho peor.

Tamborileo los dedos contra la mesa, sin prestar atención a la constante explicación del profesor. Desde que llegué esta mañana, lo único que hago es repetir en mi mente la misma pregunta como una lunática:

«¿Por qué Levy se apartó de mí en las dos ocasiones cuando sentía que lo estaba disfrutando tanto como yo?».

Quizá para él fue un error.

Sé que tiene su parte de razón y complicamos demasiado las cosas, sin embargo, también sé cómo me besó. No fue un beso de confusión, fue como si hubiese estado conteniéndolo durante años y, cuando ocurrió, puso todo en él.

Es justo eso lo que no puedo sacarme de la cabeza. Lo que me está corroyendo por dentro.

Me paso el resto de la clase fingiendo tomar apuntes, cuando lo único que hago es escribir su nombre sin querer. Horrible, lo sé. Muy cursi y de adolescente enamorada, pero es lo que soy yo últimamente. Ni siquiera cuando estaba colada por Tommy me sentía así. En esa ocasión todo fue más sencillo, me gusta, le gusto y lo demás es historia. Dos años de relación que, a pesar de que hubo muy buenos momentos, no los recuerdo como memorables.

Sin embargo, lo que siento por Levy es algo más maduro, más intenso y que me hace incluso dudar de mi propia existencia.

Cuando suena el timbre, recojo mis cosas más rápido que nadie y me digo que voy a buscarlo. Lo siento, voy a obligarlo a hablar conmigo, no pienso dejar las cosas así.

Pero, claro, la vida parece que decide reírse de mí porque quien me intercepta no es Levy, sino Tommy.

—Tamara —dice, y por su tono ya sé que no va a ser una conversación ligera.

—Tommy —respondo neutral. O por lo menos intento parecerlo.

La verdad es que me sorprende verlo tan serio. Normalmente él es más de sonrisas de *quarterback* y miradas por encima del hombro.

Camina a mi lado como si siguiésemos juntos. Y, que yo recuerde, hace semanas que lo nuestro está muerto y enterrado. Cruza sus brazos grandes y musculosos, los mismos que usaba para levantarme en los partidos, y me examina con una expresión que me pone nerviosa.

—Me he enterado de lo que sucedió anoche en la fiesta de Tiffany —empieza.

Yo cierro los ojos un segundo. No tengo la cabeza ahora mismo para esto.

Abro los ojos.

—¿Vas a sermonearme? Porque, de verdad, no estoy de humor.

—No, no voy a sermonearte. —Se pasa una mano por la nuca, algo incómodo—. Mira, no es asunto mío, ¿vale? Si me dejaste por el rarito, allá tú. No lo entiendo, pero tú sabrás… —Voy a abrir la boca para justificarme, pero recuerdo que no le debo nada, ya no estamos juntos, así que la cierro. Él apoya un hombro en los

casilleros y baja el tono de voz—. Quería hablar contigo de otro asunto.

—Tengo prisa, Tommy. Ve al grano.

—Se trata de la chica nueva —dice con el ceño fruncido—. De Lilian.

Me detengo en seco.

—¿Qué pasa con Lilian?

—La conoces bien, ¿no? —pregunta, mirándome con una intensidad que no sé de dónde viene—. Eres su amiga, o algo por el estilo.

—Supongo —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Por qué me preguntas por ella?

Tommy inspira hondo, como si no le gustase admitir lo que está a punto de decir.

—Hay algo raro en esa chica.

—Raro, ¿como qué? —cuestiono.

—Como… No sé. —Frunce aún más el ceño—. Como si no fuese normal.

—¿Y tú vas a juzgar lo normal? —Alzo una ceja—. ¿En serio? La mayoría de los que estamos en este instituto no somos normales, Tommy. Mira a tu alrededor. —Señalo el pasillo lleno de estudiantes, a cuál más dispar que el otro.

—Hablo en serio, Tam.

—Y debería importarme tu opinión porque… —comento, manteniendo la voz calmada porque, si no, me pongo a golpearlo con mi carpeta.

Él se pasa la mano por su pelo rubio oscuro, agobiado.

La forma en la que me mira, en la que se mueve, algo no encaja. Tommy suele ser un chico seguro de sí mismo y ahora parece como si estuviese incómodo en su propia piel.

—Anoche pasó algo en la cocina y… —Se detiene de golpe.

Y yo frunzo el ceño.

—¿Le hiciste algo a Lilian? Ella comentó que te comportaste como un idiota.

—¿Eso dijo?

Entrecierra los ojos.

—Tommy, te conozco y sé que puedes ser mejor de lo que aparentas ser. Deja de comportarte como un gilipollas delante de tus amigos. ¿Qué pasó exactamente en la cocina?

Tommy aprieta la mandíbula y desvía la mirada.

—Nada. Olvídalo.

—No —digo firme—. Dímelo.

—Solo quiero que tengas cuidado con ella. —Su voz baja un tono —. No me gusta.

—Mira, en algo coincidís porque a ella tampoco es que le hayas creado una muy buena impresión.

—Mantén los ojos abiertos, Tam. A pesar de cómo acabamos, sigo preocupándome por ti y eres demasiado buena y confiada. No me gustaría que se aprovechasen de ti.

Tommy no es justo la persona más perceptiva en el terreno emocional, pero es muy intuitivo y protector cuando algo lo pone alerta.

—Gracias por preocuparte —digo al fin—, pero estoy bien.

—Ya… —Hace un amago de sonrisa, pero no le llega a los ojos. Se recompone con rapidez y cambia de forma abrupta de tema—. ¿Cómo va lo del campeonato estatal?

Mi cerebro tarda dos segundos en recordar que tengo una vida más allá de los besos prohibidos y los exnovios sobreprotectores.

—Va bien —respondo, aunque sé que mi voz suena más débil de lo que debería—. Hacemos doble entrenamiento todos los días. Las chicas están dándolo todo, pero siento que nos falta ese algo.

—Bah, vais a ganarlo—dice con seguridad absoluta—. Apuesto mi dorsal por ello.

Aunque no lo quiera, escuchar eso me saca una sonrisa. Sé lo importante que es su dorsal para él.

—Gracias, supongo.

Nos ponemos de nuevo en marcha y caminamos juntos hasta mi siguiente clase, pero mi mente ya no está en la conversación.

Mientras Tommy sigue hablándome del campeonato, mi cabeza solo repite una cosa: «¿dónde se habrá metido Levy?».

Me despido de Tommy y paso la siguiente clase igual que la anterior, prestando cero atención.

Salgo de clase todavía con la mente dando volteretas, intentando decidir si debo buscar a Levy o si es mejor esperar a que él dé el primer paso, cuando una figura extraña capta mi atención en mitad del pasillo.

Me detengo y parpadeo varias veces porque estoy casi segura de que mis ojos me están gastando una broma, pero no, sigue ahí. Y cuanto más me acerco, más evidente resulta que sí, es justo quien creo que es.

Es Lilian, y lleva un enorme pañuelo estampado rodeándole la cabeza, unas gafas de sol tamaño parabólica ocupándole media cara y una gabardina beige que parece sacada de una película de detectives. Camina pegada a las taquillas como si estuviera huyendo de la mafia.

—¿Debo preguntar siquiera por qué vas así vestida? —cuestiono al fin, porque la escena es demasiado surrealista incluso para los estándares del East High.

Ella inclina ligeramente la cabeza hacia mí, sin quitarse las gafas, y se lleva un dedo a los labios para que guarde silencio.

—Voy de incógnito —murmura con absoluta seriedad, como si fuese lo más lógico del mundo.

La observo de arriba abajo y se me queda una carcajada atascada en la garganta. Con esas pintas, dudo muchísimo que pase desapercibida.

No lo digo, por supuesto. No porque sea considerada, sino porque si ella cree que así lo conseguirá, ¿quién soy yo para quitarle las esperanzas?

—Ya veo… —murmuro, intentando mantener la compostura—. ¿Y por qué, exactamente, vas de incógnito?

Lilian chasquea la lengua, como si la respuesta fuese evidente.

—Porque no quiero que tu ex me vea. Ha llegado a mis oídos que anda preguntando por mí y no tengo ganas de tener que arrancarle la piel a tiras. Es engorroso y nada divertido —responde con un tono misterioso que no ayuda en absoluto a mi estabilidad emocional.

—Eh… Sí, a mí también me preguntó por ti. No te preocupes por él, es solo un poco paranoico, pero dudo que al final tengas que hacerte un bolso con su piel.

Me clava la mirada, o al menos lo intuyo bajo esas gafas descomunales.

—Me gustas, Tamara —dice al fin.

—¿Debería darte las gracias? —cuestiono, confundida.

—Por supuesto —comenta rotunda—. Yo no soy de las que doy halagos gratuitos. Y cambiando de tema, ¿qué tal tu conversación con Levy anoche? Ya sabes, cuando fuiste a su dormitorio.

Bufo sin poder evitarlo, sintiendo cómo la vergüenza vuelve a expandirse dentro de mí como una nube tóxica.

—Creo que la he vuelto a cagar —confieso en un susurro que se me escapa sin filtro—. Porque, en vez de hablar, volvimos a besarnos.

Lilian sonríe, esa sonrisa suya que siempre parece guardar un secreto.

—Ya lo sé.

Me detengo y la miro.

Ella se queda ahí, tan tranquila, como si hubiese dicho que sabía que hoy daban *pizza* en la cafetería.

—¿Cómo que ya lo sabes? —pregunto con incredulidad—. ¿Quién te lo ha dicho?

Lilian levanta una ceja, aunque con las gafas no la vea, lo intuyo.

—Me lo ha contado Levy.

Y esas palabras hacen que mi corazón se apriete, como si alguien hubiera tirado de una cuerda invisible alrededor de él. Me acerco un poco más, incapaz de evitarlo.

—¿Sabes dónde está? —pregunto, intentando sonar casual y fallando en el intento.

Ella ladea la cabeza, disfrutando de cada segundo de mi desesperación.

—Por supuesto que sé dónde está —responde con tono cantarín—. Está en el cuarto de disfraces. Seguramente estará encantado de verte.

Y dicho eso, se da la vuelta como si su misión en mi hundimiento emocional estuviera cumplida. La sigo con la mirada, debatiéndome entre preguntarle qué más le ha dicho. Antes de perderse tras la esquina, se detiene, se gira y me llama.

—Tamara.

Me detengo.

—Si ves que no está muy receptivo —dice con fingida inocencia—, te aconsejaría que le pagues con la misma moneda. Ignóralo. Compórtate como si para ti tampoco supusiese nada lo que pasó entre vosotros. Nada despierta más rápido una reacción que la indiferencia.

Se queda ahí, esperando a ver si registro el mensaje y, aunque no me guste admitirlo, mis neuronas hacen clic. No porque quiera jugar a los juegos de Lilian, sino porque ahora mismo no sé qué otra cosa hacer para sobrevivir y no desmoronarme frente a Levy.

Asiento lentamente, sin estar segura de si lo hago porque me convence o porque necesito aferrarme a cualquier estrategia que me mantenga a flote.

Camino hacia el cuarto de disfraces con el corazón golpeando como un tambor. Pregunto a un par de estudiantes si lo han visto. Ellos ni me responden, como si no supiesen por quién pregunto.

Ni me molesto en aclararles de quién se trata porque me sorprende ver a Tommy venir hacia mí con una sonrisilla en sus labios.

—Menuda joyita es ese nuevo novio tuyo. Cada vez estoy más convencido de que es un rarito.

—Levy no es mi novio —me defiendo.

Aunque, siendo sincera, me encantaría que lo fuese.

—No, pero le besaste, ¿no?

—Te lo repito, Tommy, no es asunto tuyo.

Él levanta sus manos y camina de espaldas con esa sonrisa insolente.

—Tú sabrás lo que haces, Tamara. Según lo veo, la gente te recordará por cómo acabes el curso, y perdona que te diga, pero tu reputación estas semanas va en decadencia.

Le saco el dedo corazón y me giro sin contestarle.

Lo que menos me preocupa en estos instantes es mi maldita reputación. Siempre he intentado ser la chica perfecta, la admirada capitana de las animadoras, la de las sonrisas forzadas y la que mide cada uno de sus actos para que no se produzca ningún cambio.

Sin embargo, esa chica parece que se ha evaporado de repente y ha sido sustituida por esa persona que se encuentra a la deriva y sin rumbo.

Me detengo frente a la puerta, levanto la mano, llamo y espero. Cuento hasta tres, luego hasta cinco, después hasta diez.

Nada.

Repito, más fuerte esta vez. Escucho un movimiento al otro lado, pero solo es el silencio deliberado de alguien que ha decidido no abrir.

Me arde el pecho, pero me obligo a dar un paso atrás. Luego otro y al final me doy la vuelta, con la espalda recta, la barbilla alta y la determinación temblándome bajo los huesos. Me repito que puedo hacerlo. Que no voy a correr detrás de él, no voy a suplicar y mucho menos a derrumbarme.

Respiro hondo, invocando todo el orgullo que me queda.

«Muy bien, Tamara. Es hora de pasar al Plan L, mejor conocido como el plan de Lilian: ignorarlo hasta que reaccione, o hasta que nos convirtamos en dos desconocidos».

Capítulo 20



Levy

El autobús del club de debate avanza por la carretera con ese traqueteo que, o te adormece, o te entran ganas de vomitar. Yo debería pertenecer al primer grupo porque necesito tranquilidad, claridad mental y cualquier cosa que no implique pensar en Tamara. Sin embargo, llevo dos semanas sintiendo que mi cerebro se ha convertido en una olla a presión, y todo porque ella se ha cansado y ha decidido ignorarme. No una vez ni dos, sino todos los días.

Puede que después de mi cobardía se haya cansado. No la culparía de ello. Pero estas semanas, para mí, han sido una auténtica tortura. No puedo hacer como si nunca nos hubiésemos besado ni se hubiese estremecido bajo mis manos.

«Quizá todo fue producto de mi imaginación», me repito mientras miro el paisaje pasar por la ventanilla.

A lo mejor, la intensidad que yo sentí, ese fuego que se desató en mi interior y que casi incendia medio dormitorio no fue compartido. O puede que para ella no significara nada y estas dos semanas de indiferencia sean su forma de decirme que lo nuestro nunca existió, que no fue importante y que no valió la pena.

—*Tu capacidad para torturarte a ti mismo empieza a resultar fascinante* —interviene mi sombra, instalada cómodamente en algún rincón de mi subconsciente—. *Deberías patentarla. Podrías ganar concursos.*

Me llevo una mano a la sien, frotando con frustración.

«No voy a hablar contigo».

—Pues será complicado porque estás pensando demasiado fuerte. Y, para tu información, ella sí estaba ardiendo. Literal y metafóricamente. Pero adelante, sigue creyendo que eres irrelevante. Es adorable de un modo patético.

Intento ignorarla, pero no es sencillo cuando se ríe dentro de mí con esa voz oscura que vibra bajo mi piel.

Me inclino un poco hacia el pasillo para ver a Lilian en el asiento de atrás. Se encuentra sentada como si fuera un trono mientras se lima sus uñas con una concentración casi amenazante. Cuando siente mi mirada, alza la vista y sonríe con esa expresión que siempre trae problemas.

—Tienes la misma cara que un demonio que ha intentado devorar una lámpara de gas —comenta, apoyando un codo contra el respaldo—. Frustrado, chamuscado y totalmente derrotado —teatraliza—. Así dudo que ganemos ningún debate.

—Estoy bien —respondo con sequedad.

—Ya, claro… —replica con tono cantarín—. Y yo soy el hada madrina de Cenicienta.

Mi sombra suelta una carcajada.

«No le rías las gracias», me quejo.

—Por si no te has dado cuenta, no puede oírme.

Me hundo un poco más en mi asiento mientras el autobús aminora la velocidad. De repente, aparecen los carteles anunciando los Campeonatos Estatales y, más allá, el hotel en el que se hospedarán no solo los equipos de debate, sino también las animadoras, los jugadores de fútbol americano y, por supuesto, nosotros. Siento el estómago encogerse por la anticipación.

Llevo todo el curso preparándome para esto y no puedo desconcentrarme.

Cuando el autobús se detiene, bajo de los primeros y respiro como si llevara horas sin hacerlo. El resto del equipo recoge mochilas y las carpetas llenas de discursos mientras yo intento convencerme de que puedo manejarlo, que puedo mantener la distancia con mi mejor amiga barra catalizador demoníaco.

Soy un chico normal y corriente que puedo ser civilizado, que puedo fingir que no me importa su actitud indiferente y que, en el

fondo, es lo mejor que nos puede pasar.

De repente la siento, no necesito verla para saber que está cerca, ya que mi cuerpo reacciona como si me hubieran conectado a un cable de alta tensión.

—*Controla tu aura, Casanova* —susurra mi demonio interior—. *Estás chisporroteando como si estuvieras a punto de declararte en llamas azules en medio del aparcamiento.*

«No la estoy mirando».

—*No necesitas hacerlo. Si fueras un perro, estarías moviendo la cola.*

Intento mantener la compostura, recordar que ella apenas me ha dirigido la palabra en días.

—*Porque tú la has alejado a conciencia* —me recuerda mi demonio interior e intento no escucharlo, aunque eso es tarea imposible.

He venido a ganar un campeonato, tengo que concentrarme en el debate, sin embargo, todos mis intentos mueren cuando escucho mi nombre.

—¡Levy!

Su voz me atraviesa como una garra. Me doy la vuelta y ahí está, caminando hacia mí con su coleta alta, la sudadera roja del equipo de animación anudada a la cintura y esa sonrisa que siempre me destruye desde dentro porque me encanta demasiado.

Actúa con una normalidad que me desconcierta aún más, como si no hubiese pasado nada entre nosotros, como si nuestras respiraciones no se hubieran mezclado y yo no hubiese sentido la urgencia primitiva de hacerla mía.

—Hola —respondo, intentando que mi voz suene estable.

—¿Vas a seguir comportándote como un idiota o vamos a hablar? —pregunta ella, mirando mis ojos con una mezcla de determinación.

Mi sombra sisea, ansiosa.

—*Qué carácter. Me encanta.*

«Silencio».

—*Ya, claro. La rubia se acerca y crees que voy a desaparecer. Lo que deberíais hacer es arrancaros la ropa y declararos amor eterno.*

Esta vez soy yo el que desconecto de mi sombra. Lo único que me falta es que me quede mirándola con cara de estúpido mientras

mantengo una conversación con mi demonio interior. Sin embargo, antes de que pueda contestar a Tamara, Lilian se adelanta y nos interrumpe.

—Qué entrañable —dice con falsa dulzura—, pero no es el momento. Tenemos que registrarnos y entregar los documentos del equipo. ¿Quieres que nos quedemos sin habitaciones? ¿Que durmamos en el jardín? O peor, ¿con los jugadores de fútbol? —Le entra un escalofrío.

Tamara frunce el ceño y yo siento cómo se me encoge el pecho porque, una vez más, estoy permitiendo que alguien me arrastre lejos de ella.

—Solo serán unos minutos —insiste Tamara.

—No —responde Lilian con voz firme—. Los horarios se respetan. Es una regla inquebrantable. Muy aburrida, a mi parecer, pero al parecer necesaria.

—¿Sabes qué? Da igual —parece resignada—. Solo quería desearte suerte para el debate —concluye mirándome.

Antes de que yo pueda decidir qué hacer, Lilian me toma del brazo y me arrastra hacia la entrada del hotel, dejando a Tamara atrás con una expresión que no sé interpretar. No sé si es decepción o quizá solo cansancio de intentar acercarse cuando yo soy especialista en alejarme.

Durante el registro, mi sombra comenta en voz baja:

—La has cansado. Se ha rendido, campeón. No eres tan inolvidable como creías.

Quiero discutirlo, pero no puedo porque quizá tenga razón.

—¿Por qué la has dejado con la palabra en la boca? —le cuestiono de mal humor a Lilian cuando estamos haciendo el registro.

—Te estaba salvando. Así que deberías arrodíllate y agradecérmelo.

—¿Salvarme? ¿Tú a mí? —Frunzo el ceño—. Y de qué, si se puede saber.

—¿Qué habitación te tocó? —pregunta ella, ignorándome.

—Lilian…

Me observa como si fuese un molesto insecto, el cual solo tiene ganas de aplastarlo de un manotazo.

—De esto, listo.

Me agarra del codo y nos gira a acercarnos hasta la pared contraria, donde hay un espejo. Me planta frente a él y, sin ningún pudor, levanta mis encías.

Con una rapidez que hasta me sorprende a mí, la aparto para que mis labios vuelvan a ocultar mis colmillos, que han explosionado en mi boca.

—Tienes tan poco control, Leviatán, que es verla y perder los papeles —masculla—. Nos vas a poner a ambos en evidencia y, en vez de con unos inteligentes y majestuosos demonios, nos van a confundir con unos míseros chupasangres.

Mi sombra contiene la respiración y yo también.

Debería huir. Eso es, lo mejor será que vuelva a casa, me olvide del campeonato y me centre en controlar mis habilidades.

Soy carne de cañón de experimento científico.

—Cambia esa cara, Leviatán. Hemos venido a ganar un debate, y lo siento, pero tu vida sentimental no se va a interponer en ello. Así que, andando.

No sé cuándo mi vida se convirtió en esto. En verme arrastrado por Lilian y no resistirme a ello.

Ah, ya sé… Cuando mi cuerpo decidió ir por libre y no poder controlarse frente a la chica que me mantiene desvelado.

«Perfecto, Levy. Esto es maravilloso. Puedes asegurar que tu vida se ha convertido en una puta mierda».



Tras deshacer el poco equipaje que he traído, me cambio de ropa para el campeonato mientras repaso varios de los discursos que he memorizado.

—*Te estás superando* —gruñe mi sombra desde el borde de mi consciencia—. *Ni siquiera eres plenamente demonio y ya tienes el temple de un general del infierno mal dormido.*

—Cállate —murmuro mientras entro al baño y abro el grifo a tope —. Ahora no puedo lidiar contigo.

—*Qué casualidad. Ella tampoco podrá lidiar contigo si sigues huyendo como un ratoncito asustado.*

Aprieto los dientes.

Si me dejara ir, mi parte oscura estaría ya extendida por todo el baño como una mancha viva, tomando forma. Aquí no, por favor. Estoy en un hotel lleno de adolescentes y hoy es el campeonato estatal de debate.

Mi estómago da un vuelco.

Ella no sabe que, cuanto más se acerca, más se amplifican mis poderes y más frágil se vuelve mi autocontrol.

—*Sería tan delicioso descontrolarnos…* —susurra mi sombra.

—Ni que lo digas —resoplo.

La sombra ríe. Odio ese sonido.

A las cuatro de la tarde llegamos a la sala de convenciones del Hilton.

El campeonato estatal de debate es justo lo que uno imagina.

Cientos de estudiantes elegantemente vestidos, nerviosos, cargando carpetas, con sus *tablets* y apuntes.

Camino junto al resto del club.

Lilian va a mi lado, impecable, como si en vez de humanizarse estuviera evolucionando hacia una versión de sí misma más brillante; lleva un traje blanco, demasiado perfecto para encajar en un evento estudiantil. Parece más la gerente de una empresa que una simple chica de dieciocho años.

—Entonces… —dice Lilian con desinterés estudiado—. ¿Estás preparado para defender tu tesis sobre el impacto socioeconómico en los sectores vulnerables?

—Sí —respondo, y no es mentira. Llevo preparándolo meses.

El problema es que hoy mi cerebro funciona como una radio que solo sintoniza un canal: Tamara. Tamara. Tamara.

—*Esa canción ya me la sé* —ronronea mi sombra—. *Antes tu mente era un arma. Ahora es un colador lleno de mariposas.*

«Me estoy esforzando mucho por no evaporarte», le advierto en mi mente.

Lilian me observa de reojo.

—Tu energía está rara.

—Déjame adivinar —suspiro—, ¿azul?

—Azul intenso —confirma—. Como cuando vas a perder el control. Justo lo que necesitamos hoy. ¿Quieres que los jueces acaben carbonizados?

—No va a pasar.

—*Mentira* —canta mi sombra—. *Hoy estás especialmente inflamable.*

Me masajeo el puente de la nariz.

—Estoy bien.

Lilian pone los ojos en blanco, sin creerse una palabra.

—Eres tan convincente que me transmites muchísimo consuelo, sí, señor.

—Me alegro, porque es así.

Ella bufa y se sienta a mi lado antes de que dé comienzo la competición.

Para los que no saben de qué tratan estos campeonatos, funcionan de la siguiente manera:

Cada equipo recibe un tema general semanas antes de que se dispute, en nuestro caso ha sido, como bien ha mencionado Lilian, el impacto socioeconómico en los sectores más vulnerables.

En cada ronda les asignan si deben defender la postura a favor o en contra, independientemente de sus creencias personales. Eso les dará a los jueces para deliberar si somos convincentes en nuestros discursos.

Contamos con quince minutos para exponer nuestra opinión.

Nos enfrentaremos a varios equipos de otros centros educativos y se evalúa la retórica, la coherencia, el dominio de datos y la capacidad de derribar el argumento contrario.

En resumen, es como si se jugase al ajedrez, pero con palabras.

Y os anuncio que, a pesar de mi personalidad variable, soy muy mal perdedor.

En la primera ronda nos toca defender en contra.

Me pongo de pie y doy mi discurso de apertura, ese que llevo memorizando una eternidad.

Uso estadísticas proyectadas, ejemplos históricos y estudios sobre el aspecto laboral.

Todo fluye, excepto mi cabeza.

—*Imagínala con ese traje de animadora. Seguro que ya está calentando* —murmura mi sombra—. *Cómo se mueve, cómo te mira, cómo te desea. Y tú, como un idiota, la dejas escapar.*

Carraspeo y sigo hablando como si no fuera un volcán a punto de entrar en erupción.

El juez me sonríe y cruzo los dedos, esperando que eso sea buena señal.

Lilian, a mi lado, complementa el debate con elegancia, aportando datos sobre impacto feminizado en sectores vulnerables. Su forma de debatir es vehemente, impecable y casi hipnótica. Y siento cómo el equipo contrario empieza a flaquear.

Cuando ambos equipos hemos expuesto, nos comunican que ganamos la primera ronda. Después viene la segunda, la tercera. Cada vez nos cambian la postura que debemos defender y de todas ellas salimos victoriosos, hasta que llega la ronda final.

La sala está repleta de profesores, estudiantes y algunos familiares que no han querido perdérselo.

Lo que también hay, y no contaba con ello, es cámaras de televisión. Hay muchas, y comienzo a sudar bajo la camisa, la cual siento que, de repente, me aprieta demasiado.

Un desastre potencial para un demonio mestizo con tendencia a incendios accidentales.

El tema de la final es: ¿Debería implementarse una renta básica universal en EE.UU. como medida de transición frente a los sectores más vulnerables?

Nos toca defender el sí.

Perfecto. Ese es nuestro fuerte.

Mientras Lilian, junto al resto del equipo de debate, organiza las notas, yo miro mi reloj.

El campeonato de animadoras debe estar a punto de empezar y mi piel se eriza de pura ansiedad.

—*Estás enamorado y eres estúpido* —dice mi sombra.

—Cállate —murmuro entre dientes.

Lilian chasquea la lengua.

—Si vuelves a hablar con tu amigo invisible en mitad del debate, te juro que te prendo fuego yo misma.

—No hablo con nadie —miento.

—Eso lo hace peor. —Suspira—. Levy, hoy tienes que estar centrado.

—¿Por qué siquiera te importa? Hasta donde recuerdo, odias a los humanos y quieres que todos se alisten a tu madre.

—Simplemente soy competitiva.

—Ya… —Entrecierro los ojos y me acerco más a ella—. ¿No será que te estás ablandando?

—Vuelve siquiera a insinuarlo y…

—No digas su nombre —la atajo.

Lilian abre los ojos con burla.

—Ay, por favor. ¿En serio? Estás insoportable. Estás enamorado y me está dando urticaria presenciarlo. Quiero ganar porque, cuando el resto de los equipos sean invadidos por el fracaso, estarán con la guardia baja para que los convierta en acólitos.

Se me para la respiración, literalmente.

—Vamos, Leviatán —dice Lilian de pronto con una maquiavélica sonrisa—. Respira.

—No puedes hacer eso, Lilian.

—Espera y verás…

No me da tiempo a añadir nada más cuando la sirena suena y es mi turno para debatir.

—S-señores jueces —empiezo titubeante—, vivimos en un mundo que no se detiene. Y el mercado laboral tampoco. La renta básica universal no es un monstruo, pero sí un cambio imparable. Y, ante algo así, lo único responsable es preparar a la población. La renta básica universal no es regalar dinero, es construir un puente para que nadie caiga en la brecha que se abre entre el presente y el futuro…

Mi voz suena firme, clara, convincente, casi perfecta, y sé exactamente por qué.

Mi sombra se revuelca con soberbia dentro de mí, como si se hubiera puesto un frac y estuviera dirigiendo una orquesta sinfónica.

—*Muy bien, sigue así* —ronronea—. *Un poco más y te coronan emperador humano del discurso articulado. Quizá hasta te hagan un altar. Irónico, ¿no crees?*

«No necesito tus comentarios».

—Claro que sí. Me necesitas para todo, especialmente ahora que tu prometida demoníaca está extendiendo mentalmente tarjetas de afiliación infernal por la sala, como si estuviera repartiendo cupones de descuento.

Intento mantener el rostro sereno, pero siento un tirón eléctrico en la base de la nuca que me eriza la piel.

Es la señal de que Lilian está marcando almas. No lo veo, pero lo siento. Está sentada a mi derecha, con su pose de estudiante perfecta y aplicada, mientras desliza hilos de energía rojiza hacia tres jueces, dos profesores y un alumno con gafas gruesas que no ha cometido pecado alguno más grave que corregir sus apuntes con boli verde en vez de rojo.

La sala vibra un segundo, nada que el ser humano pueda apreciar. Mi respiración se acelera y mis manos se calientan cuando siento un cosquilleo azul subir por mis venas.

No.

Ahora no.

Mi sombra chasquea la lengua, saboreando mi pánico como si fuese postre.

—Esto es magnífico. De verdad, un espectáculo digno. ¿Qué mejor manera de revelar tu identidad como demonio mestizo destinado a abrir las puertas del infierno que en directo ante un jurado estatal? Bravo. Sublime. Historia pura.

«Cállate. Necesito controlarme», le rebato mientras continuo a duras penas con mi discurso.

Por suerte, varios de mis compañeros intervienen y yo concentro todos mis esfuerzos en mantenerme sereno.

—No podrás, no te estás centrando porque estás demasiado ocupado intentando no pensar en convertirte en ese dragón dorado y adorable que tienes de figurita en tu habitación.

«¡¿TE VAS A CALLAR DE UNA VEZ?!».

—Uy, qué genio. Sí, sigue hablando solo, eso también queda estupendo frente a la audiencia…

Mi mano derecha vibra. Un destello azul aparece bajo mi piel, amenazando con transformarse en fuego visible. El juez principal

ladea la cabeza, como si notara algo extraño, y Lilian me clava una mirada que dice con claridad: «controla tu ridículo cuerpo humano o tendré que hacer algo drástico, como sedar a todos y, sinceramente, me da pereza».

Tomo aire.

Inspiro, expiro.

La corbata me ahoga, por eso siempre prefiero ir con camisetas sencillas.

Un pensamiento me cruza la mente.

Si Tamara es mi catalizador para despertar mi lado demoníaco, también puede ser para aplacarlo.

No sé si funcionará o dentro de unas horas estaremos en todos los canales porque he calcinado la sala principal del Hilton, pero por intentarlo…

Fijo la mirada al frente e imagino sus ojos tan azules como el cielo.

Los visiono, lo uso y lo sostengo dentro de mí.

Su preciosa y sincera sonrisa cada vez que yo le he soltado cualquiera de mis chorradas.

El fuego poco a poco se apacigua en mi interior.

Continúo evocando cada uno de sus gestos, todos ellos me los sé de memoria, hasta que siento que se apaga.

Mi sombra suspira, aliviada.

—*Qué recurso tan lamentable, pero efectivo.*

Cuando creo que vuelvo a ser dueño de mí mismo, termino mi intervención con un cierre impecable, midiendo cada palabra, cada pausa y reflexión.

La sala está en silencio cuando acabo. Los jueces intercambian miradas, impresionados. Incluso el estudiante de las gafas parece emocionado, aunque no descarto que esté editando internamente mis frases para añadir comas en los lugares oportunos.

El resto del equipo celebra en voz baja mientras Lilian cruza las piernas despacio, como una gata satisfecha. Siento el chasquido mental cuando termina de marcar a su última víctima y se reclina en la silla como si hubiese terminado de pintarse las uñas.

Quiero gritarle, amonestarla por lo que ha hecho, pero le toca al siguiente equipo y no puedo hablar con ella.

Los resultados llegan veinte minutos más tarde y la sala estalla cuando anuncian:

—Y el Campeón Estatal de Club de Debates escolares es… —¿Mi corazón tendrá piernas? Porque lo siento haciendo una maratón en mi pecho—. ¡East High School!

Mi equipo salta, algunos lloran, incluso otros se abrazan. Y yo debería estar celebrando, pero solo me quedo ahí parado en estado de *shock*.

«¿Hemos ganado?».

—*Espabila, Príncipe. Para una vez que haces algo bien…*

De repente, sin previo aviso, Lilian me rodea el cuello con los brazos y se pega a mí como si acabáramos de comprometernos frente a un aquelarre real.

—Lo ves —exhala contra mi oído, con voz melosa y venenosa—. No solo hemos ganado, sino que también he reclutado varias almas descarriadas que seguro que mi madre sabrá darles buen uso.

Mi sombra ríe.

—*Apoteósico. Ganaste un torneo humano y contribuiste al avance del infierno. Todo sin incendiar nada. Estoy tan orgulloso que casi me materializo para darte una palmadita en la espalda.*

Lilian se separa y me guiña un ojo con descaro.

—Y ahora, mueve el culo o me iré sin ti —me apremia Lilian.

—¿Adónde vas? ¿No tienes ya suficientes almas?

—¿Es una proposición? —Sonríe ella con picardía.

—¡Joder, no!

—Chsss… Una verdadera lástima. Aunque, por hoy, tengo suficientes. —Hace un ruido con su lengua viperina.

—A ti nada te importa, ¿verdad? Eres tan egoísta que solo piensas en lo que tú quieres sin importarte lo sentimientos ajenos.

Lilian se tensa y se gira con una lentitud que asusta. Se acerca a mí y puedo notar hilos rojos en sus ojos verdes.

—Soy egoísta, sí. No pienso disculparme por ello. Por lo menos, yo no soy una hipócrita como lo eres tú —masculla entre dientes.

—¿Yo? —Me señalo.

—Sí, tú. —Me pincha en el esternón con uno de sus dedos—. Eres un demonio, Leviatán, aunque reniegues de esa parte que habita en

ti. Asúmelo de una maldita vez. No somos benevolentes, tomamos lo que deseamos sin remordimientos —me gruñe—. Si miras a tu alrededor, tampoco dista mucho del comportamiento humano. Estás sufriendo, te flagelas a ti mismo por no ceder a tus impulsos y ¿para qué? Llegará el día que tengas que aceptar tus responsabilidades. Que dejarás este mundo para siempre. ¿Realmente quieres quedarte con algo pendiente que hacer?

—No quiero que mis actos pongan en peligro a nadie —me defiendo al sentirme atacado.

—¿A alguien, o a ella?

—Es lo mismo.

—No, Leviatán, no lo es —niega como si yo fuese un niño estúpido —. Este tiempo aquí he visto cómo os miráis, cómo sufrís ambos por no rendiros a lo evidente. Tamara, por lo menos, es más valiente que tú, y es una simple humana. Mientras que tú… —Me observa y lo que veo en sus ojos se parece mucho a la lástima.

—Pero tú y yo estamos comprometidos…

—No voy a consentir que me pongas como excusa a tu cobardía. No quiero este compromiso, Leviatán. Nunca lo he hecho —se sincera—. Quiero conseguir cosas grandes en el infierno, pero no colgada de tu brazo, sino por mí misma. —Se queda callada unos segundos para después añadir—: De ti depende que, antes de que te conviertas en lo que estás destinado a ser, no te queden cuentas pendientes. Sé egoísta por una vez en la vida, Leviatán. Piensa en lo que tú, y solo tú, deseas en realidad. La represión, en el infierno, es la mayor de las enfermedades. Y ahora, haz lo que quieras, pero yo me voy a ver el Campeonato de animadoras, contigo o sin ti — concluye.

Sé que no debería. Yo lo sé y tú lo sabes. Sin embargo, no sirve de nada cuando me escucho diciendo:

—Voy.

Y que el infierno sentencie mi condena.

Capítulo 21



Tamara

El pabellón donde se celebra el Campeonato Estatal de Animación Deportiva está lleno de estudiantes desquiciados en plena temporada de competición.

No negaré que yo soy una de ellas.

—Vamos, Jefferson —me digo por enésima vez mientras estiro una pierna hacia arriba, apoyando el pie en la barra improvisada del vestuario. Siento cómo mi muslo protesta, pero nada que no pueda soportar.

Es lo que tienen los días previos, llevas a tu cuerpo al límite con horas y horas de entrenamiento hasta que cada movimiento resulta todo un esfuerzo. Sin embargo, no me centro en las agujetas ni en los calambres, sino en la adrenalina que recorre mi cuerpo por empezar cuanto antes y lucirnos.

Wendy pasa detrás de mí, con su moño tan apretado que parece que le va a sacar todas las ideas que tiene metidas en la cabeza.

—¿Crees que nos saldrá bien la pirámide inversa? —pregunta en un susurro frenético.

Me enderezo y la miro con las cejas arqueadas.

—Wendy, la pirámide inversa nos sale bien incluso dormidas. Deja de dudar, que me estás transmitiendo tus malas vibras.

—No son malas vibras —dice ella, llevándose las manos al rostro—. Solo estoy nerviosa. He visto calentar a las chicas del West High School y son buenas, muy muy buenas. Así que son vibras realistas.

—Pues tus vibras realistas me están dando ganas de lanzarte los pompones del estrés que me generas —respondo—. Y, por cierto,

ellas serán muy buenas, pero nosotras somos mejores.

Espero que una dosis del optimismo que siempre me ha caracterizado cale en ella. Si salimos a la tarima pensando que no vamos a ganar, no lo haremos.

Se llama ansiedad anticipatoria, se trata de una reacción ante situaciones futuras que puede manifestarse como pensamientos negativos y preocupación excesiva por un resultado catastrófico.

Marcus entra a nuestro vestuario, que en teoría es «territorio prohibido», ya que los chicos tienen el suyo propio. Pero Marcus no es de los que respeta las normas sociales.

—¡¿Cómo están mis chicas?! —dice, levantando los brazos—. Vamos, que todo va a salir genial.

Esa es la actitud. Aunque, viniendo de él, creo que es sobrepasada.

—Eso fue exactamente lo que dijiste antes de que casi se te cayese Wendy encima en el ensayo —respondo con ironía.

—¿Ves? —lloriquea Wendy—. ¡Todos vamos a fallar!

Y aquí os presento a la mujer fatalista.

Marcus la mira con esa paciencia que ha desarrollado en exclusiva por tratar con nosotras.

—Wen, literalmente no te caíste. Tamara te agarró del pie en el aire como si fuese Spiderwoman.

—Sí, y me disloqué el dedo meñique del esfuerzo —le muestro la venda que lo cubre.

—Porque lo diste todo. Eso es ser una buena capitana —dice él con una sonrisa radiante.

—¿Ves, Wendy? A pesar de los contratiempos, siempre salimos airosos.

Nuestra voladora se me queda mirando sin estar convencida. Y solo espero que, en los pocos minutos que nos quedan para salir, esos nubarrones que tiene instalados en la cabeza desaparezcan. Es la que va a volar, literalmente hablando, por los aires. Y la necesito cien por cien concentrada.

La entrada al pabellón principal nos recibe como si fuésemos jugadores del *All Star*: música alta y una energía vibrante que me eriza la piel. Equipos de todos los distritos se preparan, calentando,

practicando saltos o repitiendo rutinas en esquinas diminutas como personas hiperflexibles.

El público ya ha empezado a llegar y las gradas están casi a reventar. El ruido es ensordecedor, un mar de voces y aplausos.

Mis ojos buscan automáticamente una cabeza de pelo negro en particular entre la multitud, aunque sé que Levy no debería estar aquí todavía. Su campeonato está en la otra punta del recinto universitario.

Aun así, lo busco.

Estas últimas semanas me ha venido genial estar concentrada en los entrenamientos y así he podido llevar a cabo el plan L: ignorarlo deliberadamente. Aunque lo cierto es que no he recibido respuesta. Es más, nuestra amistad, por lo normal cómoda y fluida, también ha desaparecido.

Y cuando no lo veo, siento un pinchazo tonto en el pecho. Porque me gustaría y necesito que esté aquí.

Que me mira, me apoya, que seguimos siendo Tam y Levy, los mejores amigos, aunque últimamente parezca todo lo contrario.

Me froto las manos contra el uniforme rojo de los Wildest Lions, como si eso pudiese tranquilizarme.

—Muy bien, equipo —digo, reuniéndolos a todos—. Este es nuestro momento. Hemos trabajado durante meses. Hemos llorado, hemos discutido, Wendy casi pierde una uña acrílica y Marcus casi pierde la dignidad.

—¿Cuándo perdí yo la dignidad? —pregunta Marcus.

—Cuando en el ensayo general gritaste «¡Somos fuego, perras!» delante de los padres.

Todos estallan en risas. Eso está mejor. Necesito desestresar el ambiente.

Él se encoge de hombros

—Era un mensaje motivacional.

Le dedico una sonrisa para después respirar hondo.

—Hoy vamos a darlo todo. Pueden ser diez puntos de dificultad o treinta, pero si no brillamos, no sirve de nada. Así que quiero brillar, ¿estamos?

Todos asienten.

—Bien. A por ello. Un, dos, tres… ¡Wildest Lions! —gritamos la arenga al unísono.

El presentador llama a nuestro equipo y mi estómago se retuerce de puro nerviosismo.

Entramos en la pista como un torbellino sincronizado a la perfección. Las luces del escenario nos bañan y la música comienza en un golpe rítmico que se me mete por la columna vertebral.

Comenzamos con una versión adaptada de canción de *I Love it,* de Icona Pop.

Los primeros segundos de la coreografía pasan como un borrón. Saltos, giros, aterrizajes. Sonrío, muevo los brazos, marco cada gesto. El público ruge cuando Wendy es lanzada por los aires.

—¡Arriba, Wen! —grito eufórica.

Ella cae, perfecta, sobre nuestras manos y subimos la pirámide como si fuese la cosa más natural del mundo. Mis piernas parecen de acero, mi cuerpo sabe justo dónde debe estar. Todo encaja y fluye.

Hasta que, de repente, se produce un pequeño error en la sincronización. Es mínimo, pero lo siento.

Durante la transición rápida al salto combinado, noto que mi pie resbala apenas medio centímetro. Es suficiente para que mi corazón se pare; por suerte, no caigo.

Marcus me agarra del brazo en el microsegundo perfecto, estabilizándome sin que el público note nada.

Le lanzo una mirada de agradecimiento mientras él solo me guiña un ojo y me sonríe. Por lo que continuamos.

La música cambia y suena *Are you gonna be my girl* de Jet. Una canción con un ritmo muy marcado de *rock and roll* que genera mucha energía y es muy fácil de coreografiar.

Cuando llega el momento final, la pirámide triple con rotación, sé que estamos brillando. Que estamos irradiando esa energía que los jueces buscan.

Que podemos ganar y que vamos a ganar.

Al terminar, la música hace el corte final y todas nos quedamos congeladas en la pose. El público explota. Literalmente explota en

gritos, aplausos y silbidos. La adrenalina me golpea con tanta fuerza que casi lloro.

Corremos fuera de la pista entre abrazos y algarabía.

—¡Ha sido increíble! —grita Wendy, saltando encima de mí.

—¡Lo hemos bordado! —dice Marcus, agitando mis brazos—. ¡Qué orgulloso estoy!

Yo solo puedo reír y gritar como una loca. Todo el estrés, las noches sin dormir, las peleas internas… Todo ha valido la pena. Ya me da igual en qué posición quedemos, para nosotros ha sido un triunfo.

No quedamos en la zona de descanso y bebo agua mientras nos preparamos para la ronda de resultados. Mi cuerpo aún vibra de energía.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Candice, mirándome con atención.

No ha parado de llorar desde que salimos de la pista.

—Sí —miento.

Porque la verdad es que la alegría está empañada por un pensamiento que llevo arrastrando desde la fiesta en la playa.

Levy.

Su boca sobre la mía. Su cuerpo tensándose cuando me apartó. La forma en que no quiso mirarme. La distancia. La confusión. El frío.

Y ahora su ausencia.

Sé que debería pensar solo en la competición, pero no puedo evitarlo. Levy me importa y me mata no saber qué está pasando entre nosotros.

—Chicas —dice una voz grave y profunda que casi hace que me trague la lengua—, ¿listas para conocer vuestro destino?

Me doy la vuelta. Es Tommy.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin esperarlo.

Varios chicos del equipo de futbol han venido con nosotros en el autobús, pero Tommy no era uno de ellos, por eso di por hecho que no vendría.

Él se encoge de hombros.

—Los Lions estamos apoyando a nuestro equipo. He visto vuestro número. Habéis estado increíbles.

—Muchas gracias, Ferguson —respondo.

Él sonríe, pero hay nervios en sus ojos que no corresponden con su actitud habitual. Parece distraído, vigilando algo a su alrededor.

Su mirada se pierde de repente entre la multitud, como si estuviese buscando una amenaza invisible.

—Van a anunciar los resultados —nos interrumpe Marcus.

El sistema de sonido retumba en todo el pabellón.

—Y en tercer lugar…

Cuando escuchamos que no somos nosotros, comenzamos a saltar de alegría.

Aún tenemos posibilidades.

—En segundo puesto, West High School.

No puede ser, no puede ser. O nos coronamos o ni siquiera seremos unos de los tres finalistas.

Mis piernas comienzan a temblar, como si estuviesen echas de gelatina.

—Y EL PRIMER LUGAR DEL CAMPEONATO ESTATAL DE ANIMACIÓN DEPORTIVA ES PARA…

Mi corazón se detiene.

—¡¡EAST HIGH SCHOOL!!

El grito colectivo me sacude entera. Wendy se lanza a mi cuello llorando, Marcus me levanta en brazos, Candice se tira de rodillas al suelo y yo chillo como si me hubieran dado alas.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —digo entre risas.

Por primera vez en semanas, me siento imparable. Invencible. Más feliz de lo que jamás podría imaginar.

Aun así, en medio de toda la euforia, mi mirada vuelve a perderse entre la multitud del público.

Buscando, deseando, esperando encontrar unos ojos grises, y esta vez me topo con ellos, que me observan orgullosos y emocionados, y ni cualquier pirámide invertida consigue darme tanto vértigo como lo que siento por Levy.

Capítulo 22



Levy

La música del salón principal del hotel retumba tan fuerte que puedo sentirla en los dientes, aun así, no consigue acallar lo que en realidad me late dentro del pecho: Tamara.

Ambos campeonatos han terminado y ambos hemos ganado.

Y, por lo visto, eso significa que todos han entrado en modo celebración-descontrolada, especialmente Lilian, que ahora mismo baila como si quisiera absorber a todo el hotel para convertirlo en adoradores de su madre a través de sus sinuosos movimientos. Tommy la sigue de cerca con un vaso en la mano, vigilándola como si fuese un artefacto nuclear.

—¿No vas a bailar, Sinclair? —me grita Lilian desde la pista, moviendo las caderas como si estuviera invocando a tres demonios menores.

—No —respondo con un gesto de cabeza.

—¡Aburrido! —Alza su vaso y casi se golpea con un ventilador del techo.

Este es mi círculo de amistades ahora.

¿En qué momento ocurrió esto?

Pero todo se reduce a una única constante: ser egoísta por una vez y abandonarme a mis deseos.

Tamara está a unos diez metros, rodeada por su equipo. Está radiante, siempre ha brillado, pero hoy es como si la luz la escogiera a ella y no al revés.

La observo desde la distancia, con una cerveza sin alcohol en la mano. Me apetece algo más fuerte, la verdad, pero si entumezco mis

sentidos, no descarto incendiar el edificio por accidente.

—*Ve con ella* —murmura mi sombra, serpenteando por mi columna como si fuese una culebra.

No debería, sin embargo, esta vez mis pies ya avanzan.

Cuando Tamara me ve, su sonrisa titubea. No de duda, sino de esas cosas que no se dicen, pero se sienten como un impacto directo a la caja torácica.

—Levy —su voz me atraviesa—. ¡Hemos ganado! Esto es increíble.

Levanta sus manos al aire y cierra sus ojos, extasiada de felicidad.

—Tú eres increíble. —Me rasco la nuca, nervioso.

Mi sombra bufaría si tuviera pulmones.

—*Te falta escuela en ligoteo, Príncipe.*

Tamara se acerca un poco más. No estoy preparado para que lo haga, pero tampoco soy capaz de retroceder.

Huele a vainilla y limón, una combinación tan distinta y peculiar que me fascina.

Su piel parece caldear el aire a mi alrededor.

—¿Quieres…? —Se muerde el labio, mirando su vaso vacío—. ¿Quieres salir un momento? Aquí dentro está todo muy ruidoso.

«Sé egoísta. No te quedes con el, y si…», me repito y esta vez no es mi sombra la que lo dice, sino yo mismo.

Acepto antes de que termine la frase.

Salimos por una de las puertas laterales. Un pasillo silencioso nos envuelve con una calma que mi cuerpo interpreta como peligro inmediato. Aquí no hay testigos. No hay ruido ni distracciones. Solo ella, yo y lo que no debería pasar otra vez. Pero va a pasar. Lo intuyo.

—Me alegra que vinieras —dice mientras camina despacio por la moqueta, sus dedos rozando la pared como si siguiera un ritmo que solo ella escucha—. No tenía muy claro si lo harías.

—¿Cómo no iba a ir? Era tu noche —contesto. La mía también, pero eso ya es menos importante—. No iba a perdérmelo por nada del mundo.

Se detiene y me mira.

Parpadea lentamente, como si estuviera procesando algo que pesa demasiado.

—Bueno… Estas últimas semanas hemos estado bastante distanciados, así que no. No lo tenía claro.

—Y-yo… Lo siento, he sido un idiota.

—Ajá.

—Me asusté y…

Mi frase se me queda a mitad de camino. Siento como sus manos ya están subiendo por mi camiseta, apoyándose sobre mi pecho, que ahora se mueve demasiado rápido para ser normal.

—No puedo seguir fingiendo, Levy —susurra—. Si me pides que me aleje, lo haré. Si me dices que tú no lo deseas tanto como yo, lo respetaré. Pero si por algún casual nos encontramos en la misma frecuencia, no pienso desperdiciar ni un segundo más —murmura, mirándome directo a los ojos.

No tengo oportunidad de responder.

Agacho la cabeza y la beso.

El primer contacto es suave, casi tímido. Un «hola, te he echado de menos» disfrazado de roce. Pero inmediatamente después, su boca se abre y la mía responde con un hambre que llevo semanas enterrando.

La agarro de la cintura con más fuerza de la que debería. Su espalda se arquea contra mis manos, como si su cuerpo supiera con exactitud dónde encajar.

Ella suspira contra mis labios y mi control se agrieta.

El beso se vuelve más profundo, más urgente. Sabe a celebración y peligro. A deseo y prohibición. A algo que podría salvarme o condenarme por completo.

La empujo con suavidad contra la pared y Tamara deja escapar un sonido que me destroza y recompone al mismo tiempo.

Mi sombra sonríe con satisfacción.

—*Eso es, pequeño príncipe* —sisea—. *Es nuestra.*

Rompo el beso solo para poder respirar.

Ella me mira con los labios entreabiertos, la respiración agitada y la mirada fija en la mía.

—Levy… —Su tono es un ruego suave—. No te alejes de mí otra vez.

Y ya está, sé que estoy muerto, o quizá vivo por primera vez.

La beso otra vez, más fuerte y más profundo.

Y cuando la levanto por los muslos, Tamara se aferra a mis hombros. Suelta un gemido que me apaga cualquier intento de razonamiento. Caminamos a ciegas, besándonos como si hubiésemos esperado demasiado, hasta que su espalda topa con una puerta.

—Tengo la tarjeta en el bolsillo del pantalón que llevo debajo de la falda.

Cómo hemos llegado justo a su habitación es todo un misterio, pero no pienso ponerme a analizarlo ahora.

Obedezco a su petición. Cojo la tarjeta y la paso por el lector sin apenas pensar.

La puerta se abre, nos empujo al interior y cierro a nuestra espalda.

Mis labios están en su cuello y sus dedos en mi cabello mientras mi sombra ronronea como un animal satisfecho.

Tamara cae sobre la cama y yo la sigo, apoyando mis manos a ambos lados de su cuerpo. Ella desliza las suyas por mis brazos, por mis hombros, por mi torso, como si necesitara memorizar cada centímetro.

—Levy… —Respira—. Te he echado tanto de menos.

Mi control se desmorona.

Su camiseta se levanta unos centímetros bajo mis dedos. Solo eso. Nada más. Pero ese pequeño gesto me sacude entero.

—*Hazlo* —murmura mi sombra—. *Tómala.*

Me separo de su boca, que sabe a miel.

—Tamara, tengo algo que contarte —logro decir con una voz que ya no parece humana.

Tamara frunce el ceño.

Luego, lentamente, pasa sus dedos por mi mandíbula.

—No, por favor. Nada de confesiones que puedan arruinar el momento. Te deseo, Levy —Y su declaración la acompaña envolviendo sus piernas en mi cintura y atrayéndome hasta ella.

Su voz es un susurro peligroso y su piel, donde se une con la mía, está caliente.

Su cuerpo encaja contra el mío como si estuviera hecho para ello.

Trago saliva.

Mi sombra se crispa.

—Es algo importante.

—Puede esperar.

Me observa con una mirada nublada por el deseo.

—Quiero esto desde hace tiempo, Levy, y ya no puedo ignorarlo.

La sangre me ruge en las venas.

Mi sombra se expande, hambrienta, serpenteando por mis brazos, mis costillas y mi espalda.

El ambiente se vuelve más denso, como si la habitación misma supiera lo que estoy conteniendo.

—Tamara, yo… no debería…

En lugar de apartarme, mi mano se desliza por su costado y su cuerpo tiembla bajo el mío. Me besa otra vez, y yo respondo, profundizando, agarrándola como si la necesitara para mantenerme en este plano.

Su lengua se enreda con la mía y mi respiración se vuelve un incendio.

Cuando el calor empieza a salirse de mi piel, intento tranquilizarme. Pienso en sus suaves caricias para que me ancle al momento y no dejarme llevar por mi bestia.

—Te quiero a ti. Quiero estar contigo —me murmura con una voz tan ronca que me excito de inmediato.

Con dedos ágiles, Tamara me desabrocha los botones de la camisa. Cuando mi pecho queda expuesto, lo acaricia con sus delicadas manos y a mí se me eriza la piel.

Pasa la tela a través de mis hombros y se deshace de ella tirándola de cualquier manera sobra la moqueta.

Me empuja para que quede de espaldas tumbado en la cama y se levanta. Busca algo en su maleta y se acerca de nuevo hasta mí con un condón entre sus dedos.

Apoyo los codos sobre el colchón y me incorporo a medias a la vez que alzo las cejas en un gesto interrogante.

—Una chica tiene sus ilusiones —comenta con una sonrisa que mi demonio desea devorar.

—Tamara, necesito decir…

No me deja continuar, me besa con fuerza en la boca y, a continuación, me desabrocha el pantalón.

Un gruñido gutural y nada humano me sale del pecho cuando los desliza por los muslos junto a mis calzoncillos.

Mi miembro se presenta ante ella enhiesto y orgulloso. Me coloca el condón y, solo al contacto de sus dedos, sé que estoy más allá de pensar como una persona racional.

Lo veo todo distorsionado y en tonos rojizos, como si fuese una secuencia a cámara lenta. Por eso cierro los ojos y me vuelvo a dejar caer sobre el colchón.

Mi cuello se tensa y se estira cuando ella se sube encima de mí a horcajadas. La suavidad de su centro es demasiado para cualquiera. Ni digamos para un demonio mestizo que no sabe controlarse.

La vuelvo a sostener por la cintura, esta vez mis dedos ejercen más presión, temerosos de que se pueda escapar si no la toco.

Agradezco que mi sombra no intervenga, toda mi concentración estás en no prendernos fuego; no podría debatir nada con ella en estos momentos.

Cuando me inserto en su cálida cavidad, siento que llego al cielo y, viniendo de alguien como yo que duda que alguna vez lo visite, es mucho decir.

—Joder, Levy… —suspira ella cuando me entierro hasta el fondo.

Yo he perdido la capacidad de hablar. De mi garganta solo salen gruñidos inexplicables de lo excitado que me siento.

Subo las caderas hacia arriba, encontrándome con cada uno de sus golpes.

Follamos como siempre había imaginado que sería. Sin límites, duro y descontrolado.

Sus gemidos se mezclan con mis jadeos.

Siento una presión en la base de mi columna, anunciándome que no tardaré en encontrar la liberación, por lo que muevo una de mis manos y mi pulgar encuentra su clítoris, lo rodeo, lo presiono y hago círculos.

Tamara comienza a cabalgarme con más fuerza, buscando su propio placer. Cuando echa la cabeza hacia atrás y suelta un grito,

alcanzando su liberación, sé que estoy perdido. Me muevo con más brío, más bestia, y me uno a su orgasmo.

Sin embargo, el clímax no va acompañado de fuegos artificiales imaginarios, sino que lo hace de un destello azul. Y de repente, lo siento, lo percibo.

Escucho como un rugido en mis huesos.

—No… —jadeo, separándome—. No, no, no…

Tamara se incorpora, confundida, y se cubre con la sábana.

—¿Q-qué te pasa? Estás brillando —murmura con un tono de voz entrecortado y cargado de pánico.

Mi sombra ríe, eufórica.

—*Oh, no, Príncipe. Demasiado tarde.*

Y entonces ocurre, la temperatura cae de golpe, la luz vacila y mi piel se abre, no físicamente, sino en un estallido de energía que me recorre entero.

Mis ojos arden.

Mis manos se cubren de un resplandor azulado.

Y siento cómo mis colmillos, los que nunca deberían salir, rozan mi lengua.

—¿Levy…? —susurra ella, retrocediendo un poco cuando por fin me ve.

Yo me pongo de pie, pero eso solo empeora las cosas: mi sombra se proyecta detrás de mí, creciendo, deformándose, hasta que la habitación entera queda teñida de un fulgor azul infernal.

Intento contenerlo, respirar y no perderme, pero fracaso en cada una de ellas.

Suelto un gruñido y ahí, frente a sus ojos asustados, me transformo en mi otra mitad.

Ya no soy humano, ni por fuera ni por dentro.

El rugido que escapa de mi garganta no es mío.

Y Tamara lo sabe.

Lo veo en sus ojos.

Lo siento en su temblor.

En el modo en que sus labios se abren apenas para soltar un susurro quebrado.

—¿Qué eres?

Intento hablar, decir que lo siento, que no me tenga miedo ni que quería que lo viera así, pero mi voz no sale.

Solo un gruñido bajo, gutural, que hace vibrar las lámparas del techo.

Tamara se aparta un paso más y se le escapa un grito lleno de miedo cuando doy un paso en su dirección.

Debería temerme y huir porque lo que ve frente a ella ya no es Levy Sinclair, su mejor amigo, sino un demonio mestizo que nunca debió mezclarse con humanos.

Ella coge una lámpara de la mesita, la arranca del enchufe y me apunta con ella.

—¡No te acerques! —vocifera, sosteniendo con su otra mano la sábana para que no se le resbale del cuerpo—. E-eres un monstruo.

Y, tras escuchar esa palabra, algo se rompe dentro de mí. Suelto un alarido y mis alas se expanden, ocupando la mayor parte de la habitación.

Cuando creo que las cosas no puedes ir a peor, la puerta del dormitorio se abre y aparecen Lilian y Tommy al otro lado. Los dos me observan con ojos desorbitados. Y lo único que escucho de los labios del *quarterback* es un:

—Aléjate de ella, demonio.

Capítulo 23



Tamara

No sé en qué momento dejo de sentir el suelo bajo mis pies.

Solo sé qué hace unos segundos estaba besando a Levy, mi Levy, el chico que conocía desde que ambos llevábamos aparato y estábamos cargados de complejos, y ahora estoy frente a algo que no puede ser él. No es posible.

Retrocedo un paso.

Mis talones se enredan con la sábana, tropiezan con la maldita mesita auxiliar del hotel y casi caigo al suelo. El aire se me atasca en la garganta como si fueran cristales. Mis pulmones duelen. Mi pulso está descontrolado.

Levy, si es que aún puedo llamarlo así, está ahí, delante de mí, respirando con dificultad. Cada exhalación suya es un gruñido profundo, reverberante, como si le costase un maldito esfuerzo hacerlo.

Su piel está cubierta por vetas negras que palpitan como venas en llamas.

Sus ojos… Oh, Dios. Sus ojos no son ojos. Son dos brasas encendidas en color rojo.

—No… —Su voz retumba como un trueno contenido. Distorsionada. Ronca. Demasiado grave para pertenecer a ningún ser humano—. No, no, no…

«No tengas miedo», me susurra una voz que no me pertenece en mi cabeza.

¿Que no tenga miedo?

—¿Q-qué te pasa? Estás brillando —pregunto sin darme cuenta de que mi espalda ya chocó con la pared. No tengo más donde ir. Él sí.

Aunque no se está moviendo.

O no del todo.

Se estremece. Sus manos, si aún se les puede llamar así, tiemblan, retroceden un centímetro y luego avanzan otro. Como si una fuerza interna estuviera peleando dentro de él.

Gruñe. Es como si le costase articular palabra, pero consigo distinguir mi nombre en su boca, como si fuese un lamento desgarrador.

Quiero creer que aún es él. Que ahí dentro está mi mejor amigo. El chico que me sujeta la mochila cuando voy cargada. El que se ríe de mis chistes malos. El que me besó como si se rompiera por dentro.

Pero ahí, ahora mismo, solo veo fuego.

—¿Levy? —susurro. O suplico. No estoy segura.

Él se queda inmóvil. Sus ojos brillan más.

—No quiero hacerte daño —susurra con esa voz que no es su voz —. No… no puedo controlarlo, Tam. Por favor…, por favor, no huyas.

Estoy temblando entera. Cada célula de mi cuerpo está en alerta, enviando mensajes contradictorios: corre; quédate; grita; abrázalo; huye; vuelve.

Pero no puedo hacer nada. Mis piernas son gelatina y mi corazón late descontrolado.

—¿Qué eres? —mi voz sale tan finita que casi no la oigo.

Él cierra los ojos un segundo. Ese simple gesto hace que una onda de calor azulada recorra su piel. Cuando vuelve a mirarme, el fuego de sus ojos es más intenso.

Lo veo dar un paso hacia mí y entro en pánico.

Niego, instintiva. Desesperada.

—¡No te acerques! —murmuro, moviendo la cabeza frenéticamente —. Eres un monstruo.

Al decirlo, algo se rompe, no solo en su expresión, sino en mi interior también.

Una grieta luminosa le recorre por su clavícula. Como fuego líquido tratando de salir.

Los cuadros de la pared vibran. La lámpara parpadea. Y suelta un ruido que me tengo que tapar los oídos con las manos.

Y entonces, un golpe seco en la puerta.

—¡Aléjate de ella, demonio! —Es Tommy. Su voz es un estallido urgente y lleno de alarma.

Mi corazón da un vuelco.

La puerta se abre de golpe y él irrumpe en la habitación alto, fuerte, con expresión de «¿qué cojones?» justo para encontrarse con… esto.

—¿Qué mierda…? —Se queda congelado al ver a Levy.

Su rostro palidece primero. Luego se tensa. Da un paso hacia mí, interponiéndose sin pensarlo.

Un acto tan instintivo que me deja sin aliento.

—Aparta, idiota —escupe alguien.

Levy ruge. No sé si de dolor, advertencia o desesperación, pero ese sonido me atraviesa como un rayo.

La temperatura de la habitación sube. Las cortinas flamean, aunque no haya viento.

Y entonces, aparece un destello rojo y Lilian entra tras Tommy.

—Vale —dice, observando la escena como quien llega a una reunión que claramente se desmadró—. Demasiado drama humano por hoy.

Tommy se gira hacia ella, boquiabierto.

—¿De qué narices hablas…? ¿Eres cómo él? —la acusa.

Ella le dedica una mueca sarcástica.

—Qué observador, *quarterback* —replica—. Sí. Pero ahora no es momento de tus epifanías.

Luego, se acerca a Levy. Sin miedo. Como si el fuego que lo envuelve fuera algo que no le afecta en absoluto.

—Eh —susurra, colocando una mano en su brazo demoníaco, aunque la energía tiembla alrededor—. Leviatán. Mírame. Sí, eso es. Tranquilo. ¿Puedes volver a tu forma humana?

Levy tiembla. Literalmente. Como si su cuerpo entero se resquebrajara.

—No puedo —gruñe él con cierto esfuerzo y con una voz que me rompe el pecho. Es Levy. Es él. Sigue siendo él. Aunque esté

envuelto en oscuridad.

—Sí puedes —responde Lilian muy despacio—. Vamos, principito, inténtalo.

Sus ojos, siempre altivos y brillantes, ahora muestran preocupación real.

Y me doy cuenta de que es por él.

Tommy vuelve a ponerse delante de mí como si fuera a pelearse a puñetazos con un demonio de metro noventa. Algo que, en cualquier otro momento, sería casi tierno.

—No te acerques a Tamara —advierte a Levy.

Lilian pone los ojos en blanco.

—Ay, humanos —murmura—. Siempre tan valientes y tan frágiles. —Se gira hacia mí—. Tranquila, Ricitos. Él no quiere hacerte daño —asegura. Y su voz es tan sorprendentemente sincera que me desconcierta—. Pero si sigue aquí, lo hará sin querer. Así que…

Agarra a Levy del antebrazo mientras él intenta resistirse.

Suelta un grito gutural.

—Lo siento —le susurra Lilian en un tono que me eriza la piel—. No hay tiempo.

Miro a Levy justo antes de que desaparezcan delante de mis ojos con un estallido de luz violeta y humo negro…

Me quedo ahí, paralizada, incapaz de respirar ni de procesar lo que acaba de suceder.

Tommy murmura algo, pero no lo escucho.

El lugar donde Levy estaba hace apenas unos segundos continúa vacío, como si jamás hubiese existido, pero el olor metálico y esa impresión casi eléctrica de que algo imposible ha sucedido siguen impregnando la estancia.

Mi mente intenta procesarlo mientras mi cuerpo permanece completamente inmóvil, congelado en un estado que roza el *shock*. Tengo la mirada clavada en el espacio vacío, esperando que, de alguna manera, él vuelva a aparecer, esperando descubrir que todo ha sido una alucinación causada por la intensidad del momento, esperando que la realidad sea menos devastadora. Pero no ocurre nada.

Tommy dice mi nombre, aunque su voz me llega amortiguada, como si resonara a través del agua. Me doy cuenta de que estoy temblando cuando sus manos aprietan con más firmeza mis brazos, intentando que me centre.

Parpadeo una vez, como si eso fuese a deshacer la imagen que sigue clavada en mis ojos: la figura imponente, oscura, de alas y cuernos, los ojos ardiendo en un rojo que jamás había visto en ningún ser humano. Y, aun así, por debajo de esa apariencia infernal, seguía estando él. Aunque el miedo me ha invadido y he retrocedido a pesar de que mi cerebro ha gritado que eso no es posible y mi cuerpo haya reaccionado por instinto, alejándose. En el fondo de mi ser, sé que seguía siendo Levy.

Mi Levy.

Y es justo esa certeza la que ahora me aplasta el pecho.

No tengo ni idea de cuánto tiempo paso en silencio, tratando de ordenar pensamientos que se niegan calmarse, pero cuando al fin consigo apartar la mirada del vacío que ha dejado tras de sí, algo dentro de mí se afloja y duele al mismo tiempo.

La confusión inicial se transforma con lentitud en una punzada de culpa que comienza a expandirse por mis venas. Recuerdo con absoluta claridad la expresión que ha cruzado por sus rasgos demoníacos cuando me he apartado de él. Era de pura angustia. Una angustia tan profunda que me atraviesa por dentro.

Me ajusto la sábana, como si con ella me pudiese proteger del desasosiego que siento en mi interior.

Tommy me guía hasta sentarme en el borde de la cama como si fuese una muñeca. Su presencia, su brazo alrededor de mis hombros, debería resultarme reconfortante, pero no consigue llegar a donde necesito porque la única persona de la que quiero recibir consuelo es justo de aquella de la que acabo de huir.

—¿Estás bien? —me pregunta Tommy, y su voz ahora sí la escucho con claridad, quizá porque ya no se mezcla con mis pensamientos.

Tardo unos segundos en responder. Intento hablar, pero mi garganta produce apenas un susurro ahogado. Inspiro despacio, temiendo que, si lo hago demasiado rápido, se convierta en un sollozo.

—Era Levy —consigo articular al fin, aunque mi voz suena como si no fuese mía.

Tommy traga saliva y aparta la mirada unos segundos.

—No sé qué era eso, Tamara, pero no era humano —responde con una gravedad que me perfora por dentro.

Cierro los ojos un instante y la culpa se intensifica porque sé que él está equivocado. Sí era humano. O, al menos, lo ha sido para mí durante toda mi vida. Supe reconocerlo incluso cuando algo oscuro se desplegó dentro de él.

Pienso en lo que me dijo justo antes, cuando su respiración estaba mezclada con la mía, cuando mis manos exploraban su cuello y sus labios recorrían los míos con hambre.

Me dijo que tenía algo importante que contarme. Algo que necesitaba decirme. Y yo lo callé a base de besos. Literalmente. Me lancé sobre él porque no podía soportar esperar, porque llevaba tanto tiempo deseándolo que la idea de detenerme, de escucharlo, de dejar que las palabras se interpusieran entre nosotros me resultaba insoportable. Y ahora solo puedo preguntarme si él había estado tratando de evitar justo esto. Si de haberle permitido hablar, si de haber escuchado lo que tenía que decirme, la transformación no habría sucedido. Si la culpa de haber desencadenado lo que pasó es mía.

Abro los ojos y miro a Tommy, que sigue observándome con esa mezcla extraña de preocupación y desconcierto, como si no terminara de creer que yo no esté reaccionando como una loca.

—Necesito verlo —digo al fin, y mi voz, aunque baja, no tiembla esta vez.

Tommy frunce el ceño de inmediato, como si no pudiese comprender lo que acabo de decir.

—¿Estás loca? No —responde sin titubear—. Necesitas alejarte de él y de Lilian. Te lo advertí, Tam. No sabía qué ocurría con ella, pero sabía que algo no estaba bien. No tienes ni idea de en el peligro que has estado, Tamara. Si no llego a aparecer…

Lo miro con atención. Sé que está convencido de lo que dice y que está intentando protegerme, pero también tengo claro que está equivocado en lo que de verdad necesito.

—Tommy, por favor. ¿Has traído el coche? Necesito volver a casa. Necesito encontrarlo y hablar con él.

Él abre los ojos con incredulidad, como si yo acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—¿Te estás escuchando? Tamara, no puedes ir detrás de un demonio. No puedes ir detrás de algo que ni siquiera comprendes lo que es. No puedes arriesgarte de esa manera. No después de lo que acabamos de ver.

Siento un nudo en la garganta, pero no retrocedo. No esta vez.

—Lo amo —confieso, y las palabras me salen tan sinceras, tan desnudas, que incluso a mí me sorprende escucharlas así, sin filtros, sin miedo.

Tommy se queda completamente quieto.

Durante un largo segundo solo me observa, como si intentara decidir si lo digo en serio o si estoy atrapada en algún estado emocional alterado. Sin embargo, no hay confusión en mi voz, ni en mi postura ni en la forma en que lo sostengo con la mirada.

Él maldice por lo bajo y se pasa una mano por el rostro, frustrado.

—Esto es una locura —murmura. Su tono ya no es de rechazo, sino de resignación.

Finalmente suspira, derrotado, y asiente.

—Está bien. Te llevaré a casa. Pero no pienso apartarme de tu lado.

Aunque la situación sigue siendo devastadora y mi corazón continúa agitándose de miedo, algo dentro de mí se alivia porque ahora sé lo que tengo que hacer. Sé dónde necesito estar.

Porque, por muy oscuro que sea el mundo que se esconda tras él, no pienso dejar a Levy solo.

Capítulo 24



Levy

No siento absolutamente nada cuando reaparezco, solo un tirón en el pecho, como si mi esencia hubiese sido exprimida a la fuerza para atravesar el tejido que separa un lugar del otro.

Cuando mi visión deja de vibrar y por fin logro enfocarla, reconozco la lámpara del comedor, la mesa de madera llena de marcas y los manteles individuales que mi madre cambia según las estaciones del año. Estoy en casa, pero nada en mí parece pertenecer a este sitio.

Mis manos no son manos, sino garras negras y curvadas. Mis hombros se ensanchan cada vez que inspiro y la piel dura que me recubre, cruje como si mi ser estuviera intentando escapar.

Mi sombra parece una criatura que late y respira conmigo, ansiosa y excitada por cada sensación que aún desborda en mi cuerpo desde que estaba sobre Tamara, sintiendo sus labios, su piel, su respiración.

Escucho un grito ahogado detrás de mí, uno que conozco demasiado bien como para confundirlo con cualquier otro sonido.

—¿Levy? —la voz de mi madre se quiebra.

Me giro despacio, temiendo más su expresión que mi propio reflejo en un espejo.

Está en la puerta que da a la cocina, con la bandeja del horno aún entre las manos, como si se hubiese quedado petrificada a mitad de preparar la cena.

Sus ojos recorren mi cuerpo desde los cuernos hasta las garras y, por primera vez en mi vida, veo verdadera tristeza en su mirada.

Intento hablar, pero lo único que sale de mi garganta es un gruñido grave, gutural, como si mi voz estuviera atrapada detrás de capas de fuego.

—¿Qué ha sucedido? —susurra ella sin retroceder. Siempre tan valiente y temeraria.

Lilian aparece a mi lado, materializándose con ese aire arrogante que suele acompañarla, aunque percibo algo distinto en ella. Su piel está pálida y su energía, que normalmente vibra con descaro, está apagada, como si haberme trasladado la hubiese dejado drenada.

—No puede volver a su forma humana—le dice a mi madre sin mirarme siquiera—. No tiene control suficiente para recuperarla. Su energía está fuera de equilibrio. Necesitamos llevarlo al infierno cuanto antes o podría quedarse atrapado así para siempre.

«¿Cómo que para siempre?», me pregunto en mi mente, ya que mi voz no coopera en absoluto.

—Está bien, vale. Pensemos… —Se acerca hasta mí y, sin una pizca de miedo, me sostiene del rostro demoníaco—. Cariño, si estás de acuerdo con que te mande con tu padre, pestañea dos veces.

La sombra dentro de mí se revuelve y se ríe, deleitada por la ironía involuntaria del comentario.

Intento de nuevo articular palabras, pero solo logro emitir un sonido entrecortado que parece una mezcla de un rugido y un susurro abrasador. Lo único que alcanzo a transmitir es una idea, la única que domina mi mente por completo:

No puedo quedarme aquí.

No después de ver el miedo en los ojos de Tamara, el mismo miedo que me perfora en este instante el corazón. No puedo soportarlo. Prefiero enfrentarme al mismísimo rey del infierno que seguir viendo cómo me convierto en aquello que provoca terror en las personas que amo.

—Quiere irse, Maggie —traduce Lilian, mirándome de reojo—. Y, sinceramente, estoy de acuerdo. Tamara lo vio transformarse y…

Mi madre reacciona de inmediato.

—Oh, cariño. —Me envuelve en sus brazos y… me mece como si fuese un bebé.

Lilian abre la boca, pero mi madre, con uno de sus brazos, la atrae hasta nosotros y me veo atrapado en un sándwich entre las dos. Lo que me resulta una eternidad después, se apartan, mi madre saca su teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros. Sus dedos tiemblan ligeramente mientras marca un número que sé de memoria. El número que nadie usa salvo en situaciones desesperadas.

—Voy a llamar a tu abuela —anuncia.

Si hubiese tenido cejas en mi forma actual, las habría alzado. Mi sombra, en cambio, ruge una carcajada sarcástica que solo yo escucho dentro de mi cabeza.

—*¿En serio? ¿La bruja que invocó accidentalmente a Lucifer?*

«Estupendo. Que traiga también sus galletas de anís, así morimos todos de paso», pienso sarcástico.

No puedo decir nada, pero mis pensamientos seguramente quedan reflejados en el fulgor rojizo que cruza mis ojos. Lilian, en cambio, sí habla.

—Tu abuela no va a poder…

Pero no termina la frase porque, antes de que pueda seguir, se escucha el timbre.

Mi madre abre la puerta y ahí está mi abuela, ocupando todo el umbral como si fuera una aparición teatral. Lleva un abrigo con estampado de estrellas, un moño sujeto con lápices de colores y en sus brazos sostiene a Gertrudis, una cabra con ojos idos que mastica un pañuelo.

—He tenido una visión —anuncia mi abuela Mildred sin saludar—. También venia hacia aquí antes de recibir tu llamada, pero eso es secundario.

Gertrudis bala, como si estuviera confirmando la historia.

Maggie da un paso atrás con resignación.

—Pasa, mamá.

Mi abuela entra como si fuera la dueña del lugar y se planta frente a mí, dándome dos toquecitos en el pecho con toda la tranquilidad del mundo.

—Ay, criatura. Mira que salir al padre —dice con tono tierno—. Yo siempre dije que esa genética nos iba a dar problemas.

Gertrudis intenta morderme. No sé si tomármelo como un insulto o como un gesto de aceptación familiar.

Lilian se cruza de brazos.

—No tenemos tiempo para comentarios genéticos. Tenemos que regresar al infierno antes de que su energía se vuelva inestable.

La bruja de mi abuela gira la cabeza hacia ella con la lentitud dramática de alguien que lleva décadas disfrutando de hacer esperar a los demás.

—Oh, tú debes ser la hija de Lilith. No te pareces a tu madre, gracias al cielo. Porque si lo hicieras, ahora mismo estaría buscando un extintor.

Gertrudis vuelve a balar. Creo que esta vez es porque se está riendo de la cara que se le ha quedado a Lilian que parpadea, ofendida, pero sin argumentos, lo cual es histórico.

Mi madre respira hondo.

—¿Puedes ayudarlos o no?

Mi abuela asiente, coloca a Gertrudis en el suelo, quien procede a comerse una planta decorativa, y empieza a dibujar con tiza un círculo en el suelo del comedor. Mientras trabaja, murmura cosas como que la próxima vez usará protección infernal, que estas son las consecuencias de acostarse con entidades.

Mi madre se tapa la cara con la mano, derrotada.

Mi sombra, dentro de mí, observa fascinada.

Al menos, alguien está disfrutando esto.

Cuando el círculo está terminado, mi abuela esparce sal, hierbas y, porque es ella, purpurina dorada.

—Solo necesitas cruzarlo —explica—. Te llevará directo al trono de tu padre. Él sabrá qué hacer.

Eso último debería tranquilizarme, pero siento el equivalente demoníaco a un nudo en la garganta.

Pensar en Tamara me atraviesa el alma. El recuerdo de su expresión cuando me vio transformado me paraliza más que cualquier hechizo. Si pudiera hablar, si pudiera explicarle, si pudiera convencerla de que sigo siendo yo.

Pero no puedo.

Mi abuela me mira con más ternura de la que jamás admite en público.

—Ve, cielo. No puedes vivir en un mundo en el que te temen.

Mi sombra gruñe, pero no en desacuerdo, sino con resignación.

Doy un paso hacia el círculo. Lilian se acerca para acompañarme, pero cuando mi energía toca el borde del portal, algo la repele y es lanzada medio metro hacia atrás, como si hubiera sido empujada por una fuerza invisible. Su expresión pasa del asombro al horror y finalmente al pánico.

—No puedo —murmura—. No me deja entrar.

No sé por qué, pero algo se aprieta en mi pecho al ver su expresión perdida.

—*Al final te toca ir solo, Príncipe.*

Tiene razón, y sin meditarlo demasiado, sin fijarme en el brazo extendido de Lilian, cruzo el portal.

El mundo se disuelve, la casa desaparece, el aire se vuelve más denso y el olor a azufre y metal me envuelve como un antiguo amigo.

Cuando la transición termina, me encuentro de pie en una sala cavernosa iluminada por fuego líquido que cae por las paredes de piedra como si fueran una cascada. El suelo está hecho de mármol de ónix y refleja mi silueta monstruosa multiplicada en mil fragmentos.

Una figura surge entre las llamas, elegante y poderosa, con una sonrisa que podría detener guerras o provocarlas.

—Hijo mío —dice Lucifer—. Has regresado pronto, ¿ha ocurrido algo que deba saber?

Y yo, sin nada que ofrecer salvo mi ruina, solo puedo inclinar la cabeza. Porque no tengo fuerzas para hacer otra cosa.

—Supongo —comienza, paseándose a mi alrededor como un crítico de museo— que este despliegue de plumas, colmillos y dramatismo adolescente tiene una explicación.

—La he cagado, padre.

Capítulo 25



Lilian

El borde del portal sigue brillando unos segundos después de que Levy y yo lo crucemos, mejor dicho: después de que Levy lo cruce y yo salga despedida como una idiota.

El impacto contra la pared invisible me saca el aire de los pulmones. Me deslizo hacia atrás y caigo de culo en el suelo del salón de los Sinclair. El resplandor rojizo parpadea, se encoge sobre sí mismo y, antes de que pueda volver a intentarlo, desaparece con un leve chasquido, como si alguien apagase una bombilla.

Parpadeo, jadeando.

—No. No, no, no —murmuro, poniéndome de pie tan rápido que me mareo.

Intento dar otro paso al frente, extiendo la mano, pero mis dedos solo chocan contra el aire frío. Nada de calor infernal, nada del tirón familiar en el estómago, nada de la sensación viscosa que anuncia un cambio de plano. Solo vacío. Solo este maldito salón humano con sus cortinas floreadas y dos mujeres que me observan apuradas.

—*Muy bien, genia* —resuena mi sombra demoníaca dentro de mi cabeza con ese tono medio divertido, medio cruel que la caracteriza —. *El objetivo era acompañar al príncipe mestizo al infierno. Y el resultado eres tú tirada en la moqueta. Qué incompetencia.*

—Cállate —escupo entre dientes, aunque en realidad estoy hablándome a mí misma.

Me giro hacia Maggie y Mildred, que se han quedado a unos metros, contemplando la escena con una mezcla de susto y fascinación. Mildred sostiene a Gertrudis, su cabra de mirada

psicópata, como si fuera un lindo gatito. La cabra me observa con fijeza, rumia algo y balbucea un balido muy poco tranquilizador.

—Vuelve a abrirlo —exijo, señalando el espacio vacío que, hace apenas un suspiro, contenía la única vía de escape hacia casa—. Vamos, abuela bruja, haz tu truco de magia otra vez.

Mildred se recoloca el pañuelo en la cabeza y niega despacio.

—No es tan sencillo, niña —responde con una calma irritante—. El portal se ha cerrado del otro lado. Eso significa que Lucifer ya ha tomado el control de la puerta.

La mención de mi rey me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado.

—*Oh, sí* —susurra mi sombra, cargada de ironía—. *Nuestro señor Lucifer está en modo controlador total. Y nuestro prometido mestizo está en primera fila.*

—Puedo intentarlo de nuevo, pero no ahora —añade Mildred—. Ese tipo de magia consume mucha energía. Necesitaré preparar cosas, reagrupar fuerzas. No se puede invocar alegremente un portal al infierno cada cinco minutos como si fuese una *app* del móvil.

Gertrudis bala de nuevo, como si confirmara sus palabras.

Algo en mi pecho se encoge.

He pasado toda mi existencia sintiéndome superior a los humanos porque yo tenía salida, tenía poder, un lugar al que regresar cuando todo esto me aburriese. El infierno siempre estaba ahí, feo pero familiar, como un hogar tóxico del que sabes que te quejas mucho, solo que sigue siendo tuyo.

Por primera vez, la idea de no poder volver cuando quiera me hace sentir atrapada.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble.

—Depende de cómo se muevan las energías —responde Mildred, y cuando nota mi mirada de horror, añade—: Haremos todo lo necesario para que sea lo antes posible, te lo prometo.

Maggie se acerca un paso, me pone una mano en el brazo y lo frota. Su contacto es cálido, humano y maternal. Es una sensación que conozco de oídas, pero no de experiencia.

—No estás sola aquí, Lilian —dice con suavidad—. Podemos ayudarte mientras tanto. Estás a salvo.

Me río como si hubiese enloquecido.

—Claro. A salvo en un suburbio de clase media, atrapada con dos brujas, una cabra con trastornos de personalidad y un montón de humanos incapacitados. Justo como siempre imaginé mi gloriosa misión infernal.

—*Admítelo* —murmura mi demonio interior—. *Lo que te da miedo no es Westeast. Es que él ya no esté aquí y tú seas el único ser sobrenatural que habita la Tierra.*

La imagen de Levy transformado, la piel oscura y brillante, los ojos encendidos, los cuernos asomando entre su cabello, me cruza la mente como un latigazo. La angustia en la expresión de Tamara cuando lo ha mirado como si fuese un monstruo me perfora el estómago.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo ninguna frase sarcástica preparada para defenderme de lo que siento.

El timbre de la puerta suena en ese momento y Maggie me suelta con delicadeza.

—Voy a abrir —me informa.

Mildred se queda donde está, murmurando algo en un idioma antiguo mientras acaricia distraídamente a Gertrudis. Yo me limpio la humedad de los ojos con el dorso de la mano, irritada conmigo misma.

—*Muy bien* —se burla mi sombra—. *Estupendo. Primer día sin el Príncipe y ya estás emocional. Como sigamos así, te vas a volver humana. Y así yo no te quiero.*

—Ni de coña —mascullo.

La voz de Maggie llega desde el pasillo.

—Tamara, cariño. Y tú debes ser Tommy, ¿verdad? Pasad, por favor.

Perfecto. Justo lo que necesitaba. La novia humana devastada y el *quarterback* suspicaz.

Respiro hondo, me recompongo, enderezo los hombros y practico en mi mente mi mejor sonrisa de «no estoy colapsada, solo me molesta el mundo en general».

Cuando entran al salón, ya tengo el gesto preparado.

Tamara parece más pequeña que de costumbre dentro de su sudadera de animadora. Bueno, por lo menos se ha vestido, hubiese

sido raro que apareciese desnuda después de fornicar con el demonio mestizo y cubrirse con una irrisoria sábana. Sus ojos están rojos e hinchados, como si hubiese estado llorando todo el camino hasta llegar aquí. Tommy, a su lado, está tenso, con la mandíbula apretada y los puños cerrados. Sus ojos del color del caramelo fundido pasan de Mildred a Gertrudis, de Gertrudis a mí y se entrecierran.

No tiene pruebas, pero tampoco dudas de que yo soy lo mismo que Levy.

—¿Dónde está Levy? —susurra Tamara con la voz rota—. Necesito hablar con él.

Traga saliva.

Solo escuchar su nombre en sus labios hace que algo dentro de mí se remueva.

—*Oh, mi pequeña demonia. ¿No me digas que añoras al mestizo?*

Maggie me lanza una mirada en mi dirección, pero no es de esas que pretenden silenciarme. Es más bien una súplica para que tenga tacto. Lo cual demuestra que aún no me conoce.

—Se ha ido con su padre —responde Mildred antes que yo, dando un paso al frente—. Ha tenido que regresar a su hogar.

Tommy suelta una carcajada seca, incrédula.

—¿Su hogar? —repite—. ¿Es así como lo llamáis? Porque lo que yo vi hace un rato no era precisamente un viaje en Uber.

Lanza una mirada cargada de significado hacia mí. Yo le sostengo la mirada sin pestañear.

—*Mira qué majo* —comenta mi demonio interior—. *Si no fuese porque nos neutraliza los poderes, sería tan divertido.*

Tamara se acerca hasta mí, sin centrarse en Maggie ni en Mildred. Y mucho menos en la cabra loca.

—Necesito verlo —dice, y sus manos se aferran a las mías con desesperación—. Lilian, por favor, dime que puedes llevarme con él. No puedo dejar las cosas así. Tiene que saber que… —Se muerde el labio—. Que no me importa quién o qué sea. Yo… Lo amo.

La palabra queda suspendida entre nosotras.

Algo en mi pecho se contrae. No es envidia, aunque podría serlo. Es reconocimiento. Porque he visto cómo Levy la mira desde el

primer día. He visto cómo se contiene, cómo se rompe por dentro cada vez que tiene que apartarse.

—*Esto es un desastre* —resopla mi sombra—. *Romántico, trágico, ridículamente dramático. Me encanta.*

Maggie carraspea, nerviosa.

—Quizá deberíamos dejar que os sentéis —propone—. Puedo hacer té. Todos estamos un poco nerviosos y…

—¿Té? —repite Tommy—. Señora Sinclair, con todo el respeto de mundo, su hijo se ha transformado en una especie de cosa infernal delante de nosotros y ha desaparecido de la habitación de hotel como un espectáculo de David Copperfield. No sé si el té es…

—El té siempre ayuda —lo interrumpe Mildred con solemnidad—. Y tú cállate, muchacho, que aún estoy decidiendo si convertirte en sapo o en algo más útil.

Tommy palidece. Y juro que me tengo que esforzar para que no se note cómo disfruto de su cara de pánico.

—¿Puede hacer eso? —musita.

—Yo puedo hacer lo que quiera, muchacho. Así que te aconsejo que midas tus palabras en mi presencia.

—*Me cae bien la bruja.* —Sonríe mi sombra —. *¿No la podemos llevar cuando regresemos a casa?*

«Si regresamos», pienso, temblando un poco.

Al final, acabamos en el comedor. Tamara y yo juntas en un lado de la mesa, Tommy enfrente, con los brazos cruzados, observándome como si estuviese a punto de atacarle. Gertrudis se ha acomodado en la alfombra, masticando algo que no quiero identificar. Maggie se mueve entre la cocina y el comedor, sirviendo tazas y platos con galletas, como si una cena tardía, llena de calorías azucaradas, fuese a solucionar el drama que nos atañe.

Cuando por fin nos dejan relativamente solos, Tamara vuelve a clavar en mí su mirada suplicante.

—Lilian, por favor —repite—. Llévame con él.

Respiro hondo, apoyando los codos en la mesa. No sé si quiero reír, gritar o darle un abrazo. Por instinto, elijo lo primero.

—¿Estás loca? —pregunto sin filtro—. ¿Te crees que ir al infierno es como irte de finde? Eso no es un «subes al coche, pones la dirección

en el GPS y listo». Es más bien —chasqueo los dedos, buscando una comparación adecuada— como intentar colarte en la mansión de un dictador armado hasta los dientes, pero con más lava y más torturas eternas.

Tommy deja escapar una especie de resoplido. Tamara, sin embargo, no sonríe. Me mira como si mis palabras fuesen la única barrera que se interpone entra ella y su amado.

—No me importa —insiste—. Si Levy está allí, yo quiero estar. Necesito decirle…

Su voz se quiebra. Se lleva una mano al pecho, como si le doliera respirar.

—*Ay* —suspira mi demonio interior, fingiendo aburrimiento—. *El amor. Qué cosa tan pegajosa. Me produce cansancio.*

Me inclino hacia atrás en la silla, cruzo los brazos y la observo durante un largo rato. Tiene los ojos hinchados, la nariz roja y el pelo algo revuelto, como si se hubiese pasado las manos una y otra vez por él. Sigue estando preciosa. No es de extrañar que hasta un heredero infernal haya decidido arriesgarse a la ira de su padre por ella.

—Aunque quisiera llevarte, que no es el caso —añado con sinceridad brutal—, no puedo. Si entrar al infierno fuese tan fácil, créeme, no estaría atrapada en este patético plano. Ahora mismo estaría en mi cómoda habitación de roca volcánica, con vistas al lago de azufre, criticando almas condenadas con mi madre.

Tommy se aclara la garganta.

—Así que lo admites —dice, entornando los ojos—. Tú también eres como él.

Giro la cabeza hacia él muy despacio.

—¿Como él? —repito—. ¿Un demonio extremadamente atractivo con una personalidad encantadora y un sentido del humor impecable? Sí, más o menos.

Podría decir que exagero, pero mi demonio interior aplaude mentalmente.

—*Así se habla, princesa.*

—Sabía que había algo —murmura Tommy—. Lo que pasó en la fiesta… Lo que hiciste en la cocina…

Lo interrumpo con un gesto de la mano.

—Lo que sucedió en la cocina no es nada comparado a lo que te puedo llegar a hacer si no te callas de una vez.

Nos miramos un segundo. Él aprieta la mandíbula, disgustado. Bueno, ya somos dos.

Vuelvo la atención a Tamara. No quiero decirlo, pero es necesario.

—Además, el infierno no es un sitio para ti —continúo—. No eres un alma condenada ni un soldado infernal. Eres una humana con un corazón molesto, pero básicamente decente. Allí no durarías ni cinco minutos sin que alguien intentase reclutarte, usarte o romperte.

—No me conoces tanto —responde ella con un amago de orgullo—. Puedo ser más fuerte de lo que crees.

Sus ojos brillan con determinación y algo dentro de mí se afloja.

Lo que más me desconcierta de Tamara es esto. Su capacidad para sentir miedo, para romperse y, aun así, seguir adelante. No por obligación, no porque alguien se lo ordene, sino porque quiere.

—*Estos humanos son peligrosos* —susurra mi sombra en un tono que no logro identificar del todo—. *Empiezas mirándolos por encima del hombro y terminas cuestionándote quién eres tú.*

Me humedezco los labios, incómoda.

—Lo que sí puedo decirte —continúo, bajando un poco el tono— es que Levy intentó por todos los medios evitar que esto pasara.

Tamara parpadea, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Sus dedos juguetean con el borde de la taza. Me inclino hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Que tú siempre has sido su prioridad número uno —respondo—. Por eso no quería contártelo. Por eso se ha pasado meses haciendo malabares entre su naturaleza y tu enorme capacidad para meterlo en líos.

—Yo no he hecho nada —se defiende.

—No que tú sepas, pero tu presencia y lo que siente por ti lo mantiene constantemente en el borde del precipicio —le reconozco —. Cada vez que discutíamos, cada vez que yo le recordaba nuestro trato, su respuesta era la misma: deja a Tamara al margen.

Tamara cierra los ojos. Se le escapa una lágrima que le resbala por su mejilla.

—He sido una idiota —susurra—. Me he asustado tanto… Lo vi transformarse delante de mí, escuché sus gruñidos, vi sus ojos y solo pensé que tenía que alejarlo. Que no podía ser real. —Se lleva ambas manos a la cara—. Ni siquiera lo dejé explicarse. Antes de que empezara a hablar, ya estaba negándolo todo.

El silencio que sigue pesa.

Tommy se revuelve en su silla, como si no supiera dónde meterse. Sus ojos se posan en Tamara con una mezcla extraña de protección y resignación.

—Si te sirve de algo —murmura—, cualquiera se habría asustado.

—Yo no soy cualquiera —responde ella con rapidez—. Quiero ser la persona que él merece.

Y ahí está.

Ese es el momento en el que entiendo, por primera vez de verdad, por qué Levy ha desafiado a medio infierno por esta humana.

No es perfecta. No es una santa, pero lo intenta. Y, para una especie como la mía, criada en la idea de que los humanos son herramientas y poco más, ver a alguien que se esfuerza tanto en ser mejor es desconcertante.

—*Te estás ablandando* —gruñe mi demonio interior—. *Tu madre va a colgar tu foto en la sala de traidores como sigas así.*

—Levy no es fácil —digo despacio—. Lleva toda su vida intentando ser dos cosas incompatibles a la vez. Un hijo más o menos funcional para su madre humana y un heredero aceptable para su padre infernal. Tú solo lo complicaste todo, en el mejor sentido. —Alzo una ceja—. Y en el peor también.

Tamara suelta una risa ahogada, llena de lágrimas.

—Suena a algo muy de nosotros, sí.

—Mira, Ricitos de oro —añado, usando el apodo que al principio era un chiste privado y que ahora se me escapa con más cariño del que admito—. Yo no puedo llevarte al infierno. Ni ahora y tal vez nunca. No está en mi mano, sin embargo, puedo prometerte una cosa.

—¿El qué? —pregunta Tamara, esperanzada.

Trago saliva porque lo que voy a decir no es cualquier cosa. Implica algo que, hace apenas unas semanas, habría considerado traición directa hacia mi propia madre.

—Que se lo haré saber —respondo—. Sea como sea, cuando pueda comunicarme con él, le diré que lo amas. Que te arrepientes de cómo reaccionaste. Que no te importa que sea un demonio, un mestizo o el mismísimo Príncipe Oscuro. Que lo quieres como es. —Inclino la cabeza—. Y que, si tiene una mínima neurona operativa, no debería rendirse contigo.

Las lágrimas de Tamara se convierten en un llanto silencioso. No es histérico ni dramático, sino de absoluta tristeza. Se cubre la cara con las manos y yo, contra todo instinto demoníaco, me muevo.

Alargo el brazo y la atraigo hacia mí. Es torpe y extraño. No soy de abrazos. No sé dónde poner las manos ni cuánto apretar. Aun así, ella se aferra a mí como si fuese un salvavidas.

—Sé que suena horrible viniendo de mí —murmuro junto a su pelo —, pero Levy es un chico listo, seguro que hará lo posible por volver.

Tommy nos observa a las dos en silencio. Sus ojos se suavizan un poco cuando ve a Tamara aferrada a mí. Y, aunque su mandíbula sigue tensa, hay algo en su mirada cuando se cruza con la mía. Sé que me aborrece, pero la curiosidad pesa más.

—Ya de paso —interviene Tommy, sin apartar la vista de Tamara—, dile que, si vuelve a hacerle daño, tendrá que enfrentarse a mí.

Lo miro, arqueando una ceja.

—¿De verdad estás amenazando a un demonio de alto rango, humano?

Se encoge de hombros.

—Estoy amenazando a un tío que quiero que haga feliz a la chica de la que estuve enamorado. —Su mirada se endurece un segundo —. Que sea demonio es un detalle sin importancia.

No puedo evitarlo. Me río.

—Estáis todos fatal —sentencio.

Tamara se separa un poco de mí, limpiándose la cara con la manga de la sudadera. Respira hondo, como si se estuviese preparando para una batalla.

—Entonces… —dice—. Esperaré.

—¿Esperarás? —repito.

Asiente.

—Todo lo que haga falta. Hasta que esté preparado para volver, para hablar conmigo, para lo que sea que tenga que ser. —Sus ojos brillan, renovados—. No pienso dar por terminado algo que ni siquiera hemos tenido la oportunidad de empezar.

Mi demonio interior suspira con dramatismo.

—Mira que no soy fan de los finales felices, pero esto promete. O se besan sobre un volcán o se destruye medio infierno. De cualquier manera, me sirve.

Me recuesto en la silla, sintiendo por primera vez desde que el portal se cerró que quizá, solo quizá, estar atrapada aquí no es una condena después de todo.

Tengo una promesa que cumplir, un mestizo al que localizar en el plano infernal y un humano *quarterback* al que evitar tocar si no quiero seguir perdiendo mis poderes como si fuesen datos móviles.

Miro a Tamara, a Tommy y luego a la cabra, que nos observa desde la alfombra.

—Muy bien —digo al fin—. Entonces será esto: vosotros seguís con vuestro patético instituto, vuestros exámenes y vuestras cosas humanas y yo buscaré la forma de abrir una línea de comunicación con el infierno sin que mi madre me decapite.

—Lo dices metafóricamente hablando, ¿verdad? —cuestiona Tamara.

Sonrío de lado. No respondo, tampoco necesita saber que a los demonios, en nuestro hogar, nos crecen los miembros que nos son amputados. Así que prosigo:

—Cuando lo consiga, le diré a Leviatán que está muy jodido si cree que puede librarse de ti tan fácilmente.

Tamara deja escapar una pequeña risa entre lágrimas. Tommy resopla, pero sus labios se curvan un poco.

Y yo, Lilian Morningstar, hija de Lilith, demonio de pura raza, aspirante a general de legiones infernales, me descubro pensando que, por primera vez, no estoy sola en este plano.

Lo cual es aterrador.

Y, de algún modo, también reconfortante.

Capítulo 26



Levy

Me materializo en el infierno con un ruido que retumba en mis huesos.

No hay transición suave. Un segundo estoy en el salón de mi casa, con mi abuela gritando instrucciones a su cabra psicótica mientras abre un portal improvisado en el suelo, y al siguiente estoy aquí.

El suelo de mármol respira bajo mis pies, respira de forma literal, como si fuera un animal ronroneando.

Mi cuerpo está todavía en su forma demoníaca. Mis garras, mis colmillos, mis alas parcialmente desplegadas mientras mi sombra interior bufa como un dragón rabioso dentro de mi pecho.

—*Respira, mestizo* —ronronea mi sombra con una voz que parece hecha de humo negro—. *O, al menos, haz el intento. Estás goteando tristeza por los cuernos.*

—Cállate —gruño agobiado, intentando replegar las alas sin éxito.

El eco de pasos suena en la lejanía. Son pasos lentos y seguros. Como si la tierra misma apartara sus grietas para dejarlo pasar.

Trago saliva cuando la figura emerge de entre las sombras.

Lucifer, o lo que es lo mismo, mi mismísimo padre.

Alto, impecable, cabello oscuro cayéndole como una sombra perfecta. Sus ojos rojos brillantes que parecen haber visto de todo. Y, como siempre, vestido como si acabara de salir de una gala infernal de alta costura.

—Hijo mío. —Su voz retumba por las paredes, por mis huesos, por mi sombra. Todo se agita dentro de mí, inquieto, nervioso… sumiso.

Mi parte demoníaca se inclina ante él sin mi permiso—. Has regresado pronto, ¿ha ocurrido algo que deba saber?

»Supongo —comienza, paseándose a mi alrededor como un crítico de museo— que este despliegue de plumas, colmillos y dramatismo adolescente tiene una explicación.

—La he cagado, padre.

Mi sombra suelta una carcajada.

Yo no.

Mi voz suena como roca quebrándose al intentar hablar.

—Me transformé frente a una humana.

Lucifer se detiene.

Gira el rostro hacia mí con una lentitud calculada a la perfección, con los ojos brillantes.

—Imagino que no fue en una situación aburrida —deduce con una sonrisa ladeada.

Mi orgullo muere un poco.

—Pasaron cosas —murmuro, deseando que la tierra me trague. Lo cual, dado dónde estoy, con toda probabilidad sea literal.

Lucifer levanta una ceja.

—¿Cosas como qué, Leviatán?

—*Él quiere decir que se desató como un perro en celo* —interviene mi sombra, un traidor absoluto—. *La humana lo tocó y ¡puf!, se acabó la contención.*

—Eres un imbécil —le escupo.

—*Un imbécil honesto* —contraataca con satisfacción.

Lucifer observa la escena interna como si pudiera oír cada maldita palabra. Que probablemente sí que lo haga.

—Así que —dice al fin, cruzando las manos en la espalda— fueron solo besos o un encuentro mucho más íntimo.

Mis alas se despliegan solas, como si reaccionaran al pudor.

—Padre, no estamos aquí para hablar de mi vida sentimental.

Sus ojos resplandecen.

—Cuando tu vida sentimental amenaza con romper el velo entre los dos mundos, créeme que sí estamos aquí para eso.

Aprieto los colmillos con la garganta ardiendo.

—Quiero volver a mi forma humana —admito—. No controlo nada. Tamara me vio transformarme y…

Mi voz se rompe.

Lucifer se acerca y me levanta el mentón con un dedo, obligándome a mirarlo.

—La humana importa.

No es una pregunta, sino una verdad que mi silencio confirma.

Su expresión cambia. Pasa de diversión mordaz a una seriedad casi triste.

—¿Por eso me pediste más tiempo? ¿Por ella? —Continúo callado—. ¿Sabes? El amor complica las cosas para los de nuestra especie, Leviatán —me recuerda en voz baja.

Asiento con el pecho hecho trizas.

—No me arrepiento, padre. Un solo segundo a su lado ha valido la pena para la eterna condena que me espera —susurro.

Lucifer suspira, como si llevara siglos considerando un dilema similar. Quizá lo ha hecho. La historia con mi madre, su distancia, la profecía…

—Muy bien —murmura al fin—. Dime qué sientes por la humana.

Mi sombra empuja desde dentro, impaciente.

—*Dilo* —me provoca—. *Vamos, adórnalo. Sé poético. Amor mezclado con sufrimiento.*

Lo ignoro.

—Parece que se te asignó una sombra parlanchina —rebate mi padre.

Por un instante, me apetece sonreír al ver a mi demonio interior agachar las orejas como si su amo lo hubiese regañado. Luego recuerdo la pregunta que me ha hecho y vuelvo a ponerme serio.

—La amo —declaro con la voz más rota que he escuchado jamás salir de mí—. Desde que tengo memoria, pero ahora la he asustado. La he puesto en peligro. Llevabas razón, no debí permitir que se acercara a mí.

Lucifer me observa.

No sé qué espera ver, pero al final asiente con una gravedad que me oprime el pecho.

—El amor no te hace débil, Levy —murmura, usando mi nombre humano, que en su boca siempre suena casi sagrado—. Lo que te debilita es la mentira.

Mi cuerpo se tensa.

—Si deseas controlar tu forma demoníaca, si deseas reclamar tu poder en vez de que él te reclame a ti, tendrás que escoger.

—¿Escoger el qué?

Su sonrisa es triste y peligrosa a la vez.

—Deberás elegir si quieres sufrir las consecuencias de tus actos y que ella te recuerde como un monstruo o, por el contrario, que no te recuerde en absoluto. —Mi sombra gruñe, dolida, mientras yo dejo de respirar—. Será como si nunca hubieses estado en su vida.

Lucifer toca mi frente con dos dedos. Su poder me recorre como un rayo azul oscuro. Mis alas se agitan mientras el infierno vibra.

—¿No hay otra opción? —digo con un hilo de voz.

Niega y, por un segundo, parece afligido.

—Medítalo, Leviatán. No te precipites en elegir porque, cuando lo hagas, no habrá vuelta atrás.



Me encuentro sentado en lo alto de un acantilado, admirando las asombrosas vistas que tengo ante mí. Aun así, ni siquiera necesito darme la vuelta para saber que mi padre se acerca a la zona. Por muy sigiloso que pretenda ser, es imposible que no sea consciente de su presencia. Él absorbe todo el poder a su alrededor. El río de lava que tengo bajo mis pies, que hasta hace unos segundos se mantenía en calma, comienza a chisporrotear, intentando erosionar, llamando la atención de su rey.

Recojo una piedrecita a mi lado y la lanzo al aire. Justo en el instante que llega abajo se funde, desapareciendo.

—Padre… —murmuro sin cambiar de postura. Él hace un ruido con la lengua al verse descubierto.

—¿Qué me ha delatado? —Con una de mis garras, señalo, desganado, la lava embravecida—. Oh, mi adorado magma —comenta orgulloso.

Miro de reojo cuando se cierne a mi espalda. Ambos nos encontramos en nuestra forma demoníaca con nuestros ojos rojos, los cuernos que sobresalen de nuestra frente; las piernas, que se parecen a las patas traseras de una cabra y nuestro largo rabo, terminado en una especie de flecha con forma de tridente. Pero hasta ahí llegan las similitudes. Él posee un tono negro y brillante que le cubre la piel escamada de sus dos metros y medio de altura; en comparación de mis apenas dos metros, recubierto de un gris deslucido que me da un aspecto enfermizo.

—¿Puedo? —Señala el espacio rocoso a mi lado.

Me encojo de hombros y muevo mi rabo, colocándomelo sobre el regazo para que tenga espacio y tome asiento. Mientras noto cómo lo hace, jugueteo con la punta, delineando su forma. Ni siquiera recordar que a mi padre le falta un minúsculo pedazo me saca una sonrisa.

—¿Sabes? Tú y yo nos parecemos más de lo que crees.

Echo un vistazo de arriba abajo, siendo consciente de todas nuestras diferencias físicas.

—Lo dudo —susurro, arqueando una de mis cejas despobladas de pelo en su dirección.

—Te asombrarías de cuánto, Leviatán. —Sonríe—. Aun así, me refiero a que también elijo este apartado lugar cuando necesito pensar. Eso no significa que no crea que me superes en fuerza y tamaño cuando tengas tantos años como yo.

—La simple idea de sobrevivir tanto tiempo en este lugar me parece insólita —comento taciturno y un tanto escéptico.

—Sí, yo también lo pienso —está de acuerdo él, lo que hace que me tense y estire la espalda.

Una cosa es que yo sea consciente, pero que él no tenga ni un ápice de confianza en mí, escuece igual que lo haría restregar con sal a una herida abierta.

—Si has venido a enumerar cada una de mis debilidades, podrías haberte ahorrado el paseo. Soy conocedor de ellas.

—No quise decir… No he venido a eso, hijo, sino que el desconsuelo que transmites tiene a los demás demonios relamiéndose, deseosos por hincarle el diente a tu marchitado corazón. —Enmudezco,

incómodo, incapaz de replicar sus palabras, pues sé que son verdad, y araño con mis largas uñas la superficie rugosa sobre la que estamos sentados—. ¿Te he contado alguna vez cómo nos conocimos tu madre y yo? —añade tras unos segundos al ver que vuelvo a encorvar mi espalda.

—Me sé la historia, padre —le recuerdo en un tono apenas audible —. Mamá y tú os conocisteis tras una sesión de la abuela. Ella pretendía invocar a Belcebú y en su lugar apareciste tú. Tan prendado quedaste de la hija de la bruja que decidiste quedarte en la Tierra y cortejarla. Disfrutaste a su lado durante un tiempo, donde no faltó el romanticismo, y en el que, por aras del destino, me creasteis a mí. Luego tuviste que volver aquí y lo demás es historia.

—Curiosa forma de resumirlo… —comenta pensativo, acariciando uno de sus cuernos—. Sin embargo, esa es solo una parte de la versión. La realidad es mucho más complicada.

Mi padre siempre ha rehuido hablar de ciertos temas que para él son tabú. Y la relación exprés que mantuvo con mi madre es uno de ellos. Puede ser que sea por esa razón por la que giro la cara en su dirección. Dudo que pueda surgir otra oportunidad para que vuelva a sacar el tema.

—Ya sabes que tu abuela tiene una fuerza psíquica increíble. Su alma es tan pura que es capaz de atraer seres no terrenales, de ahí que pueda contactar con los espíritus —comienza a relatar mientras su rictus se suaviza. Nunca antes lo había visto así, y eso hace que le preste aún más atención—. Desde que comenzó a coquetear con la brujería, sentí su llamada, era tan poderosa que incluso me molestaba. Nunca antes había sentido nada parecido, por lo que, molesto, decidí traspasar el portal para averiguar de qué se trataba esa conexión.

Cabecea y se le forma una sonrisa.

»Me dejé guiar por la sensación y acabé en un pequeño pueblo costero en Virginia. —«Westeast, mi ciudad», nombro en silencio en mi cabeza, para no molestarlo. Mi padre asiente y me regaño por haberme olvidado de nuestro poder telepático—. Ahí descubrí que no era el aura de tu abuela la que me llamaba, sino la de una bebé que descansaba en una de las habitaciones en su cuna. Puede

parecer raro, pero nada más posar mis ojos en ella, supe que tu madre era mi alma gemela.

—¿Mamá? —Él asiente—. Ni ella ni la abuela me contaron esa parte.

—Realmente no la saben —me informa—. Sé que es extraño de entender. Explicarlo tampoco resulta fácil, pero las almas que se pertenecen entre sí se reconocen en el acto. Yo, nada más averiguarlo, me alejé. ¡Era un bebé! Intenté olvidarlo, pero por mucho que pasara años ignorándolo, el vínculo seguía ahí. Y conforme pasaba el tiempo, más poderoso se hacía. Al final claudiqué a él, tenía que volver a verla, sentir esa especie de paz que toda mi existencia he intentado alcanzar y solo experimenté cuando estuve a su lado.

»Esa vez aproveché una de las invocaciones de tu abuela para colarme en vuestro mundo y quedé totalmente prendado de la mujer, de veinticuatro años, en la que se había convertido tu madre. Supongo que ella debió de sentir la conexión que nos unía porque, por muchas quejas, por muchos conjuros por parte de tu abuela para que desapareciese, fue en vano. Nuestro amor fue potente al igual que efímero. Pasamos un tiempo idílico, el mejor que recuerdo de toda mi larga existencia, pero soy el diablo y ello conlleva responsabilidades que no puedo eludir. Estaba tan enamorado de tu madre que le rogué que me acompañase y se convirtiese en mi reina. Que gobernase a mi lado en las tierras del inframundo.

—Te rechazó —susurro con el corazón encogido por él.

En esta ocasión niega. Una sensación amarga se me instala en el paladar, es la pena que mi padre destila la que produce que saboree esa emoción. Emoción, con la cual, últimamente, estoy familiarizado.

—Margaret aceptó —dice al fin, y eso hace que mi confusión aumente.

Frunzo el ceño y le digo:

—No lo entiendo. Si ella aceptó, ¿por qué os mantuvisteis separados?

—Leviatán, para que un humano pueda traspasar las puertas del infierno, antes debe haber dejado atrás su vida.

«Oh», pienso al comprender sus palabras.

—Exacto, hijo. Cuando llegó el momento, no fui capaz de consentir arrebatarle la vida a tu madre. La amaba tanto que no podía ser tan egoísta. Conoces a tu madre, sabes lo intensa que es cuando quiere y no hace falta que mencione que no se tomó demasiado bien que le retirase mi oferta de venir aquí. —Señala con sus garras el entorno que nos rodea—. Un punto más a favor para tomar aquella decisión, fue saber que tú estabas creciendo en su interior. Soy un demonio, hijo, el rey del infierno. Sin embargo, no quería convertirme en el monstruo que todos piensan que soy. Nunca me hubiese perdonado arrastraros conmigo en aquella ocasión.

—¿Mamá sabe la verdad?

Niega.

—Algunas veces nos toca tomar decisiones que no queremos por el bien de quienes amamos. Sé que he sido un demonio tozudo en querer que ocupes el lugar que te mereces aquí, a mi lado. Y ahora que has aceptado por tu propia voluntad, debería estar orgulloso, incluso feliz —cabecea—, pero, sintiéndolo mucho, no te quiero aquí y debes volver a tu mundo.

—¡¿Qué?! —Me levanto de un salto—. ¡No puedes echarme! Esto es lo que querías, ¿no? Que cumpliese con mi destino, la profecía —le increpo—. Y eso es lo que haré. Me casaré con Lilian cuando consiga regresar. Pasaré por mi coronación y lucharé a tu lado de cualquier artimaña que a Lilith se le pueda ocurrir para sabotear tu reinado —enumero molesto.

—¿Crees que eso no es lo que he deseado desde hace tiempo? —pregunta.

Mi padre se pone en pie, imitando mi postura. La diferencia es que él me saca casi un metro y me hace parecer insignificante a su lado.

Una ventisca de aire caliente comienza a levantarse a nuestro alrededor, señal de que se está enfureciendo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¡El problema eres tú! —brama, haciendo temblar el suelo bajo nuestras patas.

Doy un paso atrás, dolido. «Soy indigno», aparecen esas dos malditas palabras en mi mente. No soy suficiente para él en este lugar, igual que soy un monstruo para Tamara en su mundo. Soy un

mestizo. Esté en el reino que esté, nunca me encontraré completo. Siempre habrá una parte de mí que no sea aceptada.

—Leviatán… —murmura mi padre con ojos alarmados—. No quise que sonase así. No estás aquí por las razones adecuadas y… —Extiende su garra en mi dirección y doy otro paso más, alejándome de su contacto.

—No. Yo solo… —Niego sin saber que añadir.

—¡Hijooo! —exclama al ver cómo despliego mis alas, parecidas a las de un murciélago, y emprendo el vuelo deseando huir de mis problemas.

Sin embargo, por mucho que las bata a máxima velocidad, sé que será imposible alejarme. Porque el problema no son los demás, sino yo. Y es muy difícil escapar de uno mismo.

Capítulo 27

Lucifer

El silencio del Inframundo siempre ha sido mi aliado. Me permite pensar, diseñar movimientos, anticipar traiciones, maniobrar en las sombras sin que nadie sea consciente de la verdadera magnitud de lo que sucede bajo sus pies. Sin embargo, hoy este silencio no me ofrece refugio. Es como un eco que rebota contra las paredes de obsidiana y me devuelve, una y otra vez, la misma imagen devastadora: la de mi hijo huyendo de mí, con sus alas retraídas, su fuego temblando débilmente en torno a sus garras y los ojos rojos apagándose con el peso de una tristeza que jamás pensé que llegaría a presenciar en una criatura de mi sangre.

Nunca imaginé que un mestizo pudiera sentir con tanta intensidad. Ni que el amor, esa fuerza a la que tantos de los nuestros consideran una debilidad imperdonable, pudiera volverlo tan mortalmente vulnerable.

Pero ahí estaba Leviatán esta mañana, como si la simple idea de existir fuera demasiado dolorosa. Ni la furia de su sangre demoníaca ni la calma humana que heredó de Margaret lograron sostenerlo. Y cuando lo toqué, cuando sentí cómo se estremecía ante el mero recuerdo de la mirada de Tamara al descubrirlo, supe que nada de lo que diga o haga aquí, en mi reino, servirá para alzarlo de nuevo.

No. Para eso debo salir de este lugar.

Debo ascender a la Tierra.

El pensamiento me arranca una sonrisa involuntaria. Hace demasiado tiempo que no lo hago; desde aquel accidente encantador provocado por la incompetencia de Mildred, la bruja con peor puntería. Y, sin embargo, aquí estoy otra vez, dispuesto a cruzar el velo por un motivo completamente distinto.

Por él.

Abro un portal con un movimiento lento de mis manos. La energía rojiza se curva como si fuese plastilina. Traspaso la frontera entre mundos con la naturalidad de quien cruza un salón. El viento frío de la noche terrestre me envuelve al instante, junto con ese olor tan particular que tienen los humanos: una mezcla entre miedo, deseo, esperanza y estupidez en dosis casi poéticas.

Camino unos metros y, como no podría ser de otro modo, la encuentro. Tamara Jefferson. La chica de la que mi hijo está perdidamente enamorado. La muchacha que ha logrado desarmar al futuro Príncipe Oscuro como si fuese un recién nacido. Está en su dormitorio, tumbada de costado sobre la cama, como si intentara juntar los pedazos de algo que no comprende.

Me teletransporto y aparezco en su habitación, en mi forma humana, permitiendo que mis pasos hagan suficiente ruido como para que no piense que un depredador la acecha. No quiero matarla del susto.

Ella se levanta de golpe, sus manos temblorosas, los ojos muy abiertos. Aun así, reúne una valentía admirable.

—¿Quién eres? —pregunta, aunque su voz apenas logra imponerse al temblor.

Sonrío. No una sonrisa humana, sino la mía: lenta, afilada, casi artística.

—La pregunta correcta sería: ¿qué soy, Tamara?

Ella retrocede un paso, pero no huye. Ese detalle me complace. Valiente, sí, aunque temblorosa. Preciosa combinación.

—Usted… Tiene los ojos iguales que… —Comienza a respirar rápido —. ¿Es como él?

—Soy mucho peor que él —respondo con un leve gesto de cabeza —. Aunque no lo suficiente para hacerte daño. Si quisiera, créeme, no estaríamos conversando. Estoy aquí por un motivo distinto.

Se queda inmóvil, como si supiera que cualquier movimiento podría desatar algo. Sus pupilas se dilatan.

—¿Dónde está Levy? ¿Está bien? —pregunta de pronto, con una urgencia que incluso yo no esperaba.

Ah. Esa es la primera nota de sinceridad absoluta que escucho esta noche.

—Mi hijo está vivo, pero no está bien. No después de verte temblar frente a él. Eso lo ha destruido —admito, permitiéndome una fracción de vulnerabilidad que no suelo ofrecer a nadie.

Ella aprieta las manos contra su pecho.

—Yo… Me asusté. No sabía lo que estaba viendo. Pero era él. Lo sé. Y cuando Lilian lo tomó de la mano y se marcharon… —Se le quiebra la voz—. Yo debería haber corrido tras él.

Sabía que tenía sentimientos por mi hijo, pero esto es otra cosa más poderosa.

Me acerco un poco más, lo suficiente como para que pueda ver el fuego profundo en mis ojos.

—¿Sabes realmente lo que es él, Tamara? ¿Sabes lo que significa amar a un mestizo? No es un simple demonio. Es la pieza clave de una profecía antigua. Cuando alcance todo su poder, podrá atravesar los planos sin ayuda, abrir puertas que llevan cerradas desde antes de que tú nacieras. Su existencia es una llave. Una oportunidad. Un arma. Y los que vivimos en el Inframundo no dejamos las armas sin vigilancia.

Ella da un paso adelante, como si mis palabras, lejos de asustarla, la empujaran a aferrarse más fuerte a su decisión.

—No me importa lo que sea. No me importa lo que pueda hacer o lo que esté destinado a ser. No quiero alejarme de él. No puedo —dice sin vacilar, y la convicción de su voz me golpea con fuerza.

La observo un largo rato, permitiéndome el lujo de analizar cada pequeña respiración, cada vibración emocional. Y al fin pregunto:

—Si yo liberara a mi hijo de parte de sus responsabilidades, ¿estarías dispuesta a aceptarlo tal y como es? ¿Con sus sombras, con su fuego, con sus demonios internos? —cuestiono—. ¿Podrías amarlo sin pretender que sea humano cuando no lo es?

Tamara levanta la barbilla y sus ojos brillan con confianza.

—Sí —responde sin titubear—. Porque lo que siento por él es más fuerte que cualquier profecía o destino. Él no es solo lo que nació para ser, es quien eligió ser conmigo. Y no pienso soltarlo.

Ah, interesante.

Asiento una sola vez, en silencio, y desaparezco sin despedirme.

Cuando reaparezco, no estoy en el infierno, sino unos metros más allá de la casa de Tamara.

Margaret abre la puerta antes siquiera de que pueda tocar. Su rostro se ilumina al verme, y esa expresión, esa mezcla de alivio y nostalgia, me golpea en un lugar que intento ignorar desde hace décadas.

—¿Está bien? —pregunta al instante—. ¿Está bien nuestro hijo?

Ella me abraza y yo, por un instante absurdo, me permito corresponderle. Cierro los ojos. Es demasiado fácil recordar lo que se siente al ser amado por ella.

—He ido a ver a Tamara —confieso cuando me separo.

Maggie se lleva una mano a la frente.

—Dime que no la has asustado. Lucifer, por favor, dime que no has aparecido ahí envuelto en fuego o con tus ojos de… de demonio alfa o como quieras llamarlo. Esa niña ya ha pasado bastante.

—No ha sido tan grave —respondo, formando una mueca en mis labios.

—Eso significa que sí lo hiciste —replica, arqueando una ceja. Qué humana tan peligrosa. Incluso después de los años, consigue desarmarme.

Suspira y me mira con desesperación en los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Lucifer? Lo que le pase a Levy… Lo que decidas lo cambiará.

Me quedo mirándola en silencio. La amo de formas que no puedo permitirme mostrar, pero ella me enseñó, de todas las criaturas en los tres planos, algo que nunca había comprendido: que las reglas, incluso las mías, pueden romperse si el cambio lo exige.

Ella coloca una mano sobre la mía, cálida, firme y tan humana.

—A veces las reglas deben romperse, Lucifer. Es la única forma de que algo verdaderamente nuevo pueda nacer.

Medito sus palabras y, tras hacerlo, sé lo que debo hacer.

—Has hecho un buen trabajo criando a nuestro hijo —le digo.

—Dirás que hemos hecho un buen trabajo. Aunque no lo creas, tú has contribuido a que Levy sea el chico que es a día de hoy.

Asiento, agradecido por sus palabras. Me acerco hasta ella y apoyo mi frente sobre la suya. Antes de desaparecer, me permito rozar una

última vez mis labios contra los suyos. Solo un roce es lo que me permito como despedida.

Regreso al Inframundo con una misión.

Capítulo 28



Levy

El Infierno tiene su propio ritmo, una cadencia profunda y vibrante que no tiene nada que ver con el paso del tiempo humano. Aquí los segundos se estiran como sombras líquidas; las horas son criaturas que se retuercen en las esquinas; los días directamente no existen. Y yo, sin embargo, llevo contando cada uno de esos segundos desde que dejé a Tamara atrás.

Mi forma demoníaca no debería cansarse, y, aun así, siento el agotamiento incluso en mis alas, en cada curva de mis cuernos, en cada músculo tensado que no encuentra descanso.

No encuentro alivio en nada. Ni en la lava que fluye bajo las plataformas. Ni en el silencio reverencial de los demonios inferiores al cruzarse conmigo. Ni siquiera en las voces lejanas que murmuran mi nombre, anunciando mi llegada como si de algún tipo de mesías oscuro se tratase.

Estoy harto. De mi cuerpo. De mi destino. De mi existencia.

Pero, sobre todo, estoy harto de la imagen que me persigue a cada paso: los ojos de Tamara llenos de miedo. No hacia un monstruo, sino hacia mí.

La gran puerta del salón del trono se abre con un retumbar grave. Las antorchas negras se inclinan como si respiraran al unísono cuando mi padre aparece sentado en su trono.

Lucifer no necesita imponerse, él es la imposición. Su simple presencia hace que el aire tiemble.

—Leviatán —dice con voz profunda y casi humana. Lo que significa que viene algo importante. El Diablo, cuando quiere, puede sonar

peligrosamente amable.

—Padre —respondo, inclinando apenas la cabeza. Una reverencia completa sería una mentira. Él lo sabe. Yo lo sé. Nadie se esfuerza ya en fingir lo que no somos.

Me observa con detenimiento, como si pudiera ver todos los pensamientos que intento esconder bajo mis escamas.

—Has cambiado —dice al fin.

—He cometido un error —respondo sin rodeos—. Y Tamara… —Mi voz falla—. No quiero hablar de eso.

—Curioso —murmura—. Porque precisamente ella ha sido quien más ha hablado conmigo hoy.

Alzo la cabeza de golpe. Los cimientos del salón vibran.

—¿Cómo dices?

Lucifer sonríe, y sus colmillos brillan como fragmentos de luna.

—He ido a verla.

Mi estómago, si es que todavía tengo uno, cae en picado.

—¿Para qué?

—Para escucharla. —Se inclina sobre su trono—. Y para escuchar qué eras tú para ella.

Un hilo de fuego azul recorre mi columna. No sé si es miedo o esperanza. Quizá se trate de ambos.

—No tenías derecho —protesto—. Ella ya ha sufrido suficiente. No deberías haberte…

—Leviatán. —Su tono baja, firme—. Cállate.

Mi mandíbula se cierra con un chasquido audible. Porque claro, cuando Lucifer te ordena que te calles, obedeces.

Continúa hablando, sin apartar la mirada:

—He visto a muchas humanas. Las he visto suplicar, negociar, mentir, adorar, maldecir y rogar. —Sus dedos tamborilean en el brazo del trono—. Pero nunca había visto a una muchacha enfrentarme sin apenas temblar solo para decir que te ama.

La palabra resuena como un trueno.

Me quedo inmóvil. No respiro. Ni siquiera la lava burbujeante se atreve a chisporrotear.

—¿Qué…? —murmuro.

—Exactamente eso. —Inclina la cabeza—. Que te ama. Humano, demonio o ambas cosas. Que no piensa soltarte, aunque el mundo se acabe.

Algo en mí se rompe. Como un colapso y un nacimiento a la vez.

Mi sombra interna, que había permanecido en silencio desde que llegamos aquí, susurra con un temblor que no la había escuchado nunca:

—*Tenemos que volver.*

Lucifer se levanta del trono con un porte que haría arrodillarse a cualquier criatura mortal o inmortal.

—Esa muchacha —dice— cree que eres más fuerte de lo que tú crees ser. —Camina hacia mí con pasos que resuenan a nuestro alrededor—. Y yo estoy cansado de sostener un reino cuya única función es encadenar a los que nacen en él.

Se planta frente a mí. Yo, en mi forma completa, sigo siendo más bajo que él. Poca gente puede presumir de eso.

—Te ofrezco libertad —declara—. La verdadera. No la que los humanos rompen cuando les conviene.

Extiende una mano sobre mi pecho y siento un calor extraño, casi familiar, como si me acariciara con fuego.

—Renuncio a obligarte a portar el título que te corresponde por nacimiento. A partir de hoy, no eres príncipe por mandato. Solo lo serás si así lo deseas.

La lava del salón se eleva como si celebrara. Las antorchas exhalan. Y yo casi caigo de rodillas.

—¿Por qué…? —pregunto con un hilo de voz.

Mi padre sonríe, pero esta vez con esa rareza que pocas veces he visto en él, lo hace con humanidad.

—Porque tu madre me ha dicho que las reglas a veces están hechas para romperlas. —Se gira ligeramente y su sombra se alarga por todo el salón—. Y, porque esa humana, Tamara, me ha recordado que incluso nosotros, los seres eternos, podemos estar equivocados.

Mi corazón da un latido tan fuerte que siento el eco en mis cuernos.

Lucifer vuelve a mirarme.

—¿Quieres volver con ella?

No hay duda.

—Sí —respondo—. La quiero.

—Perfecto. —Sonríe—. Entonces, regresa, pero no te olvides de que este también sigue siendo tu hogar y que de vez en cuando necesitarás regresar a él. No porque yo te lo imponga, sino porque tu lado demoníaco así te lo pedirá.

Me toca la frente con dos dedos. Un poder inmenso, asfixiante y liberador desciende por mi piel, como si alguien estuviera reescribiendo cada fibra que me compone.

—Regresa como quien eres realmente.

—¿Y quién soy? —pregunto.

Lucifer se encoge de hombros con una elegancia casi burguesa.

—Un chico enamorado. —Sus ojos brillan como dos estrellas negras —. Y eso, mi querido hijo, es más peligroso que cualquier demonio.

La luz me envuelve. No veo nada. Solo siento que vuelvo a casa.

A ella.

Capítulo 29



Lilian

Si me hubieran dicho hace un mes que iba a estar atrapada en el plano humano sin posibilidad de regresar al Infierno, escuchando música demasiado alta, luces demasiado brillantes y aguantando a adolescentes histéricos, me habría reído en su cara. O quizá les habría arrancado la cara, dependiendo del día.

Sin embargo, aquí estoy, en el baile de graduación. Con un vestido que Margaret insistió en comprarme porque, según ella, «si iba a sufrir, al menos que fuese con estilo». Y con un humor tan peculiar que mi sombra interior no deja de recordarme que, técnicamente, amenazar con mi mente a humanos en un evento escolar se considera de mal gusto.

Patético.

Desde que Levy cruzó el portal sin mí, mis días han sido una mezcla de frustración, soledad, enojo y algo que jamás admitiré en voz alta: preocupación.

Él era mi único enlace con el caos razonable en el que me encontraba. Mi compañero de reclutamiento. Mi apoyo emocional en forma de demonio semi inútil, pero demonio, al fin y al cabo. Sé que debería alegrarme de no tener que competir con él por un ascenso infernal, pero no sé. Desde que estoy aquí, empiezo a comprender que la vida es más compleja que blanco o negro, cielo o infierno, castigo o recompensa. Me hace sentir incómoda, como si la humanidad se estuviera filtrando por mis venas.

Pongo los ojos en blanco ante mis propios pensamientos. Muy poético para mi gusto.

Necesito distraerme, así que me acerco a una chica de vestido rosa que custodia un pequeño sobre blanco: el resultado de las votaciones para Reina del Baile. Perfecto. Algo caótico y superficial. Mis dos cosas favoritas.

—¿Quién ha salido elegida? —pregunto con mi mejor sonrisa depredadora.

Ella me mira, frunce las cejas y responde:

—No puedo decirlo.

Contengo una carcajada. Qué encantador. Los humanos siguen reglas inútiles incluso cuando nadie los vigila.

—Oh, por favor. —Hago un gesto con la mano y dejo que mi poder se deslice hasta ella. Es solo un suave y elegante empujón mental—. ¿Quién ha salido elegida?

Como un títere, baja la mirada al sobre, lo abre y lee:

—Tamara Jefferson.

Por supuesto. La brillante, adorable, burbujeante y desquiciadamente luminosa capitana de las animadoras.

Me llevo una mano a la sien.

—Claro, cómo no —susurro.

Esto no va a funcionar.

No pienso quedarme atrapada en este plano mezquino, aburrido y saturado para ver cómo la rubia se lleva una corona que ni siquiera quiere. Necesito algo de diversión y, más importante aún, una dosis de control. No pienso hundirme en la impotencia.

—Lo siento, cielo —murmuro con dulzura venenosa mientras tomo el papel y lo borro con un chasquido mental. Luego escribo mi propio nombre—. Mucho mejor.

Le devuelvo el sobre y vuelvo a sugerirle:

—Vamos, míralo de nuevo. ¿Quién ha salido?

Ella obedece, abre el papel y sonríe como si le hubiera explotado purpurina en la cara.

—¡Eres tú, Lilian! Eres la Reina.

—Increíble, ¿verdad? —comento con un aire absolutamente modesto.

Cuando llega el momento de anunciar los resultados, camino hacia el escenario con la gracia natural de alguien que sabe que merece

un trono. Me siento en él, cruzo las piernas, dejo que el foco ilumine mi cabello rojo y hago un gesto de saludo digno de la mismísima emperatriz del Inframundo.

A mi izquierda, Tommy Ferguson sube como Rey del Baile, coronado entre gritos y aplausos. Los humanos adoran a este espécimen atlético, fuerte, con mandíbula marcada y cerebro limitado, pero sorprendentemente intuitivo.

Desde que me salvó de ahogarme, me observa como si pudiera ver más de lo que acepto mostrar. Eso me incomoda y me irrita. Y me despierta cosas que no quiero analizar.

Se acerca a mí y, sin perder su sonrisa de *quarterback*, murmura por lo bajo:

—Ni siquiera deberías estar aquí, demonia.

Lo observo con lentitud, como si fuera un insecto molesto.

—Y, sin embargo, aquí estoy, Ferguson. Esa corona es tu única neurona funcional, así que no te quejes.

—Te tengo vigilada, que no se te olvide, Morningstar.

—¿Me estás amenazando? ¿A mí?

Resoplo una risa.

—Tómatelo como quieras, pero es una realidad.

—¿Y sabes cuál es otra realidad que se rumorea por los pasillos? —cuestiono, dispuesta a fastidiarlo tanto como lo hace él a mí—. Que nuestro adorado *quarterback* no ha recibido aún ninguna oferta de ninguna universidad que no sea de la vulgar Virginia.

Lo veo apretar la mandíbula. Y sonrío cuando el equilibrio se restablece.

La química que se forma entre los dos es tan absurda, incómoda y peligrosa… Me recuerda demasiado a lo que aprendí sobre las reacciones humanas: cuando dos sustancias opuestas se juntan, o explotan, crean algo totalmente nuevo.

—¡El Rey y la Reina abrirán el primer baile!

Me tenso de inmediato.

—No voy a dejar que pongas tus manos encima de mí —le advierto con un tono asqueado.

Tommy arquea una ceja.

—Tranquila, princesa del infierno. Yo tampoco me muero por bailar contigo.

—Perfecto. Porque, si lo intentas, te mato.

Antes de que podamos continuar con nuestra conversación pasivo-agresiva, la atmósfera cambia. Lo siento antes de verlo. Una vibración energética. Un eco familiar.

Me levanto de golpe cuando las luces detrás del escenario parpadean. Y entonces lo veo entrar.

Levy.

Mi casi-prometido, humano-demoníaco. Mi dolor de cabeza favorito. Mi compañero de reclutamiento ha vuelto.

Pero esta vez no viene deshecho, ni tembloroso ni atrapado entre formas. Viene con paso firme, rostro decidido y los ojos con un brillo oscuro que no veía desde nuestro plano.

Grito su nombre antes de pensarlo:

—¡Levy!

Bajo del escenario sin dignidad alguna y corro como si llevara siglos viviendo entre humanos sin un solo demonio cerca. Cuando llego a él, me lanzo a su cuello. Él me sostiene y se ríe con suavidad.

—Parece que alguien me ha echado de menos —pregunta con una voz que, lo odio, suena demasiado atractiva.

—No te pases —contesto, fingiendo indignación—. Pero viendo el panorama, eres de lo mejor que había disponible. Que no se te suba a la cabeza.

Él sonríe. Una sonrisa auténtica. No la sombra triste que llevaba encima antes de marcharse.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —pregunto, separándome solo un poco—. ¿Te han soltado por fin?

—Mi padre me ha liberado —responde—. Pero necesitaba decírtelo a ti antes que a nadie. También ha roto nuestro compromiso.

Una chispa cálida y molesta se instala en mi pecho. Genial. Sentimientos. Mi cosa favorita después de los castigos eternos.

—¿Has visto a Tamara? Se ha vuelto un alma en pena. Ha sido tan tentador no convertirla en acólito —comento sin poder evitarlo.

Me sorprendo cuando Levy, en vez de bufarme, me sonríe.

—Voy a buscarla ahora —dice, y lo veo impaciente, casi desesperado, por encontrarla.

Esa urgencia me arranca un suspiro que no admito en voz alta.

Mi sombra interna comenta algo sarcástico sobre ser la secundaria emocional de mi propio exprometido, pero la ignoro. Levy está donde debe estar. Ha luchado por su libertad, por su verdad y por la chica que ama. Aunque me saque de mis casillas.

—Ve —le digo al fin—. Antes de que te cagues en los pantalones y te acobardes.

Él aprieta mi mano un instante, como agradeciéndome algo que no termina de decir, y se gira para perderse entre la multitud.

Yo apenas doy un paso para seguir la dirección contraria cuando un sonido atraviesa.

«Lilian». Escucho mi nombre con la delicadeza de una amenaza maternal.

El pasillo junto a la cafetería parece distorsionarse. Las luces parpadean y un portal oscuro se forma al fondo, como una grieta en la realidad.

Mi estómago da un vuelco.

«Lilian».

Mi madre me llama desde el otro lado.

Mis pies avanzan solos, como atraídos por un imán ancestral.

El corazón, esa cosa inútil que adquirí aquí, me late desbocado.

Estoy a segundos de irme por fin a casa cuando una figura se interpone.

Tommy.

—¿Ya te marchas? —pregunta.

No es una acusación, pero tampoco una despedida alegre. Es… extraño, casi diría que parece decepcionado.

Nos quedamos frente a frente, el portal detrás de mí emitiendo un zumbido grave.

—Así es —respondo—. Créeme que este mundo no está listo para mí.

Tommy aprieta la mandíbula, como si quisiera decir algo más, pero no encontrase el valor o la estupidez.

—Supongo que, bueno, gracias por no matarme en la piscina —murmura.

—De nada. Fue un accidente. Aunque admito que tentador —respondo con una sonrisa ladina.

Su mirada es intensa. Demasiado intensa.

—¿Volverás? —pregunta finalmente.

Me cruzo de brazos, ladeando la cabeza.

—No lo sé, Ferguson. Si vuelvo, intentaré traerme un látigo para controlarte. Este mundo y tú necesitáis disciplina.

Él permanece serio.

—Y tú necesitas terapia.

—Lo sé.

Nos quedamos un instante más así, suspendidos en algo extraño que ninguno se atreve a nombrar.

Entonces miro el portal, respiro hondo y doy un paso hacia atrás.

—Adiós, *quarterback* —susurro.

—Adiós, demonia —responde él sin apartar la mirada.

Cruzo el umbral y la oscuridad me envuelve con un abrazo que se siente, por primera vez, como un hogar.

Capítulo 30



Tamara

La música del gimnasio retumba como si el suelo entero tuviera vida, un pulso cálido que se mezcla con el murmullo excitado de todo el instituto celebrando el baile de graduación. Las luces giratorias proyectan destellos rosados y dorados que se reflejan en los vestidos, en los globos metálicos, en las coronas recién colocadas y, aun así, por más que intento contenerme, solo hay un pensamiento que ocupa mis sentidos, incluso por encima del volumen que vibra en mis costillas: Levy no está aquí.

O no estaba.

Porque cuando levanto la vista hacia las puertas dobles del gimnasio, se me detiene el mundo entero al verlo entrar.

No camina, flota. O quizá soy yo la que floto, o la música, o mis rodillas, que parecen perder toda capacidad de sostenerme. No sé si el resto de los asistentes lo ven igual que yo, pero para mí, su entrada tiene una elegancia sobrenatural. Su traje negro encaja con una precisión ridícula en su cuerpo, su pelo ligeramente revuelto parece preparado por algún estilista celestial —o infernal, considerando su naturaleza—, y sus ojos grises recorren la sala con tanta intensidad que mi corazón reconoce su destino incluso antes de que su mirada se pose sobre mí.

Cuando al fin lo hace, dejo de respirar, dejo de existir, de ser cualquier cosa que no sea una chica enamorada mirando al chico que pensó que había perdido.

Él avanza y las personas se apartan con una naturalidad desconcertante, como si una suave fuerza invisible les indicara

dónde colocarse. Su sombra parece vibrar alrededor de su cuerpo, un recordatorio constante de lo que es y de lo que ha tenido que enfrentar para estar aquí.

Y cuando finalmente se detiene frente a mí, me preocupo que sea producto de mi imaginación.

—Hola, Tam —dice con una suavidad que hace que mi pecho se contraiga.

Mi nombre en su boca es casi una plegaria.

Me doy cuenta de que mis manos están temblando, quizá por el *shock*, quizá por la emoción, o tal vez por el miedo de que todo sea un sueño. Él estudia mi rostro como si necesitara memorizarlo, como si no estuviera del todo seguro de que sea real.

—Has vuelto —susurro, con la voz atrapada en alguna parte entre mi garganta y mi alma.

—Por ti siempre lo haré —responde, pero esta vez no hay dudas ni sombras ni distancia en su voz. Hay decisión y amor.

Miro alrededor, consciente de las miradas, pero por primera vez no me importa lo más mínimo. Él da un paso más hacia mí, o quizá soy yo quien lo da, ya no sé cuál de los dos se mueve. Sólo sé que la distancia entre nosotros se desvanece hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo rodeándome incluso sin tocarme.

—Pensé que… —mi voz se quiebra de forma involuntaria—. Pensé que no volverías.

Él traga saliva, su mandíbula se tensa y, durante un segundo, veo el peso de todo lo que ha cargado. La culpa. El miedo. La responsabilidad. El infierno entero sobre sus hombros.

—Pensé en no hacerlo —admite—. No soportaba regresar a un lugar en el que me temieses.

Su sinceridad me golpea con tanta fuerza que me sorprende mantenerme en pie.

Su mano se eleva despacio, como si esperara que me apartara, pero no lo hago. No podría, aunque quisiera. Y cuando al fin roza mi mejilla con los dedos, siento una calidez que recorre todo mi cuerpo con la intensidad de una caricia destinada.

—Tam, yo… —empieza, y su voz se quiebra justo lo suficiente como para que mi corazón tiemble—. Si quieres que me vaya, lo haré. Si

quieres que mantenga la distancia, que intentemos ser amigos o que nunca vuelva a acercarme a ti, lo haré. Pero necesitaba venir para decirte la verdad completa, no como aquella noche, cuando casi lo dije y luego… —Se detiene, se pasa una mano por su pelo; su gesto es la mezcla perfecta de nervios y vulnerabilidad—. Tú sabes que siempre he estado enamorado de ti. Cada día, cada año. Desde antes incluso de saber qué significaba estar enamorado de verdad. Pero no solo eso.

Su confesión se queda suspendida entre nosotros, vibrando en el aire con un peso casi físico.

»Estoy enamorado de ti como humano —continúa—. Pero también lo estoy como demonio. No puedo separar una parte de la otra, no puedo ser solo una mitad sin la otra y… —Me mira como si temiera romperse frente a mí—. Aun así, si solo aceptaras una parte, renunciaría a la otra sin dudarlo.

Mi corazón no lo soporta.

Siento lágrimas calientes presionando contra mis ojos, pero no las dejo caer.

—Levy… —susurro, acercando mis manos a su pecho—. No quiero una parte de ti. No quiero elegir. Te quiero entero. Con todo lo que eres. Con todo lo que asusta. Con todo lo que brilla. Con todo lo que arde. —Suelto una risa que parece más un sollozo—. Incluso con los cuernos y las alas.

Su risa es tan suave y hermosa que casi me dejo caer en sus brazos, pero él ya me está rodeando la cintura con sus manos con el mismo cuidado de siempre, aunque ahora noto algo más, una confianza recién encontrada.

La música cambia y empieza a sonar *I Get to Love You* de Ruelle

Nos miramos a los ojos y luego él apoya su frente contra la mía.

—Baila conmigo —susurra, y es imposible no sentir cómo ese simple gesto me derrite.

—Creí que odiabas bailar —le recuerdo, aunque ya comienzo a moverme con él.

—Solo me faltaba la pareja adecuada.

Sus palabras me desarman por completo.

Empieza a guiarme en un balanceo suave, lento, una danza íntima en medio de un gimnasio lleno de adolescentes que parecen borrarse de mi alrededor. Sus manos son seguras, cálidas y firmes. Su respiración se acompasa a la mía y siento su corazón latiendo justo bajo mis dedos.

Es perfecto.

Y al mismo tiempo lo siento tan imposible que casi me da miedo.

Él baja la cabeza hasta mi oído, su aliento me acaricia la piel, provocándome un escalofrío delicioso.

—Tamara, soy libre —susurra—. Mi padre me liberó. Ya no estoy atado al infierno. No tengo que convertirme en lo que ellos querían. Puedo elegir mi propio camino. Puedo elegirte. Y eso te lo debo a ti.

Mis labios se separan en puro asombro.

—¿Qué…?, ¿cómo? —pregunto en un susurro urgente.

—Tuviste que ser muy convincente frente a mi padre, porque después de que hablase contigo, lo decidió. Tú me elegiste —dice él, como si no fuera lo más obvio del mundo—. Incluso cuando me viste como soy. Incluso cuando yo habría huido de mí mismo. Tú no lo hiciste. Y él lo vio.

Inspiro, temblorosa.

—Yo nunca jamás te habría dejado solo —susurro contra su boca.

Él me mira durante un largo segundo.

—Te amo, Tam —dice finalmente, dejando que su voz se rompa y se reconstruya—. Te he amado en silencio toda la vida. Y quiero amarte a gritos a partir de ahora.

Mis lágrimas por fin se desbordan y él las atrapa con sus pulgares con una ternura que me enternece.

—Yo también te amo —respondo sin dudar, sosteniéndole la mirada —. Te amo como humano. Te amo como demonio. Te amo como mi mejor amigo. Te amo como el chico que me besó en la oscuridad y como el que volvió para bailar conmigo a la luz.

Su sonrisa me ilumina más que todas las luces del gimnasio juntas.

—Supongo que, entonces —susurra, inclinándose hacia mí—, hemos pasado oficialmente de la *friendzone*… —su boca roza la mía —… a la *devilzone* —concluye.

Y yo sonrío contra sus labios justo antes de besarlo con toda la certeza del mundo.

Porque sí.

Aunque no parezca posible a nuestra corta edad, hemos conseguido romper las reglas del Infierno.

Epílogo



Levy

Nunca pensé que la vida después de la graduación pudiese sentirse tan normal. O, al menos, tan normal como puede sentirse para un demonio mestizo recién liberado de una profecía milenaria y peligrosamente enamorado de una humana que podría convencer a cualquier ser supremo de que me otorgue la libertad.

Normal… Sí, claro. Todo lo normal que puede ser cuando tienes una novia que se toma muy en serio la decoración de tu dormitorio universitario mientras tú intentas no incendiar por accidente las cortinas con un estornudo azul.

—¿Estás seguro de que quieres estos pósteres aquí? —pregunta Tamara, colocándose en mi escritorio con las manos en las caderas mientras evalúa el desastre que estamos llamando «dormitorio universitario».

—Estoy seguro de que lo que yo quiera no importa —respondo, apoyado en la puerta con los brazos cruzados y admirando cómo su coleta se mueve cada vez que hace un gesto de mando—. No ahora que has entrado en modo capitana de la vida.

Ella me lanza una mirada sobre el hombro.

—Es capitana de animadoras, gracias. Y si te dejo elegir la estética, el cuarto terminaría pareciendo la habitación privada de un bibliotecario deprimido.

—Yo no estoy deprimido.

—No, solo eres de sonrisa selecta, que es distinto.

Pongo los ojos en blanco, pero en realidad podría sonreír como un idiota toda la tarde.

Han pasado meses desde la graduación, desde el baile donde nos reencontramos, y todavía me sorprende que pueda tener momentos como este. Momentos donde ella está aquí, conmigo, en el mismo espacio, sin miedo. Sin huir de mí ni mirar mis manos esperando que se enciendan en llamas.

Me acerco por detrás y paso los brazos por su cintura. Ella se apoya contra mí sin pensarlo, como si nuestras formas encajaran de manera natural. Y os aseguro que lo hacen.

—¿Crees que podremos sobrevivir a la vida universitaria juntos? —pregunta en voz baja.

—Sobrevivo al Infierno, literalmente —bromeo contra su cuello—. Creo que puedo con ello.

Se ríe, esa risa suave que siempre me hace vibrar por dentro, y justo cuando voy a besar su mejilla…

Se me eriza la piel y mis huesos vibran.

—Levy —susurra Tamara—. ¿Estás bien?

No. No lo estoy.

No es solo un escalofrío demoníaco común. Es como si alguien hubiese abierto una puerta dentro de mi cráneo y me estuviera tirando hacia ella.

—Tamara… —La sostengo por los hombros cuando la habitación se distorsiona como si la realidad estuviese siendo estrujada.

Mi sombra, que llevaba semanas en silencio, ruge.

—*Tu padre te reclama, Príncipe.*

—No… —digo justo cuando una onda púrpura se expande bajo mis pies.

Tamara abre la boca para gritar mi nombre y la habitación estalla en luz.

Cuando recupero los sentidos, estoy de rodillas sobre una superficie cálida.

Sí. Conozco este sitio. Lo conozco demasiado bien.

El Infierno.

—Vaya entrada más dramática —comenta una voz profunda.

Alzo la mirada y veo a mi padre, que está frente a mí, cruzado de brazos, con su eterna expresión de «soy la entidad más antigua del universo y, aun así, me sorprendo de lo idiota que puedes ser».

—Hola, hijo —dice Lucifer—. O debería decir: llave entre mundos.

—Genial. Qué bien suena cuando lo dices tú —murmuro irónico mientras me pongo de pie.

—No te quejes. Has heredado las habilidades más complejas de la existencia. Podrías conectarte entre planos, abrir portales, regular energías, desatar cataclismos y, aun así, te quejas.

—Porque no lo controlo —le recuerdo.

—Detalles… —responde con un gesto displicente.

Antes de que pueda añadir nada, escucho un sollozo contenido.

Ahí está Lilian.

Con los ojos rojos, no en un color literal, sino emocional. Está llorando. Llorando de verdad.

Lilith permanece a su lado, altiva como siempre, con una mano en el hombro de su hija mientras observa todo con esa mezcla entre orgullo y ferocidad que solo un demonio ancestral puede mostrar.

—Qué bueno verte, Leviatán —dice Lilith con voz melosa—. Y qué oportuno también. Tenemos un pequeño problema.

—¿Pequeño? —bufa Lilian, secando sus mejillas con rabia—. Un demonio de nivel medio se ha escapado a través de uno de los portales a la Tierra. Justo ahora sus vibraciones lo sitúan en Virginia. Mientras yo estoy atrapada aquí sin poder cruzar, como una novata.

—Ah —murmuro—. Eso suena mal.

Lucifer levanta un dedo.

—Suena peor de lo que es. Pero, aun así, debemos solucionarlo antes de que haga algo inconveniente.

Lilian cierra los ojos, respirando hondo.

—Como hija de la Generala, la única capaz de rastrearlo soy yo —dice al fin—. Mamá decidió que debo regresar.

No puedo evitar arquear una ceja.

—¿De vuelta a la Tierra?

—No sonrías tanto, Príncipe —gruñe ella—. No es un premio. Es castigo divino. Literalmente. En serio, la Tierra tiene demasiada humedad, demasiada luz, demasiadas normas y demasiados humanos. —Mira a un lado y carraspea—. Pero da igual. Iré, lo capturaré y volveré antes de que me echen de menos.

—No voy a echarte de menos —rebate Lilith.

—Claro que sí —dice ella, levantando la barbilla—. Todo el mundo me echa de menos. Incluso cuando no quieren admitirlo.

Lucifer suspira con resignación paternal.

—Lilian, ve a prepararte. Debes partir de inmediato.

Ella asiente, resopla, me mira con ojos entre irritados y tristes y desaparece con su madre entre llamas violetas.

Cuando se ha ido, Lucifer me lanza una mirada que me traspasa.

—Leviatán.

—¿Sí?

—Ella estaba llorando antes de que llegaras.

Me muerdo la mejilla.

—De algo me he dado cuenta.

—El prisionero se escapó bajo su vigilancia. Si no lo recupera, ella pagará las consecuencias. Cuídala —dice él con tono suave por primera vez—. Ese demonio no es lo único que puede causar problemas arriba. Lilian es poderosa, pero está cambiando.

—¿A mejor o a peor?

—A algo distinto —musita él—. Y lo distinto siempre es peligroso.

Trago saliva, pensando en Tamara. En nuestra habitación universitaria. En mis manos rodeando su cintura.

—Necesito volver —digo.

Lucifer sonríe de lado.

—Ve, llave. Tus mundos te esperan.

Una luz caliente me envuelve.

Y desaparezco.

Vuelvo justo al mismo instante en el que me fui.

Tamara todavía está en mi dormitorio, con la mano extendida hacia donde yo estaba.

Se gira al sentirme materializarme y corre hacia mí sin dudar.

La atrapo contra mi pecho antes de que pueda caerse.

—Levy —susurra temblorosa—. ¿Dónde has ido? ¿Qué ha pasado?

Me hundo en su pelo y respiro.

—Solo trabajo familiar.

Ella ríe entre dientes.

—Tu familia es un caos.

—Lo sé —murmuro—. Pero tú eres mi hogar.

Su respiración se detiene.

Y en este instante, sé con absoluta certeza que puedo habitar dos mundos.

Pero solo uno importa de verdad.

Antes de lanzarme a sus labios, le digo:

—No te vas a creer quién va a regresar.

Y espero que la Tierra esté preparada de nuevo para el regreso de Lilian Morningstar.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a MilAmores, mis cambios de última hora y mis «solo una página más» a las tantas de la madrugada: gracias, de verdad. Sin vuestro apoyo, esta novela se habría quedado guardada en un cajón y con mucho polvo.

A mi familia, por preguntar siempre «¿cómo va el libro?», aunque no entiendan ni la mitad de mis desvaríos. A mis amigos y compañeras, por hacerme reír justo cuando más lo necesito y confiar más en mí que yo misma.

A mis lectoras cero, Marisa e Irene, y a mi correctora, Nía, sin ellas nada de lo que hago sería posible.

Pero, sobre todo, a quienes leéis mis historias, las comentáis, las valoráis y reseñáis, las recomendáis y os emocionáis conmigo. Siempre os lo digo, pero sois el motor que mantiene esto en marcha. No sabéis lo que significa para mí que os dejéis llevar por mis personajes.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a esa vocecita interna que insiste en que siga escribiendo incluso cuando yo misma dudo. Sin ella, nada de esto existiría.

Gracias por estar ahí y nos vemos en la próxima aventura.

¡GRACIAS!

Nota de autora



Noelia Frutos, nació en Puertollano (Ciudad Real) en 1983. Administrativo de profesión y, tras toda una vida ejerciendo en ese ámbito, se decantó por su verdadera pasión: la literatura.

Siempre tiene una historia rondándole la cabeza. Le encanta escribir cualquier subgénero dentro de la romántica. Un día te sorprende con una comedia llena de chispa y al siguiente se sumerge en un *thriller* con mucho suspense y pasión.

Extrovertida y optimista por naturaleza. Cuando no está tecleando, suele perderse entre nuevas ideas, personajes y tramas que la acompañan como si fueran parte de su día a día. Para ella, contar historias es su forma más natural y divertida de conectar con el mundo.

Si te apetece saber más de mí puedes encontrar mis libros en el siguiente código QR:

¡¡Nos vemos en las redes!!

Instagram: @noeliafrutos_autora
Facebook: Noelia Frutos
Tiktok: noeliafrutos_autora
Twitter: noelia_frutos

Índice

Prólogo 7
Capítulo 1. Tamara 13
Capítulo 2. Levy 27
Capítulo 3. Tamara 35
Capítulo 4. Levy 47
Capítulo 5. Tamara 59
Capítulo 6. Levy 71
Capítulo 7. Tamara 83
Capítulo 8. Tamara 91
Capítulo 9. Tamara 101
Capítulo 10. Levy 111
Capítulo 11. Tamara 125
Capítulo 12. Levy 137
Capítulo 13. Levy 149
Capítulo 14. Tamara 161
Capítulo 15. Lilian 169
Capítulo 16. Tamara 179
Capítulo 17. Levy 187
Capítulo 18. Levy 197
Capítulo 19. Tamara 209
Capítulo 20. Levy 219
Capítulo 21. Tamara 235
Capítulo 22. Levy 243
Capítulo 23. Tamara 253
Capítulo 24. Levy 261
Capítulo 25. Lilian 267
Capítulo 26. Levy 281
Capítulo 27. Lucifer 291

Capítulo 28. Levy 297
Capítulo 29. Lilian 303
Capítulo 30. Tamara 311
Epílogo. Levy 317
Agradecimientos 323
Nota de autora 325